El Señuelo de El Irlandés



M. Gema Marín

CONTENIDO

Los servicios secretos miden la salud política de una nación y la única expresión real es su subconsciente.

John Le Carré

Parte Uno

El Robo

1

Madrid

La mañana del domingo amaneció soleada en la capital española. A pesar del frío de enero, era como si el sol dijera a los habitantes de Madrid: «Podéis salir, yo estoy aquí». Y así era, los domingos soleados en Madrid, la gente se echaba a la calle. La Gran Vía abría sus tiendas, los turistas la recorrían buscando el *selfie* perfecto, haciendo caso omiso a las incómodas señales de obra. Los taxistas habían abandonado la huelga y trataban de recuperar el tiempo perdido, sumando carreras a sus inanimados cuentakilómetros de los últimos días.

La resaca de las Navidades invitaba a prolongar las vacaciones y a mantener las costumbres. En los restaurantes de una conocida cadena, abuelos, hijos y nietos desayunaban a base de *english breakfasts*, tortitas y *capuccinos*, para luego pasear por el parque o sentarse a contemplar cómo los pequeños aprendían a montar en bici. Desde el cielo, parecía que El Retiro tuviese arterias y venas: *runners* de todas las edades invadían sus calles ataviados con la colorida y llamativa indumentaria que dictaba la moda. En Salamanca, las mujeres de una determinada edad lucían auténticos visones, como lo hacían cualquier otro día de la semana. Y en el Madrid Río, la vida pasaba con alegría, distensión y naturalidad, como si no fuera con ellos el resto de la ciudad.

Parecía que el domingo era un día relajado para todo el mundo.

Solo parecía.

Una moto de gran cilindrada atravesaba a velocidad moderada la Gran Vía. Su conductor, de tamaño proporcionado, estatura baja para ser un hombre y mediana para ser una mujer, parecía complacerse en cada uno de los detalles de la emblemática calle. No habría muchas más posibilidades de pasearla (como solía hacer todos los días rumbo a su trabajo) a lomos de un vehículo, el Ayuntamiento en breve concluiría las obras que convertirían la calle en peatonal. A la altura de Montera sopesó la posibilidad de parar y tomar algo en el Jardín de Salvador Bachiller, pero el tiempo apremiaba. Dejó atrás a los

supervivientes sabatinos que, con vestigios de maquillaje, últimas caladas y afonías incipientes, buscaban con poco éxito las pensiones u hostales en los que dormirían la resaca de la noche anterior.

La moto de gran cilindrada aumentó ligeramente la velocidad al dejar atrás Cibeles y enfilar la Castellana. Antes de llegar al Bernabéu, se desvió a la derecha, tomando el Paseo de la Habana.

El motorista llegó a su destino, apeándose de la moto sin quitarse el casco. Caminó con elegancia hasta el kiosco de le esquina y echó un lento vistazo a los titulares de los periódicos que, escrupulosamente ordenados en las estanterías, se ofrecían a los transeúntes que paseaban por esta emblemática zona a la sombra del Bernabéu.

El kiosquero, afanado en cuadrar albaranes, observaba la escena de refilón: su cliente estaba buscando uno en concreto. Cuando lo localizó, lo cogió y, sacándose unas monedas del bolsillo de su chaqueta de cuero, se las tendió.

—Quédese el cambio —le dijo sin quitarse el casco.

El kiosquero, con la indiferencia de la costumbre, cogió el dinero y, volviendo a sus cuentas, no se preguntó por enésima vez (como lo hacía al principio) quién era la enigmática dueña de la voz cuyo rostro nunca había logrado ver.

La dueña de la voz abrió el portal, entró en el edificio y no fue hasta estar dentro del ascensor cuando se quitó el casco y se atusó el pelo. Blandió el periódico y releyó el titular:

«Los vestigios del Estado Islámico en Siria».

Tras desactivar la alarma y dejar el casco en el descansillo junto a otro un poco más grande, se dirigió a su despacho. Una vez acomodada en la butaca giratoria, Mayra buscó la noticia en las páginas interiores, lo abrió y lo extendió sobre la mesa, apartó la taza de té y encendió un cigarrillo mentolado. En un primer momento sobreseyó la noticia paladeando una idea: apenas quedaban doscientos cincuenta asesinos de la organización terrorista que un día se autodenominó Estado y que monopolizaba con violencia la administración de servicios, orden y estabilidad en los territorios que conquistaba. No le dejaba de sorprender la rapidez con la que en los últimos años habían ido perdiendo territorios. Hasta tal punto que, a fecha de hoy, solo les quedaban dos provincias en Irak.

En un segundo momento, se dispuso a leer la noticia entera: Siria había sido recuperada por completo, y Estados Unidos anunciaba su decisión de retirar de inmediato a los militares norteamericanos del país árabe.

De repente, algo le hizo levantar la cabeza. Como si en un segundo se hubiera dado cuenta de algo. Como si hubiera sido sorprendida haciendo algo inapropiado. «¿Qué estás haciendo?», se dijo.

La mujer cerró el diario, lo dobló y lo tiró a la papelera bajo la mesa. Se masajeó el espacio indefinido entre el esternón y el corazón. No podía evitar seguir leyendo noticias sobre Siria y el Estado Islámico. Lo cierto era que lo que un día fue necesidad, se había transformado en un hábito. Desde que Raúl partiera hacia ese malogrado país, era la forma de estar en comunión con él.

Escuchó el ruido de la puerta de entrada, pero no levantó la vista de la noticia. Su socio, Nicolás, acababa de llegar. El pesado caminar del hombre la informó de que se dirigía hacia el *office*, donde haría café como si toda la plantilla estuviera trabajando.

Esa soleada y fría mañana de domingo, mientras todo Madrid se echaba a la calle, Mayra Abascal estuvo a punto de llamar a Ana Sierra de Andrés, amiga y excompañera de «La Casa». Las dos solían compartir unas horas a la semana charlando sobre la posición de España respecto al mundo, además de otros problemas de índole más doméstica. Pero probablemente, Anita estaría de paseo, y ella tenía trabajo que hacer. Esa mañana soleada y fría tenía una salida programada con una clienta a la que le habían recomendado sus servicios.

Apuró el té, apagó el cigarro, que se había consumido solo en el cenicero, y llamó a Nicolás, que, con toda certeza, ya iría por el segundo café, por el teléfono interno.

—¿Nos vamos?

La agencia estaba desierta. Mayra pasó por la mesa de Roberto, el secretario, y le dejó varios recados en un pósit para el lunes. Caminó hasta el despacho de Nicolás, que ya venía hacia ella con los dos cascos en la mano. Subieron al ascensor que los bajaría hasta el garaje y, mientras bajaban, el espejo les devolvió lo que pasaba por sus mentes. Se sonrieron a medias, una con complicidad, otro con fingido pesar. Bien sabía Mayra que su socio le agradecía haberlo salvado de las bricotareas que su mujer le tenía reservadas para esa mañana: montar algún mueble, arreglar la tostadora o colgar algunos cuadros en estudiada composición. El plan de Mayra era, con diferencia, más entretenido.

Varias horas al día, durante todos los días del año, realizaban «barridos» al racimo de clientes de Madrid y Barcelona. Un barrido consistía en comprobar que las telecomunicaciones de empresas y particulares estaban limpias, es decir, que los teléfonos no estaban pinchados, los ordenadores no habían sido hackeados y las instalaciones no ocultaban ningún micrófono espía.

En una profesión como la de nuestra mujer, el boca a boca era la mejor carta de presentación, y la empresa no daba abasto, sobre todo después de la publicación en los medios de todo el país de las escuchas

ilegales a poderosos empresarios, políticos y mediáticos periodistas.

La exclusividad con la que trabajaba Mayra era una necesidad para sus clientes. Una necesidad muy bien pagada. Ella vivía para trabajar, y vivía bien. El selecto grupo de empresas y particulares que conformaban su cartera era de lo más exclusivo del panorama empresarial y político de España. El negocio era simple y unidireccional. Simple: buscar filtros y puertas traseras, ya fuere en los teléfonos, sistemas informáticos o en las sedes de las empresas o viviendas particulares. Unidireccional: era ella quien descubría o localizaba, nunca instalaba o colocaba, salvo casos de extrema necesidad o cuando trabajaba para La Casa.

No era un trabajo tasado en un cómputo de horas semanales o diarias. Una vez descubierto o localizado algo, todos los clientes cuya intimidad había sido vulnerada ansiaban saber quién estaba al otro lado. Llegados a este punto, entraba en escena el resto de personal de la empresa, ese que aquella soleada y fría mañana de principios de enero libraba.

Aquel domingo de enero, Nicolás y ella tenían una cita con una conocida empresaria del sector de la construcción. Habían quedado a las diez de la mañana en la sede de la empresa, en pleno Paseo de la Castellana, al otro lado del Bernabéu. Su presidenta llevaba tiempo desconfiando de sus empleados. La empresa solía ser invitada a presentarse a concursos públicos, compitiendo con otras dos o tres empresas del sector, y en las dos últimas ocasiones el proyecto de uno de los competidores era exactamente igual al que sus hijos (arquitectos) habían diseñado. Y eso era algo que la mantenía en vilo, según le comentó por teléfono a Mayra, y no la dejaba conciliar el sueño.

El portero del edificio avisó a la señora Gómez de las Heras de que su visita había llegado. El ascensor se detuvo en la planta número diez. La propia presidenta, de unos ochenta años, vestida con un traje de *tweed*, de chaqueta y falda, confeccionado a medida, color azul marino, y con tacón medio del mismo color, los esperaba en el descansillo. La empresa ocupaba toda la planta.

—Bienvenidos —dijo con amabilidad tendiéndole la mano a Mayra —, usted debe de ser Mayra, y usted Nicolás.

—Encantada de conocerla en persona, señora Gómez de las Heras.

—Amalia, por favor, llámeme Amalia.

—Es un placer, Amalia —añadió Nicolás con un marcado acento madrileño.

Amalia Gómez de las Heras les indicó que la acompañasen.

—Les ruego discreción —solicitó cuando estuvieron dentro del estudio.

—No tiene de qué preocuparse, señora, hacemos este tipo de trabajo

en domingo precisamente para evitar incomodidades —aclaró Mayra.

Dos horas después, comprobaron que las comunicaciones de la empresa estaban limpias: no había «caja negra» en la boca de la línea a intervenir en la central telefónica, ningún dispositivo convivía en la caja de pares, ninguna dirección IP había sido intervenida y ningún ordenador había sido vulnerado con un virus espía.

—Tiene que haber algo, estoy segura —repetía la presidenta no dando crédito a la inexistencia de filtros.

Como solían hacer en esos casos, pasaron a buscar los micrófonos de ambiente. Esos que cualquiera, sin ninguna noción sobre informática o espionaje, puede poner y quitar manualmente. Son los que se esconden en jarrones, macetas, muebles o en la parte inferior de una mesa. Se pueden adquirir en cualquier tienda de informática.

Registraron los despachos de los hijos y el de la presidenta. Sin éxito. Siguieron por la enorme sala en la que trabajaban los empleados, arquitectos, aparejadores y delineantes. Nada. Continuaron con las mesas de las secretarias. Negativo.

Pero cuando pusieron el pie en la sala de juntas..., «la escoba[1]» cantó. El pequeño aparato empezó a emitir un sonido intermitente que aumentaba la velocidad mientras más se acercaba al micrófono espía.

Por respeto a la mujer, los socios evitaron cruzar la mirada triunfal de rigor que se solían dedicar en esas situaciones.

La presidenta, algo desconcertada por la reacción de «la escoba», los miró, primero a Nicolás y después a Mayra.

—¿Qué ocurre? ¿Lo han encontrado?

Tantearon la habitación, y el sonido se volvía más intermitente a medida que se acercaban a una consola decorada con pátina dorada.

—¿Cómo es posible? —La presidenta los miraba estupefacta—. Todo el mundo sabe lo que siento por esta pieza. Es del siglo XVI y perteneció al mismísimo Luis XVI.

—Precisamente por eso... —empezó a decir Mayra aproximándose al mueble.

El detector, de última generación, incluía una mira infrarroja de gran potencia, tipo láser, cuyos leds permitían detectar objetivos ocultos gracias al brillo de su cristal.

—El que fuera rey de Francia, ¿sabe usted? —prosiguió la mujer en tono contrito—. ¿Tiene idea de cuánto me costó esta pieza?

Había un micrófono GSM en el interior. Mayra trató de disimular su cara de estar aguantando tontos todo el día, inspiró una gran cantidad de aire sin hacer ruido y le habló con delicadeza:

—Como decía, quien la ha estado espiando sabía que usted nunca tocaría este mueble.

Amalia Gómez de las Heras la miraba, pero no la escuchaba.

—Pero ¿están seguros de que lo que hay ahí dentro es un micro? —

la mujer, que había presumido en alguna revista artística del incalculable valor de la consola, quería evitar a toda costa que le pusieran las manos encima. Unas gotitas de sudor aparecieron en su frente y en su labio superior.

Nicolás miró a Mayra con un atisbo de duda imperceptible para la empresaria. Los dos pensaban lo mismo: la luz roja se podía haber encendido por otros muchos motivos que nada tenían que ver con un micro, como, por ejemplo, unos tornillos oxidados.

Mayra eligió las palabras con sumo cuidado, con la delicadeza de la que a veces una mujer tiene que echar mano para no desencadenar tormentas de verano, pues a la presidenta empezaba a costarle respirar, y temía que le diera una subida de tensión.

—Verá, no hemos encontrado nada en todo el edificio y en cuanto hemos entrado en la sala, la «escoba» ha cantado. La decisión es suya.

Amalia Gómez de las Heras sacó un pañuelo de seda del bolsillo de su chaqueta y se limpió el sudor de la frente y del labio.

—Adelante —dijo con resignación al tiempo que se sentaba en su sillón presidencial—. Pero, por favor —tragó saliva y suplicó como una niña pequeña—: háganle el menor daño posible.

Se pusieron manos a la obra. Desguazaron con guantes blancos y regia ternura aquella aristocrática consola entre los resoplidos de su atenta dueña, quien se levantó en varias ocasiones para rellenar la jarra de agua y refrescarse la cara en el baño.

Finalmente encontraron el dichoso micro. Este podía activarse a través de una simple llamada o mediante un enlace por radiofrecuencia que transmitía el sonido. Lo que se conocía como Bluetooth. Cada vez que el empleado desleal activaba la red, el micro oculto empezaba a transmitir y grabar. Por desgracia, el alcance de la señal no tenía limitaciones, podía ser activada desde cualquier punto del planeta. Así que el espía podría ser tanto un empleado como un visitante ocasional. Sin embargo, el hecho de que el micrófono estuviera dentro del mueble objeto de la devoción de Amalia Gómez de las Heras implicaba algo más.

Fue Nicolás quien le habló sin rodeos a la empresaria, que, a esas alturas del mediodía, ya se había quitado la elegante chaqueta y mostraba sin remedio los rosetones de sudor bajo sus axilas.

—No cabe duda, es alguien de su entorno conocedor de su devoción por este mueble.

Amalia apuró el agua de su vaso y lo miró. Primero con escepticismo, luego con rabia contenida cuyo desbordamiento se produciría en los días venideros. La mujer se frotó la mandíbula con gesto de consternación y finalmente preguntó:

—¿Cuánto tiempo les llevaría dar con el hijo de puta?

—Denos una semana y facilítenos toda la información de sus

colaboradores —respondió Mayra. Habría que investigar a fondo a todos los empleados. Si no daba resultado, necesitarían más tiempo para examinar el entorno de la empresa—.

La mujer asintió sin hablar.

—¿Cómo se la hago llegar? No querría que nadie sospechase. —La venganza empezaba a chispear en su mirada.

—No se preocupe, mañana a primera hora enviaremos a nuestra informática —sonaba más elegante que *hacker*—. Con la excusa de un mantenimiento preventivo, o cualquier fallo en su ordenador, entrará en el sistema y guardará los datos de sus empleados.

—Bien, bien… —la empresaria asentía sin creerse que alguien de su círculo más íntimo fuera capaz de cometer semejante fechoría—. Pero aun así… nosotros tenemos nuestros propios informáticos; no me gusta que anden toqueteando mis cosas.

—En ese caso, nos tendría que dar la clave de su ordenador y la dirección IP. Nuestro personal accedería desde nuestra sede.

—Es lo mejor —masculló convencida—, aquí tienen mi clave. —La mujer escribió su usuario y contraseña en el reverso de una pequeña tarjeta de visita.

—Lo haremos así —acordó Mayra, guardándose la tarjeta en el bolsillo interior de su chaqueta de cuero—. Podrá cambiar la clave en cuanto se lo digamos.

Para Mayra, una mujer acostumbrada prácticamente desde la cuna al espionaje, ya fuere en misiones oficiales, extraoficiales o domésticas, había pocas cosas en el mundo que consiguieran asombrarla. Una de esas pocas cosas era lo que las personas eran capaces de hacer por tener *más* dinero. No por dinero, sino por *tener más dinero*. Ese era el caso del empleado desleal a cuya jefa acababan de visitar. En unos días descubrirían que el espía en realidad era un sobrino cuya desmedida ambición lo había llevado a pactar con la competencia.

2

Paseo de la Castellana, Madrid.

Media hora más tarde, gracias a que la alfombra de la Castellana estaba vacía, Mayra dejó a Nicolás en el portal de su piso.

—Te aseguro que te vas a arrepentir de no venir a comer —le advirtió haciendo referencia a lo bien que cocinaba su mujer—, las berenjenas parmesanas le salen exquisitas a Rosa.

—No lo pongo en duda, pero si me ve aparecer, va a pensar que no te dejo libre ni tan siquiera un domingo.

—Bah, está curada de espanto, sabe lo que hay. Insisto —dijo con un matiz de compasión que no se esforzó en ocultar cuando se quitó el casco—: quédate a comer, Mayra, por favor.

Sí, compasión.

Compasión que Mayra comprendía. Su socio siempre había empatizado con su situación. Pero ¿en serio creía que estaría mejor comiendo con él y con su mujer y hablando de los invitados al programa de cotilleo de la tarde (porque se debían al secreto profesional) que practicando escalada?

—Mañana le pasaré a Tyra los datos de la señora Gómez de las Heras, y que se ponga cuanto antes.

—Menuda decepción se va a llevar la pobre mujer —replicó Mayra pensativa.

—Peores cosas habrá visto en su vida.

Y no le faltaba razón. Nicolás se refería a las cosas que la extensa y adinerada familia Gómez de las Heras, con varios hijos y bastantes nietos, algunos con nómina fija en programas de cotilleos y en *reality shows*, había tenido que sobrellevar.

—«Peores cosas habrá visto en su vida» —repuso Mayra imitando su acento madrileño—. ¡Anda, vete, que se te enfrían las berenjenas!

Parecería extraño que un hombre de la edad de Nicolás, cincuenta años, se preocupara por una mujer como ella, nueve años mayor. Pero así era. Su compañero del alma, además de empatizar con ella, se preocupaba, y ella lo agradecía.

—Bueno, tú misma. Ten cuidado si vas a hacer escalada, ¿eh? Ya

tienes una edad… —dijo en el momento en que desaparecía por la puerta del portal.

—¡Que se te atraganten las berenjenas!

Mientras conducía su moto por la desierta Castellana, su mente volvió a Amalia Gómez de las Heras y a lo sucedido mientras estaban en su oficina. No pudo evitar compadecerse de la mujer al recordar su cara de absoluta perplejidad. Toda la vida luchando por su trabajo y por su condición de mujer en un mundo de hombres. Había sacado a su familia adelante y los había colocado al frente de un exitoso negocio levantado a pulso por ella sola. Y la habían traicionado.

Mayra siempre había creído que el abanico de motivaciones por el que la raza humana actúa violando los principios morales y las libertadas ajenas era muy reducido: dinero, odio y poder. Más dinero, más odio, más poder. Por eso, al cabo de unos días, cuando descubrieron que el ambicioso sobrino había sido criado como un hijo, su creencia, a su pesar, se reafirmó una vez más.

Second Consulting llegó al mundo en 2014. Era una de las mejores empresas especializadas en «barridos» electrónicos. Ella, Mayra Abascal, era la dueña del tinglado junto a su socio Nicolás. Se sumaban a la plantilla una analista que se encargaba de depurar, ordenar y distribuir la información; una *hacker* danesa, Tyra, a quien Mayra conocía desde su época en La Casa; y dos investigadoras, Mayra prefería este término al de *detective privado*.

El especial y delicado oficio de Mayra requería trabajar cuando nadie estaba en su puesto y entrar en sitios ajenos y hostiles cuando no había nadie dentro. No para colocar micros como el de la señora Gómez de las Heras; afortunadamente, la tecnología ha avanzado lo suficiente como para poder escuchar, por ejemplo, a través de un móvil. Gracias a los satélites, ahora se pueden pinchar teléfonos sin moverse de la oficina. Con una simple llamada, o un simple correo electrónico, o una simple *app*… Pero, obviamente, esta tecnología no está al alcance de todos.

Mayra Abascal no era una empresaria al uso, pese a que Second Consulting tenía su CIF, un domicilio social (en el Paseo de la Habana), constaba en el Registro Mercantil y estaba dada de alta en el Impuesto de Actividades Económicas. Su pasado desempeñaba un papel destacado en su presente y, por ende, lo seguiría jugando en su futuro.

Su pasado había transcurrido como agente operativo al servicio exclusivo de la inteligencia española. Conocida actualmente como CNI, antes como CESID y mucho antes como SECED. Su presente se sucedía como accionista principal de Second Consulting a la par que *agente oscuro, o negro*[2], de la inteligencia española. Por tanto, su futuro

seguiría ligado a su presente y a su pasado.

Consiguió su presente pactando con el pasado. Llegado el momento, quiso dejar La Casa, como se conoce en el argot al CNI, pero ¿qué podía hacer con todos los conocimientos y destrezas aprendidos en los últimos cuarenta años? No sabía hacer otra cosa y tenía que seguir viviendo. Así que, de alguna manera, tendría que continuar en el sector del espionaje.

Conocía a Nicolás Valiente desde hacía treinta años. Antes de ser socios, Nicolás había sido su informante fiel; soplos y confidencias eran su especialidad. Ambos jugaron un papel importante en la lucha contra el terrorismo nacional, pese a que cuando él entró en escena, las armas ya apuntaban al suelo.

En lo personal, había nacido hacía cincuenta y nueve años en el seno de una familia castrense.

El nombre de Mayra no fue casualidad. Su padre lo eligió por su significado, «la que es maravilla», motivo por el cual años más tarde en La Casa sería bautizada como «Wonder Woman» y «Doble V» sería su nombre en clave.

Su padre, natural de Badajoz y militar de carrera en Madrid, desempeñó un destacado papel en la creación del CESID. Mayra, por su parte, amaba a los animales sobre todas las cosas; su única aspiración en la vida era estudiar veterinaria y tener una clínica. Así hubiera sucedido de no ser por la bomba lapa que, en 1978, su último año de instituto, segó para siempre la vida de sus padres.

Su vida giró y volcó ese año de 1978. Fue a vivir con sus abuelos maternos a su piso de la calle Bailén, frente a los Jardines de Sabatini, y, como si de un navegador se tratase, recalculó su destino. En septiembre de ese año, y con la mayoría de edad cumplida, ingresó en la Academia Militar de Zaragoza ante la perplejidad y el asombro de su abuelo y el temor de su abuela.

—Ese no es sitio para una chica —le advertía la buena mujer.

—No me queda otra — les decía mientras los abrazaba con fuerza el día de la despedida.

En la Academia recibiría una intensa formación militar y personal de alto nivel. La formación militar la capacitaría para el mando de unidades operativas. La formación personal la curtiría para enfrentarse al machismo de la época, que se acentuaba aún más si cabe en el sector militar. Entonces el noventa y cinco por ciento[3] de los militares eran hombres, y no había separación en los dormitorios y en los baños.

Fue una de las pocas mujeres a las que les permitieron infiltrarse en la banda terrorista ETA y una de las responsables (aunque muchos se nieguen a reconocerlo) de su caída, lo que le valió el ascenso a puestos

que jamás habían sido ocupados por mujeres y que, por desgracia, tardarían en volver a serlo. También, al igual que otros muchos compañeros incluidos en las listas de la banda terrorista, fue el motivo por el que tuvo que someterse a varias operaciones de cirugía estética. A pesar del cambio, es un hecho que todos los que un día se infiltraron en la banda tienen asumido que cualquier día les pueden pegar un tiro. Siempre hay traidores que no soportan el logro ajeno, y más si eres mujer.

Años más tarde, con sus pobres abuelos henchidos de orgullo y más de un compañero muerto de envidia, fue enviada como agregada militar a la Embajada de Arabia Saudí, siendo esta embajada la representante en Catar, Kuwait y Bahrein. Muchos vaticinaron que una mujer no duraría mucho en un destino así, pero Mayra encontró su sitio en el mundo y aguantó estoicamente las convulsas guerras entre Afganistán y Rusia. Persiguió y localizó a objetivos terroristas y suministró información de valor a sus superiores. El inestable terreno la adiestró como agente táctica, operacional y experta en negociaciones (estas desde la Embajada, por razones obvias) en un país para el que la mujer estaba y está al servicio del hombre.

Décadas más tarde, y con sus queridos abuelos fallecidos, nacería Second Consulting S.A., que, como ya hemos comentado, es una empresa dedicada a la instalación de líneas y redes de telecomunicaciones de cualquier tipo (audio, vídeo e informática), a la venta y alquiler de productos de espionaje con o sin operario, a la elaboración de informes comerciales, laborales y económicos, y a todas las actividades relacionadas con la investigación y la seguridad privada. Es decir, todo aquello que una empresa o un particular exclusivo y conocido de nuestra Wonder Woman, o al menos recomendado, pueda demandar si siente alguna amenaza a su existencia.

Pero eso fue después de dejar La Casa. Sí, La Casa la dejó marchar, algo inaudito.

Había sido una agente ejemplar y merecía una salida digna. Pero, como apuntamos antes, su presente logró realizarse negociando con su futuro. En su partida había una cláusula tácita: pasaría a ser una *agente oscura* un tanto especial. Esto suponía mantener con La Casa una relación eventual; dejarían a su criterio la información relevante que ella considerara necesario compartir con sus exjefas. También podría disponer de la información con la que contase el CNI y que este considerase oportuno facilitarle. Sería algo así como una especie de colaboración mutua. Aunque ella sabía de sobra que la colaboración sería unidireccional y que le costaría Dios y ayuda que sus superiores le cedieran respuestas a cualquier tema que pudiera plantear. Amén de

que ser una *agente oscura* implicaba que, de vez en cuando, y en los últimos años bastante a menudo, La Casa podría hacerle algún que otro encargo.

El trato era mejor que nada; podían hacerle la vida imposible.

Supuso una grata sorpresa que desde Second Consulting siguiera manteniendo una estrecha relación con sus antiguas compañeras y exjefas. La realidad es que el poder está en la información.

Ese soleado e invernal domingo de primeros de enero, tras dejar a Nicolás, continuó por la Gran Vía, un poco más concurrida que la Castellana. Eran las dos de la tarde, y estaba pensando en la ropa que tenía en la taquilla del rocódromo cuando, llegando a uno de los semáforos de Plaza de España, el móvil le empezó a vibrar. Esperó a que el rojo la obligara a parar. Era una llamada con prefijo estadounidense. Se hizo a un lado de la calzada y descolgó.

—¿Sí?

El familiar y afligido sonido de la voz al otro lado le provocó una punzada en el estómago, y empezó a masajearse compulsivamente el espacio que hay entre el corazón y el esternón.

Hacía mucho que no escuchaba *esa* voz.

3

Lunes por la tarde, Café Vienés. Madrid.

El Café Vienés, frente al parque de El Retiro, era frecuentado, durante la mayor parte del día, por vecinos que desayunaban, tomaban el vermut, picaban algo o degustaban un reconfortante chocolate con churros mientras leían la prensa diaria. El hombre del tiempo había anunciado la llegada de una ola de frío polar que recorrería la península de norte a sur, y los primeros copos de nieve, aún sin cuajar, daban fe de que, por extraño que fuese, había acertado. A las ocho de la tarde del lunes, eran muy pocas las mesas que estaban ocupadas, hacía demasiado frío para salir. Tan solo los propietarios de perros, obligados por la naturaleza de los animales, se aventuraban a pasear durante el tiempo estrictamente necesario.

La tarde había transcurrido agitada para Mayra, que trató de pasarla visitando la oficina con la excusa de ver cómo avanzaban en el encargo de la señora Gómez de las Heras. También tuvo tiempo de hacer escalada en el rocódromo, algo que solapó durante unas horas su comprensible desasosiego. El ambiente en el interior del Café era distendido y ameno, impregnado de ese agradable olor a dulce casero y canela. Las vistas a la entrada norte del parque, con los copos cayendo, le recordaron a una postal de Navidad de algún país lejano y frío.

Si el vuelo de Chicago no sufría ningún contratiempo, su cita llegaría a las ocho de la tarde. Eran las ocho menos diez, y Mayra empezaba a preguntarse si era normal su intranquilidad. Santo Dios, solo se trataba de su hija… Sí, pese a la itinerante vida que había llevado, Mayra había sido madre.

Ocurrió el año en que terminó el quinto curso en la Academia de Toledo. Ese año, antes de entrar en el CESID, conoció a Matías, un profesor de violín. Se quedó embarazada, se casaron y meses más tarde daría a luz a los gemelos Helena y Raúl, todo en ese orden.

Hacía mucho tiempo que madre e hija no se veían en persona.

Helena vivía a camino entre Cremona y Madrid. Antes, entre Londres y Cremona. Era curadora de arte y en la actualidad trabajaba

como gestora en una importante empresa de inversiones.

La hija había salido al padre. Por sus genes corría la disciplinada sangre germánica. No se le daban bien las relaciones y desconocía por completo el significado de la palabra *empatía*. Sin embargo, su inteligencia la hizo destacar en todas las materias que estudió, consiguiendo unas notas que fueron el orgullo de sus padres.

Pero su dificultad para las relaciones la hizo una muchacha solitaria y hosca cuya única forma de acercarse a sus seres queridos era quedando por encima de ellos. No era algo que a la chiquilla le saliera de forma meditada, era más bien la educación elitista que el padre le inculcaba, ya fuera por sus ancestrales ideas o por vengarse de las ausencias de la madre, pues Mayra parecía ser el objeto más cercano de sus desaires.

Algunas noches, la madre sorprendía a la hija observándola en silencio desde la puerta del despacho que tenían en casa. «¿Qué haces?», le preguntaba. Mayra, agradecida por la muestra de interés, se esforzaba en explicarle, de la forma más atractiva posible, qué significaban los mapas de los lugares en los que se desarrollaba el conflicto vasco que estudiaba. «¿Y por qué haces eso?», volvía a preguntar. Ella entonces le hablaba de los buenos y malos, a su modo de entender, que había en el mundo. Le mostraba las maquetas, le contaba algunas noticias… Se deshacía en atenciones para prolongar aquellos escasos minutos. Pero la niña siempre acababa soltando algo así:

«Las madres de mis amigas visten con vestidos y faldas y son guapas; tú siempre vas así… tan desarreglada, ¿qué me importa lo que ocurra en Vitoria o en el sur de Francia? Me importa lo que ocurre aquí, en Madrid, y aquí, en mi casa».

Era evidente que el padre se había encargado de sembrar con esmero todo tipo de semillas venenosas. Aun así, podía diferenciar la voz de su marido en las palabras de Helena de aquellas otras en las que se manifestaban los verdaderos sentimientos de la pequeña. De nada le valían a la niña sus ascensos y condecoraciones, ni siquiera el día en que fueron invitados a comer en Zarzuela junto a otras compañeras de su madre.

El padre les enseñó el alemán desde pequeños y, a veces, para mantener a Mayra al margen o molestarla y hacerla sentir aparte, padre e hija hablaban en ese idioma. No ocurría lo mismo con el otro hermano, Raúl.

Su hija se avergonzaba de ella y hubiera preferido una madre florero mil veces antes que una marimacho (como la llamaba su padre) como ella. En su interior, al lado de su hija, Mayra, una de las mejores agentes de la inteligencia española de todos los tiempos, se sentía estúpida, imbécil y boba.

Para ser sinceros, lo último que le apetecía a Mayra era estar sentada en el Café Vienés esperando a su hija. Hacía años que había tirado la toalla con ella. Nunca se había olvidado de ella y siempre estaba pendiente de cada uno de sus pasos, pero no estaba a su lado.

Con los años, la distancia entre madre e hija aumentó y el pequeño nexo de unión que un día fuera Raúl, ya no estaba.

Helena llegó minutos después de las ocho, vestida con vaqueros, un abrigo tres cuartos color cámel de corte masculino y una bufanda que casi le tapaba los ojos. La buscó con la mirada y la encontró sentada en una esquina, frente a uno de los ventanales. No era muy alta, al igual que Mayra; sin embargo, su cuerpo delgado y armonioso, curvilíneo como un violín, resultaba llamativo. A su pesar, el paso de los años acentuaba el parecido físico entre las dos mujeres. Pese a la cirugía de Mayra, tenían los mismos ojos y la misma expresión al sonreír.

Al verla entrar, la madre olvidó su acuciante deseo de estar en otro sitio. Se levantó con el instintivo impulso de abrazarla; Helena alzó los brazos, y Mayra pensó que iba a ser correspondida. No fue así: los brazos de la hija frenaron en seco el propósito de la madre y facilitaron la intención de darle unos simples besos en las mejillas.

—¿Cómo estás? —le preguntó algo abochornada cuando se sentaron, una enfrente de la otra—. Estás más delgada —dijo acariciándose el cuello para disimular el nerviosismo.

—Estoy bien —respondió con una mezcla de desdén y forzado interés—. ¿Qué estás tomando?

—Un americano, pero me voy a pedir una pulguita de jamón, ¿y tú? ¿Qué quieres tomar?

—¡Perdona! —alzó la voz llamando la atención del camarero sin responder a su madre—. Cuando puedas nos traes una pulguita de jamón, un sándwich de salmón y un té negro.

El camarero tomó nota mentalmente, y quedaron a solas con el silencio, el ventanal y la desierta entrada del Retiro, en la que unos pequeños copos empezaban a caer sin llegar a cuajar aún.

—¿Sabe tu jefe que hemos quedado? —preguntó tratando de encauzar la conversación al tema que las había llevado hasta allí.

—Sí. Bueno —contestó con sequedad—, en realidad le he dicho que he quedado con alguien que nos podría ayudar, pero no le he dicho a qué te dedicas ni quién eres.

Mayra asintió sin decir palabra y reparó en las enormes bolsas de color violáceo que colgaban bajo los ojos de su hija.

—Te agradezco que hayas venido —empezó a decir Helena. Aún con altivez, la miró por primera vez a los ojos, bajando a continuación la mirada hacia la taza de té. Acababa de situarse en un plano inferior al de su madre y Mayra lo supo.

Los años de alejamiento entre madre e hija apenas pesan cuando una hija orgullosa, altiva, estirada y con la vida resuelta te llama para pedirte ayuda. Y se vuelven una pluma cuando, además, nunca antes ha sucedido. Jamás, por mucho que la necesitara, Helena había llamado a su madre para pedirle ayuda. Cuando una está frente a su hija, no se pueden evitar los sentimientos. Y eso era lo que le pasó a Mayra esa tarde: no quería verla, no quería estar con ella, pues temía sus desaires, pero verla en ese estado la desarmó.

Decidió relajarse. Pensó que podría decir algo como: «¡Cómo no iba a venir! Es lo mínimo que podía hacer por ti, cariño».

Pero el bochornoso saludo no acabó con todo su orgullo, aún le quedaba algo. Y no, aquello no era lo mínimo que podía hacer, ni de lejos. Los copos ya empezaban a cuajar al otro lado del ventanal. Tragó saliva. Respiró hondo. Apoyó los codos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia su hija.

—Cuéntame todo desde el inicio, desde que esa mujer, Frida *Nosequé,* se dio cuenta del robo.

4

2 días antes.
Chicago, 410 del S. Michigan.
Stradivari Society.

Todo empezó por una casualidad. Tanto es así que el destino quiso que fuera en ese preciso momento y no en otro.

En la Ciudad del Viento, Frida Stewart era famosa por su profesionalidad respecto a los violines, pero no cualquier violín: violines de alta gama. Era experta en Stradivarius y Guarneris y, pese a no dedicarse a ello de forma profesional, quienes la habían oído tocar, aseguraban que el mundo de la música había perdido a una gran concertista. Lo que no sabían, o solo muy pocos conocían, es que la estrella en sí estaba más interesada en mantener su estatus social y a sus *patrones* que en pasarse la vida ensayando y viajando de ciudad en ciudad.

Gracias a la fortuna familiar había creado, diez años atrás, la Stradivari Society y ella personalmente se había encargado de dotar a la pequeña sociedad de notable reconocimiento mundial. Era su directora, presidenta y principal accionista.

Lutiers y conocidos violinistas de todo el mundo solicitaban sus servicios antes de hacer una compra, una inversión o una afinación cuando alguno de los violines ya no sonaba como antes. A veces era ella quien se desplazaba, con todos los gastos pagados, allá donde se la necesitara. Otras veces, los solícitos de su opinión viajaban hasta Chicago con sus instrumentos y se reunían con ella.

Estar en contacto con lo más granado del panorama mundial en cuanto a concertistas se refería le facilitaba en gran medida la financiación de su sociedad. La Stradivari Society vivía gracias a sus mecenas, algo que Frida mantenía vivo, pues siempre que algún famoso violinista la visitaba, solía organizar cenas benéficas y recepciones a las que sus *patrones* eran invitados. De reuniones como esta surgían nuevas giras y conciertos para los violinistas, así como nuevas oportunidades de aumentar el patrimonio de sus patrocinadores y, por ende, el suyo.

La Stradivari Society estaba situada en el 410 de South Michigan Avenue, frente a uno de los pulmones de la ciudad, el Parque Grant. El despacho de Frida se encontraba en la octava planta, y los ventanales iban del suelo al techo; desde allí se podía contemplar todo el parque. La decoración era elegante y sobria al mismo tiempo. Réplicas de famosos violines, fotos con conocidos violinistas y, por supuesto, con sus *patrones*. En una de las paredes colgaba el cuadro más popular de la Society, en el que rezaba su frase insignia: *Great instruments in the hands of rising stars thanks to generous patrons.*

Y es que un mecenas, además de poner dinero en la sociedad, si era dueño de un violín de alta gama, podía prestarlo a los violinistas, dejarlo expuesto en la Society o cederlo para alguna exposición. Frida y su equipo se encargaban de todo.

La mañana en que todo ocurrió, estaba descalza sentada en su escritorio. Llevar los tacones de diez centímetros durante todo el día era una tortura que no tenía por qué continuar cuando cerraba la puerta del despacho. En el preciso instante en el que Frida estaba hojeando la revista de Sotheby's, el teléfono de su escritorio empezó a sonar. Echó un vistazo a la pantalla, en la que pudo leer el nombre de *Olivia*, su secretaria.

—¿Sí? —respondió sin soltar la revista. En breve saldría a subasta una colección de vinos de Massandra, de 1875.

—Señora Stewart, era solo para recordarle su cita en el Club Náutico con el señor Stern. El chófer la espera abajo —dijo la secretaria con voz monótona.

—Bajo en cinco minutos.

—Perfecto.

Frida pegó un pósit en la página que estaba mirando, más tarde volvería a ella. Si había algo que le gustara más que los violines de alta gama eran los vinos de alta gama. Se calzó de nuevo los zapatos y salió del despacho.

—Tardaré un par de horas, no creo que me entretenga más —le dijo a la secretaria sin pasarle inadvertido el gesto que acababa de hacer para esconder la lima de uñas bajo la mesa.

—Muy bien, los de la exposición estarán aquí sobre las cuatro.

—Volveré antes —dijo mientras se ponía sobre los hombros el abrigo de piel.

Pasó por delante del árbol de Navidad, subió al ascensor y observó complacida su imagen en el espejo.

La cita había sido puesta adrede, el día anterior había pasado por la peluquería. Acudía a ella semanalmente para mantener su peinado y el tinte al día. No soportaba verse las raíces oscuras, y el viento de Chicago hacía estragos en su pelo. Era morena, o lo fue, en la actualidad, las canas ocupaban más del sesenta por ciento de su

cabello. El color que llevaba era un rubio ceniza oscuro, salpicado de mechas en un tono blanco azulado que le confería un agradable toque de distinción. No sabía cómo su peluquero había dado con esa combinación de colores que tanto le favorecía y que muchas mujeres de la alta sociedad habían tratado de imitar. La exclusividad con Malcom, que así se llamaba el afeminado peluquero, le aseguraba ser la única mujer en la ciudad con aquella paleta de colores sobre su cabeza. El peinado era más fácil de imitar: llevaba el pelo por debajo de la oreja, a lo *garçon,* pero con un elegante mechón que le tapaba la mitad de la cara.

Estaba orgullosa de la imagen que el espejo le devolvía. Quizá la cintura no podría decirse que fuera de avispa, su pasión por el vino le pasaba factura, pero a sus sesenta años y con unos genes prestos a engordar a la mínima que se saliera de la dieta estricta que la acompañaba durante toda su vida, qué más daban unos centímetros de más. Pero la imagen que debía transmitir era de elegancia y desde pequeña le habían inculcado que sobrepeso y elegancia eran incompatibles. No descartaba hacerse algún retoque estético para el verano, pues no estaba dispuesta a renunciar a la colección de vinos de Sotheby's así por las buenas.

El Club náutico se encontraba en el lado este del lago Michigan. Frida había heredado la membresía gracias a su familia, así que el trato que le dispensaban, además de por ser la directora de la Stradivari Society, era distinguido. Todos los empleados, incluidos los de más reciente incorporación, la llamaban por su nombre y apellido; sabían cuáles eran sus gustos sin que fuera necesario que ella los especificara cuando pedía un plato: nada de sal, nada de salsas, nada de azúcar y todo a la plancha.

En cuanto entró en las instalaciones del club, el *maître*, de origen francés, fue a recibirla abriendo los brazos y estrechándola en un amistoso y quizá excesivo abrazo.

—*¡Bienvenue, mon ami!* Es un placer tenerla de nuevo en nuestro club. Permíteme, *ma chérie* —dijo exagerando el acento galo y ofreciéndose a quitarle el abrigo.

—Gracias, Patrick —dijo ella echando hacia atrás levemente los hombros para facilitarle la tarea.

—El señor Stern aún no ha llegado —informó.

—Oh, bueno, no pasa nada, el tráfico a esta hora es horrible.

—¿Quiere esperarlo en la mesa o prefiere la biblioteca?

—Lo esperaré en la mesa.

—*Parfait*, haré que le lleven inmediatamente el agua con limón.

—Gracias, Patrick.

—*Avec plaisir*, como siempre.

De camino a su mesa, algunos comensales se levantaron para saludarla, a lo que ella respondió elegante y pausada en sus movimientos, como acostumbraba. Continuó desfilando, encaramada en los tacones de aguja, hasta Patrick, que, gustosamente, le ofrecía el asiento. Nada más sentarse, y con una disimulada y ensayada maniobra, introdujo su mano por la parte lateral de su chaqueta y desabrochó el botón de la cinturilla, aliviando la presión en su barriga. Las Navidades le pasaban factura, y el conjunto de Carolina Herrera que llevaba tenía varios años y una o dos tallas menos.

Enseguida apareció el camarero con una bandeja en la que traía el vaso con agua templada, tirando a caliente, y el jugo de medio limón. Lo había aprendido de su madre: en ayunas y siempre antes de comer, agua templada con limón o agua sola ayudaba a desintoxicar el cuerpo, amén de calmar el apetito. Y es que, paradójicamente, mientras más pensaba en los kilos que tenía que perder, más ganas tenía de comer. Más adelante, Frida pensaría que, tal y como se desarrollaron los acontecimientos ese día y los venideros, más le hubiera valido haber dado rienda suelta a su voraz apetito.

5

Chicago, Club Náutico.

—¡Querida, siento el retraso! —El señor Stern acababa de llegar, tenía la cara compungida en una mueca de culpabilidad—. Discúlpeme, por favor, no es muy cortés de mi parte acudir con retraso a una cita con una dama como usted…

—Por favor, Isaac, tutéame, nos conocemos desde hace años.

Isaac Stern era un afamado marchante de arte de origen alemán cuyos padres habían regentado un fructífero anticuario en Salzburgo. Isaac lo había convertido en una exclusiva galería de arte y había hecho lo mismo en Chicago. Poseía una de las galerías de arte de más renombre en la ciudad. Su carácter afable y confiado, pese a la rígida educación alemana con la que se había criado y la experiencia profesional con la que contaba desde la cuna en el despiadado mundo del comercio artístico, hacía que su nombre figurase como primera opción a consultar entre los historiadores de arte y los comisarios de exposiciones.

Su impresionante galería de arte, en el corazón del West Loop, contaba con su propia revista, la cual se distribuía a escala mundial entre un selecto grupo de coleccionistas de arte. Era honrado, leal y si sus inclinaciones sexuales hubieran sido otras, hubiera sido la pareja perfecta para Frida Stewart. Ambos formaban el tándem artístico de la ciudad con el que toda la alta clase quería verse relacionada. Una foto con ellos, en una de sus fiestas o recepciones, en las páginas de sociedad confería una fama considerable al común de los mortales.

—Voy a tener que copiar esa costumbre tuya de tomar agua con limón —dijo al sentarse.

—No sé de lo que hablas, querido.

—En cualquier caso, estás preciosa, como siempre, ¿te has hecho algo en la cara? ¿Has ido al *spa* que te recomendé? —dijo al tiempo que levantaba la mano para llamar al camarero.

Había confianza para que Isaac planteara unas cuestiones tan delicadas para cualquier mujer; además, el tándem artístico compartía cirujano plástico.

—No seas grosero, no iría al cirujano sin antes decírtelo. —Y tenía

razón, Frida estaba divorciada desde hacía más de diez años. Sus dos hijos vivían en Florida. La única compañía que tenía era la de su asistenta interna, con la que compartía el espectacular apartamento con el que se quedó tras su sonado divorcio en el lujoso barrio de Cook County, en la cotizada Avenida Cleveland.

El camarero apareció con una botella de vino blanco, afrutado pero con un toque seco, y sirvió una pequeña cantidad en la copa de Frida. El ritual siempre era igual, por este orden: mismo vino, Frida hacía de catadora, lo saboreaba y comprobaba el grado de frío. Asentía, y el camarero llenaba las copas de los comensales antes de retirarse. Isaac no decía palabra hasta que no terminaba. Cuando el camarero se marchó, el anticuario retomó la conversación:

—Ya lo sé y, por favor, que yo no me entere. Eres como una hermana para mí, y como yo soy un hermano para ti, aprovecho esta cita para comentarte que, con total seguridad, tendré en mi poder, más pronto que tarde —dijo sorbiendo el vino y deleitándose en el interés suscitado en Frida—, unas antigüedades egipcias datadas del 1500 a.C.

Frida dejó la copa sobre la mesa y lo miró recelosa, más tarde, Patrick, el *maître*, siempre muy pendiente de sus comensales, recordaría que la mirada fue más bien de *horreur*.

—¿Qué? —preguntó Isaac ante la exagerada expresión de su amiga.

—¿Seguro que son egipcias? —insistió la directora inclinando la cabeza hacia el lado en el que caía el mechón y escudriñándolo con la mirada.

—Por supuesto —contestó el anticuario haciendo como que leía la carta, pese a que siempre pedían lo mismo. Al cabo de unos segundos, sus ojos miraron furtivamente a Frida, cuyos ojos continuaban acechantes—. Bueno, quizá vengan de un poco más al este…

—¡Isaac! ¡No! ¡Te lo prohíbo rotundamente! El comercio de antigüedades de esas zonas sabemos a qué finalidad atiende.

—Es todo legal —objetó con altivez y sin mucho convencimiento—, yo se lo compro a un anticuario de Suecia, y las piezas entran en el país como importadas de Asia u Oriente Medio.

Frida bajó y aproximó su cara a la de su amigo, evitando que el resto de comensales pudiera escuchar su conversación.

—No eres una persona ambiciosa, ¿por qué quieres meterte en eso? Sabes igual que yo de dónde proceden esas piezas y qué pasaría si se descubriese su origen.

Isaac cerró la carta y se quedó mirando las letras impresas del restaurante en la cubierta. Es cierto que no era una persona ambiciosa y que no necesitaba el dinero. El arte al que él se dedicaba no se veía afectado por las crisis ni las necesidades económicas que al resto de la sociedad sí lacraban. El arte nunca perdía valor, y sus clientes eran tan

ricos que, si de algún modo las sucesivas crisis económicas hacían mella en un solo fleco de sus economías, no iba a ser su amor por el arte el objeto de su sacrificio.

—No quiero quedarme fuera, eso es todo —repuso con una descolocada rabieta de niño pequeño—. El destino de estas piezas es la destrucción, y ante esa posibilidad, los precios a pagar por los coleccionistas se disparan.

—Te vas a buscar la ruina, ¿por qué crees que Christie's o Sotheby's no comercian con estas piezas?

—¿Crees que Christie's o Sotheby's se mezclarían con este tipo de comercio?

—Por supuesto que no, este tipo de comercio solo se da en galerías de bajo perfil, y la tuya no lo es. No te mezcles en eso Isaac, te lo ruego.

—En Europa es el negocio del siglo, y es el momento de hacerlo aquí, antes de que esto se llene de piezas de todo tipo y bajen los precios.

—¿Y qué me dices del anticuario de Barcelona[4]?

—No compares, Frida, ese era un recién llegado a este mundo y quería besar el santo. Su galería estaba llena de obras de Palmira y de la región Cirenaica, no soy tan estúpido.

—Sí, sí lo eres si tan siquiera te lo estás planteando —sentenció la mujer con rotundidad—. Te arriesgas a tirar por la borda tu reputación. ¿Qué crees que pasará si sale a la luz que has contribuido a financiar el terrorismo islámico? Precisamente tú, un alemán de origen judío afincado en Estados Unidos. No —dijo poniendo los ojos en blanco y negando repetidas veces sin decir nada—, no quiero estar a tu lado cuando eso ocurra. Que sean otros, Isaac, tú no. En nombre de nuestra amistad.

La amistad que tenía con Frida era lo más sagrado para Isaac. Desde que llegó a Estados Unidos, fue ella quien estuvo a su lado. Una buena parte de la fama de Stern Art Gallery se la debía a ella. Otras oportunidades de negocio vendrían sin tener que mancharse las manos, aunque fuera con guantes, adquiriendo antigüedades cuyo origen podría causarle la pérdida de su amistad con Frida, además de su negocio.

Más tarde admitiría que no quedó muy convencida de las intenciones de su amigo. Pero esa tarde, tenía cosas más importantes que hacer.

Ya de vuelta en la Stradivarius Society, Frida se dirigió a la cámara en la que guardaban las piezas que no estaban en la exposición. Tecleó el código de la alarma y entró. La caja en la que El Irlandés sería transportado hasta Nueva York estaba dispuesta en la mesa redonda

que centraba toda la atención en la estancia. Disponía de fuertes medidas de seguridad, entre ellas un dispositivo a través del cual se podía controlar desde Madrid dónde estaba el violín en cada momento.

Frida pulsó la clave de seguridad que le permitía abrir la vitrina de cristal blindado en la que reposaba el violín. A los pocos segundos, el cristal se desplazó hacia un lado, dejando la pieza al descubierto. La directora la observó detenidamente, eran pocas las ocasiones en las que podía tener entre sus manos un violín como aquel. Colocó el paño de algodón blanco entre sus manos y lo cogió, dispuesta a pasar unos segundos de deleite.

¿Qué fue lo que hizo que el ritmo de su corazón tuviera un repunte de actividad?

Lo observó detenidamente. El barniz relucía, semejante a una llama dorada, la cuidada talla de la efe, los agujeros de resonancia, la forma abombada…, la voluta… Y el cartucho pegado en el fondo del instrumento con la leyenda: *Antonius Stradivarius Cremonensis faciebat anno 1702*.

Contó los infantes alados desnudos: diez, correcto.

Los cápridos perseguidos por los arcos y flechas: catorce.

Cuatro cupidos mirando al botón y dos al mástil.

Cuatro cápridos mirando al mástil y otros tres al botón.

Todo parecía correcto, sin embargo, algo no le cuadraba.

Notó cómo el sudor empezaba a recorrer su cuerpo. La densidad de la madera tenía las mismas características que el resto de violines que ella había tenido entre sus manos. El barniz era de la misma tonalidad rojiza oscura.

Sin embargo, el peso… lo notaba más ligero de lo acostumbrado.

6

Cremona.

A la mañana siguiente y con un uso horario diferente, desde muy temprano, la tormenta volcaba su enojo sobre Cremona, en el sur de la región de Lombardía. Durante toda la semana, el sol había relucido con timidez, pero con temperatura suficiente como para hacer del mes de enero un mes agradable. Sin embargo, ese sábado llovía a mares. Los turistas que visitaban la ciudad no tenían otro remedio que caminar con una bolsa de plástico adquirida a cualquier vendedor callejero, de esas que sirven como chubasquero para cubrir la totalidad del cuerpo. Algo sin duda poco apropiado para visitar la Piazza del Comune (o del Duomo), el Baptisterio, el Palacio del Ayuntamiento, con el célebre Torrazzo, emblema de la ciudad con sus ciento once metros de altura, y la Loggia dei Militi.

El centro de la ciudad amaneció con su habitual trasiego de visitantes y trabajadores (sobre todo dependientes de tiendas de *souvenirs* y empleados de restauración) que, tras las fiestas navideñas, se incorporaban con calma al trabajo. Entre acusadores cláxones, cruzaban en bandada los pasos de cebra. La situación se veía agravada por las obras que recorrían la avenida en su parte más céntrica; el Ayuntamiento había aprobado los trabajos que convertirían parte del centro en peatonal, solo podrían entrar residentes y vehículos eléctricos, la carga y descarga se seguiría haciendo como hasta ahora, en un reducido horario de mañana. Aunque los obreros no trabajaban en sábado, la calle estaba cortada en más de la mitad, y las vallas impedían que se pudiera caminar y circular con normalidad. Suerte que aún no había empezado a nevar, como habían pronosticado.

Con todo, la curadora consiguió llegar a su clase privada de violín. Despertó diez minutos más tarde de lo anunciado por la alarma del reloj y tuvo que bajar a toda prisa las escaleras del edificio con la bicicleta y el violín a cuestas.

Llegó casi sin aliento al elegante portal de la Vía Solferino, en pleno centro. Sacudió el paraguas y limpió sus botas en la alfombra. En el tercer piso, la puerta, como siempre que tenía clase, estaba

entreabierta. A la señora Helga no le gustaba molestar a sus vecinos cuando un alumno tocaba el timbre de su puerta a las nueve de la mañana (o nueve y diez) un sábado. Por supuesto que el piso estaba insonorizado; pese a todo, dejaba la puerta abierta.

—¿Señora Helga? ¿Se puede? —dijo Helena en un perfecto alemán. Era la lengua de su padre y, desde pequeña, había sido habitual que en el piso familiar de Madrid se hablaran el alemán y el castellano.

—Pasa, Helena, estoy en la cocina —indicó una voz melodiosa. Había quien decía que la señora Helga tenía acoplada la escala musical en sus cuerdas vocales.

Rumy, la gata siamesa de la profesora, caminaba por el pasillo y se giró a mirar a la recién llegada con desdén. Helena le sacó la lengua, y la gata, con altanería, continuó su camino hasta el salón, donde se acomodó en el cojín del sofá que hacía de su cama.

—¿Quieres un té? —volvió a decir la voz cantarina desde la cocina.

Helena entró en el salón y acercó sus manos a la calefacción.

—Sí, por favor, estoy helada.

La profesora apareció con una bandeja en la que portaba una tetera y dos tazas. Era una mujer elegante, sometida desde pequeña a una disciplina férrea consistente en estudiar música, ensayar música y llevar su apariencia hasta el punto de dedicar una hora diaria a un minucioso cuidado antes de empezar la jornada. Aunque eso supusiera despertar a las seis de la mañana todos los días incluso para dar clases privadas en su propia casa.

A sus casi setenta años, Helga Mester conservaba el cutis sin una sola arruga. Quizá algo de descolgamiento en los pómulos y en la garganta, pero nada que no pudiera defender con unos pocos hilos tensores. Sus ojos pequeños, de un azul transparente, y sus pequeñas cejas depiladas adrede para conferirle una mirada felina, maquillaje discreto pero acertado y pelo rubio claro, con reflejos dos tonalidades más claras.

—¿Qué tal el concierto de ayer?

Helena se calentaba las manos con la taza de té que Helga le había ofrecido.

—Fue espectacular —admitió aún recordando el grupo de las cuatro violinistas y las dos chilenas que habían actuado en el pequeño teatro Monteverdi.

—Ya te dije que te gustaría.

—Sí, así fue —reconoció la alumna con una especie de reserva en la voz.

La profesora tomó asiento y quiso saber a qué se debía ese tono.

—Verá, Helga —empezó a hablar la curadora sin saber exactamente qué palabras poner a lo que sentía—, anoche me di cuenta de que nunca podré tocar así.

La profesora la miró sin decir nada. En realidad, no conocía el alcance de las aspiraciones de su alumna, pensaba que el violín solo suponía un pasatiempo. Midió con cuidado sus palabras antes de hablar.

—Querida, ten en cuenta que los profesionales casi hemos nacido con un violín bajo el brazo… —e inclinándose un poco más hacia delante, donde se encontraba Helena, añadió—: La música forma parte de nuestro ADN; tu amor es hacia estos instrumentos, no hacia la música.

Quizá tuviera razón, pensó.

Helena había estudiado Dirección y Administración de Empresas en Madrid. Entró en la universidad con el sueño de ser una gran empresaria. Durante los cuatro años de carrera, su máximo interés estuvo en las asignaturas relacionadas con la inversión, la teoría financiera y la macroeconomía. Las leyes de la oferta y la demanda. La revalorización de futuros. Los dividendos y la especulación financiera. Pero el linaje de su padre provenía de un fluctuante negocio familiar de anticuarios en Múnich, y en sus genes había poesía, historia del arte, sociología y filosofía, por lo que las piezas de arte en general, y los violines en particular, formaron parte de su vida desde una edad muy temprana.

Al finalizar la licenciatura consiguió un puesto en una entidad financiera londinense. Durante cuatro años invirtió el sueldo en el programa de enseñanza que la casa de subastas Christie's impartía en la Universidad de Londres. Al terminar, dejó la entidad financiera y trabajó al lado de la responsable del archivo de la casa de subastas en Londres, Linda MacLeod. Así fue como Helena Shriver, curadora de arte, entró en contacto con los violines de alta gama llegando a especializarse en los Guarneri y en los Stradivari. Su debilidad fueron estos últimos, lo que la llevó a realizar estudios y tesis sobre ellos. Y, cómo no, a adquirir un pequeño piso en la ciudad donde fueron creados.

Siempre que podía, se escapaba a la ciudad de los violines, Cremona, a orillas del Po. Cuando no estaba en el piso, solía alquilarlo a los pocos turistas que hacían noche en la ciudad. Era una ciudad tranquila, y la mayoría de los viajeros que la visitaban, provenientes de Milán, pasaban el día allí o se detenían para luego seguir caminando hacia zonas más ricas como Mantua o Bérgamo. Pero un número reducido pernoctaba en la ciudad.

Le gustaba perderse por sus calles, ya fuera caminando o en bici. Y, cómo no, asistir a clase de violín con Helga Mester, importante concertista vienesa en el pasado y profesora particular en la actualidad.

Durante varios años estuvo a camino entre Londres y Cremona,

hasta que una gestora española cuyos dueños eran dos ambiciosos empresarios, contactó con ella para ofrecerle participar en un ambicioso proyecto: la creación de un exclusivo fondo de inversión cuya garantía estuviera compuesta por violines de alta gama.

Helena habló con Linda MacLeod, su jefa en la casa de subastas, y acordaron una especie de excedencia voluntaria. Helena se resistía a dejar por completo la prestigiosa firma, pero la gestora española le ofrecía la oportunidad de seguir trabajando con sus adorados violines y de poner en práctica todos sus conocimientos financieros. Aceptó y ahora vivía a camino entre Madrid y Cremona.

Pero eso fue mucho más tarde de nacer y mucho más tarde de graduarse y estudiar la carrera. Helena no nació con un violín bajo el brazo.

Y es que los curadores de arte formaban un colectivo relativamente nuevo, de no más de veinte o veinticinco años. Una parte de los trabajos del curador la hacían los antiguos comisarios de las exposiciones. Desde entonces, la profesión había ido evolucionando sobremanera.

En el mundo del arte había curadores tan inteligentes y tan fuertes que generaban cientos, miles de seguidores en las redes, lo que demandaba que el curador fuera un intelectual, una persona capaz de decir algo con respecto al arte.

—Es cierto, es solo que… bueno, me he decepcionado un poco.

Helga tomó el violín que estaba entre las manos de Helena y empezó a afinarlo.

—A mi edad, nunca me voy a especializar en violines Stradivari o Guarneri, pese a que los toque. Querida, en el mundo solo hay diez o doce personas capaces de reconocer un Stradivari auténtico, tú eres una de ellas, yo jamás lo seré por mucho que sepa arrancarle preciosas melodías.

—Bueno, solo tendrías que estudiar, es cuestión de echarle horas.

—En caso de que quieras tocar el violín como una profesional —dijo mirándola por encima del instrumento—, es cuestión de practicar unas diez horas diarias.

La profesora desvió la mirada hacia el mástil.

—*Touché* —asumió la curadora cogiendo el violín afinado que le ofrecía la profesora.

Helga caminó hacia el piano.

—¿Te parece si empezamos con el Ave María?

Dos horas después, Helena contemplaba el reloj astronómico de la torre de Cremona sentada en una cafetería y tomando un expreso. Sacó el móvil del bolso para devolverle el sonido y se alarmó al contemplar la pantalla: tenía varias llamadas perdidas de Madrid y un

mensaje de su jefe, *urgente*.

Devolvió la llamada, y al otro lado descolgaron el teléfono sin dar tiempo a terminar el primer tono.

—¡Joder! Menos mal que llamas, imaginé que estabas en una de tus clases.

—¿Qué ha pasado?

—Es Frida, de Chicago… —jadeó—, dice que tiene dudas sobre El Irlandés.

Helena miró su reloj.

—¿Pero no está de camino a Nueva York?

—Precisamente, dice que notó algo raro al cogerlo.

—¿¿¿CÓMO???

—No sé, Helena, tiene dudas de que sea el mismo violín.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Ricardo?

—En tres horas sale un vuelo para Chicago con escala en Bruselas, tienes que salir ahora mismo para Milán. Roberto y Gillian te esperan en Bruselas.

La curadora pagó la cuenta, subió a la bici y pedaleó con toda su energía hasta el pequeño piso.

—¡Joder, joder, joder! —maldecía mientras metía lo indispensable en su maleta de mano.

7

Chicago.

Si hay algo que se revaloriza siempre es un Stradivarius.

Al contrario de lo que ocurre en el fluctuante mercado del arte, los Stradivarius no se devalúan. De todos los bienes del planeta, estos instrumentos de gama alta son los que se han mostrado menos expuestos a la devaluación a lo largo de los años.

En una de sus tesis, Helena señalaba que entre 1850 y el momento de realización del estudio, los violines de gama alta se habían revalorizado un tres por ciento más cada año. Algo que era aún más acentuado en el caso específico de los Stradivarius; según sus cálculos, entre 1980 y 2006, estos violines se habían encarecido entre un 6,92 % y un 7,74 %. Helena lo justificaba: comprendían un mercado totalmente diferente a otros violines de gama alta porque la mayor parte de sus compradores eran coleccionistas y *amateurs* adinerados, más que músicos en activo.

A diferencia del resto de objetos de arte, los instrumentos musicales son mucho más estables en su valor. Esto, lógicamente, solo ocurre en lo más alto de la gama, entre los seiscientos Stradivarius que se conservan a día de hoy. Todos aquellos violines que se sitúan en el rango entre los treinta mil o los quinientos mil dólares han perdido gran parte de su valor durante los últimos años debido a que el mercado se ha debilitado significativamente.

Stradivarius era, es, una de las marcas con mejor capital simbólico del mundo. La propuesta de la gestora española, convertirlos en garantía de un exclusivo fondo de inversión y conseguir la aprobación de la exigente y rigurosa CNMV[5], fue todo un riesgo para la joven curadora.

El avión llegó con algo de retraso al aeropuerto de Chicago-O'Hare tras la escala en Bruselas, Helena y sus acompañantes salieron por las puertas giratorias, topándose de frente con el fortísimo viento. Eran las cinco de la tarde del mismo sábado. En Madrid eran las doce de la noche.

—Por algo le dicen La Ciudad del Viento —dijo Gillian, uno de los

acompañantes.

Una limusina color negro los esperaba aparcada en doble fila.

—Bienvenidos, señores —los saludó el chófer de la Stradivari Society, quien, en un abrir y cerrar de ojos, guardó en el maletero las pequeñas maletas que portaban los recién llegados.

No irían a la sede de la Stradivari Society, habían quedado con la directora en el Hospital Universitario. No es que Frida estuviera hospitalizada, que bien podría estarlo, dado el estado en que su secretaria la encontró en la cámara de seguridad. No. El motivo era hacerle unas tomografías en tres dimensiones al violín, lo que se suele conocer como un TAC.

De camino, Helena contemplaba fascinada el horizonte de la ciudad, salpicado de rascacielos, intuyendo detrás el enorme lago Michigan, destacando la Torre Willis y, cómo no, el famoso edificio Trump. ¿Y si todo había sido un malentendido?, se preguntaba. No todos los Stradivarius pesaban lo mismo, tal vez Frida se había alarmado sin motivo.

El Hospital Universitario de Chicago estaba ubicado a dos millas al suroeste de la Stradivari Society, en el 5841 de la Avenida Maryland, se trataba de una instalación fuertemente custodiada, en una zona urbana exclusiva y arbolada muy conocida. Considerado uno de los mejores hospitales de Illinois y uno de los mejores del mundo, de carácter privado, cada paciente pagaba por el servicio demandado o necesitado.

Frida Stewart, previo pago y gracias a la mediación del gerente, tratándose la directora de una personalidad conocida, había desembolsado una cantidad nada desdeñable por utilizar el tomógrafo y por el personal que se encargaría de manejarlo.

Helena, por su parte, había recibido toda la documentación relativa a las réplicas que salieron a partir del Betts[6]. Aunque no era necesario, pues su memoria fotográfica era capaz de recordar todas y cada una de las piezas clonadas. Sus asistentes le habían enseñado las fotografías que Frida había enviado a la gestora desde Chicago. Estaba al noventa por ciento segura de que la pieza restituida por El Irlandés era un clon del Betts, pero no se lo confirmaría a Frida hasta que tuviera delante las tomografías.

Se presentaron en la recepción del hospital; algo lúgubre para ser un hospital en el que las comisiones y cargos que cobraban estaban más allá del alcance de la mayoría de americanos. Frida, con la caja de seguridad en cuyo interior iba el violín, los esperaba con el semblante demudado.

—¡Dios mío, Helena! ¡Esto es una locura! —exclamó aturdida mientras entregaba al recepcionista la documentación. El empleado la reconoció al instante y le devolvió los documentos sin revisarlos. Hizo

una llamada, y, a los pocos segundos, uno de los conserjes se presentó rogándoles que le siguieran.

Los acompañantes de Helena permanecieron en la recepción del hospital.

Subieron en ascensor hasta la décima planta y fueron conducidas, entre un sinfín de pasillos, hasta una pequeña sala donde les indicaron que esperasen. Se sentaron, y Frida, de inmediato, se sintió hechizada por la punta de sus zapatos. Helena no sabía qué decir. No podía infundirle ánimos cuando no había motivo.

—¿Qué cree que ha pasado? —preguntó la directora al cabo de unos minutos sin apartar la vista de la punta de sus zapatos.

—No lo sé, justo hace seis meses que lo revisé, y entonces estaba todo correcto —contestó Helena preocupada.

—¿Quiere verlo?

—Mejor dentro —respondió Helena.

La directora tragó saliva y cruzó los brazos sobre su pecho. Un ayudante ataviado con una bata blanca salió para avisarlas de que podían pasar.

—Bueno, veamos qué es lo que tenemos —susurró Helena cuando Frida le cedió el paso.

Introdujo la clave en el dispositivo de la caja y sacó el violín envuelto en el paño blanco de algodón. Intercambió unas palabras con los dos encargados, y estos le indicaron que podía dejar el violín en manos de uno de ellos. Frida y ella debían abandonar la sala. Visualizarían toda la operación desde una cabina con paneles acristalados.

El encargado depositó el violín en la cama móvil y salió de la sala para reunirse con su compañero y con las dos mujeres.

Se accionaron los controles, y la cama empezó a moverse con el violín, introduciéndose en el «donut».

Helena contemplaba las pantallas donde se mostraban las fotografías que se iban tomando. Tras varias series, no le hizo falta continuar, pero por deferencia a Frida, dejó que continuaran desde el resto de ángulos. Tendría que mostrárselas al mismo tiempo que las que le habían enviado a ella desde Madrid para que la mujer pudiera ver lo que ella ya veía.

Tras recuperar el violín e introducirlo de nuevo en su caja de seguridad, fueron conducidas a un pequeño cuarto, cortesía del talonario personal de Frida, en el que cotejaron una a una las imágenes recién tomadas con las que tenía Helena de sus archivos de Madrid.

—Para que se haga una idea, Frida, estas son las imágenes del Betts, el original.

Helena cliqueó sobre uno de los iconos y le mostró unas veinte

fotografías.

—¿Ve la irregularidad de las líneas?

Frida observaba una imagen y la comparaba con las que acababan de sacar. Aquello confirmaba que no estaba equivocada: El Irlandés no era El Irlandés. La seguridad de su cámara había sido violada, y no tenía ni idea de cuándo había ocurrido ni de quién había sido. Cubrió el rostro con sus manos y empezó a sollozar.

—¿Cómo es posible? Si mi padre estuviera vivo se avergonzaría de mí —se lamentaba—, su Irlandés…, he perdido su amado Stradivarius…

Helena, que no era muy buena en lo que a relaciones se refiere, trató de consolarla a su manera:

—He pedido a algunos de mis antiguos compañeros de Christie’s que me envíen los archivos que tengan sobre El Irlandés.

—Por favor, no le dé publicidad, se lo ruego.

—No se preocupe, es gente de mucha confianza, tampoco les interesa que esto salte a la prensa. Ahora dígame: ¿el violín no ha salido en ningún momento de la Society?

Frida negó repetidamente.

—Estoy perdida —gimoteó—, si esto llega a saberse, ningún patrocinador querrá cedernos sus instrumentos. Será el fin de la Society.

—Cálmese, Frida —dijo Helena tratando de mantener los nervios a raya. ¿La Society? ¿Y qué pasaba con *su fondo*? La aseguradora tendría que pagar, pero habría que demostrar que el protocolo de seguridad se había seguido a rajatabla; sin embargo, era obvio que algo había fallado—. Aún no sabemos qué ha pasado. Es difícil colocar una pieza como El Irlandés en el mercado negro. Dígame: ¿siempre ha estado dentro de la cámara?, ¿no lo han expuesto nunca?

La directora se sonó los mocos y asintió.

—Desde que pasó a formar parte de su fondo, por razones de seguridad, nunca lo expusimos. La del Metropolitan de Nueva York iba a ser la primera vez.

—Vamos a hacer una cosa: cédale al Metropolitan otro de los Stradivarius y dígale que El Irlandés debe ser restaurado de inmediato. Puede decirles que me llamen a mí si quieren, les daré motivos convincentes. No hable de esto con nadie hasta que yo se lo diga.

—¿Informará a su empresa?

—Ricardo está esperando mi llamada, pese a que en España son más de las dos de la madrugada.

—¿Es también una pérdida importante para ustedes?

¿Importante? ¿Importante? Helena estaba a punto de gritarle. Por supuesto que era importante, no solo por el valor del violín, sino por la repercusión que su pérdida tendría para el resto de participantes en

el fondo de inversión. La repercusión sería negativa, muy negativa, en el balance de la gestora. Respiró hondo y desvió la mirada hacia el violín. Lo envolvió en el paño blanco y lo guardó en su caja de seguridad.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al auténtico Irlandés?

—Lo he visto mucho —aseguró la directora—, el problema es que hace casi medio año, o más, que no lo he tocado.

—Así que no sabemos cuándo le dieron el cambiazo.

—Eso me temo.

—¿Y las grabaciones? —aventuró Helena con una chispa de esperanza en la mirada—. ¿Podemos tirar de grabaciones?

—Solo las conservamos durante treinta días.

—¿Y los accesos?

—Los accesos más tiempo, creo que ciento ochenta… pero no estoy segura.

La chispa de esperanza se desvaneció.

—Le invito a cenar —sugirió la curadora cerrando su ordenador y metiendo todos los documentos esparcidos por la mesa en su maletín—, pensaremos mejor con el estómago lleno, así damos tiempo a que mis colegas de Londres nos envíen los archivos de El Irlandés.

—Tengo el estómago cerrado, pero es un detalle lo de la invitación —añadió Frida forzando una sonrisa. Todo un logro para una mujer que acababa de desembolsar casi siete mil dólares por el uso del escáner.

8

Chicago.

Entró en calor tras darse una larga ducha. La curadora y su equipo se hospedaban en el Hilton, a pocas manzanas de la Stradivari Society. Habían acompañado a Frida a su casa y los tres enviados de Mena & Asociados se habían alojado, previa reserva desde Madrid, en habitaciones individuales.

Una vez en albornoz y con una taza de té hirviendo en la mano, empezó a pensar con serenidad. Quien estuviera detrás se había tomado muchas molestias, había adquirido y después depositado una réplica perfecta en su lugar. Frida Stewart no se hubiera dado cuenta de no haber sido por su peso. Tal vez algún lutier conocedor del experimento con el Betts lo hubiera podido identificar.

El robo del violín suponía unas pérdidas importantes para la gestora. Pérdidas derivadas de los rendimientos que no se iban a percibir: a una media de un quince por ciento de ganancia anual por instrumento, las pérdidas ascendían a casi medio millón de euros, teniendo en cuenta los tres años que faltaban para que concluyera el contrato del violín.

La aseguradora se llevaría la peor parte. Tendría que pagarle a la Stradivari Society el importe del violín más los rendimientos pactados con la gestora. La cantidad a desembolsar ascendía a cuatro millones de euros: dos por el valor del instrumento más otros dos por los rendimientos asegurados al cabo de los cinco años de vigencia del fondo.

¿Cómo se habían podido burlar las medidas de seguridad? ¿Estaba Frida Stewart implicada? En algún momento no se había seguido el protocolo especificado en el contrato y ese había sido el fallo. Estaba segura.

Miró el reloj, aún eran las cinco de la mañana en España. No recordaba el tiempo que llevaba sin dormir, durante las nueve horas de vuelo desde Bruselas no había pegado ojo.

Ricardo ya estaba informado de que el violín no era el auténtico. Habían quedado en volver a hablar en unas horas, cuando amaneciera en Madrid y ella hubiera descansado.

En menos de un mes vencía uno de los plazos para devolver la inversión, además de los intereses, a uno de los socios integrantes del fondo. ¿Cómo se las arreglarían? Estaba frente al espejo y no le importó ver cómo su rostro se desfiguraba por el llanto, se sentía agotada e impotente. Aquello no podía estar pasando. La pérdida del violín arrastraría al fondo, *su fondo*. Ese que tanto le había costado diseñar y que tan bien funcionaba. Y el prestigio, *su prestigio,* iría tras el fondo.

El Stradivarius Fond no remontaría, arrastraría a la gestora y a ella con él.

Aún en albornoz, se acurrucó y se hizo un ovillo con la almohada. Tras unos instantes, su corazón dio un pequeño brinco. Quizá no estuviera todo perdido. Si había una persona en el mundo capaz de ayudarla, ella la conocía. Una persona valiente y en la que podía confiar. Pero también era una persona a la que mantenía olvidada en una pequeña esquina de su corazón. Arrinconada. Abandonada.

Sacó el móvil del bolso y, antes de dar con la agenda de contactos, vaciló. Le daba vergüenza. Sabía que en lo más íntimo de su corazón deseaba hacer esa llamada, y esa certeza la incomodaba.

Decidió dormir.

Se ajustó la alarma para las siete de la mañana e intentó conciliar el sueño.

A las siete de la mañana de Chicago, las dos de la tarde en Madrid, buscó en su agenda de contactos y pulsó el número nombrado como «Mamá».

9

Café Vienés, Madrid.

—Fue entonces cuando te llamé.

Helena terminó de exponerle todo lo que había pasado desde que el sábado despertara tarde para ir a clase de violín.

Mayra no había perdido ni un detalle de la exposición de su hija y no pudo evitar dar un pequeño salto de alegría, imperceptible para Helena, al escucharla decir que ella era la única persona en la que confiaba. «¿Treinta y cinco años después?», pensó la exagente.

—¡Mi carrera se va a ir a la mierda! —se lamentó la curadora alzando la voz justo en el momento en que el camarero empezaba a retirar los platos.

La actitud, el tono y el matiz con el que su hija pronunció esa frase, la transportó veinte años atrás. Cuando la responsabilizaba de todas las circunstancias que gobernaban su vida. Pero la agente había aprendido a no conmoverse. Sus hijos habían heredado a partes iguales sus genes manipuladores. Si Raúl los había empleado para la guerra, Helena los explotaba con ella.

—¿Me puede traer un té? —pidió al camarero, ahora con tono educado.

—A mí un café, por favor.

—Enseguida, señoritas.

—Los propietarios del fondo —Mayra retomó la conversación como si la carrera de su hija y su pataleta le importaran una mierda—, ¿invierten en todo el fondo?

—Sí, claro, por eso si uno de los violines se devalúa respecto al precio de salida (en el que se tasó en el momento de incorporarse al fondo), afectaría a la totalidad.

Mayra la observaba con el mentón sobre el puño cerrado. Su hija estaba verdaderamente angustiada, pero no la compadecía. Además, si ella hubiera intuido algo de ese sentimiento en la madre, su orgullo la habría obligado a dejarla allí sin miramientos. Mayra la conocía muy bien y sabía de lo que era capaz.

—¿Cada cuánto tiempo soléis prestar los violines que integran el fondo? —continuó preguntando.

En ese instante, volvió a aparecer el camarero con las bebidas.

—Solemos hacerlo una vez al año; se exponen en Nueva York, Moscú o Londres. Buena parte de la rentabilidad que los propietarios obtienen es gracias a estas exposiciones —explicó. Mayra tuvo la sensación de que su hija tenía los hombros un poco más caídos que al principio.

—Imagino que tendrán medidas de seguridad cuando viajan —apuntó la exagente.

—Que sepas que cada caja contiene un dispositivo a través del cual podemos saber dónde está el violín en cada momento. ¿No te vas a tomar el azucarillo?

—¿Los violines no tienen ningún tipo de mecanismo para su seguimiento? —Le aproximó el pequeño sobre con el azúcar. En *otro* momento, más bien en *otra* vida, la madre la hubiera advertido sobre los riesgos del azúcar. Pero estaban en *ese* momento.

Los hombros de Helena empezaban a formar una línea vertical respecto a su cuello, y los ojos le empezaron a brillar. Mayra estuvo tentada de poner su mano sobre la de su hija, pero se contuvo.

—Vale, te lo tendría que haber comentado, es lo que ibas a decir, ¿no?

La madre se mordió la lengua. En el pasado quizá le hubiera dado la razón. Sí, en el pasado le hubiera dicho que ese tipo de cosas las debería haber comentado con ella, ¿quién mejor para algo así? La hubiera aconsejado con todo tipo de detalles. Sin embargo, en el presente de ahora, en el presente de ese día en que madre e hija se encontraron por primera vez después de tantos años sin hablarse, en *ese* presente ya no existía *esa* confianza. Mayra no recordaba si en algún momento existió. De cualquier modo, no eran el día ni la hora adecuados para echar la vista atrás.

—No, no iba a decir eso —respondió la madre con aplastante neutralidad.

Helena no esperaba esa reacción, y Mayra lo percibió.

—Cualquier artilugio influiría en su sonido —aclaró mientras batía enérgicamente el té con la diminuta cucharilla—, claro que los dispositivos se pueden quitar cada vez que el violín vaya a ser utilizado, pero es una responsabilidad que ninguno de los propietarios quiere asumir. Dimos por hecho que nadie en su sano juicio transportaría el violín sin la caja de seguridad y que las medidas de la Society eran suficientes…; nos equivocamos —la cucharilla paró, gracias a Dios—, en realidad me equivoqué yo.

—¿Tenéis algún tipo de protocolo de seguridad en las casas de los propietarios o en las salas donde se exhiben o donde se guardan?

—Por supuesto, tanto las casas como los museos o cámaras donde están deben contar con servicio de alarma contra robo e incendio,

nuestro equipo se desplaza y comprueba que las condiciones no ponen en riesgo la integridad de la pieza. Yo misma o uno de los curadores que colaboran con nosotros hace un reporte de las condiciones y verifica el lugar en el que se guardará.

—¿Cuándo fue la última vez que viste ese violín?

—Cuando se hace la revaluación. Es un protocolo que seguimos para confirmar que todo está en orden, lo hacemos cada seis meses.

—Es decir que hace seis meses todo estaba en orden, digamos, ¿en julio o agosto viajaste a Chicago?

—A finales de julio.

—¿No se ha prestado nunca? ¿En ningún momento?

Helena negó sin hablar.

—Es decir, nunca ha salido de la Stradivari Society.

Volvió a negar.

—¿Y de la cámara de seguridad? —iba a decir algo que luego nunca recordaría, pero su mirada reparó en el trozo de medalla que colgaba de la pulsera del reloj de su hija. No pudo evitar detenerse en el pequeño objeto durante unos segundos. Ella la tenía, ¿cómo la había conseguido? Su mirada buscó la de su hija, anhelando compartir el significado que el pequeño recuerdo tenía para ambas.

—¿La llevas siempre contigo? —preguntó con la voz entrecortada por la emoción.

Helena asintió en silencio y, sin pestañear, continuó.

—Sí a la segunda pregunta —admitió girando la cabeza hacia la solitaria entrada norte del parque—. Y no, no ha salido de la cámara de seguridad desde que empezó a formar parte del fondo, Frida no se quiso arriesgar.

Antes de que Helena volviese la cara hacia su madre, esta se recompuso.

—Y sí —continuó la hija—, es justo lo que piensas: no tenemos ni pajolera idea de en qué momento de esos seis meses desapareció, estoy perdida —sus manos se juntaron nerviosas en una palmada—, no sé por dónde empezar.

—¿Alguien que estuviera interesado en el violín?

—Hay solo seiscientos Stradivarius en todo el mundo… Créeme si te digo que el abanico de ladrones es muy amplio.

—¿Piensas que ha sido un robo al azar? Quiero decir, ¿el ladrón sabía que el violín garantizaba un fondo de inversión?

Mayra conocía la naturaleza de su hija, que permaneció en silencio por unos instantes. Sabía que Helena no creía en las casualidades. Volvió a mirar el pequeño trozo de metal que colgaba del reloj de arena, pero esta vez mantuvo a raya el recuerdo. Más tarde, una buena amiga le aconsejaría que, al menos por el momento, tendría que ver a Helena como una clienta o una extraña, solo así podría aparcar

sus sentimientos.

—A ver —empezó a decir la agente frotándose las sienes y apartando la taza de té hacia un lado—, hemos de empezar por lo que tenemos. Si no podemos saber cuándo se lo han llevado, partiremos de la hipótesis de que quien lo robase conocía su pertenencia al fondo, por lo tanto, te sugiero que empieces o, bueno, *empecemos* por investigar la lista de personas que conocen las piezas que pertenecen al fondo.

La madre pudo comprobar cómo el rostro de su hija se relajó por primera vez desde que entró en la cafetería. Había dicho *empecemos*. La línea vertical de los hombros empezó a buscar la horizontalidad. Mayra había dejado caer que la iba a ayudar. La curadora lo había conseguido sin renunciar a los glaciales sentimientos que le dispensaba.

—Oye —dijo a la defensiva—, no tienes por qué tomarte la molestia, puedo apañármelas sola.

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

Helena hizo ademán de decir algo, pero no salió palabra alguna de su boca. Madre e hija volvieron a quedar en silencio, y la entrada norte del parque volvió a ser blanco de sus huidizas miradas.

Mayra inspiró sin hacer ruido durante seis segundos y exhaló durante diez.

No es que su hija fuera bipolar. No. Como madre que la había parido sabía que Helena se esforzaba, y se esforzaría, por aparentar la seguridad y autosuficiencia que en absoluto tenía en esos momentos. Su hija se comportaba así con ella, y aunque la agente no era una mujer dada a la paciencia, no podía rechazar el guante que el destino acababa de lanzarle.

«Después de todo», pensaba Mayra, «en nuestro distanciamiento, mi silencio ante sus ataques me había otorgado la culpa». Y no había más que ver el rostro de la curadora para darse cuenta de que estaba en un aprieto serio.

—Ya lo sé, Helena —repuso conciliadora la madre—, sé que puedes apañártelas sola, pero déjame que indague algo, te pondré al corriente de lo que consiga, y después tú decides.

Helena se echó hacia atrás en la silla. Meditó unos instantes y, volviendo a la pregunta de su madre, añadió:

—Solo estamos los propietarios de las piezas, los dueños de la gestora y yo.

—Pues empezaremos por los dueños de la gestora.

—Tengo que llamar a Ricardo en cuanto termine de hablar contigo —dijo con pesar.

El reloj de Mayra marcaba las nueve y media de la noche. Era tarde, y quería averiguar un poco más sobre los jefes de su hija. Nicolás ya

no estaría en Second Consulting, así que lo haría desde su casa.

—Intenta descansar esta noche —le aconsejó cuando se levantaban.

Ella pareció aceptar la recomendación. Dócilmente, se puso el abrigo y le cedió el paso.

—Te acompaño —propuso la madre cuando salieron. El suelo estaba resbaladizo, la nieve se estaba helando.

—No, no es necesario.

El silencio indicó que la despedida sería allí, en la puerta del Café Vienés. Helena se acercó a Mayra para darle otros dos besos. La madre tuvo que vencer la tentación de atraerla y devolverle un cálido abrazo. Sabía que su hija lo necesitaba, pero…

Pero.

No lo hizo. Pensó que su hija se zafaría y se marcharía junto con la poca dignidad que se había obligado a mantener en su presencia.

10

El año en que Mayra Abascal terminó en la Academia de Infantería de Toledo y conoció a un profesor de violín de origen alemán llamado Matías Shriver.

Ese mismo año se casaron.

Ese mismo año entró en el servicio de inteligencia.

Ese mismo año llegaron las primeras condiciones en casa: «Ese trabajo tuyo no es para mujeres».

Un año después, pese a todos los muros que, como mujer y militar tuvo que rodear en su vida, dio a luz a dos gemelos: Helena, curadora de arte, y Raúl, seguidor empedernido de los pasos de su madre.

Y las condiciones de Matías ya nunca cesaron: «Una mujer donde tiene que estar es en su casa, deja tu trabajo o no podremos ser una familia normal, no sé qué haces tú con todos esos hombres. Te gusta que te miren ¿verdad?».

La diferencia entre los hermanos empezó a manifestarse a una edad temprana. Si para Helena su madre era alguien de quien avergonzarse, para Raúl, Mayra era una heroína de la que vanagloriarse.

Para Helena, la dedicación de su madre al trabajo era una traición a su familia. Para Raúl era una satisfacción que su madre luchara contra los terroristas. «Los malos nunca duermen», era la frase con la que trataba de justificarse ante sus hijos.

De sobra sabía la entonces joven agente que su hija hablaba por boca de su padre. En su momento nunca lo hizo, pero ahora, con la perspectiva del tiempo, se preguntaba qué habría sido de su familia si el agente del CNI hubiera sido su marido y ella se hubiera dedicado a dar clases de violín. Es probable que aún siguiera casada con Matías.

Cuando el pequeño Raúl tenía ocho años, una noche como otra cualquiera, estaba haciendo los deberes en la pequeña mesa que Mayra le había improvisado en un rincón del despacho de casa. En aquella época siempre había alguien practicando con el violín, y el despacho de Mayra era la única habitación en la que podían estar sin distracciones.

Sobre la mesa de Mayra, una maqueta simulaba una ciudad del sur de Francia en la que se escondían terroristas. Tenía muy poco tiempo

para estudiar una operación y había hecho que le llevaran la maqueta a casa. Esa noche se puso a estudiarla: desde el subsuelo, pasando por las alcantarillas, hasta el tejado de los edificios, las calles, plazas, balcones en los que podían estar apostados, los metros de distancia para poder escucharlos… en fin, revisando todo.

Esa noche, el pequeño Raúl no estaba estudiando, aunque lo pareciera. Los ojos del niño seguían la mirada de los ojos de la madre. La mente del niño se había introducido en la maqueta y absorbía las estrategias que la madre ensayaba. Mayra podía intuir la fascinación de su hijo.

Más tarde, cuando lo cogió en brazos para llevarlo a la cama, el pequeño le susurró: «Mami, eres la mejor». Fue en ese preciso instante cuando Mayra supo que su hijo seguiría sus pasos. Esa noche marcó su destino.

Para entrar en el servicio de inteligencia era condición necesaria tener algún familiar dentro. A día de hoy, afortunadamente, esto ha cambiado, la selección ya no es tan estricta, pero se prefiere que los aspirantes tengan conocidos dentro.

En el momento en que Raúl decidió entrar en el CNI y comunicó su decisión a su familia, la tormenta estalló con toda su furia. Mayra no podía evitar sentirse orgullosa por la decisión de su hijo. Matías se sintió desgraciado y furioso. Helena… no podríamos definir con exactitud lo que sintió la curadora. Empezó el instituto, y parecía que siempre tenía la cabeza en sus números y en sus violines.

—¿Wonder Woman?, me río yo de Wonder Woman. Quien te puso ese apodo no tenía ni idea de quién eres ni de lo que eres —le echaba en cara su exmarido.

—¿Y quién soy, según tú?

—Eres una mala persona; no tienes bastante con abandonar a tu familia que encima metes a tu hijo dentro.

—No soy una mala persona —trataba de defenderse ella, desarmada por la humillación ante sus hijos.

—Sí, lo eres, vas a mandar a tu hijo a una muerte segura y no eres capaz de pasar una tarde con tu hija, no eres capaz de ir a verla al conservatorio, ¡en esta casa solo hay guerra y terroristas! ¡Estoy harto!

—¡Pues vete!

—¡No, aquí eres tú la que sobra!

Hubo tantos gritos, tantos insultos y tantas discusiones que un día Mayra le hizo caso y salió por la puerta para no volver. Lo hizo y nunca le pesó. La situación era insostenible, y uno de los dos debía dar un paso atrás. Uno de los dos debía ceder, abandonar el hogar. Fue ella. Sí, dejó el hogar familiar, pero nunca abandonó a su familia.

La madre participó en el adiestramiento del hijo, más duro si cabe

por ser «el hijo de» que el del resto de sus compañeros. Se reconocía en él y eso la llenaba de orgullo. Había heredado sus habilidades para el engaño, el compadreo, la empatía, era valiente y caía bien. Fue carne de cañón para La Casa. Conoció y entabló estrecha amistad con miembros de otros servicios secretos como la CIA o el Mossad. Estuvo en Afganistán en 2003, año en el que madre e hijo coincidieron en la Embajada de Arabia y compartieron la casa de Riad. También en Irak, donde tejió una importante red de informantes detractores de Sadam. Cuando la guerra en Siria se recrudeció y nuestro país empezó a ser objetivo de los yihadistas, pidió trabajar desde el foco del conflicto. Mayra fue su oficial de caso[7].

Por su parte, si Helena le hubiera preguntado, por ejemplo, quiénes eran sus compañeros de colegio, sus profesores, su mejor amiga, su bebida favorita, las ofertas de empleo a las que se presentó, o incluso, qué ofertas de empleo llegaban a su buzón, Mayra le hubiera dado nombres, apellidos, direcciones, historial, agua con gas, Deloitte, HSBC, Christie's, Mena & Asociados. Incluso alguna vez, desde Arabia, tuvo que advertir a su padre sobre determinadas compañías que frecuentaba que la podían meter en problemas. Ninguna de las otras madres florero conocía tan bien a su hija como ella, la marimacho traidora que estaba siempre fuera.

Ahora, veintidós años después, Helena la necesitaba. A su manera, le había pedido ayuda. Ahora, veintidós años después, Raúl ya no estaba.

11

Calle Bailén, Madrid.

Tras la absurda despedida con Helena, y ya en el piso de la calle Bailén, Mayra se preparó una tetera con dos bolsas de té negro, se fumó un mentolado en la terraza y, envuelta en su bata, se encerró en el despacho.

Vivía en el mismo piso donde sus abuelos maternos la llevaron cuando sus padres fallecieron. En la calle Bailén, frente a los Jardines de Sabatini. Tratándose de la única nieta, también fue la única heredera. Una vez que se divorció de Matías, y con el dinero ahorrado en sus años de agregada militar en la Embajada de Arabia, hizo una reforma y lo convirtió en su oasis particular. Un hogar a su medida: bonito, con estilo, cómodo y que satisficiera todas sus necesidades.

Se construyó un despacho como el que tenía en la casa que compartía con su exmarido y sus hijos, con acceso a la terraza y conectado con las mismas bases de datos que los ordenadores de Second Consulting. Por algo seguía siendo una agente oscura de La Casa.

Esa noche del lunes, dispuesta a averiguar quiénes eran los hermanos Mena, los dueños de la gestora para la que trabajaba Helena, se puso manos a la obra.

Ricardo y Antonio Mena, antes de ser referentes del panorama bursátil español, habían trabajado como gestores en un importante banco de Dubái, en pleno Trade Center. Al igual que muchos europeos, canadienses y norteamericanos, los Mena habían tenido el privilegio de hacer lo mismo que hacían en su país de origen, pero cobrando hasta tres o cuatro veces más y viviendo en lujosas urbanizaciones. Al parecer, poseían un par de mentes excepcionales por las que los Emiratos pujaban sin que les temblara la cartera.

La aventura emiratí duró apenas un año.

El nombre del banco no figuraba en ninguna de las bases de datos que consultó, así como tampoco dio con las razones por las que volvieron tan pronto a Madrid. Tal vez ya habían hecho el suficiente dinero, tal vez la soledad del expatriado les pesaba… Sin embargo, sí

encontró una nota en la que se hacía referencia a un acuerdo de no competencia con sus antiguos jefes.

Regresaron a Madrid en el mismo año y crearon la gestora Mena & Asociados, un provechoso negocio familiar amparado en el conocimiento que importaron del país del Golfo. Se hicieron con las carteras de algunos de los empresarios más influyentes del panorama económico y social del país y, en menos de seis meses, el negocio empezó a despegar.

Mayra resaltó con fluorescente la frase: «en un año estaban vendiendo fondos de inversión con rentabilidades atractivas en toda Europa».

No llevaban ni un año con la gestora cuando los hermanos diversificaron: parte del negocio empezó a derivarse hacia los fondos de inversión garantizados por piezas de arte. La exención de devaluación a la que están sujetas las piezas de arte era y es un atractivo para el mercado mobiliario. Así pusieron la vista en los violines Stradivarius, y así llegaron hasta Helena.

Mayra consultó fechas.

Sí, Helena dejó Londres a finales de 2014.

La exagente y dueña de Second Consulting recordó el momento en que su hija tomó esa decisión. Era comprensible que Helena se sintiera tentada por el proyecto que le ofrecieron los Mena. La decisión le gustó y disgustó a partes iguales. Por un lado, sabía que había luchado muy duro para entrar en Christie's y tenía cierta reputación en el mundo del arte. Por otro, saber que su hija estaba en Madrid acortaba distancias. Pero en esa época la relación con Helena era inexistente, aunque ella conociera los pasos que daba su hija, consecuencias de tener como madre a Wonder Woman.

La información que esa noche pudo recabar de los hermanos le mostró a dos personas con estilos de vida y personalidades, en apariencia, opuestas. Ricardo aparecía en casi diez mil resultados de búsqueda en internet, Antonio apenas en dos. Mientras que la vida de Antonio Mena y su familia transcurría en la más absoluta sencillez, la de Ricardo se anunciaba a bombo y platillo por el superficial mundo del papel *couché*.

Ricardo Mena era un conocido empresario madrileño de cuarenta y ocho años que sabía moverse con soltura por los círculos de la alta sociedad madrileña, la reputación de afamado bróker le precedió a su vuelta a Madrid, y era habitual verlo posar acompañado del brazo de la espectacular modelo o actriz de turno, interesada en su físico y en sus finanzas a partes iguales. Tenía el porte elegante y solía llevar una barba descuidada y pelo con apariencia desaliñada, pero en el que se veía a la legua la tijera de un profesional.

Antonio Mena era el primogénito. De unos cincuenta y dos años,

vivía en un modesto piso de setenta metros cuadrados frente al Parque del Oeste. Casado desde hacía más de veinte años con la misma mujer, tenía dos hijos de veinte y veintidós años; ambos estudiaban en Estados Unidos. Su existencia era tan mediocre que nada, salvo un todoterreno de gama alta, delataba la inmensa fortuna que poseía. Aun así, el vehículo era bastante usual en la zona de Madrid por la que la familia se movía.

Lo cierto es que Mayra no había oído hablar de los hermanos hasta que supo que Helena iba a trabajar para ellos. En su momento, estuvo tentada de ir más allá, pero no lo hizo. La relación con Helena era inexistente, y temía que se molestara aún más si percibía que ella andaba cerca.

Las bases de datos a las que aún tenía acceso la informaron sobre las propiedades inmobiliarias y mobiliarias de los Mena. Ricardo había sabido navegar con destreza entre las tumultuosas aguas de dos divorcios publicitados debida y concienzudamente en los programas del corazón. Afortunadamente, no tenía descendencia y se había guardado muy bien de tener que financiar la vida de sus exesposas tras el divorcio: un prestigioso bufete europeo le cuidaba las espaldas.

Pero no todo era juerga y diversión; los negocios lo llevaban a mantener relaciones con políticos europeos, empresarios y acaudalados banqueros. El bróker, salía fotografiado en todo tipo de acontecimientos sociales: inauguraciones de restaurantes, galerías, teatros, fiestas benéficas… Llegada a este punto, no pudo avanzar más. La base de datos de la que disponía se quedaba corta.

Eran casi las dos de la madrugada. Anita Sierra de Andrés no estaría despierta, aun así, le dejó un mensaje: «Llámame cuando te levantes». Y antes de apagar el ordenador, su teléfono ya estaba sonando.

—¿Cómo me llamas a estas horas? —le reprochó.

—¿Me pones un mensaje así y quieres que me vuelva a dormir? —respondió una voz soñolienta al otro lado.

—¿Qué tal estás, Anita? No te hagas ilusiones, que no te llamo para arreglar el mundo.

—Como comprenderás, a estas horas no estoy yo para arreglar nada.

—¿Para desarreglarlo, entonces?

Ana Sierra. Su entrañable amiga y antigua *oficial de caso* en La Casa.

Algunas mañanas seguían compartiendo charlas en las que se ponían al día de los temas habidos y, sobre todo, por haber.

—Siento llamarte a estas horas, sabes que…

—Sé que no lo harías si no fuera importante —la interrumpió con su cariñosa y aún adormilada voz—, dime qué pasa, cariño.

—Necesito información sobre Ricardo Mena.

La voz al otro lado tardó unos segundos en hacerse oír.

—¿El empresario?

—Ese mismo, de la gestora de fondos Mena & Asociados.

—Espera, que me voy al salón, aquí mi esposo ronca como si llevara años hibernando, y casi no te entiendo. —Tras unos segundos, Anita retomó la conversación—. Menudos pájaros los Mena, apuntas alto, amiga. ¿No trabajaba ahí Helena?

—Sí, y sigue trabajando, el caso es que he visto algo, pero necesito lo que no se ve.

—¿Está metida en problemas? —preguntó preocupada.

—No lo sé, la verdad, aún no lo sé.

—Esa voz me suena a agotamiento. Anda, duerme tranquila, veré lo que puedo averiguar.

Agradeció a Ana su disposición y, tras colgar el teléfono, se recostó en el respaldo de la silla.

La inercia la llevó a buscar en Google las últimas noticias sobre Siria, pero rápidamente seleccionó el aspa y cerró la página.

Apagó el ordenador. Buscó el paquete de tabaco y se lo llevó a la terraza. En las jardineras y en el suelo se acumulaba la nieve.

Cuando sus padres murieron, solía pasarse horas contemplando la silueta recortada del Palacio Real y la Almudena. Tras la muerte de Raúl, de nuevo el Palacio y la Almudena fueron testigos mudos de sus noches de insomnio. Cómplices de sus incoherentes reflexiones, que, gracias a Dios, desaparecieron con el gélido viento que azota esa zona de Madrid. Porque, durante un tiempo, Mayra tocó fondo; no fue mucho tiempo, pero sí el suficiente como para bajar al infierno y no querer subir.

El trozo de medalla colgando del reloj de Helena había disparado el recuerdo. El vacío de su corazón volvió a doler con incontrolada virulencia. Un dolor similar al hambre que ella había experimentado en alguna misión: cuando llevas más de una semana sin comer, el estómago duele.

Hasta esa tarde, creía que lo había conseguido, que podía sobrellevar su recuerdo. No era así. Estaba claro que cualquier rasguño en la memoria aún le provocaba una hemorragia. El pequeño trozo de metal había sido el disparador del recuerdo.

Lloró bajo la atenta mirada de La Almudena y del Palacio Real y estuvo así hasta que se dio cuenta de que tenía las extremidades entumecidas por el frío polar. Se introdujo en la cama sin quitarse la bata, apagó la luz y ahogó su pena en la almohada. Vencida por el cansancio, a punto estuvo de no escuchar el mensaje que Anita Sierra le acababa de enviar a las tres de la madrugada.

«Los Mena son buenos amigos, ¿desayunamos mañana?».

PARTE DOS

ESTOS BRITÁNICOS

12

Avenida de América, Madrid.

A la mañana siguiente, el cielo parecía a punto de caer, llovía a mares.

A las 7:30 exactas, en el bar del lujoso Krug Café del Hotel Hilton, en la Avenida de América, dos viejas amigas se estrujaban en un afectuoso e interminable abrazo. No estaban en un sitio donde miembros y exmiembros del servicio de inteligencia se dejasen ver; era, pues, un lugar discreto y adecuado para una exagente y alto cargo del servicio de inteligencia.

Mayra examinaba a su amiga Ana, su Anita.

—Estás igual —admiró. Los años no pasaban por aquella mujer que parecía tener siempre la misma edad. Siempre aparentaba cuarenta, antes, cuando tenía treinta, y ahora, que rondaba los cincuenta y cinco. Su rostro no había pasado por el bisturí. Ana Sierra de Andrés siempre había trabajado desde las trincheras: en las oficinas de La Casa. Había sido oficial de caso de Mayra y se movía como pez en el agua entre despachos, embajadas y jerga diplomática. Era una conseguidora nata. Tanto en sus años de agente oficial como ahora, en sus encargos como agente oscura, Mayra estaba tranquila si Ana Sierra estaba al otro lado. La mujer movía cielo y tierra por atender todas sus necesidades, las previstas y, sobre todo, las más delicadas: las imprevistas.

En el bar del hotel el ambiente era distendido y muy agradable. Algunos clientes, en su mayoría pasajeros que hacían escala por su proximidad al aeropuerto, deambulaban con sus platos en la mano decidiendo qué escoger del impresionante bufé libre. Los camareros les atendían, les hablaban en inglés o francés, incluso en italiano, según su origen.

La puntualidad es algo que se enseña nada más ingresar en la inteligencia, y las amigas habían llegado con apenas unos segundos de diferencia. Tras el eterno abrazo, la encargada del bar se ofreció a guardarles los molestos paraguas. Las amigas se dirigieron hacia la mesa cuyas características cumplían las condiciones que todo agente debía tener en cuenta cuando entraba en un lugar público: frente a la puerta y con una pared a la espalda. Dejaron los abrigos en los dos

asientos que quedaban vacíos.

—Se te echa de menos por La Casa —admitió Ana nada más sentarse.

La camarera les llevó café y una tetera con agua hirviendo a la que Mayra añadió una bolsita de té marca Earl Grey. A continuación, se levantaron y caminaron hasta el bufé.

—Siento no poder decir lo mismo, Anita, no tengo tiempo ni para pararme a pensar. Oye, ¡qué bien te queda ese color de pelo!

—¿En serio? A mi marido no le gustan las pelirrojas.

—Pero si te queda genial con tus ojos verdes, no le hagas caso.

—Es un cretino, ¿te lo he dicho alguna vez?

—¿Qué me dices? ¿Cretino y encima ronca?

—Cualquier día de estos le dejo. Sí, sí, no te rías, va en serio.

En uno de los platos, Ana echó algunos sándwiches y *croissants*.

—Este también, por favor. —Mayra añadió uno relleno de chocolate.

Volvieron a la mesa y, tras unos cuantos bocados, Mayra empezó con el cuestionario que tenía preparado.

—Entonces, ¿qué pasa con los Mena?

—Bonito collar, por cierto, ¿japonesas? —preguntó Ana. Se refería al hermoso collar de perlas iridiscentes que Mayra llevaba puesto. No era la indumentaria acostumbrada de la exespía.

—Australianas. Venga, por favor, que me tienes en ascuas.

—Vale, vale, pues la verdad es que no sé si decirte que estás de suerte. No creo que puedas ir más allá de lo que te voy a contar, al menos yo no puedo darte más información —y empezó a comer uno de los sándwiches.

—¿Te estás haciendo la interesante conmigo?

—No, no, sé que te urge. Supongo que habrás llegado hasta su época en Dubái, ¿no? —Aguardó a que Mayra asintiera—. Era una tapadera… nuestra.

—Entonces, ¿son agentes?

—Informantes, nos pasaban información sobre los clientes y sobre los dueños del banco de inversión para el que trabajaban —Ana continuaba comiendo—, ya sabes de qué va esto.

Mayra aproximó su cuerpo al de su amiga.

—¿Por qué volvieron?

Ana se comió medio *croissant* de un bocado antes de responder.

—Son muy pequeños —se excusó refiriéndose al *croissant*—. Coincidió con la desaparición de Sad al Kabi en Doha.

Mayra dejó de masticar al escuchar ese nombre.

—¿Así que lo cogisteis vosotros? —preguntó.

—Más o menos, tuvimos que entregárselo a la CIA.

Mayra se quedó pensativa unos instantes.

—¿C… c… cómo llegaron los Mena hasta Sad Al Kabi?

Sad al Kabi era un poderoso jeque catarí acusado internacionalmente y por las propias autoridades de Doha de financiar el terrorismo islámico. Fue uno de los objetivos, o *pepes*, como decían en la jerga de La Casa, de la exagente cuando trabajaba en Arabia. En más de una ocasión estuvo a punto de cazarlo, pero los círculos diplomáticos eran tan infranqueables que se le escapó varias veces. Cuando volvió a Madrid, tras varios atentados que llevaban impresa su firma, Sad Al Kabi volvió a serle asignado como objetivo. Estaba muy cerca, entonces ocurrió lo de Raúl, y Mayra dejó el servicio.

—Mayra, no sé cómo llegaron hasta él, debió de ser algo relacionado con el banco, Directora te lo contaría sin problema.

Directora, así llamaban a la jefa del servicio secreto. No le parecía que el asunto que traía entre manos tuviera la suficiente repercusión como para implicar a Directora.

—No quiero meterla en esto, aún —repuso Mayra.

—Sé lo que estás pensando —aventuró Ana Sierra—: crees que los Mena están metidos en algo turbio por lo que pasó en Dubái, y siento decirte que estás equivocada. No desaparecieron de la noche a la mañana, fue algo gradual.

—Me lo imagino, pero ¿crees que en Dubái o en Catar no ataron cabos?

—Mayra —respondió Ana negando con la cabeza—, olvídalo. Fue una operación limpia, de las mejores que hemos hecho. No dejamos cabos sueltos.

—¿Era cliente Sad Al Kabi del banco para el que trabajaban los Mena? —insistió la exagente.

Ana chasqueó los labios.

—Algunas de las empresas del conglomerado del jeque sí.

—Con eso basta.

—Repito —dijo acusándola con el dedo—: te estás precipitando.

—Es un comienzo —se excusó Mayra volteando las manos—, algo por donde tirar, no me digas que tú no piensas lo mismo.

—Exactamente, ¿qué debo pensar? —dijo la alto cargo cruzando los brazos y echándose hacia atrás en la silla.

—No sé —admitió Mayra—, es posible que haya alguna relación entre lo que ocurrió en Dubái y lo que les ha ocurrido ahora a los Mena. Esta gente no olvida —dijo refiriéndose a los terroristas.

—Por favor, Mayra, no hagas que me preocupe; pese a que ahora tengas tu agencia fuera de La Casa, sigues siendo lo que fuiste.

—Ana, por favor, no me fastidies.

—¡No, no me fastidies tú a mí! —dijo Ana alzando la voz y bajándola al darse cuenta de que había llamado la atención de las mesas cercanas—. Sigues estando dentro. —Ana Sierra miró alrededor

como para cerciorarse de que nadie las escuchaba y continuó—. Si se enteran de que estás metida en algo con los Mena, olvídate de todo lo que has conseguido fuera del servicio. Directora no te podrá echar una mano.

—Tendré cuidado, de verdad, deja de preocuparte por mí, Santo Dios, soy mayor que tú.

—¿Y?

—Venga, con lo guapa que estás, no te enfades, ¿no han pedido ayuda los Mena a La Casa? —volvió a preguntar Mayra.

—No me ha llegado nada —respondió Ana engullendo otro medio *croissant*—. Y yo siempre estoy guapa.

—No sé, Ana, no creo que estén limpios.

—Uf, esa mirada… ¿En qué estás pensando?

—¿Sabías que llegaron al acuerdo de no hacerles competencia desleal, y en menos de un año Mena & Asociados estaba cotizando en bolsa y abriendo despacho en la City?

—¿Blanqueo?

—El blanqueo y el desvío a paraísos fiscales está a la orden del día en las empresas de la City. ¿Trabajaron para vosotros y no les hacéis seguimiento?

—Da por hecho que La Casa no les ha perdido la pista.

Mayra sopesó la idea de continuar interrogando a Anita. Sobreentendió lo que acababa de decir: La Casa estaba al día de las actividades, ilegales o no, que los Mena hacían en la City. Al fin y al cabo, las dos amigas debían lealtad a La Casa.

—Y, entonces, Helena —continuó Ana cambiando el tema a propósito—, ¿te ha pedido ayuda? ¿ahora?

—Sí, está bastante afligida con este tema. Se juega su prestigio.

—Pero —y como pensando en la conveniencia de decir o no lo que venía a continuación, prosiguió—¿después de casi seis años sin dirigirte la palabra?

—Así es.

—¿Y después de llevar toda la vida pasando de ti?

—Anita, por favor.

—Vale, lo siento —dijo poniendo sus manos sobre las de Mayra—, es que te he visto sufrir tanto por ella.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que le diga que se las apañe sola? —Se cubrió el rostro con las manos y, volviendo a descubrirlo, aclaró con pesar—: Nada me apetece más que estar lejos de ella.

Ana presionó sus manos contra las suyas.

—Te entiendo, cariño, no tienes que avergonzarte de tener esos sentimientos.

—¿Sabes lo desesperada que debe de estar para acudir a mí? Si la hubieras visto… No parecía ella, estaba tan demacrada…

—Me hago una idea, y tú quieres estar ahí, demostrar que los cuarenta y pico años que llevas de servicio al final van a ser útiles para ella, ¿me equivoco?

La exagente negó sin pronunciar palabra.

—Lo comprendo.

—Una vez me dijiste —empezó a decir Mayra con los ojos brillantes— que una de las cosas que los hijos jamás olvidan son las ausencias de los padres, se sienten inseguros y desprotegidos.

—Sí, mi psicóloga me lo enseñó y tenía razón. Helena se quedó estancada en su infancia y en lo que su padre le metió en la cabeza. En lo que respecta a ti —dijo exhalando—, le sigue importando una mierda que te partieras el cuello por salvar al mundo.

—Tienes razón, Ana, sabes que lo sé —admitió bajando la mirada hacia el plato con restos de los dulces—, pero ahora es ella la que necesita ser salvada.

—Lo sé, lo sé, pero debes permitirme un consejo —hizo una pausa esperando el consentimiento de Mayra y prosiguió—: si la vas a ayudar, trata de verla como un cliente, no como tu hija.

—Pero es mi hija —objetó la exagente.

—¿Y? —preguntó escéptica—. Si te comportas con ella como la madre que llevas dentro y nunca has sido, huirá, no necesita una madre ahora.

—No sé si te entiendo.

—Ha acudido a ti como cliente —Anita se aproximó más hacia ella—, no como tu hija.

—Pero ha acudido a mí porque soy su madre.

—No te equivoques, cariño, ha acudido a ti buscando tu profesionalidad, no tu afecto. Trátala como si fuera uno de tus clientes, demuéstrale lo que vales, haz tu trabajo y deja a un lado las emociones, al menos por ahora.

Mayra trató de grabarse a fuego las palabras de su amiga, le vendrían bien para afrontar los próximos días.

13

María de Molina, Madrid.

La tormenta continuaba, y las nubes descargaban sin piedad un frío aguacero sobre Madrid. El atasco en María de Molina, al igual que en el resto del distrito, provocaba ensordecedores cláxones, peatones que se esquivaban con sus paraguas y un olor a tierra mojada que hacía desear estar en casa, con una manta y cerca del radiador. En la sede de Mena & Asociados, una bandeja de cartón reposaba en el centro de la mesa de reuniones. Ricardo Mena y Helena sostenían vasos de café de Starbucks; Antonio Mena bebía café de la expendedora del pasillo.

—No estaría de más que enviaseis al resto de curadores a comprobar las demás piezas que garantizan el fondo —sugirió Helena acomodada en una de las mullidas butacas giratorias. Estaba agotada y hacía esfuerzos por mantener la mente ágil. Le dio un buen trago a su café.

—Estamos en ello —informó Ricardo, cuya barba estaba un poco más descuidada de lo normal—, la aseguradora nos está echando una mano y ha enviado a varios de sus peritos a las distintas ubicaciones. Entre nuestros técnicos y los suyos podremos contar con un informe completo a última hora de la tarde.

De vez en cuando, algún empleado pasaba y los miraba preocupado. No era normal que los jefes y la curadora se encerraran a cal y canto durante tantas horas, tantas veces los últimos días. El arquitecto que diseñó el local colocó la sala de reuniones en el mismísimo centro, la construyó de cristal y la aisló de la ajetreada actividad que invadía la gestora a medida que los mercados del mundo entero empezaban a abrir. Tanto si las bolsas de medio mundo subían como si bajaban, el ambiente se caldeaba en ambos sentidos.

Los socios, la curadora y algunos gestores más contaban con su propio despacho, el resto trabajaba en cubículos cuya altura no superaba el metro y medio. Las reuniones se hacían en la sala común, una especie de pecera desde la que se podía contemplar toda la empresa: la recepción y sala de espera, los despachos del personal, el *office*, la sala de trabajo (en la que unos quince empleados trabajaban en sus puestos). Todo el mundo podía verlos y, por sus semblantes,

saber en qué dirección iban los augurios.

Esa mañana en la que el aguacero reventó algunas alcantarillas del exquisito barrio de Salamanca, el personal de Mena & Asociados no apostaba por los buenos augurios. Los hermanos apoyaban sus codos sobre la mesa; Ricardo, de vez en cuando, escondía la cara entre las manos y, tras un largo masaje, volvía a levantarla como si se acabara de despertar.

Helena hacía esfuerzos por mantener la espalda sobre el respaldo de la silla. A veces, tras un periodo de vaga conversación, los tres se sumían en un silencio que mantenía en vilo al resto de empleados.

—Las ojeras de Helena se pueden ver desde aquí —comentó una de las empleadas a otra.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? —querían saber.

Pero el motivo no había trascendido, ni lo haría por el momento. La curadora se frotó suavemente los ojos y se irguió en la silla.

—¿Qué ha dicho la aseguradora? —preguntó.

—Está llevando su propia investigación, ha enviado a uno de los suyos a Chicago.

—No encontrará nada —advirtió Helena, que ahora abrazaba el vaso de café con las manos—. No lo cambiaron cuando estaba en la cámara, nadie podría entrar sin la clave y eso es algo que solo Frida sabía.

—¿Crees que ella pueda estar relacionada? —preguntó Antonio—. Si no lo cambiaron en la cámara, y Frida dice que no lo han expuesto…

Helena negó una vez con la cabeza, sopló su café y dio un pequeño sorbo. No dijo nada.

—Si ella hubiera estado relacionada, ¿por qué dar la voz de alarma justo ahora? —inquirió Ricardo, que había desbloqueado el teléfono para leer unos mensajes que le acababan de llegar.

—El plazo de reembolso para el primer inversor vence dentro de un mes, ¿no es así, Helena? —señaló Antonio. Esperó la respuesta de la curadora antes de proseguir—: Revaluamos las piezas cada seis meses, es decir, como muy tarde, el robo ocurrió seis meses hacia atrás, en agosto.

—Pero la Stradivari Society tiene piezas de valor superior a El Irlandés y tiene otros Stradivarius que no pertenecen al fondo —añadió Ricardo sin levantar la vista del móvil—. Joder, esta esposa mía qué viajes se hace.

Antonio le dirigió una mirada de reproche, y el hermano menor se guardó el móvil en el bolsillo. Los tres callaron por unos segundos hasta que Helena los sacó del mutismo.

—Es algo que no he dejado de pensar desde que confirmé con el TAC que no era El Irlandés, cabe la posibilidad de que quien lo robase

quisiera perjudicar al fondo. Estoy segura de que no ha sido un robo al azar, ni ha sido por dinero.

—¿Y el tema sentimental? —quiso saber Antonio—. Muchos robos los hacen coleccionistas privados que desean tener en sus manos un Stradivarius.

—Solo tenemos esas dos opciones —resolvió Helena—: o van tras el fondo o es un robo sentimental, aquí no cabe el azar.

Ricardo se aflojó el nudo de la corbata y se rascó compulsivamente la barba. La frente le empezaba a sudar. Antonio, por su parte, mantenía la calma. Los dos hermanos eran conscientes del escenario que se les presentaría en un mes si no daban con el violín, pero cada uno lo afrontaba a su manera.

—Podemos contratar a alguien que dé con el paradero del violín —sugirió Ricardo como si fuera algo que se le acababa de ocurrir. La verdad es que quería ver la reacción de su hermano.

—Sería una pérdida de tiempo —declaró Antonio—, nos llevan meses de ventaja.

El primogénito se desperezó en su silla y dejó las gafas de montura al aire y patillas plateadas sobre la mesa. Se levantó con brusquedad, provocando que la inercia arrojara su silla varios metros hacia atrás. Algunas cabezas curiosas que asomaban de los cubiletes hicieron el acto reflejo de volver a su sitio.

—Necesito otro café, ¿queréis algo?

—No —respondieron Helena y Ricardo al mismo tiempo.

Antonio salió de la sala y, sin reparar en la mujer que en esos momentos estaba hablando con la secretaria, fue hasta el pasillo y sacó un café de la máquina.

En la sala, Ricardo esperó a que su hermano desapareciera por la puerta para dirigirse a la curadora.

—Si me tomo otro café, me tenéis que llevar al hospital. ¿Has sabido algo de tu amiga la detective?

—Le conté lo que había pasado, y quedamos en hablar hoy. La he citado aquí, debe estar a punto de llegar —se miró el reloj—. ¿Él no sabe nada? —preguntó ladeando la cabeza hacia la puerta por la que había salido Antonio. Iba a volver la cabeza hacia la sala, pero algo se lo impidió. En la entrada, una mujer vestida de forma elegante y con un llamativo collar de perlas hablaba con la recepcionista. Siguiendo las indicaciones, tomó asiento, momento en el que Mayra enfocó sus ojos hacia la sala y sorprendió la mirada de su hija.

—¿No sé nada de qué? —Antonio entraba de nuevo en la sala con un vaso de plástico cogido por el borde—. ¿Ricardo?

Este se revolvió incómodo, pero Helena tomó la palabra:

—Tengo una amiga que puede ayudarnos.

Antonio se sentó y tomó un sorbo de su café sin quitarle la vista de

encima a la curadora.

—Es detective privada —continuó resuelta Helena—, y muy buena, de las mejores. Ayer la puse en antecedentes.

—No me parece prudente contarle todo a una *simple detective privada* —declaró con brusquedad Antonio mirando de soslayo a Ricardo.

—Es de confianza, Antonio, y muy buena profesional —añadió Helena al tiempo que lanzaba una inquieta mirada hacia la entrada. Entre las múltiples habilidades de su madre estaba la de leer los labios.

—Si esto sale de aquí o llega a la prensa, estaremos perdidos, lo sabéis, ¿no?

—Venga, dejad que os la presente —solicitó Helena al tiempo que le hacía señas a Mayra para que se acercase.

—Si queremos recuperar el violín, me temo vamos a necesitar algo más que un detective privado, lo sabes, ¿no, hermano?

Un relámpago iluminó el trozo de cielo que se veía desde la sala de reuniones al tiempo que la exagente entraba por la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Mayra desde la puerta.

Ricardo y Helena se levantaron. Antonio permaneció en su sitio.

—Pasa, por favor. Os presento a Mayra —dijo Helena adelantándose y situándose al lado de la recién llegada.

No es que Mayra esperase que la presentara como su madre. Nada más lejos de la realidad. Aunque no pudo evitar sonreírle cuando esta fue hacia ella. Tuvo la extraña sensación de que su hija hacía valer su apuesta, es decir ella, ante sus jefes.

Qué diferente de aquel día en que la madre fue al colegio a verla actuar en una función de esas que hacían por Navidad. Cuando terminó, quiso acercarse para saludarla (en realidad quería abrazarla y decirle que lo había hecho muy bien), pero cuando Helena reparó en ella, le dio la espalda y se alejó con sus amigas. Avergonzada, salió del salón y subió corriendo al coche. «Son cosas de niña», se dijo mientras conducía. Al fin y al cabo, ella iba en vaqueros, volvía de una misión en el País Vasco francés y desentonaba con el resto de madres, envueltas en pieles y con peinados de peluquería. Quien la hubiera visto seguro que pensaría que era una *nanny* que acudía al colegio en representación de una madre. No volvió a casa ese día. Fue al piso de la calle Bailén y lloró tanto que vomitó. Sentada frente al inodoro se prometió que esa sería la última vez que lloraría por su hija. No se lo merecía.

Al doloroso y fugaz recuerdo de Mayra se sumaron las palabras que Anita le acababa de decir hacía apenas unas horas: «Deja las emociones aparcadas».

Ricardo se acercó y le estrechó la mano con confianza, con un gesto

enérgico y mirándola a los ojos. Mayra tuvo la sensación de que en persona era más atractivo que en las fotos.

—Él es mi hermano Antonio —dijo en un tono que conminó al primogénito a levantarse de su asiento y saludar a Mayra.

La exagente recibió un apretón de manos muy diferente al de Ricardo. Le pareció que la mano de Antonio quería zafarse de la suya desde el momento en que entraron en contacto.

—Helena nos ha comentado que usted es detective y que podría ayudarnos —empezó a decir Antonio Mena, quien había vuelto a sentarse mientras los demás aún permanecían de pie. Miraba fijamente a Mayra a través de sus gafas, preguntándose de dónde había salido aquella mujer que decía ser detective privada.

A Mayra no le pasaba inadvertido el debate que se fraguaba en la mente del empresario. Sus botines de Prada no casaban con su profesión; sus manos sin manicura sí. El conjunto de pantalones de *crepe* y jersey negro de cuello alto, también de marca blanca, le encajaba. El collar de perlas australianas en absoluto. Su maquillaje, o, mejor dicho, ausencia del mismo, sí. El color de su pelo y su exquisito cuidado no. La exagente adivinó el interrogante que flotaba sobre la cabeza de Antonio: «¿En serio esta cincuentona es detective privada? Y, ¿en serio es de las mejores?».

Ricardo y Helena, tras echar los estores alrededor de la sala, tomaron asiento en el preciso instante en que un trueno se escuchó a lo lejos. Parecía que la tormenta acortaba distancias.

—Ayer me estuvo poniendo en antecedentes —aclaró Mayra.

—Como ya te comenté, la última revisión que se le hizo fue hace unos seis meses, solemos hacerla precisamente para tenerlos controlados.

—Lo que nos lleva a acortar el plazo en el que pudo ser sustraído el violín —apuntó Ricardo—, es lo que llamamos «hacer una revaluación»: entre agosto y diciembre.

—¿Quién hizo la revaluación? —preguntó la detective.

Los tres se miraron.

—Fui yo —respondió Helena mirando fijamente a Mayra—, y todo estaba en orden.

La sala empezó a oscurecerse debido a la tormenta y, súbitamente, la sala se iluminó. Estaba equipada con sensores de luz. En ese momento, la secretaria entró con una camarera en la que llevaba una jarra de agua, vaso y café recién hecho. Salió sigilosamente, como había entrado.

—Bien —continuó Mayra—, ayer hablé con Helena sobre la posibilidad de que el ladrón estuviera al tanto de la pertenencia del violín al fondo de inversión.

—Es una hipótesis plausible, aunque también está el tema

sentimental.

—Helena —apuntó Mayra—, estarás de acuerdo conmigo en que la historia de El Irlandés no se presta a sentimentalismos, es un violín que se ha comprado y se ha vendido por intereses, no ha permanecido escondido y siendo contemplado en secreto. Ha pertenecido a la familia Stewart desde hace más de cien años.

—En ese caso también cabe la posibilidad de que alguien quisiera hacer daño a Frida o a la Stradivari Society —señaló Antonio Mena haciendo un triángulo con sus manos y apoyando el mentón sobre los pulgares, sus ojos se posaron en la muñeca izquierda de Mayra.

—Eh…bueno —empezó a titubear adrede la exespía, como si fuera la primera vez que se planteaba esa hipótesis—, si quisieran hacerle daño, ¿por qué no se llevaron otra pieza más cara?, ¿o inclusive más de una? Helena me dijo que en la Society hay piezas que superan el valor de El Irlandés.

Los Mena cruzaron una fugaz mirada.

—¿Sobre qué hipótesis considera usted más efectivo trabajar? —quiso saber Ricardo.

Mayra cruzó las piernas bajo la mesa de reuniones, se recostó en su silla y subió descuidadamente las mangas de su jersey negro, dejando en el punto de mira de Antonio un hermoso Cartier.

—Todo apunta a que quien lo robó sabía que pertenecía al fondo. Eligió un momento preciso que le proporcionaba seis meses de ventaja. Lo que me lleva a pensar en la gestora, en ustedes y en Helena.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Ricardo a la defensiva.

—¿Tienen ustedes enemigos capaces de llevar a cabo algo así?

A ninguno de los dos les pilló por sorpresa la pregunta.

Helena, cuyo cansancio acusaban más sus párpados a medida que pasaba la mañana, se repuso de inmediato. Observó con curiosidad a los hermanos y a continuación miró a su madre, extrañada por la pregunta. Se volvió de nuevo hacia los hermanos, que aún guardaban silencio. Mayra aguardaba a que fueran ellos quienes tomasen la palabra.

—Sí, señora Abascal, tenemos enemigos —empezó a decir Antonio mientras se quitaba las gafas de montura al aire y patillas plateadas—, pero me temo que no los conocemos a todos.

Helena se levantó y acercó la camarera, sirvió agua fresca que solo ella bebió. Un trueno retumbó, parecía que la tormenta estaba justo encima del edificio.

—Yo soy un relaciones públicas, me llevo bien con todo el mundo —dijo Ricardo—, o eso aparento; he ayudado a políticos y a otros empresarios, he tenido dos divorcios de los que he salido airoso, pero no ayudo a todo el mundo. Estoy seguro de que yo tengo más

enemigos que mi hermano.

Entrelazó sus manos y acercó el cuerpo a la mesa.

—En mi opinión, cinco o seis meses es mucha ventaja para correr detrás de un fantasma.

—¿Entonces? —preguntó alarmada Helena—. ¿No podemos hacer nada?

—Creo que es más efectivo atraer al fantasma.

14

María de Molina, Madrid.

Antonio abrió los ojos un poco más, había dejado de observar a la recién llegada, ahora le prestaba atención.

—¿Cómo dice?

—Mi idea es hacer un señuelo, pero antes deberán estar dispuestos a colaborar conmigo en todo lo que les pida.

—Explíquese, por favor —solicitó Ricardo tras dar un trago a su vaso de agua.

—Helena sabe cómo hacer una réplica exacta de un Stradivarius, ¿no es así?

—Sí, claro —titubeó la curadora sin saber hacia dónde quería llegar Mayra.

—Nos llevará tiempo —advirtió—, pero pondremos un cebo creíble.

—¿Y el ladrón? —insistió Antonio—. ¿A estas alturas no sabrá que nos hemos dado cuenta?

Mayra jugueteaba con su vaso lleno de agua. Lo giraba hacia un lado y luego en el sentido contrario.

—Es posible —respondió—, pero les recomiendo seguir guardando silencio. En lo que respecta al mundo, El Irlandés está restaurándose y han enviado otro violín a la exposición de Nueva York. Es todo cuanto se debe saber, si aceptan mis servicios, por supuesto.

—Pero —empezó a decir Helena—, al publicar que está restaurándose, ¿no crees que sabrán que nos hemos dado cuenta?

—En ese caso, no hay por qué decir nada, ¿quién está al tanto de que el violín se iba a prestar?

—Nosotros —respondió Antonio—, Frida y supongo que sus ayudantes.

—Hablen con esa mujer, Frida —ordenó la exespía—, que no diga nada, que, simplemente, deje las cosas como están hasta nueva orden. Alguien de mi equipo viajará a Chicago a ver qué puede averiguar, pero ella no debe saber nada, al menos de momento.

—¿Cómo harás para atraer al ladrón? —le preguntó la curadora.

Los sensores de luz volvieron a detectar luminosidad y se apagaron.

Un trueno sonó lejano, parecía que la tormenta se distanciaba.

—¿De cuánto tiempo dispones exactamente? —preguntó Mayra.

—No entiendo, ¿tiempo para qué?

—Helena, me lo dijiste ayer, ¿cuándo tenéis que abonar los intereses más la garantía al dueño?

Los hermanos las observaban sin hablar.

—Ah, disculpa, a finales de enero hay que devolver todo al inversor.

—A la Stradivari Society, ¿no?

—Sí —respondió Ricardo.

—El problema es que la desaparición de un violín no solo afecta al propietario como inversor, afecta a la estructura del fondo y, por ende, al resto de inversores.

Mayra supo que las palabras de Helena trataban de disfrazar una seguridad de la que carecía, además de conocerla, un leve temblor se apoderó de su voz al pronunciar la palabra *inversor*. *Inversor* era la persona que había confiado en ella y ante quien debía rendir cuentas. En realidad, estaba aterrada. Los tres lo estaban.

—¿Está usted segura de lo que hace? —preguntó Antonio.

La exagente resopló. Había pasado la mayor parte de su vida como agente infiltrada al servicio de la inteligencia española, ahora era detective privada y hacía las veces de agente oscura a demanda. Aquellos dos desconocían que tenían delante a toda una hacedora de acontecimientos en España, en Oriente Medio y hasta en América Central, un mes era un plazo razonable. En menos tiempo había llevado a cabo el derrocamiento de dictaduras ancestrales, organizado secuestros con sus correspondientes rescates y puesto en el mercado negro armas para después encarcelar a los traficantes. Habría que tirar del surtido de informantes y espías alrededor del mundo reclutados durante sus años en activo y, llegado el caso, podría contar con Directora y con Anita Sierra.

Mayra no tenía ninguna duda de que el empresario, a pesar de la pregunta, confiaba en ella. Era la cerrada mentalidad del hombre la que se resistía a depositar su futuro en una mujer.

En su carrera, Mayra había hecho callo del trato que, por su condición de mujer, le habían dispensado. Y no solo los hombres. La sociedad de 1978 no estaba preparada para ver a una mujer en el Ejército[8]. No fue fácil ni dentro ni fuera de la Academia de Zaragoza. Eran años en los que la mujer no tenía cabida en el Ejército. Años en los que era impensable, abominable, fuera de toda norma social, moral y natural. Atentaba contra la lógica más pura que las mujeres entrasen en el Ejército. ¿Por qué?: porque no, punto.

Ella lo consiguió. La muerte de sus padres, siendo su padre un destacado miembro del Ejército, a manos de ETA, fue el pase por el que el mismísimo JEMAD[9] autorizó su ingreso en la Academia.

Entonces no había procedimientos, ni normas ni nada, las situaciones iban surgiendo, y se trataba de solucionarlas. A veces se solucionaban con un pestillo; otras veces no era tan fácil. Se curtió en la vida a base de observar, analizar la mente de las personas y después poder trabajar en consecuencia. Se ganó a pulso cada uno de sus ascensos y recompensas.

Y no es que en el Ejército o en La Casa hubiera más machismo que en el resto de la sociedad. Ambas instituciones eran un reflejo de la sociedad de su tiempo, por tanto, existía el mismo machismo. Tal vez menos, por los valores que imperaban: integridad, lealtad, compañerismo, disciplina, sentido del deber y valor.

—¿Cuándo tendrás la copia, Helena? —preguntó Mayra sin contestar ni mirar a Antonio.

—Así que *simple detective privada* —comentó Mayra mientras Helena la acompañaba hasta la puerta de la gestora.

—La mente de Antonio vive acomodada en sus creencias y le cuesta aceptar que ahora haya mujeres desempeñando trabajos de hombres.

—Debió pensar que era más bien la viuda de algún cliente e iba a reclamar mi herencia. ¿Y cómo aceptó contratarte?

—Me puso a prueba, y los números salieron.

Mayra negó.

—Nada nuevo, tuviste que demostrar que los números salían.

Sí, tuvo que hacerlo. Se preguntó si en lugar de ser ella la candidata, hubiera sido un hombre, ¿habría tenido que demostrar que los números cumplían las exigencias de los Mena o estos hubieran dado por sentada su valía sin tener que demostrar nada?

15

Conservatorio de Música de Nueva Inglaterra (Boston).

El selecto mundo de los violines de alta gama estará eternamente agradecido a la tecnología de rayos X. Si bien hasta hace poco se usaba solo para detectar cáncer y lesiones, desde hacía varios años se le había sacado una nueva utilidad. Una utilidad que Helena siguió muy de cerca.

Gracias a un experimento[10] realizado con el violín Stradivarius conocido como Betts, y en la actualidad propiedad de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en Washington, se pudo conocer al milímetro cada detalle de este instrumento. La mayor parte de las copias que sacaron estaban en poder del Conservatorio de Nueva Inglaterra.

Habían llegado hacía apenas tres horas en el vuelo procedente de Madrid. La tarde anterior, Helena había hablado con el director del Conservatorio, alguien a quien conocía muy bien de su época de Christie's, y le había pedido que le vendiera una de las copias del Betts, en concreto una copia específica que Helena había catalogado como una de las más perfectas.

El Conservatorio estaba ubicado en la Huntington Avenue of the Arts; tardaron casi dos horas en llegar desde el aeropuerto, debido al caótico tráfico y a la nevada, que lo complicaba todo. El campus estaba formado por tres enormes edificios de ladrillo visto. Helena había guiado a Mayra por el edificio conocido como Jordan Hall, en el que se encontraba el despacho del director.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Mayra somnolienta y muerta de frío mientras esperaban en el despacho del director. La secretaria de Steve Rossov, que así se llamaba el director, les había invitado a esperarle dentro. Dado que había varias visitas programadas, y que la reunión con Helena había sido incluida sin cita previa, era preferible que las recién llegadas esperasen dentro. Algo que agradecieron, el Conservatorio estaba lleno de corrientes de aire que las habían obligado a permanecer sentadas con el abrigo puesto. La temperatura en Boston ronda los cuatro grados, y en esos días, la ciudad salía en las noticias por la intensa nevada que estaba cayendo.

—Sacaron más de mil tomografías axiales y las convirtieron en un archivo de ordenador que les permitió simular un objeto tridimensional con ayuda de un *software* de diseño asistido —respondió Helena con las manos metidas en los bolsillos de su plumífero.

—Más o menos entiendo que sacaron radiografías desde distintos ángulos y, a partir de ellas, crearon las copias —razonó Mayra mientras se echaba el aliento en el interior las manos en un intento por entrar en calor—. Por eso le hiciste el TAC al violín de la Stradivari Society.

Helena asintió. Para Mayra, que empezaba a domesticar sus impulsos maternales de abrazarla, aconsejarla, reprenderla por no comer nada en el avión o no abrigarse el cuello, estaba resultando cada vez más mecánico seguir el consejo de Anita Sierra. Se comportaba con su hija como si fuera una clienta. La noche anterior habían quedado en el mostrador de facturación, nada de ofrecerse a recogerla.

—Sí —respondió Helena, que, a veces, observaba a su madre y le costaba reconocerla—, el peso del violín también lo delató, pero la única forma de estar cien por cien segura es a través de un TAC. —Sacó un clínex de su bolso y se limpió la nariz antes de proseguir—. Las imágenes fueron usadas para determinar la densidad de las maderas del violín. Cosa que solo podría hacerse si la pieza hubiera sido diseccionada y medida. Los archivos fueron transmitidos a una máquina de control numérico computarizado. Dicha información fue la clave para tallar cuidadosamente las piezas con diferentes tipos de madera que se escogieron. Las mismas fueron seleccionadas para que se parecieran lo más posible a los originales. Copiaron los cambios ocurridos en más de trescientos años, incluyendo las variaciones de la madera y las pequeñas deformaciones de las tapas, producidas por la fuerza de las cuerdas y de otras partes del violín. Tras ensamblarlas y barnizarlas a mano, el resultado fueron tres copias increíblemente similares a los originales, tanto físicamente como en lo que respecta a la calidad del sonido.

Mayra se levantó para observar de cerca la enorme fotografía que presidía la pared tras la mesa del director.

—Es el Jordan Hall —la informó Helena—, el fideicomisario del Conservatorio regaló en 1901 los terrenos para construir el edificio principal y la sala de conciertos, que es la que estás viendo.

—Es impresionante.

—Si terminamos pronto, podemos pasar a verla —dijo Helena sin mucha emoción.

Mayra siguió paseando por el despacho y volvió al tema de las copias del Betts:

—¿Por qué luego decidieron hacer más de tres copias?

Una mujer de unos treinta años entró llevando dos tazas de té humeante en una bandeja.

—Les vendrá bien para entrar en calor —dijo en inglés con acento americano.

—Gracias —respondieron las dos mujeres.

—En un principio se hicieron tres —continuó Helena—, pero posteriormente acordaron fabricar unas veinte más.

—¿Eso no facilitaría el fraude? —preguntó Mayra observando la nevada desde la ventana. Había encontrado un radiador camuflado en una bonita celosía de madera y, por primera vez en las últimas diez horas, entraba en calor.

Algunos alumnos entraban, y otros salían cargados con sus instrumentos, tales como violonchelos, tubas, o más ligeros, como violines o clarinetes. Helena se levantó también y fue hasta donde estaba su madre.

—En absoluto, la finalidad del genial descubrimiento era, o es, facilitar el acceso de cualquier músico recién graduado a un violín a la altura de su carrera. Dándole la posibilidad de desarrollar una carrera de primer nivel con un instrumento de primer nivel que, con toda probabilidad, jamás llegaría a tocar en su vida quedándose donde estaba.

—¿Cómo es el director? —preguntó Mayra mientras iba a la mesa en la que la secretaria había dejado las tazas de té.

—Es muy inteligente y un apasionado de los Stradivarius. Fue uno de los que fabricó las copias y ahora, como ves, es el responsable del conservatorio en el que están todas las réplicas del Betts.

—Las veintitrés.

—Las quince que quedan —dijo Helena negando con la cabeza. Mayra la miró arqueando las cejas, y ella añadió—: se vendieron ocho para poder seguir financiando varios conservatorios de Massachusetts. Una de esas ocho es la que nos dejaron los ladrones en la Stradivari Society. —Guardó silencio por unos instantes y, como si pensara en la conveniencia o no de lo que iba a decir, soltó—: Gracias por acompañarme.

Mayra se tomó su tiempo enrollando la cuerda de la bolsita de té alrededor de la cucharilla y presionando para exprimirla. Helena la observó, esperaba su respuesta, y la parsimonia con la que esta llegaba empezó a crisparla.

—De nada —respondió al fin Mayra, que conocía a su hija tan bien como para saber que, si no le respondía, el puente que ahora mismo las unía empezaría a derrumbarse.

Aunque las palabras de Helena no fueron para tanto, Mayra no pudo evitar su sorpresa (que para su hija pasó inadvertida). Años atrás, o tal

vez días atrás, la exagente hubiera respondido algo como: «Hija, soy tu madre, ¿cómo no te voy a acompañar?». O, «Por supuesto, ¿qué esperabas?». En su lugar, se limitó a preguntar lo que le hubiera preguntado a cualquier cliente:

—¿Cuál es la diferencia entre las copias y el original?

Helena dejó también la ventana, cogió la taza de té y volvió a sentarse.

—Bueno, lo cierto es que hubo algo que los pioneros no consiguieron replicar al cien por cien. En el último tramo del proceso —explicó antes de dar un sorbo—, el dos por ciento final, aún no se había conseguido un criterio exacto sobre el espesor de la madera. Los Stradivarius presentan una densidad de un milímetro en los anillos de la madera, a veces uno y medio, a veces menos. Las réplicas hechas a partir de tomografías axiales se hicieron con madera cuya densidad exacta es de un milímetro, no fueron capaces de crear una madera irregular, tal vez los trescientos años de antigüedad de los originales han contribuido.

—¿Por cuánto les va a salir la copia a los Mena?

—Las anteriores se vendieron en doscientos mil dólares, nos la dejarán en ciento ochenta mil.

—Uff, Antonio estará dando palmas.

—Ten en cuenta que si todo ocurre como está previsto y recuperamos esta copia, se la podremos volver a vender al Conservatorio, y los Mena recuperarán algo.

—Espero que dé resultado —dijo mirando su reloj.

—¿A qué hora tienes el vuelo?

En cuanto salieran del Conservatorio, Mayra tenía reservado un vuelo para Londres, y Helena otro para Roma. Ambas tenían citas importantes.

—A la una —respondió la exagente—, iremos bien de tiempo si este hombre no se retrasa mucho más.

Las dos se quedaron en silencio por unos instantes, más largos de lo acostumbrado.

—Supongo que nos estarás investigando a todos, ¿no? —preguntó Helena tocándose de forma inconsciente el trozo de medalla que colgaba de su reloj.

—Supones bien —respondió Mayra obligándose a apartar la vista del pequeño metal—, ¿qué crees que encontraré sobre Ricardo?

Helena miró al techo y suspiró:

—Un pasado no tan idílico, y un presente lleno de mentiras.

Mayra la miró aparentando confusión:

—¿Te refieres a lo personal?

—A lo profesional en el pasado, y a lo personal en el presente.

—¿No está bien con su mujer?

—Ricardo es un picaflor, aunque eso ya lo sabrás.

—¿Y Antonio?

—Es muy hermético. No conozco a su mujer y sé que tiene dos hijos aquí, en Boston. Ah, y que juega al golf los fines de semana.

La exagente asentía. De todo lo que Helena le había contado, solo desconocía la situación entre Ricardo y su mujer.

—¿Y de mí? —continuó Helena—. ¿Qué crees que encontrarás de mí?

Mayra iba a responderle justo en el momento en que Steve Rossov, el director del Conservatorio de Arte, irrumpió en su despacho como un torbellino.

—Disculpadme, por favor —dijo en un inglés europeo—, estamos preparando varios conciertos para el fin de semana, y no he sido consciente del tiempo. Mi querida Helena, ¿cómo estás?

Se trataba de un hombre alto y de constitución delgada. Tenía la mandíbula ovalada y daba la sensación de que todo su cuerpo era un conjunto bien avenido. Tenía el pelo blanco por completo, pero su piel no estaba arrugada en absoluto. Helena le contaría más tarde que Steve era un violinista frustrado, pero un excepcional pianista. El recién llegado y su hija se saludaron con dos besos en las mejillas. Mantenían una cordial relación desde que Helena empezara a trabajar para Christie's en Londres.

—Ella es Mayra Abascal —la presentó—, me acompaña en este viaje.

No le extrañó a Mayra que eludiera presentarla como su madre.

—Encantado de conocerla, señora Abascal. Siéntense, por favor, y discúlpenme una vez más —él también se sentó—, ¿les apetece otra taza de té?

—No te preocupes, Steve —respondió Helena con una coqueta sonrisa.

—Mi secretaria tiene preparada toda la documentación. —Y mirando hacia el radiador camuflado por la elegante celosía, se frotó las manos al tiempo que decía—: ¡Pero qué frío hace aquí! ¿No tienen frío? —Se levantó y fue hasta el radiador, subió la potencia—. Los inviernos aquí son cada vez más fríos… Como les decía, no tardaremos nada, pero antes me gustaría que me acompañasen y que fueras tú, Helena, quien eligiera la copia.

Helena tenía claro qué copia iba a escoger. Había repasado todas las radiografías y fotos durante el vuelo. El propio Steve y sus excompañeros de Christie's le habían facilitado parte de los informes. Su elección era la copia número nueve, a su juicio, la más perfecta. La madera había sido ligeramente retocada, de forma que el peso del violín se aproximaba más al de un Stradivarius auténtico. Solo un entendido en este tipo de instrumentos como ella podría

diferenciarlos.

—No es necesario, Steve, sé la copia que quiero —el hombre la miró entre complacido y admirado—: querríamos quedarnos con la copia número nueve.

—A veces se me olvida con quién estoy tratando —se excusó de manera jovial—, ya sabes que, si alguna vez te cansas de la gestora —y al pronunciar estas palabras desvió una mirada cómplice hacia Mayra—, hay varias empresas que estarían encantadas de contar con tus servicios.

Mayra no podía estar más orgullosa de su hija, pero supo mantener sus emociones a raya. El calor empezó a notarse en la habitación y pensó: «Solo espero que la subida de temperatura camufle mi sonrojo».

—Gracias, lo tendré en cuenta —respondió Helena como si estuviera acostumbrada a ese tipo de halagos.

Steve levantó el auricular y dio varias órdenes. A los pocos minutos, la secretaria apareció con los documentos para firmar, entre ellos una cláusula de confidencialidad que ambas partes firmaron.

En el preciso instante en que Helena le entregaba el cheque expedido por Mena & Asociados, uno de los encargados del Conservatorio entró sosteniendo un violín con un paño blanco. Les mostró el instrumento a ambas, y Helena lo tomó entre sus brazos. Lo examinó con detenimiento ante la atenta mirada de Steve, Mayra y el encargado. Finalmente sonrió.

—Es perfecta, Steve.

De camino al aeropuerto, mientras atravesaban la alfombra blanca que colapsaba la ciudad y se preguntaban si finalmente sus vuelos despegarían, dadas las inclemencias climáticas, Helena le confesó algo que a Mayra también le estaba ocurriendo. Algo relacionado con Raúl y que, como madre, se avergonzaba de que así fuera.

—¿Sabes? —preguntó la curadora sin apartar la mirada de la ventanilla y sin girar la cabeza hacia su madre—, cada vez me acuerdo menos de Raúl, y los recuerdos que me quedan son del final, de la tarde en la que me dieron la noticia, de la angustia que pasé en el avión que me traía desde Londres, de mi forma de conducir hasta llegar a Cuatro Vientos… de ti cuando te desmayaste… y no despertabas. Pensé que me había quedado sola.

La información sobre la muerte de Raúl había llegado hasta la sede del CNI dos días antes. Un avión de la Fuerza Aérea partió desde el aeródromo, apenas una hora después de conocer la noticia, con Mayra y Directora a bordo. Fueron dos días en los que Mayra no fue capaz de descansar, dos días agónicos en los que sus sentimientos se debatían por salir a la luz mientras que la férrea disciplina militar a la que había sido sometida desde los dieciocho años se lo impedía. La lucha

desembocó en un desmayo en cuanto regresaron con el cuerpo de Raúl y de sus dos compañeros.

Tras las exequias, la entonces agente cayó en un profundo pozo de dolor durante siete meses. Siete largos meses en los que deseó estar muerta. No era justo que ella hubiera sobrevivido a cientos de misiones suicidas y que su hijo, que estaba apenas empezando, hubiera muerto ya, tan pronto.

En las guerras moría gente, ya fuera por el fuego amigo o por el enemigo. Pero cuando el término *morir* se materializó en su hijo, su mundo se vino abajo. No pudo seguir en La Casa. No pudo continuar como responsable del resto de agentes que tenía infiltrados en Siria. El miedo a que fueran asesinados o capturados la paralizó por completo. Conocía la naturaleza del conflicto y sabía de lo que eran capaces de hacer los implicados (el ISIS, Daesh, el Estado Islámico, Al-Nusra, al-Ásad…). Lo peor del ser humano, la crueldad en estado puro, eso es lo que ocurría allí. No quería saber nada de eso, no podía con nada de *eso*.

Por eso, cuando Mayra escuchó las palabras de Helena, se volvió a mirarla desde el otro lado del asiento trasero del taxi.

—Cuando mis padres fueron asesinados —empezó a decir—, me pasó lo mismo: no podía recordar nada que no fuera esa mañana y todo lo que vino después.

Helena seguía mirando a través de la ventanilla. Empezó a ver aviones a poca altura, debían de estar cerca del aeropuerto.

—¿Se te llegó a pasar? Quiero decir, ¿volviste a tener recuerdos buenos con los abuelos?

Mayra se quedó observando la ventanilla de Helena, pensativa, como si acabara de reconocer algo.

—¿Mayra? —Helena giró la cabeza hacia ella.

—Sí, se me pasó —respondió. En realidad, acababa de darse cuenta de que ya solo tenía recuerdos buenos de sus padres. Apenas recordaba el día en que murieron.

—¿Cuándo se te pasaron?

—Creo… creo… —Mayra pareció no estar segura, pero al instante supo que no estaba equivocada—: Cuando acabé con sus asesinos.

16

Londres, Covent Garden.

No hay registro del nacimiento del famoso *luthier* Antonio Stradivari.

Tras abandonar, frustrado, su deseo de llegar a convertirse en un gran violinista, trabajó de aprendiz a las órdenes de Nicolò Amati, en Cremona, cuya familia era una renombrada constructora de violines. En un principio, Antonio solo se dedicaba a realizar tareas ordinarias y sencillas de reparación del taller de Amati, pero su especial habilidad y talento lo llevaron a realizar cada vez trabajos de mayor importancia.

A los diecisiete años le encomendaron la fabricación de un violín en su totalidad, demostrando haber alcanzado la maestría de Amati en un tiempo asombroso.

Tres años después conoció a una joven viuda, Francesca Ferraboschi, con quien se casó en 1667, siendo este uno de los pocos sucesos biográficos registrados del artista. Antonio Stradivari fue un hombre sencillo, modesto y taciturno, que solo pensaba en su familia y en su trabajo.

En 1683 se instaló por su cuenta en la Piazza San Domenico, en el mismo edificio que su maestro. Allí vivió y trabajó hasta 1737, cuando se cree que tenía 93 años. En el violín, comenzó a realizar modificaciones al modelo de Amati: el arco fue mejorado, el espesor de las maderas, tanto en la tapa como en el fondo, fue calculado con mayor exactitud, la construcción del mástil fue mejorada y se aplicó un barniz especial cuya fórmula se desconoce y ha sido fuente de numerosas conjeturas. Creó violines cuyas proporciones favorecieron un tono más penetrante a la par que aumentó la vibración y, por ende, la perfección del sonido. Solo a sus violines se les reconocen las cualidades de todos sus predecesores en un solo instrumento: fuerza, dulzura, poder y expresión.

Se considera que sus mejores violines fueron construidos entre 1683 y 1715, es lo que se conoce como la *época dorada* de Stradivari. Los violines de este periodo superan en calidad a los posteriores. Se calcula que construiría alrededor de trece al año.

Contrariamente a lo que les sucedía a otros artistas que obtuvieron reconocimiento después de su muerte, Antonio Stradivari gozó de extraordinaria fama desde su madurez, en Italia y en el mundo entero.

Nadie ha mejorado significativamente los instrumentos diseñados por Stradivari. Él es, quizás, el artesano más venerado por la historia.

La labor de Stradivarius, quien firmó su último violín a la edad de 92 años, fue continuada por sus dos hijos, Francesco y Omobono. Murió en 1737, con 93 años, dejando unos mil cien instrumentos entre violines, violonchelos y violas, de los cuales cerca de 650 se conservan a fecha de hoy.

Nació y murió en Cremona, la ciudad por la que Helena sentía un especial cariño. Mayra nunca logró entender por qué decidió comprar un piso en esa ciudad, podría haberlo alquilado, pensaba. Pero como gato escaldado, ni preguntó ni opinó, amén de que Helena nunca se lo había contado. Era algo que ella, *por sus medios*, sabía.

Poco más pudo leer la exagente sobre el genial lutier en el vuelo que la llevaba hasta Londres.

En el mundo del espionaje, como en muchos otros oficios, las amistades se cultivan en cielo, tierra, infierno y purgatorio. Así era la relación que mantenía con Ashley Graham, la ahora directora del servicio secreto exterior británico o MI6. En la década de los ochenta trabajaron juntas, una colaboración de tantas entre los dos servicios de inteligencia, para llegar al fondo de las afirmaciones publicadas sobre el paso por los campos de entrenamiento libios de miembros de ETA y del IRA[11]. Numerosas publicaciones de la época hablaban del apoyo de Gadafi a los miembros de estas organizaciones terroristas.

Las dos agentes descubrieron que ETA fue una de las pocas organizaciones terroristas que no obtuvieron respaldo del régimen libio; hubo contactos, pero las contrapartidas que exigía Gadafi no convencieron a los terroristas españoles. Por desgracia para la entonces joven agente británica, el IRA sí aceptó la propuesta del libio, y más tarde descubrirían que la organización terrorista entrenó en sus célebres campos del desierto. Además, Libia proporcionó la mayor parte del Semtex que[12] utilizó el IRA durante todo el conflicto por Irlanda del Norte.

El cielo de Londres era como una enorme carpa de niebla y contaminación. Hacía años que Mayra no lo visitaba.

La ahora directora del MI6 la había invitado a comer en el conocido barrio de Covent Garden. Floral Street, una de las calles más famosas del barrio, estaba hasta arriba de transeúntes, turistas y autóctonos, había quedado con Ashley en uno de sus restaurantes favoritos y de más prestigio. Quizá algo pretencioso teniendo en cuenta que la británica seguía cobrando de los contribuyentes y que ella, en el pasado y a tiempo parcial en el presente, también. Pero el sitio era

adecuado para el tema que tenían que tratar.

Nada más entrar, el olor fresco del marisco trajo a sus sentidos algún que otro veraneo en el sur de España, cuando Helena y Raúl aún eran pequeños, su ex aún estaba con ella y su vida, lejos de ser un idilio, aún contaba con momentos idílicos. Intentó profundizar en el recuerdo, pero enseguida el bullicio del sitio, las conversaciones ajenas y el *maître*, la distrajeron.

—¿Tiene reserva, señora? —le preguntó con exquisito acento británico.

—He quedado con una amiga, Graham, Ashley Graham.

—Sí, por supuesto, la señora Graham; acompáñeme.

Eran las doce del mediodía, hora local, y Mayra no tenía nada de hambre. Había desayunado en el avión, pero las costumbres culinarias de los británicos difieren bastante de las españolas. Ashley, fiel a las tradiciones, estaba sentada en una de las mesas del fondo, frente a la puerta de entrada, y disfrutando de una copa de vino blanco. Su antigua amiga estaba acomodada en la zona en la que solo faltaba el cartel de RESERVADO PARA ESPÍAS. Cuando levantó la mirada de su móvil, la saludó alzando la copa y dedicándole una franca sonrisa. No pudo esperar a que Mayra llegara hasta ella y, dejando torpemente la servilleta sobre la mesa, se levantó a abrazarla.

—¡Cuánto tiempo, vieja amiga! —dijo en un perfecto español con acento británico.

—Ya veo que por aquí te tratan muy bien.

—No me quejo, ¿sabes que me ascendieron? —le dijo cuando se separaron.

—Algo escuché, hay ecos que aún llegan hasta mi modesta empresa.

—No te quejes, May —dijo sirviéndole una copa de vino—, sé que tu negocio va viento en popa, así que no me vengas con, ¿cómo decís en vuestro país?, ¿*milhojas*?

—Milongas, Ashley, milongas —corrigió imitando su acento.

—Pues sí, amiga, ahora tengo un despacho al otro lado del río, y es de agradecer, sobre todo cuando llevo tacones.

Ashley era apenas un año mayor que ella, aunque nadie podría decir con exactitud la verdadera edad de ambas. La británica también había tenido que pasar por un cirujano plástico en varias ocasiones, gajes de combatir el terrorismo en casa. Su nariz era prominente por expreso deseo, no es que careciera de una fuerte personalidad antes de tenerla, de eso iba sobrada; pero adoraba a Roma y todo lo relacionado con su cultura, y la nariz grande para los romanos era símbolo de poder. De ojos inquisitivos, un flequillo de medio lado le caía sobre el ojo izquierdo, y el pelo rubio ceniza le recordó a Mayra el aspecto de Frida Stewart, la directora de la Stradivari Society.

—En Vauxhall tenemos nuestra propia peluquería —le había

confesado en alguna ocasión—, siempre pensamos que es una buena forma de optimizar el tiempo y, ¿qué quieres?, llevado a la práctica, funciona. Y te diré más —le dijo bajando la voz—, los hombres la usan más que las mujeres. Menudos hipócritas.

Tenía tres hijas, dos de las cuales trabajaban en el servicio secreto interior y la tercera junto a ella en el MI6, pero lejos, muy lejos, de sus faldas. Era una mujer con un acerado don de mando con el que a veces había topado. De estatura mediana, sobre el metro sesenta, y muy bien proporcionada, mantenía su cuerpo como si tuviera treinta años.

—Siempre he creído que en Vauxhall Cross tratan mejor a los jefes que en Coruña *Road* —comentó Mayra, y, mirando por debajo de la mesa, añadió—: y hoy no llevas tacones.

Ashley cogió la carta y alzó la mano para llamar a uno de los camareros.

—Bobadas, te fuiste porque quisiste, tenías un buen puesto y si te hubieras quedado, te hubieran dado uno mejor, aunque he oído que no te fuiste del todo —dijo asomando sus curiosos ojos por encima de la carta.

Mayra sonrió sin responder. Se limitó a coger la carta y leer los entrantes.

—O sea que es cierto —dedujo la del MI6.

—Yo no he dicho nada, y deja de mirarme con esos ojos.

—No es necesario que digas nada, querida.

Cuando el camarero llegó, Ashley pidió un buey de mar a la plancha acompañado de un estofado de zanahorias, y Mayra se decantó por la ensalada de carabineros ahumados con puerros y rúcula. Tendría que hacer un esfuerzo para comer a esa hora, aunque el olor a comida del restaurante le había empezado a despertar el apetito.

—Como te comenté —empezó a decir la veterana del MI6 aproximando su cuerpo a la mesa y apoyándose sobre sus brazos. Se refería a la conversación que tuvieron antes del viaje de Mayra a Boston—, conozco a la persona idónea.

—¿Quién es?

—Trabaja con nosotros desde hace tiempo, aunque no a tiempo completo… Más o menos como tú con los tuyos, un *dark agent*. Fue entrenado por los rusos, pero conseguimos traerlo a nuestras filas.

—¿Un desertor? —aventuró Mayra.

—No exactamente, en realidad es ruso y lo entrenaron los rusos, pero no como un agente de campo, es violinista. No pongas esa cara, lo que oyes. Lo entrenaron para ser violinista, uno de los mejores.

Mayra echó hacia atrás los hombros observando a su amiga. No es que le asombrasen las técnicas de los rusos, había veces, como esta, en que la maravillaban.

—Piénsalo —continuó Ashley llevándose la copa de vino a los labios —: ¿dónde toca un buen violinista? Conciertos en embajadas de todos los países del mundo, en selectos clubes, hoteles de lujo, para dictadores caprichosos… He de reconocer que tuvieron una idea brillante, qué lástima que no la terminasen.

—¿Qué pasó?

Ashley esperó a que el camarero les terminara de servir el pan con mantequilla y se marchase.

—La idea en sí fue de Yeltsin. El padre de nuestro violinista fue un destacado agente del KGB en la Alemania Oriental, regresó tras la caída del muro y ocupó un alto cargo en el nuevo SVR[13], ¿adivinas a quién le hacía sombra?

—A Putin —aventuró Mayra mientras cogía un trozo de pan y lo partía en cuatro mitades. Ashley observó el gesto sin decir nada.

—Exacto, así que cuando Yeltsin perdió las elecciones y Putin fue nombrado presidente, el padre de nuestro violinista desapareció, y al hijo se le acabó la carrera musical. Teníamos un contacto en la embajada y gracias a él sacamos al chico de Moscú, le financiamos su aprendizaje de violín y en la actualidad dejamos que se gane la vida, por cierto muy bien, como violinista. De vez en cuando, le hacemos algún encargo.

—Me imagino que Moscú no tiene ni idea —sugirió Mayra untando de mantequilla uno de los pedazos de pan.

Ashley iba a hablar, pero justo en ese momento apareció el camarero con la comida. Esperaron a que sirviera los platos y se marchase.

—Nos encargamos de que el presidente y sus allegados recibieran asiduamente cartas de nuestro chico pidiéndoles ayuda para poder finalizar sus estudios. También recibieron información sobre los trabajos de mala muerte que el chico tenía que desempeñar para poder pagarse el conservatorio.

—¿Pero no se lo financiabais vosotros?

—¡Chica, pareces nueva en este mundo!

—Mira, Ashley, la mente del ser humano es tan intrincada, y la nuestra más que ninguna, que no puedo imaginarme vuestra estrategia, ¿acaso el conservatorio era el peor o el más barato y era una tapadera?

—Caliente, caliente.

—Supongo que sería una tapadera y por otro lado tendríais contratado al mejor profesor de Inglaterra.

—¡Te quemaste! Añadimos un poco de cirugía y un nombre nuevo, pasaporte búlgaro y ya está —Ashley se llevó el tenedor a la boca y saboreó el buey de mar—, ¡ummm!, tendrías que probarlo, está delicioso.

—Tengo bastante con lo mío, ¿quieres? —Ashley negó, y Mayra continuó—: ¿Crees que querría trabajar conmigo?

—Creo que sí, sobre todo si vas de mi parte.

—¿Y cuál será la contraparte?

—Aún no lo he pensado —dijo la directora del MI6. Pero Mayra observó que su pecho se metió un poco hacia dentro.

—Mientes fatal para ser la directora de tu servicio —sentenció la exagente con una sonrisa.

Ashley dejó el tenedor, sacó una pluma Parker de su bolso y escribió algo en una servilleta. La dobló y se la pasó a Mayra. Se trataba de unas coordenadas en la Isla de Man.

Más tarde, mientras tomaban una copa de *bourbon*, Ashley le preguntó preocupada:

—¿Es grave lo de Helena?

—No pinta bien, y no sé qué hay detrás, pero no me gusta un pelo.

—Recuerda que en nuestro mundo todo es negociable.

—El problema es que nuestros negocios de hoy puede que no sean rentables mañana y nos pasen factura.

17

Ramsey, Isla de Man.

El avión de la British Airways despegó puntual del London City Airport. Durante el trayecto, las azafatas repartieron ejemplares de la prensa de la isla. El periódico abría con el titular: «Unas pérfidas gaviotas roban la comida de unos niños». Aquello era lo más importante que podía suceder en la isla a mitad de camino entre Reino Unido e Irlanda. La exagente podía entender por qué alguien con el pasado de Vadim Zaitsev había elegido un sitio así como su cuartel general.

En el trayecto de treinta kilómetros que separaba Douglas de Ramsey, pudo contemplar el hermoso paisaje de acantilados mezclados con el intenso verde de la campiña inglesa. Solo había estado un par de veces en la isla, y siempre relacionado con el trabajo.

En una ocasión coincidió con el premio de motociclismo TT Isla de Man, seguía a unos motoristas de origen iraní emparentados con varias familias reales y vinculados al terrorismo islámico; en otra ocasión, y dada la naturaleza de paraíso fiscal de la isla, su objetivo era una nueva empresa española que acababa de abrir una sede en la isla, posteriormente descubriría que se trataba de una tapadera para blanquear dinero, como suele pasar en estos casos, pero este incidente pertenecía al pasado.

Alquiló un coche en el aeropuerto de Ronaldsway, un Volkswagen Passat color gris metalizado, automático y, por supuesto, con el volante a la izquierda. Esta forma de conducir fue algo que aprendió nada más entrar en La Casa, teniendo en cuenta que la mayoría de las misiones que iba a desarrollar transcurrirían en países donde se conducía por la izquierda, fue de las primeras lecciones que recibió.

El retrovisor la iba informando sobre posibles seguimientos. Nadie la seguía, lo había comprobado desde que se entrevistó con Ashley. No tendría nada de especial que, tras ese encuentro, el servicio de inteligencia británico hubiera decidido seguirla, después de todo, era una vieja conocida.

Antes de llegar al hotel, telefoneó a Helena.

—Buenos días, o tardes, con los cambios horarios no sé en qué parte

del día estás, ¿por dónde andas? —preguntó esta nada más descolgar. Parecía contenta, dedujo Mayra.

—Aún en Inglaterra, ¿y tú?

—Voy de camino al aeropuerto de Milán.

Mayra escuchó sonidos de cláxones y el bramido de una radio desde la que un cantante latino berreaba *reggaetón*.

—¿Has tenido algún problema? —quiso saber la exagente.

—No, en absoluto, está camuflado con la tinta.

—¿Cuándo llegarás?

—Mañana a las 11:00 estaré en Heathrow.

Al parecer, todo había ido bien.

Tras recoger la copia en Chicago, Helena había tenido que volver a Cremona, donde conocía a un exquisito y discreto lutier capaz de copiar a la perfección la firma de Antonio Stradivari. El lutier en cuestión, había obtenido una tinta cuya antigüedad podría datar de 1715, la época dorada de Stradivari. La mezcla estaba formada por pinturas vegetales y consistía en la unión de un pigmento llamado negro humo, cola y sustancias aromáticas. Esta combinación y un barniz de un determinado color conformaban la firma de Antonio Stradivari:

Antonius Stradivarius Cremonensis faciebat anno 1702.

Insertado en esta firma iba un dispositivo de geolocalización que les permitiría saber dónde estaba el violín en cada momento en caso de que, Dios así lo quisiera, fuera robado. Había sido un ajuste de última hora y del que los Mena estaban al margen.

Hasta la fecha, los violines que integraban el fondo de inversión tenían un dispositivo similar en la caja de seguridad. No se colocaba en el violín por la posibilidad de interferir en las ondas sonoras. El falso Rubí también llevaba el correspondiente dispositivo en su caja de seguridad.

El resultado era que Helena tenía una copia perfecta del Stradivarius que se haría pasar por el Rubí. Al día siguiente, depositaría la copia en la central de Christie's de Londres y empezaría la siguiente fase de la operación.

El Ramsey Hotel estaba en una hermosa explanada con vistas a Mooragh Park. Una bandera enorme con la imagen del Dios Manannán, guardián de la isla, ondeaba en el aparcamiento y en la entrada principal. Dejó el coche en una de las plazas libres y caminó hasta la entrada. Pese a ser una dependencia de la Corona Británica, tan solo con pisar la recepción pudo advertir que toda la isla, el carácter de sus habitantes y el ritmo de vida nada tenían que ver con la vorágine londinense.

Había quedado con Vadim Zaitsev por la tarde, a las cinco, una hora muy inglesa. El violinista vivía en el pueblo, a apenas cinco kilómetros del hotel donde ella se hospedaba. La había invitado a su casa, algo que no le pareció mal, ya que estaba segura de que en la casa del ruso, ahora búlgaro, no habría ningún micrófono ni nada similar. Y en caso contrario, todo quedaría en familia. Quería llevar este tema en la más estricta intimidad, al menos hasta donde fuera posible. Al fin y al cabo, se trataba de su hija.

Nada más entrar en la habitación, echó el abrigo sobre la cama y se descalzó. Fue al baño y abrió la ducha, dejó que el vapor se expandiera y, mientras, puso a hervir el *kettle*. El cuarto estaba caldeado, y la ducha la relajó. Cogió la taza de té y se la tomó frente a la ventana. Tres piraguas competían en el lago, y algunos niños jugaban a botar pequeños barcos de vela en el muelle. El cielo, para no variar, amenazaba lluvia.

Consultó el móvil: ningún mensaje de Second Consulting. El equipo al completo, eso incluía a Nicolás, estaban investigando a todo el personal de la gestora de los Mena, y a los propios Mena. Tyra, la *hacker* austriaca, estaba intentando entrar en el sistema informático de la empresa y también en el de la aseguradora. Si Nicolás no le había notificado nada era porque aún no tenían nada importante. Le envió un SMS en el que le daba instrucciones para que Tyra entrase en el sistema de videovigilancia de Mena & Asociados, no estaba de más controlar quiénes accedían a la empresa.

Por otro lado, se había puesto en contacto con dos de sus informantes en Dubái. Como exagente, durante los años en activo tejió una sólida red de espías, informantes y confidentes en todas las delegaciones y estaciones de las que estuvo a cargo. Entre ellas Dubái, donde estuvo bajo la cobertura diplomática que le proporcionó Arabia. Al parecer, los antiguos jefes de los Mena en la ciudad emiratí habían viajado en varias ocasiones a Damasco para reunirse con familiares de al-Ásad. Nada extraño dado que entraría dentro de lo *normal* que la familia del dictador sirio tuviera activos en su banco.

A cinco minutos del hotel se encontraba el centro del pueblo, y más allá, en dirección a una bellísima colina plagada de vegetación, estaba la casa del violinista ruso al servicio del MI6. Condujo siguiendo las coordenadas que Ashley le había indicado en la servilleta. Tras dos millas de carretera, se desvió por un camino de tierra, suerte que no había llovido aún y el coche pudo atravesarlo sin dificultad. A unos seiscientos metros, giró de nuevo hacia la izquierda y se topó con una cancela abierta. Entró y, nada más hacerlo, la cancela se cerró. Continuó hasta el fondo del camino y, al llegar, no pudo evitar impresionarse.

El hombre que buscaba, ¿vivía ahí?

18

Isla de Man.

Ante sus ojos se desplegaba una enorme mansión de estilo victoriano, de tres plantas más buhardilla. El terreno sobre el que se alzaba podría extenderse hasta cinco o seis hectáreas.

El dueño de aquel palacio era conocido en todo el mundo con el nombre de Vadim Zaitsev, su origen ficticio era Bulgaria, y el propio MI6 se había encargado de construirle una infancia idílica.

—Los aldeanos dicen que en un día despejado se pueden ver hasta seis reinos desde esta cima: la Isla de Man, Irlanda, Escocia, Gales, Inglaterra y el Cielo —dijo el hombre alto y de espaldas anchas que le ofreció la mano.

—Me temo que nunca he tenido tiempo de comprobarlo, señor Zaitsev —Mayra le estrechó la suya con seguridad, mirándolo fijamente. No llegaba a los cincuenta, estaba segura. Aunque, en su oficio, la edad tenía más que ver con la experiencia que con el aspecto. Sin darse cuenta, lo examinó de abajo hacia arriba, pues su atractiva mandíbula en forma de diamante llamó poderosamente la atención de la exagente. A medida que ascendió la vista, advirtió los dos colores de sus ojos. Color miel el de la izquierda y verde el de la derecha.

—Veo que aún conserva contactos importantes, señora Abascal —dijo el hombre cediéndole el paso.

—No hay muchos violinistas de su nivel que estén vinculados con nuestro mundo —apuntó Mayra introduciéndose en la mansión y procurando disimular su impresión.

El recibidor estaba decorado con aires rústicos: un gran espejo con marco dorado envejecido, una consola de madera con vetas apenas tratadas sobre un par de leñeras y un hermoso ramo de rosas blancas.

—Por aquí, por favor —le indicó el violinista.

Pasaron a un enorme salón presidido por una chimenea con embocadura blanca y custodiado por enormes ventanales desde donde se podía ver una impresionante vista de la parte frontal de la propiedad. El suelo estaba exquisitamente decorado con alfombras de colores claros.

—Supongo que cada vez somos menos violinistas relacionados con el mundo del espionaje, pero créame si le digo que los hubo.

—No me cabe duda, todo suma.

—Hasta que dejamos de hacerlo y, antes de restar —dijo volviéndose hacia ella—, nos eliminan, ¿está de acuerdo conmigo?

—Estoy de acuerdo, ¿le han contado por qué estoy aquí, señor Zaitsev? —preguntó Mayra tratando de no admirar la estancia en la que estaban. Las cortinas eran realmente preciosas, estaban bordadas con una pasamanería de pequeñas piedras color verde esmeralda.

—Así que exespía, detective y agente oscuro a tiempo parcial; su vida es muy interesante.

—No más que la suya —replicó la mujer.

—Bueno, yo no pasé por el ejército, usted tengo entendido que ostenta el rango de coronel, es absolutamente admirable.

Eran muy pocas las personas que conocían esta faceta de Mayra. Aunque aún tenía sus contactos con el Ejército, desde que en La Casa empezó a ejercer de oficial de caso, tuvo que dejar su puesto en las Fuerzas Armadas.

—Se lo agradezco —respondió disimulando el orgullo que sintió en ese momento —. ¿Conoce el motivo de mi visita?

—Algo he oído, su hija está en apuros, pero siéntese, por favor.

Sobre una mesita reposaba una bandeja con una tetera, dos tazas y un platito con pastas.

—Necesitaría su colaboración —comenzó.

—¿Sabe su servicio que está usted conmigo? —El hombre se sentó frente a ella, con las piernas abiertas, los brazos sobre los muslos. El cuerpo inclinado hacia Mayra.

—No, hace años que lo dejé de forma oficial.

Cruzaron una mirada de complicidad. Ambos sabían a qué se dedicaban en sus ratos libres.

—Dígame —continuó Mayra—, ¿por qué ha aceptado esta reunión?

—Quería escucharla, me gustaría saber cómo cree usted que yo puedo ayudarla. Sinceramente, no alcanzo a imaginar qué quiere de mí.

Parecía sincero.

—Verá, mi hija es la creadora de un fondo de inversión cuya garantía está formada exclusivamente por violines Stradivarius… —La exagente dejó pasar unos instantes con la intención de observar la reacción de Vadim, pero este solo se limitó a asentir.

—¿El Stradivarius Global Found? —preguntó. Mayra se lo confirmó con un gesto, y el hombre prosiguió—: He oído hablar de él, pero continúe, por favor.

—Gracias. Hace unos días, se dio cuenta de que uno de los violines que garantizaban el fondo había sido remplazado por una

falsificación.

—Y usted quiere encontrarlo, ¿no? O, de lo contrario, los inversores se le echaran encima.

—Así es —confirmó—, me urge encontrarlo.

—¿Tiene idea de quién puede ser el responsable?

—En realidad no, desconocemos el tiempo que hace que el violín fue cambiado; hace seis meses que Helena lo revaluó por última vez.

—¿De qué Stradivarius se trata?

—El Irlandés.

—Oh, vaya —dijo sorprendido—, Frida Stewart debe de estar al borde del infarto… ¿Es su hija la dueña de la gestora que comercializa el fondo?

—No, señor, ella es quien creó el fondo y quien lo gestiona; es la responsable, pero no es la dueña.

—¿Quiénes son los dueños?

—Son los hermanos Mena, unos economistas muy…

—Los conozco —interrumpió el violinista—, están en la City, supongo que ya habrá pensado en la posibilidad de que sea un ataque contra los dueños, ¿me equivoco?

—En cierta manera, es una de las líneas que sigo.

—Muy bien, pues dígame qué puedo hacer por usted, además de invitarle a un té, señora Abascal.

—Según he leído, su maestro, Nicolae Zeland, fue propietario del Rubí, otro Stradivarius.

Vadim sonrió al comprobar que Mayra conocía sus dos historias: la real y la inventada por el MI6. La real era la que Ashley le había contado el día anterior mientras degustaban un entrecot de buey y una ensalada de salmón: el niño cuyo padre fue asesinado por Putin y rescatado de Rusia. La historia ficticia era la que el MI6 le había construido, y en la que incluía de pasada a Nicolae Zeland, un violinista búlgaro que existió, pero que nunca llegó a ser su maestro.

—Así es —convino el violinista con una mueca de sonrisa en sus labios.

—De todos es conocida la historia de que, a su muerte —continuó Mayra—, el violín pasó a manos de sus hijos, contradiciendo su voluntad, que no era otra que la de que usted fuera el dueño del instrumento.

—¡Vaya! —exclamó divertido el violinista—, por favor, cuénteme más sobre mi vida.

La historia que estaba a punto de contarle era la que Ashley y ella habían acordado la tarde anterior en la sobremesa mientras degustaban un dulce *bourbon*. Mayra necesitaba que esa historia fuera real para dar cobertura a la operación que estaba montando.

—Usted —prosiguió—, lleva años detrás del violín que en su día

perteneció a su maestro Nicolae. El deseo de este al morir había sido que el violín fuese a parar a sus manos; usted era su mejor alumno y al que quería como si fuera un hijo. Solo el pequeño Vadim había sido capaz de asimilar todo el conocimiento que Nicolae se había afanado en enseñarle, a él, a sus hijos y al resto de alumnos. Pero usted destacó desde el primer día, en esto coincido con su historia del MI6. El Vadim niño se empleaba a fondo en sacarle notas imposibles al violín que su padre, con esfuerzo y trabajo, le había comprado a un conocido lutier de la ciudad, a un precio especial, por recomendación de Nicolae.

»Los hijos de Nicolae, Ivan y Sacha, también tocaban el violín, pero en sus ratos libres preferían jugar al fútbol o a cualquier otro juego que les hiciera pasar un rato agradable. Para el pequeño Vadim, era el violín el *juego* que le hacía pasar el rato agradable. La palabra era «disfrutar», Vadim disfrutaba tocando el violín. Lo que para sus hijos era una obligación, para usted, hijo de un modesto sastre, era una diversión. Le recordaba a su maestro cuando era joven, Nicolae se veía reflejado en usted. Aunque en su caso también estaba el hambre de sobresalir, de destacar, de demostrar a sus padres que era posible ganarse la vida tocando el instrumento.

»Los años pasaron, y la vida de los hijos de Nicolae siguió por derroteros distintos a la exitosa carrera musical de Vadim. Ivan estudió derecho, y Sacha estudió medicina. Aun así, cuando el ya anciano y viudo Nicolae comentó su intención de dejar su amado Stradivarius a Vadim, ambos, conocedores del valor económico de la pieza, se negaron en redondo. Amenazaron al padre con prohibirle ver a sus nietos y con dejarlo al margen de la vida familiar. Con dolor en su corazón, sabiendo que el Stradivarius no duraría nada en manos de sus hijos, habló con Vadim. Usted lo entendió, en su corazón no hay sitio para el rencor ni la envidia. Nicolae le pidió que hiciera cuanto estuviera en su mano para recuperar el violín, que tratara de no perderle la pista. Y aquí volvemos a confluir con su historia del MI6: depositó en un fondo fiduciario la cantidad de veinte millones de rublos, unos doscientos cuarenta mil euros, pero no para su manutención como su querido MI6 se encargó de publicar, el dinero era para contribuir a la recuperación del Rubí, que así se llamaba el violín.

»Ambos, usted y su maestro, sabían que el valor de mercado que el violín podría alcanzar superaba en al menos diez veces dicha cantidad, pero era todo el dinero del que Nicolae podía disponer sin levantar sospechas en su familia. Usted, conmovido por el amor que su maestro y guía le tenía al instrumento, se comprometió a hacer todo lo posible por recuperarlo.

»El viejo Nicolae no se equivocó. Apenas una semana después de su muerte, los hermanos Ivan y Sacha ya estaban moviendo los hilos en

el mercado negro para vender el violín de su padre. Dado que usted estaba metido en ese mundo antes que ellos, era constantemente informado de cada paso que daban los hijos. Tras un mes y medio de negociaciones, el Rubí fue vendido por un millón de euros a un violinista argentino, Antonio de Velázquez. Permaneció con él durante quince años en los que usted ha podido ver cómo el instrumento ha sido tocado en algunas de sus actuaciones.

»La mala suerte hizo que el violinista argentino muriera en un accidente de avión, volaba de Nueva York a Washington. Usted movió sus hilos durante años y no pudo averiguar qué había sido del violín. ¿Viajaba con él?, todo apuntaba a que sí, pues el violinista volvía de dar un concierto en la Ópera de Nueva York. Con todo el dolor de su corazón, usted fue a la tumba de Nicolae a darle la noticia; lloró amargamente. Ese había sido el único favor que su maestro le había pedido, y no había sido capaz de cumplirlo.

Vadim aplaudió enérgicamente la historia sobre su vida que acababa de escuchar.

—Como ve, mi historia confluye a la perfección con la que el MI6 le construyó antes de presentarle al mundo.

—Qué vida más idílica la mía, ¿no? —El hombre se levantó y volvió a llenar las tazas de té.

—Ahora, años después —continuó la exagente—, usted recibe un soplo: el Rubí podría salir a subasta.

—¿Y cómo lo hará?, por cierto, ¿quiere que le caliente el té?, se ha quedado un poco frío.

Mayra tomó un sorbo y, aunque la bebida estaba fría para su gusto, no le importó.

—Correremos el rumor —la exagente retomó la historia— de que Antonio de Velázquez no viajaba con el violín cuando tuvo el accidente aéreo. Supongamos de nuevo que, un año después de la muerte del violinista argentino, el violín fue vendido directamente a un marchante de arte quien se había pasado varios años negociando con importantes casas de subastas. Finalmente, fue Christie's la que se alzó con el botín. Dos años después de haberlo mantenido oculto, dejando que cogiera valor con el paso de los años, los directivos de la prestigiosa casa de subastas, tras tomar el pulso al mercado, han decidido sacarlo a la luz. Es la oportunidad que usted, Vadim Zaitsev, lleva años esperando.

—Quiere que yo puje por ese violín —dijo dejando su taza sobre el platito.

—Exacto, y que todo el mundo se entere.

Vadim asintió pensando en todo lo que acababa de escuchar. Una historia sobre su vida que podría haber sido real si no fuera porque había nacido en Rusia y su padre era un agente del SVR que le hizo

sombra al actual presidente.

—Imagino que el supuesto violín que yo adquiera pasará a formar parte del fondo de inversión de su hija.

—Así es.

—Y que, si usted está en lo cierto, en algún momento será robado.

Mayra asintió de nuevo.

—Y ahí comenzará su caza.

Volvió a asentir.

—¿Cuánto me pagará por ayudarle a preparar el cebo? —quiso saber el hombre, más bien divertido por la operación que interesado en el beneficio.

—Dígame su precio.

El violinista y actual agente oscuro reflexionó en silencio.

—Ese despacho de los Mena en la City… —Vadim esperó a vislumbrar la reacción de Mayra antes de seguir hablando, pero al no observar nada, continuó—: Queremos que colaboren con nosotros, ese es mi precio.

La realidad era que Mayra no esperaba menos. Conocía de sobra a Ashley, y Ashley la conocía a ella. El despacho de los Mena en la City era una moneda de cambio en la que la exagente ya había pensado.

19

Paseo de la Habana, Madrid.

Antes de que el avión de Mayra tomara tierra en Madrid, la vida de Vadim Zaitsev se había colado en las redes. Al pasado creado por el MI6 se le habían añadido algunos detalles que cobrarían importancia en el transcurso de los próximos días. Para ello, la exagente había contado con la inestimable ayuda de la *hacker* austríaca *white hat*[14] que trabajaba en Second Consulting, Tyra. Juntas ajustaron la vida de Vadim a la coartada. Le dieron la importancia que se merecía a su maestro Nicolae Zeland, a los ambiciosos y envidiosos hijos de este y, por supuesto, al amado Rubí. Ese violín por el que Nicolae, el difunto maestro, hizo comprometerse al genial violinista.

El Rubí salía en la portada de varias publicaciones mundiales especializadas en violines Stradivarius. Gracias a que su historia real no era muy particular ni conocida, había sido relativamente fácil eliminar cualquier vestigio que le hiciera referencia. Si cualquier interesado buscaba el Rubí en la red, la primera referencia que obtendría sería la de Wikipedia y podría leer:

Paradero desconocido, último dueño: Antonio de Velázquez.

Y una pequeña nota a continuación:

Fuentes recientes aseguran que la casa Christie's podría sacarlo a subasta en breve.

Por otra parte, si cualquier interesado se sentía atraído por su historia, podría leer que perteneció al maestro del violinista Vadim Zaitsev, que sus hijos lo vendieron al argentino Antonio de Velázquez (quien en realidad fue el último propietario del Rubí, aunque no llegó a sus manos a través de los hijos de Nicolae, en realidad se desconocía cómo lo obtuvo) y que, tras su accidente de avión, el violín sí se pudo recuperar. Lo cierto es que la probabilidad de que el violinista viajara con el instrumento en el momento del accidente era bastante alta. Pero en la historia inventada y ahora publicada se diría lo que la

genial mente de Mayra había concebido:

El violinista no viajaba con el violín, fuentes neoyorquinas aseveraban que no tocó con él en su último concierto en Nueva York.

Un año después de la muerte del violinista argentino, el codiciado instrumento fue vendido directamente a un marchante de arte privado, quien se había pasado varios años negociando con prestigiosas casas de subastas. El violín estaba en manos de Christie's, y había rumores de que podría salir a subasta en breve.

Todas las miradas se posaban entonces en el alumno, Vadim Zaitsev, cuyo talento y virtuosismo eran mundialmente conocidos.

De todos era sabido que el músico poseía un Guarneri del Gesù valorado en casi dos millones de euros y que era con este instrumento con el que deleitaba en sus conciertos por todo el mundo. Pero la famosa, *ahora famosa*, promesa que le hiciera a su maestro en su lecho de muerte estaba a punto de ser cumplida. El círculo más íntimo del violinista comentaba que se habían iniciado los contactos con Christie's.

No hizo falta mucho para que la mirada de la prensa rosa se posara en el violinista de moda.

Vadim, alto, con sus anchas espaldas, su rostro blanquecino, sus peculiares ojos, mitad miel y mitad verde, y su llamativa mandíbula, fue el protagonista de varios reportajes en distintas revistas del corazón. Cierto es que la exagente tuvo que hacer algunas llamadas, pero la red, las *influencers* y la genial Tyra se encargaron de que su historia, sus fotos y sus conciertos se hicieran virales.

La heterocromía parcial que el músico de origen búlgaro presentaba en sus ojos, y la mandíbula en forma de diamante le valieron varias ofertas para hacer anuncios en televisión, ofertas que se vio obligado a rechazar. Él se debía a la música, su mundo eran los violines y, por supuesto, el Rubí.

—¿Cómo fueron sus comienzos con el violín? —le preguntaron en una famosa publicación londinense en la que el violinista aparecía fotografiado en el salón de su casa victoriana de la Isla de Man.

—Los primeros recuerdos que tengo son de mi maestro Nicolae. Mi padre regentaba una sastrería frente al Real Conservatorio de Sofía, yo pasaba allí las tardes rodeado de patrones, tijeras y planchas. Una tarde aburrida, como el resto, un cliente singular entró en la sastrería. Su elegancia, su porte y su clase captaron mi atención. Llevaba el pelo engominado. Sostenía la mascota entre sus manos, a juego con el abrigo de piel que mi padre le ayudó a quitarse. Al gesto de mi padre, cogí mi cuaderno y, apoyado en la mesa de patrones, me dispuse a anotar todo lo que mi padre me dijese.

»Mi padre cogió el metro y empezó a tomar medidas al recién llegado. Yo anotaba: pierna, tanto; tiro, tanto; cintura, tanto… Era alto, más incluso que mi padre. La verticalidad con la que ese hombre se sostenía sobre el suelo daba cuenta de la perfección de su espalda, aunque su cuello se inclinaba ligeramente hacia la izquierda, como ahora lo hace el mío.

El reportaje se extendía varias hojas más en las que el violinista relataba que esa tarde el maestro Nicolae se olvidó su cuaderno de música en la sastrería. Vadim corrió hacia el conservatorio, pero el portero no lo dejó entrar. Esperó paciente a que el maestro saliese, y, cuando lo hizo, Nicolae se llevó una gran alegría, pues pensaba que había perdido el cuaderno. En agradecimiento, les regaló entradas para su próximo concierto en la Catedral de Sofía para toda la familia.

—Quedé tan maravillado de la música que tocaba Nicolae que mi emoción caló hondo en el músico. Los niños de mi edad solían dormirse en sus conciertos…

»—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

»—Siete años, señor.

»—¿Te gustaría aprender a tocar este maravilloso instrumento?

»Y así empezó todo —continuó Vadim hablando en el reportaje—. Más tarde, mi pobre padre me diría que, al preguntarle a Nicolae por los honorarios de mis clases, él le respondería: «No cobro honorarios por transmitir mi legado, los honorarios son evitar que mi música muera conmigo, y percibo el mejor heredero en su hijo. El tiempo nos dirá si me equivoco o no, pero permítame decirle que rara vez me equivoco. Volveremos en dos horas».

—Se rumorea —volvía a preguntar la periodista— que el Rubí está en manos de Christie's y que en breve lo sacará a subasta, ¿pujará usted por él?

Vadim no respondió a la pregunta. En su lugar, la periodista escribió:

El genial músico sonríe y baja la mirada. Una lágrima recorre su mejilla, y rápidamente se la enjuga con su mano derecha. Puedo percibir la emoción que siente, no por el instrumento en sí, sino por la promesa que le hizo a su maestro y mentor. Deseamos que el Rubí finalmente pueda descansar en tus manos, Vadim.

Mayra leyó la revista *online* desde el portátil de su despacho, el que no estaba conectado a ninguna red. En el mundo del espionaje, siempre es recomendable tener un ordenador sin conexión al exterior. Se había descargado todas las noticias sobre Vadim en el ordenador con conexión y, a través de un dispositivo USB, se las había pasado al

portátil sin conexión. Parecía que todo estaba saliendo según lo previsto, quizá la exposición de Vadim a los medios se hubiera extralimitado un poco, pero se trataba de hacerse un eco mundial, aunque el mundo de los violines de alta gama y su mercado negro tenían oídos por todas partes.

Estaba segura de que a los ladrones, o ladrón, de El Irlandés ya les había llegado que Vadim Zaitsev estaba interesado en pujar por el Rubí. Ahora se trataba de que, además, viesen que en Mena & Asociados bebían los vientos por el violinista.

Tanto era así que habían organizado un concierto en el Palacio Real, nada más y nada menos, al que acudirían los reyes eméritos de España y alguna de sus hijas. La noticia del concierto cerraría los telediarios de esa noche y abriría los matinales y la crónica rosa del día siguiente.

El cheque que Ricardo y Antonio habían extendido a Patrimonio Nacional por el alquiler del Palacio durante una noche, un hecho completamente inaudito y excepcional, ascendía al importe del mantenimiento del edificio y sus jardines durante el próximo año.

—Al menos es desgravable —le informó Mayra a Antonio Mena ante la irascible mirada que le dedicó cuando se lo propuso.

Quedaba otro asunto pendiente y era la colaboración de los Mena, desde su despacho de la City, con el MI6. Mayra aún no había hablado con ellos de ese tema. En realidad, estaba esperando algo que, intuía, no tardaría en llegar.

En Second Consulting trabajaban día y noche en varios asuntos: relación del personal de la gestora, relación del personal de la aseguradora, el resto de participantes en el fondo. Pero, aunque disponían de tecnología punta para llevar a cabo este tipo de investigaciones, necesitaban más medios, y Mayra lo sabía. Sabía que tarde o temprano tendría que pedir ayuda a La Casa, pero quería ir un poco más allá por su cuenta. Aún era pronto.

Carla, la investigadora que envió a Chicago, había descubierto que un buen amigo de Frida, un tal Isaac Stern, dueño de la Stern Art Gallery, había entrado en conversaciones con un anticuario sueco que estaba siendo investigado de cerca por la propia Interpol. Al parecer, el anticuario podría ser una pieza clave en el tráfico ilegal de antigüedades procedentes de zonas de conflicto que financiaban el terrorismo islámico. Carla también insistía en que Frida estaba al margen de todo esto, incluso había llegado a amenazar a su amigo con la ruptura de su amistad. Algo que, sin duda, en el selecto y exquisito mundo del arte suponía un destierro de por vida. Al parecer, el tal Stern había contactado un par de veces más con el anticuario sueco, pero finalmente no habían llegado a un acuerdo.

20

Palacio de Oriente, Madrid.

La noche estaba despejada y con un cielo repleto de estrellas, la crónica rosa incluso llegaría a decir que varias estrellas fugaces se vieron por los cielos que cobijaban el Palacio Real, los Jardines de Sabatini y el Campo del Moro. Desde su terraza, Mayra contemplaba el escenario antes de salir para Second Consulting y espiar el mismo escenario, pero desde otra perspectiva.

En la Plaza de Oriente eran muy pocos los paseantes que desconocían qué estaba ocurriendo esa tarde en Palacio. El concierto de Vadim se había hecho viral en las redes, en los telediarios y en la mayoría de los programas del corazón. El virtuosismo y el atractivo del músico habían sido alabados hasta la saciedad. Había seguridad privada por todas partes, y parte del acceso a la Plaza de la Armería estaba siendo acordonado. Los selectos invitados y la prensa tenían permitido entrar con sus coches privados y taxis hasta la explanada de La Almudena, desde allí continuaban a pie hasta la entrada al Palacio.

Media hora más tarde, desde la sede de Second Consulting en el Paseo de la Habana, la exagente y su socio Nicolás observaban en cuatro monitores todo lo que ocurría en el bellísimo Palacio de Oriente. La certera Tyra, pertrechada con su uniforme reglamentario (sudadera con capucha, vaqueros desgastados y zapatillas Converse abotinadas, de la misma época que los vaqueros) se había introducido en el sistema de videovigilancia del Palacio sin dejar rastro, y tenían acceso a las imágenes y al audio. Un juego de niños para una *hacker* de su categoría.

Los invitados, vestidos por diseñadores españoles, sugerencia explícita en la invitación, llegaban al vestíbulo principal y subían por la icónica escalera hasta el piso principal. Para muchos de los asistentes se trataba de la primera vez que pisaban el Palacio Real, pese a vivir en Madrid, y quedaban cautivados por la imperial escalera y sus tramos. Al final del primero, dos leones hechos de mármol la custodiaban. En el descanso, algunos se paraban a contemplar las bóvedas y admiraban sus escalones de mármol blanco, de cinco metros de largo y construidos de una sola pieza.

Las relaciones de los Mena se habían puesto a prueba para este evento; sus contactos con el Ministerio de la Presidencia eran más certeros de lo que Mayra podía imaginar. Ella, por su parte, debía mantenerse al margen; un evento así atraería las miradas de La Casa, y aún era pronto para entrar en escena.

La elección de los invitados no había sido al azar, Mayra y los Mena habían seleccionado minuciosamente a cada uno de ellos. Habían tenido en cuenta la repercusión mediática y social que tendría la asistencia al concierto de Vadim. Personalidades del mundo de las artes, las letras, la comunicación, la investigación, el deporte y el mundo empresarial habían sido invitadas al evento. Algunas secretarias de algunos ministros se habían puesto en contacto con la secretaria de Mena & Asociados para sugerir la conveniencia de incluir a sus jefes entre los invitados, algo que a los Mena les tocaba las narices y el bolsillo: tras el concierto, se había organizado una cena en el Comedor de Gala.

Mayra, Nicolás y Tyra se miraron con orgullo cuando, a través de los monitores, contemplaron cómo el público asistente aplaudió cuando Vadim hizo su aparición en el Salón de las Columnas, una de las estancias más utilizadas del Palacio. Tras una breve y cortés reverencia, empezó a tocar. Era la melodía *Grandpa's Violin*, de la compositora japonesa Yuki Kajiura.

Durante los dos minutos y veintidós segundos que duró la melodía, el corazón de Mayra quedó suspendido a merced de las notas que el violinista les arrancaba a las cuatro cuerdas del violín. Como miel hirviendo, el sonido de aquel instrumento fue avanzando por sus venas, arrastrando y derritiendo todo lo que encontraba a su paso. Desde la muerte de Raúl, y puede que mucho antes, su corazón y su existencia entera se habían protegido con una especie de coraza para que nadie pudiera dañarlas. Su condición de mujer en un mundo de hombres la había endurecido hasta ese punto, había que sobrevivir.

La exagente se estremeció de placer.

—¿Estás bien? —le preguntó Nicolás.

—Sí, tranquilo.

—¡Cómo toca el tío! —señaló Tyra.

Mayra no respondió. Se dejó envolver por la vibración del sonido y deseó con todas sus fuerzas que las melodías que sucedieron a *Grandpa's Violin* no terminasen nunca. Pero lo hicieron y, como si de un imperceptible hilo magnético se tratara, el violinista levantó la mirada hacia la cámara tras la que ella lo observaba. Miró tan fijamente que llegó a incomodarla, incluso Nicolás giró la cabeza hacia ella, solo fueron unos segundos antes de que el público prorrumpiera en aplausos.

En un rincón del salón, Ricardo, Helena y Berta, una compañera de

la gestora, hablaban de forma distendida.
—¿Puedes acercarte, Tyra? —preguntó Mayra.
—Por supuesto. —La *hacker* tecleó algo, y en menos de un segundo tenían la escena en uno de los monitores.
—Increíble, Ricardo, gracias por la invitación —dijo Berta.
—Gracias, Ricardo —repitió Helena.
—No faltaba más, ¿sabrías decirme cuál ha utilizado? —la pregunta iba dirigida a la curadora. Esta miró al músico, que en ese momento mostraba el violín a una de las princesas.
—Con una probabilidad del noventa y nueve por ciento, diría que es el King Joseph, de Giuseppe Guarneri; el tono profundo y sonoro en manos del señor Zaitsev le da una humanidad y una calidez exclusivas al sonido.
—¿Cuánta gente crees que habrá venido? —preguntó el empresario mirando a su alrededor.
—La suficiente, Ricardo, además, mañana saldremos en primera plana de todos los periódicos.
—¿Saldremos? —preguntó el empresario.
—Saldrá y saldréis: Mayra me ha dicho que deben fotografiaros juntos.
—Lo sé, lo sé, tranquila.
Los invitados fueron desapareciendo del Salón de las Columnas y dirigiéndose hacia el Comedor de Gala. En ese momento, justo cuando Mayra estaba a punto de ordenarle a Tyra que cambiara la cámara, un hombre bajito, con traje de tres piezas y bigote a cepillo, se acercó y saludó a Ricardo, se presentó como el agente personal del famoso violinista.
—El señor Zaitsev le traslada su agradecimiento por su insistencia en organizar este concierto en Madrid —dijo con un cortés y marcado acento británico.
—Ha sido todo un honor escucharle, permítame presentarle a Berta —dijo haciendo una pausa para permitir que ambos se saludaran—, y a Helena Shriver, nuestra curadora de arte.
—Encantado, *miss* Shriver.
—Tal vez pueda ayudarnos —comenzó a decir Ricardo en tono confidencial—: Helena cree que el violín que ha utilizado el señor Zaitsev es el King Joseph, de Giuseppe Guarneri, díganos, ¿está en lo cierto?
El pequeño hombre le dirigió a Helena una mirada mitad asombrada, mitad complacida.
—Sin duda es usted toda una experta, ha acertado de lleno.
—Gracias —dijo Helena halagada ante la orgullosa mirada de Ricardo. Mayra sonrió también con orgullo.
Los organizadores del evento se acercaron hasta ellos para indicarles

que la cena se serviría en diez minutos en el Comedor de Gala. El hombrecillo se disculpó y desapareció en busca del violinista.

—Pasa al comedor y al pasillo, Tyra, por favor —ordenó Mayra. La *hacker* obedeció.

Las catorce lámparas de bronce con sus casi mil bombillas daban esplendor y suntuosidad a la estancia que fuera calificada en su día como «el comedor más bello de Europa[15]» La mesa imperial, con capacidad para unos ciento cuarenta comensales, estaba adornada con centros de flores frescas y candelabros de oro. La cubertería había sido comprada por los Mena para la ocasión, ya que Patrimonio Nacional no consideró adecuado utilizar la porcelana real.

—Es precioso —murmuró Nicolás.

Ricardo y las chicas entraron a paso lento en el Comedor de Gala. El empresario tomó asiento junto a su esposa, María de Medeiros, cuyo bronceado sería calificado de «envidiable» a la mañana siguiente por la prensa rosa. «Ha pasado unos días en Mauricio», confirmaría el empresario ante la furiosa mirada de su esposa, a la que no le hacía ni pizca de gracia salir en los medios. «Va de Lorenzo Caprile, al igual que la infanta», dirían en los programas de la mañana.

—No sé a quién me recuerda la esposa de Ricardo —le confesó Mayra a Nicolás mientras los observaban.

—Es muy antipática y aburrida, la prensa rosa apenas tiene interés en ella.

Tras el segundo plato y los correspondientes discursos de agradecimiento, algunos de los invitados se empezaron a levantar y acercarse a otros para conversar. Tyra intentaba seguir las órdenes de Mayra:

—Acércate al ministro…, ahora vete hacia ese premio nobel…

—Mayra, en ese plano está el mánager de Vadim con ese banquero —alertaba Nicolás.

—Tyra, pónmelos ya —exigía la exespía.

Como si quisiera aprovechar el bullicio y pasar desapercibido, a través de las cámaras vieron cómo Vadim desaparecía del Comedor sin que nadie se diera cuenta. Tyra le siguió a través de una de las cámaras, mientras que Mayra y Nicolás seguían pendientes de lo que ocurría en el Comedor.

Vadim salió a la galería que rodeaba al patio central y accedió a la Capilla Real. En ese momento, Mayra y Nicolás dejaron de observar a los invitados y giraron la cabeza hacia el monitor que Tyra controlaba. El violinista se detuvo unos instantes, giró sobre sí mismo y miró hacia arriba.

—Está mirando el órgano —informó Nicolás.

El órgano era una enorme joya musical de tres mil doscientos veinticuatro tubos que estaba incrustado en uno de los arcos laterales,

lo que dificultaba su vista desde abajo. Continuó caminando con la cabeza hacia arriba, admirando los frescos de la cúpula de media naranja. Pasó de largo por el altar y accedió a la Biblioteca. En Second Consulting sonrieron.

Justo en Madrid, y justo en la Sala de Música de la Biblioteca, se encontraba una de las colecciones más valiosas de instrumentos antiguos: la conocida como los Stradivarius Palatinos. La fantasía o realidad que rodeaba la historia de su creador, Antonio Stradivari, era una asignatura en la vida de todo violinista.

A través de la vitrina de seguridad, Vadim contempló los cuatro instrumentos: dos violines, una viola y un violonchelo. Los cuatro estaban decorados con una cenefa de rombos y círculos de marfil; había leído que el fondo era de pasta de ébano y recorría todo el perímetro de la tabla armónica y del fondo, a la altura del filete. El fondo de los violines, conocidos como «grande» y «pequeño», estaba realizado de una sola pieza de madera de arce; el del violonchelo lo conformaban dos piezas.

Vadim observaba la decoración del roleo de uno de los violines. Las plantillas estaban en el museo de Cremona, lugar de origen del famoso lutier que los había construido.

—*They are awesome, ¿aren´t they?*

La voz de Helena se escuchó en los altavoces del equipo de Second Consulting antes de que su imagen apareciera al lado de la de Vadim, frente al Cuarteto Real, que era así como también se conocía a los violines.

El violinista, absorto como estaba, no se dio por aludido y continuó observando los dibujos de cánidos corriendo hacia el botón, dos de ellos se enfrentaban.

—¿No los había visto nunca? —volvió a insistir Helena, esta vez en un tono un poco más alto y en un forzado español.

El violinista se giró y se encontró con los ojos de Helena. Hubo un silencio expectante en la Sala de la Música y en Second Consulting.

—Sube el volumen —ordenó Mayra.

Una sonrisilla apareció en el rostro de la curadora, quien se tocó el pelo y se acercó a la vitrina.

—¿Le gustan? —preguntó volviendo la cabeza de forma coqueta hacia el hombre.

—Sí, son preciosos. —El violinista también contemplaba los violines —. Por cierto, mi mánager dice que usted es experta en violines.

Helena sonrió tímida y dirigió una fugaz mirada hacia las cámaras de seguridad. Como si no quisiera tener testigos de la escena que estaba protagonizando. Vadim la intimidaba y no quería que su madre estuviera al tanto de su debilidad.

—Disculpe que no me haya presentado —dijo el violinista

rompiendo el momento de intimidad, lo que ayudó a disminuir la tensión—: soy Vadim.

—Yo soy Helena Shriver, curadora de arte —dijo orgullosa.

Se estrecharon las manos, y, por la expresión del músico, Mayra pudo adivinar que el violinista se acababa de dar cuenta de que Helena era su hija. Eso implicaba que no las había investigado, algo honesto de su parte.

—Entonces, ya entiendo su interés por estas bellezas —murmuró inclinando la cabeza hacia el famoso cuarteto.

—Me da la sensación de que un halo mágico los custodia, son muy especiales. Es la única colección del mundo que permanece junta. —Helena continuaba admirando los violines.

—La historia dice que Antonio Stradivari lo realizó pensando en Carlos II como conjunto unitario y decidió después ofrecerlo como obsequio a Felipe V durante su visita a Cremona en 1702. Por motivos políticos de la Guerra de Sucesión española no fue permitida esta entrega.

—Veo que usted está muy bien informado: no fue hasta setenta años después que Carlos III encargó al Padre Brambilla la adquisición del entonces quinteto para su hijo, el Príncipe de Asturias y futuro Carlos IV, en su viaje a Cremona.

—¿Ha escuchado alguna vez un concierto con los cuatro instrumentos? —quiso saber el agente del MI6, quien también lanzó una mirada de refilón hacia las cámaras.

—Sí —respondió la curadora volviéndose a atusar el pelo—, Patrimonio Nacional programa varios conciertos anuales. El sonido es delicioso, aunque, al ser el único cuarteto que se conserva, no se puede comparar. Además, yo solo soy una aficionada.

—Los cuatro juntos tienen una vibración tímbrica perfecta. No hay nada que se le parezca en el mundo. Mantener la colección unida ha sido un logro de vuestro Patrimonio Nacional.

Durante unos instantes, los dos se quedaron en silencio, contemplando la urna en la que se encontraban los instrumentos.

—Me emocionó tu violín —dijo casi en un susurro. Era evidente que no quería que nada captase sus palabras. Nicolás miró de reojo a Mayra, quien permanecía atenta al monitor.

—Es un instrumento que pulveriza los sentidos —señaló el violinista—, siempre va más allá de las emociones.

Justo cuando ella iba a responder, una estruendosa voz interrumpió a los visitantes de la Sala de la Música y a los espectadores de Second Consulting.

—¡Vadim! ¡Menos mal que te encuentro! Los reyes se retiran y quieren despedirse. —El mánager, de corta estatura y traje de tres piezas, entró estrepitosamente en la imagen cortando sin la más

mínima delicadeza el hilo emocional que se había establecido entre violinista, curadora y Cuarteto Real—. ¡Vamos, vamos!

Vadim le hizo un gesto de calma, y el mánager se paró en seco, respetando el espacio de los dos.

—Creo que mañana tengo programada una visita a su gestora, señorita Shriver.

Helena sonrió complacida.

—Le estaremos esperando, señor Zaitsev.

Volvieron a estrecharse las manos, esta vez en un apretón que, a juicio de Mayra, duró algo más de lo correcto.

Desde Second Consulting contemplaron cómo mánager y violinista abandonaban la sala. Mayra, en su interior más remoto, admiró una vez más las anchas espaldas de Vadim. Helena, por su parte, con sonrisa nerviosa, permaneció unos minutos más apreciando los Stradivarius Palatinos.

Horas más tarde, y ya en la cama, Mayra se daría cuenta de que Matías, su exmarido y también violinista, jamás consiguió conmoverla de la forma en que Vadim lo había hecho esa noche. Y también se dormiría con una pregunta que no había parado de hacerse desde que saliera de Second Consulting: ¿su hija sentía algo por Vadim?

21

María de Molina, Madrid.

El selecto mundo de los violines de alta gama tenía puestos sus ojos en la capital española. En concreto en la fastuosa cena en el Palacio Real la noche anterior. Y es que la ocasión fue merecedora de dicho adjetivo. Lo más granado de la sociedad se dio cita, invitados por Mena & Asociados al concierto y a la posterior cena de gala. La crónica rosa habló durante toda la semana de los vestidos de las invitadas y sus diseñadores. Nadie se quiso perder semejante ocasión y nadie se quiso perder la oportunidad de salir fotografiado en las páginas del papel *couché* con el violinista del momento. Incluidos Ricardo Mena y esposa, quienes posaban, esta última con cara de disgusto, en varias ocasiones con Vadim Zaitsev.

Solo los más avezados podrían saber que el hecho de que los Mena organizaran un evento de tal calibre estaba relacionado con la probable adquisición, por parte del violinista, del Rubí, y, por supuesto, de la participación de este bien en su exclusivo Stradivarius Global Found. Pero solo los más avezados o conocedores del fondo; para el resto, es decir, para el noventa y ocho por ciento de comunes mortales, los Mena utilizaban al violinista y la cena como reclamo publicitario. Fue esta última hipótesis la que Mayra se encargó de dejar clara a los directores de los medios de comunicación con los que mantenía relación desde su época en La Casa.

El caso es que, por un motivo u otro, a nadie le extrañó que, el día siguiente al evento del año, el violinista y Danielle, su asistenta, entraran por su propio pie en el lujoso edificio de María de Molina y subieran hasta la planta séptima, donde estaba ubicada la gestora Mena & Asociados.

Una vez dentro, por supuesto que todo el mundo que allí trabajaba sabía a qué se debía tan sorprendente y grata visita. Grata sobre todo para el personal femenino, que no dejaba de sonreír y coquetear al paso del atractivo violinista.

—Buenos días, señor Zaitsev —dijo Helena extendiéndole la mano con la cortesía acostumbrada—, usted debe de ser Danielle.

—Buenos días, *miss* Shriver, siento el retraso.

Apenas habían pasado cinco minutos desde la hora acordada. Ella sonrió agradecida por las disculpas y le sirvió una taza de té. Ambos contemplaban la calle María de Molina tras el enorme ventanal del despacho de Helena.

—El tiempo de Londres es monótono: lluvia, niebla, niebla, lluvia… Supongo que nada que ver con el clima de España.

La curadora no podía evitar sentirse nerviosa en presencia del músico, quizá era más su faceta como agente la que le provocaba ese estado. Se movió incómoda en su silla giratoria.

—No crea —contestó—, estamos teniendo un invierno bastante duro, dicen que por el cambio climático.

Vadim se sentó en la butaca frente a ella y tomó un sorbo de té. Danielle se sentó a su lado.

—En mi isla la verdad es que no notamos el cambio climático, y en Sofía aún menos.

Cruzaron la mirada, y Helena se retocó el pequeño moño desenfadado; algunas hebras caían por su nuca. Vestía de elegante negro, pantalones pitillo y jersey de cuello alto. Se había maquillado a conciencia, y Berta le había dicho, medio en broma, que estaba más guapa que otros días.

—Así que se acerca el gran día de la compra —empezó a decir ella.

—Eso espero, mis informantes me aseguran que Christie's está a punto de anunciarlo.

—¿En subasta o directamente al particular?

—En subasta.

—Imagino que será para usted un privilegio tener el violín entre sus manos.

Él la miró, con tristeza en sus ojos.

—Es el sueño de mi vida, recuperar el violín de mi maestro y poder tocar con él. ¿Aún mantiene contactos en Chistie's?

Ella asintió.

—Pero no son suficientes como para afirmar que el Rubí saldrá a subasta. Se ha creado una gran expectación a su alrededor. Sería una pena que solo fueran habladurías.

—En cualquier caso, dígame, ¿cómo supo que yo podría estar interesado en el violín?

Helena se echó hacia atrás en su butaca. Ambos estaban representando un papel, en Second Consulting aún no estaban seguros de que las instalaciones de la gestora estuvieran limpias de escuchas. Si alguien los estaba viendo o escuchando, algo muy probable, nunca llegaría a sospechar sobre la pantomima que el *dark agent* del MI6 y la curadora estaban representando.

—Verá, señor Zaitsev, tenemos clasificados los seiscientos violines que quedan del maestro; algunos permanecen ocultos en manos de

coleccionistas privados y nunca han visto la luz, pero tenemos el último rastro. El Rubí es un violín especial para usted, en cuanto sospechamos que podría salir a la venta, supe que iría a por él.

—Tiene razón, es un violín muy especial.

—Puedo imaginármelo.

—¿Sabe usted tocar el violín?

—Tengo algunos conocimientos —admitió ella al tiempo que dejaba la taza sobre la mesita—, pero no soy muy constante en la práctica.

—¿Ha tocado alguna vez un Stradivarius?

—Una vez toqué el Lady Tennant.

—¿Yossif Ivanov se lo dejó? —preguntó incrédulo.

Helena soltó una risa anhelante.

—No, la Stradivari Society de Chicago aún no se lo había prestado. Colaboro con ellos como curadora en algunas de sus exposiciones, alguna vez me dejaron tocarlo.

—¿Qué le pareció el sonido?

Ella lo miró, se estaban desviando del guion que Mayra les había indicado. Helena no sabía si era un descuido del violinista o lo estaba haciendo adrede. Dejó transcurrir unos segundos antes de contestar.

—No sabría describirlo; fue una sensación… el sonido tocó mi alma… fue como si mi alma, mi yo más profundo hubiera encontrado algo con lo que se sintiera…

—¿Identificado? —terminó de decir él.

Ella asintió sin ser consciente.

—Esa es la palabra: identificado —admitió.

Ambos se miraban a los ojos. Danielle les observaba sin interrumpir.

Helena, algo confusa por la situación, preguntó, tratando de reconducir la reunión hacia su objetivo:

—¿Le parece que hablemos del Stradivarius Global Found?

—Estoy deseando escucharla, ¿más té? —preguntó él y, sin esperar respuesta, se levantó y acercó la tetera a la taza de Helena, llenándola hasta el borde. Después hizo lo propio con Danielle.

22

María de Molina, Madrid.

—Para invertir en el Stradivarius Found —empezó a decir Helena—, le damos dos opciones. La primera es aportar dos millones de euros como monto mínimo de inversión. La segunda opción, que es la más interesante para usted, es la de cubrir una parte en líquido y la otra con el violín. De optar por esta segunda opción, nuestro grupo de expertos evaluará si la pieza cumple todos los requisitos.

—Quiere decir si se trata de un auténtico Stradivarius —apuntó el violinista mirándola de soslayo.

—Así es, se sorprendería de las situaciones que se nos han dado. Hay imitaciones realmente extraordinarias que han sido pagadas a precio de piezas originales, imagínese el *shock* del propietario. Tenga en cuenta que los propietarios invierten en la totalidad del fondo, no solo en la pieza que usted aporta.

—Entiendo.

—El retorno en el medio plazo será superior, ya que el valor de los Stradivarius no está correlacionado con otros mercados ni con la inflación.

El violinista se revolvió incómodo en la silla giratoria.

—Me preocupa el hecho de prestar el violín. Verá, aparte de que es mucho dinero, está el valor sentimental.

—Bueno, eso solo lo hacemos una vez al año, dos como mucho. Se exponen en Nueva York, Moscú o Londres. Buena parte de la rentabilidad que se obtiene es gracias a estas exposiciones. Además, no debe preocuparse, ya le comenté las opciones que tenemos.

—¿Y si los roban?

Ante la pregunta, Danielle aproximó su cuerpo a la mesa.

—Viajan y son custodiados por fuertes medidas de seguridad. Es difícil deshacerse de un objeto así sin llamar la atención en el mercado negro, esto alertaría a las autoridades que previamente ya estarían avisadas por nosotros. Además, como ya le comenté, cada caja contiene un dispositivo a través del cual podemos saber dónde está el violín en cada momento.

—Eso implica que el violín siempre deberá estar guardado en su

caja.

—Exacto, salvo cuando usted lo toque o cuando esté en alguna de las exposiciones que le he comentado.

—Bien, hábleme de los plazos.

—Es un fondo cerrado a cinco años, y los retornos líquidos no se reciben hasta terminado ese período. Los instrumentos se revalúan cada seis meses para determinar el valor total neto. Al cabo de los cinco años, usted queda eximido de la obligación de prestar su violín al Financial Art Management, se le devuelve el capital que aportó más los dividendos.

—Entonces, digamos que, en cinco años, aportando dos millones de euros, uno de ellos a través del Stradivarius, los dividendos a un diez por ciento ascenderán a un millón de euros.

—Doscientos mil por año.

Vadim se recostó en su respaldo. Danielle continuaba atenta.

—Es una buena inversión, y muy fiable; me he informado y tengo contactos en la Fine Art Wealth Management, la consultora tiene varias entradas en su blog en las que habla de su fondo como uno de los mejores del mercado, también como el más exclusivo.

Helena lo sabía; por razones obvias, ella también tenía contactos en la consultora de arte. Sabía que su empresa, y en concreto el Stradivarius Global Found, era uno de los fondos mejor valorados internacionalmente. Por eso le iba la vida en dar con el paradero de El Irlandés.

—Solo pueden acceder quienes poseen un Stradivarius o dos millones de euros. En este último caso, seleccionamos a los inversionistas cuya relación con estos instrumentos vaya más allá del retorno que puedan obtener. El valor emocional de estos instrumentos es igual de importante que el monetario.

—¿Es usted quien lo decide? —quiso saber el violinista con un deje de escepticismo.

Ella no sonrió, ni tampoco se molestó. Amaba su trabajo por encima de todo, amaba todo lo relacionado con Antonio Stradivari y era experta en la Italia de los años 1650 y 1750. Era quien seleccionaba el personal que estaba a su cargo. Por descontado que seleccionaba a los inversores.

—Puede estar seguro de que así es.

El violinista pareció complacido ante la respuesta tajante y segura de Helena. Por algo se trataba de un fondo famoso por su exclusividad. Dos millones de euros no eran razón suficiente para franquear la entrada a cualquier inversor deseoso de participar en un fondo así. El *dark agent* británico cedió el sitio al violinista, quien admiró y valoró la estructura financiera que Helena había sido capaz de crear combinada con un sentimiento de amor profundo por estos

magníficos instrumentos.

—¿Y tendrán que inspeccionar mi casa?

—Sí, deberá contar con servicio de alarma contra robo, y verificaremos que las condiciones no pongan en riesgo la integridad de la pieza. Debe ser asegurada por usted durante todo el tiempo que vaya a permanecer con ella, en su caso, durante los cinco años. Tenemos propietarios que dejan la pieza bajo nuestra custodia. Uno de nuestros curadores hará un reporte de condiciones y verificará el lugar en el que lo guardará. En cuanto tenga en su poder el violín, nos desplazaremos a su domicilio.

—Pues siento decirle que vivo entre la Isla de Man, Londres y Sofía.

—Inspeccionaremos las tres viviendas —respondió Helena con aplomo.

—¿El seguro lo debo formalizar con la compañía que ustedes elijan o con la que yo decida?

—Puede decidirlo usted, solo que nuestra compañía, a nivel mundial, está familiarizada con el tipo de seguros que se adapta mejor a la exclusividad de este fondo. En cuanto a precio, no hay mucha diferencia. La prima en caso de pérdida o robo corresponde a la última revalorización del violín más el retorno esperado al cabo de los cinco años de contrato.

Vadim se atusó el cabello.

—Es una inversión segura y estable —continuó Helena—, con buenos rendimientos a medio y largo plazo. Tenemos clientes que han renovado por un nuevo período de cinco años. Le garantizamos la máxima confidencialidad, nadie conoce quienes son los propietarios de las piezas, sus nombres están a buen recaudo.

Lo cierto es que no estaban a tan buen recaudo, dadas las circunstancias.

—Me imagino el desastre que supondría conocer las identidades —añadió este último.

—Mejor no se lo imagine, tenga en cuenta que para viajar en avión el violín debe estar en una caja acorazada e insumergible de 70 x 50 x 30; están hechas a medida para viajar en cabina. La caja lleva un sistema electrónico semejante al que llevan las cajas negras de los aviones, nos permite localizarlos en cualquier parte del mundo en caso de accidente. Cuando viaje, o cuando no lo use, deberá llevarlo siempre en esta caja. Por favor, esto es muy importante.

El hombre meditó unos instantes. Dejó la taza de té sobre la mesa en la que Helena había depositado la suya momentos antes y caminó hacia el ventanal. Se metió las manos en los bolsillos y contempló el radiante cielo de Madrid.

—Necesitaría ver los documentos —dijo finalmente.

—Por supuesto, los prepararemos y se los enviaremos a donde usted

nos diga.

—Se los pueden enviar a Danielle, mi ayudante. ¿Y si al final no subastan el Rubí?

—Los rompe o nos los devuelve.

Esa misma tarde, la jefa de prensa de la prestigiosa casa de subastas Christie’s anunció que el Rubí saldría a subasta en su sede de Zúrich dentro de dos días.

—¿Está esta noche en Madrid? —preguntó el violinista a la exagente. Tras el comunicado de prensa de Christie’s, había telefoneado a Mayra.

—Claro —respondió ella.

—Si no tiene planes, doy un pequeño recital privado en la Embajada de Rusia. Si le apetece venir, está usted invitada.

Mayra sonrió para sus adentros. Si Nicolás la hubiera visto, hubiera sentenciado que la exagente se había ruborizado, un hecho insólito en los casi treinta años que llevaban juntos.

—Veo que han mejorado las relaciones entre Inglaterra y Rusia —apuntó Mayra girando su silla hacia la pared y reclinándose en el respaldo.

—No sabría decirle —respondió el agente del MI6—, estaba en mi programa de conciertos, procuro mantenerme al margen de cualquier trama política, ¿podrá venir?

Mayra suspiró. Le gustaría ir, por supuesto, anhelaba volver a escuchar las melodías que el violinista lograba arrancar al violín.

—Me encantaría asistir…

—¿Pero? —se anticipó el hombre.

—Pero mi presencia en la Embajada de Rusia no pasaría desapercibida.

El hombre, contrariado, tardó en responder. Finalmente dijo:

—Entiendo. Dadas las circunstancias, no sería apropiado. Discúlpeme, no sé en qué estaba pensando.

23

Casa de Subastas Christie's, Zúrich.

—Ochocientos treinta mil, ochocientos cincuenta mil para el caballero de la parte de atrás, ochocientos setenta mil para usted, señora —el rematador continuaba aceptando las ofertas—, novecientos mil al teléfono, novecientos treinta mil de un pujador por internet.

Los incrementos en las pujas ascendían en rápida sucesión. Los ojos del subastador se movían de un extremo al otro de la sala. Las pujas telefónicas, a la izquierda; la zona de butacas, a reventar. A pesar de su experiencia, la adrenalina estaba a flor de piel. El ambiente en la sala era electrizante.

Una empleada vestida con elegante traje negro adornado con un diminuto collar de perlas hablaba por teléfono. De nuevo, levantó su paleta. Seguía instrucciones.

—Novecientos setenta para la señorita.

No era la primera vez que Vadim acudía a una subasta. No era asiduo, pero, de vez en cuando, si la pieza era de su interés y le cuadraba la ciudad, acudía. O eso era lo que Mayra se había encargado de que corriera por las redes. Pocas piezas se le habían escapado, el dinero no era problema. Motivo por el que, más adelante, la crónica social describiría su semblante en la sala como tranquilo, apacible, conocedor de las estrategias que se han de seguir en una subasta. No había levantado la paleta ni una sola vez. Esperaba que la puja máxima se anunciara para entonces levantar él su paleta.

En el reducido y exquisito mundo del arte, pocas veces salía a la luz una pieza como aquella. Para la pequeña sociedad coleccionista de los violines de alta gama, de la noche a la mañana, uno de los Stradivarius más enigmáticos había salido a la luz; la voz había corrido entre los amantes de la música y de los geniales instrumentos, y allí estaban todos. La mayoría eran postores, pero también había curiosos y periodistas pendientes del avezado alumno cuya promesa estaba a punto de cumplirse.

El alumno aguardaba sentado en una de las últimas filas.

Más atrás, con un falso carné que la acreditaba como periodista, Mayra contemplaba la escena. Se había colocado en el mejor sitio, desde el que podía contemplar toda la sala y conocer la cadencia de pujadores. La exagente sabía exactamente cuánto ofrecían unos y otros pujadores y se lo comunicaba a Vadim por un micrófono oculto en el cuello alto de su jersey negro.

Tanto el agente del MI6 como la exagente del CNI habían contemplado la pieza durante la noche anterior. El violinista porque, como principal interesado, le correspondía ver la pieza que tanto había anhelado. Mayra, por su parte, necesitaba comprobar el correcto funcionamiento del dispositivo que Helena había hecho insertar en la tinta.

—No puedo irme sin él —le había confesado con pesar Vadim a Danielle, su ayudante—, no me lo perdonaría teniéndolo tan cerca. Las palabras habían sido recogidas en tiempo real por la prensa.

—Un millón cuatrocientos para la señorita a la una —el rematador anunciaba la inminente adjudicación de la pieza—, un millón cuatrocientos a las dos…

Vadim alzó su paleta, el rematador lo miró por primera vez.

—Ese momento —dijo Helena a Antonio y Ricardo, que seguían la puja desde la sala de juntas de Mena & Asociados— en que la puja está a punto de adjudicarse es el momento en el que más disfrutan los rematadores. —Los hermanos la escucharon, pero continuaron absortos en la escena que estaban contemplando. Temían que el violín no llegara a las manos de Vadim. Los tres se habían levantado de sus asientos y habían acercado sus cuerpos a la pantalla del portátil desde el que contemplaban la escena.

Dada la trascendencia de la subasta, el semblante del rematador parecía el de un niño pequeño antes de abrir su regalo, tenía la adrenalina a flor de piel. La chica de negro se volvió hacia Vadim, contrariada por la pérdida. Aquel era su tope, su pujador se retiraba.

—Un millón quinientos para el caballero de la última fila. —El rematador miró con ojos inquisidores a la totalidad de la sala, buscando otra paleta. Los segundos pasaban—. Un millón quinientos a la una —uno, dos, tres, cuatro segundos—, un millón quinientos a las dos —de nuevo, cuatro segundos que a Vadim y a Mayra les parecieron eternos—, ¡adjudicado al caballero de la última fila!

Mayra respiró.

En María de Molina, Helena, Ricardo y Antonio se dejaron caer en sus asientos.

En Paseo de la Habana, el equipo al completo chocó la palma de sus manos.

La sala entera (salvo el resto de pujadores) estalló en aplausos, algo inaudito.

Vadim se abrazó a Danielle, el Rubí era suyo, lo había conseguido. Los periodistas empezaron a arremolinarse en torno a ellos, y la seguridad de la sala tuvo que intervenir. Lograron escabullirse de las miradas curiosas y de los rostros desconocidos que se acercaban a saludar al genial violinista que, por fin, había logrado cumplir la promesa a su maestro. Al día siguiente, la cara de Vadim anegada en lágrimas de emoción sería portada del *Herald* y el *The Guardian*, así como de *El Mundo* y el *ABC*.

Tras la adjudicación de la pieza, el violinista y Danielle fueron escoltados por los guardias de seguridad hasta la puerta más próxima. Atravesaron el *hall* que precedía al salón en el que se había efectuado la subasta y desaparecieron tras una puerta franqueada por personal de vigilancia privada. Había que tramitar el papeleo, la parte más aburrida.

—¿Has avisado al aeropuerto? —preguntó Vadim.

—Sí —respondió ella mientras hojeaba los documentos.

—¿Y?

—Me temo que no es posible, debe pasar rigurosamente las medidas de seguridad. Se trata de rayos X, son inofensivos con la madera.

Las palabras de su ayudante lo contrariaron, o eso les pareció a los allí reunidos. El violinista no esperaba que le hiciesen pasar las medidas de seguridad. Eso suponía tener que sacar el violín de la caja de seguridad de Helena.

—¿Cuánto tiempo estará expuesto?

—Apenas diez segundos.

—¿Y no les vale con una inspección puramente visual?

—No, Vadim, esto ya estaba hablado. Había una sola posibilidad de que le dejasen pasar el control sin que la pieza pasara por rayos X, una contra noventa y nueve. He hablado con el mismísimo jefe de seguridad del aeropuerto, y se niega en rotundo. Es normativa aeronáutica.

Aceptó de mala gana las palabras de Danielle. Se fiaba de ella, sabía que había hecho todo lo posible por cumplir sus deseos. Si no lo había conseguido era porque en realidad no se podía conseguir. A veces, no siempre, Danielle viajaba con él, cuando Ashley Graham lo consideraba oportuno.

Las autoridades aeroportuarias les habían advertido de que solo había dos opciones: si no querían que la pieza se sacara de la caja de seguridad, tendrían que facturarla y el violín viajaría en la bodega del avión; si querían viajar con ella en cabina, tendrían que sacarla de la caja y pasarla por la máquina de rayos X.

Vadim no quería separarse de la pieza en ningún momento, así que tendría que someterse a las medidas de seguridad, como el resto de pasajeros. Le costaba no salirse con la suya y, como buena y

egocéntrica estrella que también era, expresó su enfado a todos los presentes mientras firmaba los documentos que lo hacían propietario del falso Rubí.

El director de la casa de subastas les ofreció un té, y así relajar los ánimos. La transferencia para efectuar el pago estaba de camino, así que continuaron charlando de trivialidades con el objeto de matar el tiempo. Cuando el jefe de administración les avisó de que el dinero ya había llegado, Vadim cerró los ojos y simuló que rezaba una oración.

Todo había salido bien. La transferencia había sido realizada desde una cuenta abierta en un banco de las Islas Caimán por el despacho que Mena & Asociados tenía en La City. En menos de veinticuatro horas, el dinero estaría de vuelta, el administrador de Christie's no habría visto nada, y el director tampoco. Lo ingresado por la copia del Rubí, y el Rubí mismo, jamás figuraría en ningún balance de la prestigiosa casa de subastas. Este simple y trivial hecho era la baza para *convencer* a los Mena de que colaborasen con el MI6 desde su despacho en Londres. Aunque la exagente estaba casi segura de que el CNI estaba al corriente del estratégico despacho de los hermanos en la City…, pero de ese tema se ocuparía en unos días.

Cierto es que una casa como Christie's no hace ningún favor sin una contrapartida, y mucho menos cuando entran en juego fondos de opaca procedencia, además de una pieza valiosa. Antes de viajar a Washington, Helena se reunió, a través de videollamada, con sus antiguos jefes de la casa de subastas de Londres. Solo contó con el apoyo de la que fuera responsable de archivo de la prestigiosa casa de subastas, Linda MacLeod; no obstante, este apoyo le valió para convencer al resto de la importancia vital de recuperar El Irlandés. El favor no fue gratis: la Stradivari Society se comprometía a regalar a la casa de subastas nada más y nada menos que la única viola Stradivarius que poseía. Teniendo en cuenta que el afamado lutier solo hizo dieciocho, el favor resultó extremadamente caro para la dueña, Frida Stewart, que apenas había empezado a recuperar el apetito. Pero se enfrentaba a una pérdida aún mayor: la sanción por negligencia que la gestora y la aseguradora le imputarían. El hecho de que el violín hubiera sido sustraído implicaba que no se habían seguido todos los procedimientos.

Las partes aceptaron, por supuesto.

Vadim, por su parte, estaba extasiado, o eso diría Danielle y cuantos se cruzaron con él aquella tarde camino del aeropuerto.

Después de tantos años, el Rubí volvía a él. En unas horas el violín reposaría en su regazo. Una vez que llegaran a Londres, y tras el papeleo aduanero del aeropuerto, el chófer los llevaría al apartamento que Vadim tenía en King's Cross.

—¿Deseando llegar a casa? —preguntó Danielle.

—Estoy desando tocarlo. —Algo que no ocurriría, al menos por el momento.

—Todo ha salido perfecto, señor Zaitsev.

—Y que lo digas, Danielle —respondió él mirando por la ventanilla del taxi que los trasladaba hasta el aeropuerto de Kloten—, y que lo digas.

24

3 de August Street, King's Cross.

Unas horas más tarde, el avión aterrizó con puntualidad británica y en mitad de una furiosa lluvia en el Aeropuerto de Heathrow. Allí estaban acostumbrados, y el piloto, un experimentado veterano de guerra, posó el avión sobre la pista de aterrizaje con una hábil maniobra. Vadim y Danielle fueron los primeros en desembarcar.

—Cuento los minutos para poder abrir el estuche y contemplarlo — le susurró a Danielle cuando se iluminó la señal que les indicaba que podían desabrocharse los cinturones.

El chófer, un empleado del MI6, los esperaba en el *hall* de llegadas. Caminaron hacia el coche resguardados por el enorme paraguas que el empleado les había traído. Los tres convendrían más tarde en que nadie pareció seguirlos en el trayecto hacia la casa de Vadim.

Una vez frente a su lujoso apartamento, en el número tres de August Street, en el distrito de King's Cross, se despidió de la ayudante y del chófer, saludó al conserje del edificio y subió por el ascensor directo a la residencia.

El apartamento era su residencia oficial en Londres. Lo usaba siempre que estaba en la ciudad. El salón estaba custodiado por dos amplios ventanales que iban desde el suelo hasta el techo y cuya misión era dejar pasar toda la luz que los grises días de Londres podían dar. Los muebles, en tonos blancos y negros, le daban un aire distinguido. En el centro del salón, una chimenea, que la empleada del hogar se había encargado de tener encendida a su regreso, caldeaba toda la vivienda.

Lo más probable es que las líneas de teléfono estuvieran pinchadas. También era muy posible que lo estuvieran vigilando a través de cámaras o desde algún edificio cercano. Hasta que averiguaran quién estaba al otro lado, habían establecido que Vadim debía comportarse como el músico fiel a la promesa que años atrás le había hecho a su maestro.

Según lo previsto, el teléfono sonó:

—¡Lo tengo! ¡Es mío! —dijo con desbordada alegría.

—Ya lo sé, ¡cuánto me alegro, señor Zaitsev! —era la voz de Helena.

Llamaba desde el propio despacho de Second Consulting.

—Aún no lo he abierto, ¿se lo puede creer?

—Me imagino lo nervioso que debe estar, hágalo en cuanto cuelgue conmigo —la voz de la mujer parecía cargada de emoción—, ábralo y disfrute de él, se lo merece.

—¿A qué hora vendrá su curador para hacer la verificación?

—Llegaré a Gatwick a las siete en punto.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Vendrá usted, Helena? —preguntó extrañado.

—Sí, no me perdería por nada del mundo poder contemplar un violín con tanta historia como el Rubí. Estoy deseando verlo.

—Perfecto, pero… ¿Gatwick? —volvió a preguntar el violinista, un poco sorprendido, pues era el aeropuerto en el que operaban solo líneas de bajo coste. Algo se estaba perdiendo.

—Sí —dijo Helena suspirando y mirando a Nicolás—, quiero estar allí cuanto antes, y no hay otro vuelo más temprano. Iré con un montón de turistas y con adolescentes llenos de hormonas en plena revolución.

—En ese caso, te espero a la salida.

—No, no, no —se apresuró a decir—, no es necesario.

—Insisto, no se hable más: te estaré esperando —y colgó dejando a la curadora con la palabra en la boca.

Extrañado por el cambio de planes, el agente fue hasta la cocina y llenó el hervidor de agua. Esperó unos minutos hasta que el interruptor saltó, y vertió el agua hirviendo en una taza en la que flotaba una bolsita de té. Recordó los instantes de la subasta; la colaboración con Mayra en esa sencilla operación le había hecho disfrutar como un niño. Le hubiera gustado invitarla a cenar, pero no podían dejarse ver juntos, no por ahora. Había algo en esa mujer con lo que su ser más íntimo podía identificarse. Por sus orígenes, ambos se habían visto obligados a demostrar más que sus compañeros. Ella por ser mujer en un mundo de hombres. Él por ser ruso, e hijo de un ruso, en un país en el que contaba con la confianza de unos cuantos, entre ellos Ashley, quien había cargado con la defensa de su honestidad durante toda su vida.

El violinista se sentó en el mismo sofá en el que había dejado la caja del Rubí. Acercó la mano libre a la cerradura de seguridad y tecleó la combinación que Helena le había indicado. Dejó la taza de té en la mesita de centro y sostuvo el instrumento, aún cubierto por el paño de algodón blanco, entre sus temblorosas manos. Le retiró el paño y contempló el violín mientras las emotivas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

El músico apreció el contorno, la cenefa de rombos y los círculos de marfil sobre el fondo de pasta de ébano, recorrió con el índice todo el

perímetro de la tabla armónica. Tocó el fondo: había sido realizado con una pieza de madera de arce. Admiró los roleos renacentistas en los aros y en los clavijeros. Los grifos negros con sus alas explayadas y silueteadas. Reconoció el ébano negro del mástil y las clavijas.

La etiqueta en su interior: «Antonius Stradivarius Cremonensis/ Faciebat Anno 708», y el anagrama «AS» en un círculo bajo la cruz. El sello del famoso lutier.

Helena le había advertido que era conveniente no tocarlo. No pudo resistirse. Tocó algunos acordes y acercó el oído, el sonido era perfecto: limpio, con cuerpo, estaba afinado. Helena había conseguido una excepcional copia del Betts.

Frente a la chimenea, tocó *Thaïs*, de Jules Massenat. En las revistas había dicho que nada le «causaba mayor placer que tocar el violín frente a la chimenea».

Tal y como le habían explicado días atrás en la gestora, la visita de la curadora obedecía a una finalidad: comprobar y reportar las condiciones en las que estaba la pieza, así como verificar el lugar en el que lo guardaría. Pero el propósito de la visita era bien distinto.

Es cierto que no estaba previsto que la propia Helena viajara a hacer la verificación, Mayra no quería levantar sospechas innecesarias; pero un incidente de última hora se había colado en sus planes: urgía que su hija viajase a Londres y que ella cambiara su destino. Nicolás y la exagente acordaron que sería mejor mantener al margen a Vadim, era vital que el músico continuara desempeñando su papel. Conocería el incidente al día siguiente.

25

3 de August Street, Kings Cross.

A la mañana siguiente, puntual como si su procedencia fuera británica, el BMW de Vadim esperaba en la zona reservada para taxis frente a las puertas de llegada del Aeropuerto de Gatwick. Sin embargo, el avión de Helena llegó con algo de retraso, es lo que tenía viajar con compañías de bajo coste.

A las siete y treinta la curadora salió por las puertas giratorias al frío invernal londinense. Vadim accionó el claxon, se bajó del coche y caminó hacia ella.

—Bienvenida. —Él fue a darle dos besos, pero ella lo frenó en seco tendiéndole la mano, lo que contrarió al músico.

—Gracias, señor Zeland. —Trataba de mantener la distancia—. ¿Cómo está? ¿Qué tal el violín?

—Permítame, por favor —dijo él haciéndose cargo de su equipaje. Ella le dejó hacer. Se encaminaron hacia el coche. Helena le miraba caminar entre los copos de nieve.

—Es una joya, cómo decirle, tiene un sonido profundo… Es como si quisieras estar mecido en él todo el tiempo.

Le franqueó, cortés, la puerta del todoterreno color negro. Después guardó el equipaje en el maletero y se colocó al volante.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó al cerrar la puerta.

—Bastante bien, he dormido y me ha dado tiempo a revisar todos los archivos del *due dilligence,* ¿les ha echado un vistazo?

Él accionó el contacto y sonrió: le había pillado. El mismo día en que se reunieron en Madrid, la gestora y curadora de arte le había enviado los archivos que tenía en su poder sobre todo lo relativo al Rubí, año de creación, materiales, pureza del barniz, origen del ébano…

—Me va a disculpar, no he tenido tiempo de mirarlo. Los ensayos ocupan el noventa por ciento de mi tiempo. Danielle me pasó el archivo, pero no he tenido un momento.

El aeropuerto de Gatwick se encontraba a unos cuarenta y cinco kilómetros del centro de Londres. Vadim condujo por la M23 hasta que tomó el desvío a la izquierda hacia Banstead Road y salió a la

autopista a A23. Fue entonces cuando cambió el tono de su voz. Pasó de ser formal a ser más familiar.

—El coche es seguro, y nadie nos sigue, dígame, ¿qué ha pasado? ¿Por qué ha venido usted?

—¿No ha hablado con Mayra?

—Le puse varios mensajes a su madre anoche, no sé nada de ella.

A Helena no le sorprendió que Vadim conociera la vinculación que había entre ella y Mayra.

—Me temo que tenemos un problema: la caja de seguridad está en su apartamento, pero el violín no ha viajado hasta Londres.

—¿Cómo es posible? —dijo Vadim mirándola sorprendido. Intentó hacer memoria de todo lo sucedido desde que cogió el violín en Christie's hasta que embarcaron.

—Está en Ginebra, en concreto en el Puerto Franco.

—¿Me lo robaron en el aeropuerto? —preguntó incrédulo.

Helena dijo que sí con la cabeza.

—El único momento en el que saqué el violín de la caja fue al pasar el control de seguridad.

Helena volvió a asentir y miró su reloj.

—Mayra no volvió a Madrid anoche, en estos momentos debe de estar hablando con el jefe de seguridad del Aeropuerto de Zúrich.

—¿Creéis que El Irlandés puede estar también en el Puerto Franco?

—Mayra no lo cree, ¿qué sentido tendría robarlo para guardarlo en un sitio así?

—Tienes razón, debe ser un sitio de paso hasta que vean que el mundo sigue girando y que nadie se ha dado cuenta, ¿y tus jefes?

—Les he dicho que quería ser yo la que examinara el Rubí, a fin de cuentas, yo elegí la copia. Ellos piensan que el Rubí está en tu apartamento, por eso deberemos actuar como si nada; en cuanto pongamos un pie en tu piso, todo transcurrirá según lo planeado.

—Perfecto —dijo y se quedó pensativo mirando la carretera. Transcurrieron unos instantes antes de que el agente del MI6 dijera—: Me confunde un poco que te dirijas a tu madre como «Mayra».

Los dos se quedaron en silencio en el interior del coche. Helena, visiblemente incómoda, bajó un poco la ventanilla dejando que el aire helado le refrescara el rostro.

—Si me disculpa —dijo con frialdad—, esa confusión suya no es mi problema.

—Se equivoca, me compete si creo que puede fastidiar este trabajo.

—Mayra y yo estábamos en este trabajo antes de que usted apareciera, su papel no tiene nada que ver con nuestra relación.

Vadim adelantó a varios coches y tomó el siguiente desvío a la derecha, saliendo a uno de los anillos principales de la ciudad.

—¿Sabes a qué se dedica? —preguntó en el momento en el que un

enorme tráiler los adelantaba.

Dado que el violinista había pasado a tutearla, ella también lo hizo.

—¿En serio me haces esa pregunta? ¿Por quién me tomas?

—Es raro que tú no te dediques a lo mismo —observó el hombre.

—Sé a lo que se dedica ella, nací y crecí con el peso del mundo a sus espaldas, y sé a lo que te dedicas tú y a lo que os dedicáis ambos cuando no os dedicáis a lo que oficialmente os dedicáis, así que deja de hacerme preguntas cuya respuesta ya conoces.

Vadim siguió conduciendo con la mirada fija en la carretera, y Helena decidió que lo que veía por la ventanilla era más interesante que lo que veía a través de la luna delantera.

—Discúlpame —dijo el violinista y espía al cabo de unos minutos—, no volverá a ocurrir.

Helena no contestó. En realidad, no volvieron a hablar hasta que llegaron al piso de Vadim. Dejaron el coche en la calle y, al entrar al edificio, el músico saludó al portero.

—De cada pieza hacemos el *due dilligence* —empezó a decir la curadora con voz automática una vez que atravesaron la puerta de entrada—, es una investigación exhaustiva del historial que legitima la procedencia de la pieza y su estado de conservación. Posteriormente, se revisa la documentación y se consulta al especialista en ese artista en particular para certificar la autenticidad de la pieza.

—Por eso está usted aquí —respondió Vadim, que ya había retomado su papel de violinista emocionado.

—Exacto.

—Es él, no cabe duda, es tal y como lo recuerdo, y el sonido es el mismo.

—Claro que sí, los controles de Christie's son muy rigurosos, los archivos de consultas son extensos y pormenorizados. Contrastan cada detalle con las fuentes originales.

—Deben de tener un archivo inmenso.

—Ocupa tres niveles por debajo del piso cero, imagínese.

—¿Por qué cambió los fondos por la casa de subastas?

A Helena no le hizo gracia que volviera a preguntarle sobre su vida personal, pero se debía al papel que estaban representando.

—Era una oportunidad para especializarme en los Stradivarius y estar en contacto con ellos; me gustan los números y los violines, ¿se le ocurre algún otro trabajo en el que se puedan casar mejor ambas aficiones?

—Déjeme pensar…

—Es una forma de dar a conocer la valía de estos instrumentos. Cuando un violinista compra un Stradivarius, se deja la práctica totalidad de sus ahorros en él. Sin embargo, para un coleccionista es poco más que un mero objeto que será recluido en una vitrina. No hay

más que la ambición de tener uno. Para un violinista hay pasión, emoción, ¿por qué no recuperar parte de su inversión?

—Pero gracias a los coleccionistas que no disponen del violín con el que acceden al fondo, ustedes pueden organizar eventos.

—También tenemos algún violinista que nos lo deja durante los cinco años, le saca rentabilidad y no paga el seguro; el valor de las piezas aumenta proporcionalmente al número de años que se mantienen fuera del mercado. Como ve, tenemos de todo.

La curadora comprobó que las medidas de seguridad coincidían con el informe de sus compañeros, desplazados días antes al domicilio del músico a fin de supervisar alarmas, puertas blindadas y cámaras de seguridad. Evidentemente, todo estaba en orden, salvo por la intrusión de Tyra.

—¿Te apetece un té antes de verlo?

—Prefiero ver el violín, si no le importa —dijo volviendo a su papel. Helena volvía a ustearlo.

—De acuerdo, de acuerdo, primero el violín —protestó el violinista mientras desaparecía por el pasillo con las manos alzadas simulando rendición. Volvió a aparecer trayendo consigo la caja que ella le había enviado. Tecleó la clave y sacó la pieza en su paño de algodón. La desenvolvió cuidadosamente y se la mostró.

Helena lo examinó como si en sus manos tuviera un jarrón de porcelana china. Comprobó la etiqueta, tanto los aros como los clavijeros presentaban los roleos renacentistas que había visto en las fotografías almacenadas en su archivo de Madrid, procedentes del museo de Cremona. La decoración de los aros presentaba una procesión de diez infantes alados desnudos, probablemente cupidos, que persiguen con arcos y flechas a catorce cápridos o antílopes entre roleos vegetales. En cada lado de los aros, cuatro cupidos miran al botón y dos (después de la escotadura y en la base) hacia el mástil. En ambos lados, cuatro cápridos miran hacia el mástil y otros tres hacia el botón. Estos flanqueaban a cada angelote excepto al primero y al último.

Estudió el violín desde todos los ángulos posibles. Lo observó con todas las intensidades de luces de que Vadim disponía en el apartamento. Con ayuda de una lupa, escrutó cada rincón del instrumento.

—¿Está todo correcto? —preguntó el violinista ante el prolongado silencio de la curadora.

Ella permanecía callada. No todo estaba correcto; obviamente, el violín que tenía entre las manos no era la copia del Betts que ella había depositado en Christie’s. Tras unos segundos de vacilación, contestó satisfecha:

—Todo está correcto, señor Zaitsev, permítame que se lo confirme a


Ricardo.

26

Aeropuerto Internacional de Kloten, Zúrich.

—Quisiera hablar con el jefe de seguridad del aeropuerto —dijo la mujer en un cortés y perfecto alemán.

—Me temo que está ocupado —respondió en un alemán-suizo uno de los administrativos de la Oficina de Seguridad del aeropuerto. La poco agraciada mujer que tenía enfrente no le despertó ningún interés. Tenía el pelo gris, unas gafas de pasta del siglo pasado y vestía un abrigo largo de lana bajo el que se intuía una oronda figura. No era la identidad favorita de la exagente del CNI, pero era la que más distaba de su aspecto real.

Mayra sacó una tarjeta del bolsillo interno del abrigo, escribió algo sobre ella y se la tendió al joven que tenía enfrente.

—Entréguele esto, por favor —dijo apuntando con la cabeza al despacho del fondo.

El administrativo la observó con resignación. Por si tuviera poco trabajo que hacer, encima le tocaba ser la secretaria. En la tarjeta aparecía el nombre, Nicole Fischer. Levantó los ojos hacia la recién llegada y la observó por segunda vez. Estaba acostumbrado a ver deambular a policías por la oficina, y la mujer que tenía enfrente le parecía uno de ellos. Las normas exigían que su jefe, el departamento en sí y el aeropuerto en general debían colaborar en todo lo necesario con los agentes de la ley. En alguna ocasión se habían encarado con ellos, dado el carácter avasallador de quienes ostentan el poder, menuda les había caído encima. Se levantó sin apartar los ojos de la tarjeta y llamó en una de las puertas del fondo. Al instante la abrió y entró, dejándola entreabierta.

Roman Paul, que así se llamaba el jovencísimo jefe de seguridad, estaba reunido con el coordinador de seguridad privada. Antes de coger el avión desde Londres, Second Consulting y, sobre todo, Tyra la habían puesto al día de todo lo referente a la Oficina de Seguridad del Aeropuerto de Zúrich: desde la normativa aeroportuaria por la que se regían, muy parecida a la española, hasta el perfil de todo su personal.

En esos momentos, el jefe de seguridad estaba reunido con el

coordinador de la empresa de seguridad privada que estaba a cargo del aeropuerto. Se trataba del briefing puntual de las ocho de la mañana, que no se alargaba más allá de las ocho y media. Roman Paul era un hombre que iba al grano, consideraba las reuniones interminables como una pérdida de tiempo. Sin embargo, el resto de sus compañeros de departamento se inclinaban más por las reuniones en las que se peleaban por la palabra y exponían temas totalmente intranscendentes que poco o nada tenían que ver con la gestión de un aeropuerto como el de Zúrich. Para él, el tiempo volaba. Su trabajo así lo requería.

Departía a diario con los responsables del Departamento Federal de Justicia y Policía, DFJP, presentes en el aeropuerto, era el director y el jefe de seguridad, lo que suponía controlar a través del coordinador a los más de quinientos vigilantes de seguridad que implicaban los veinticinco millones de pasajeros del aeropuerto. Por si esto fuera poco, también supervisaba el correcto funcionamiento de todos los equipos de seguridad: escáneres, arcos, equipos detectores de trazas, los equipos destinados a inspeccionar líquidos y los destinados a inspeccionar el calzado. Era, por supuesto, la persona que Nicole Fischer buscaba.

Desde el otro lado de la mesa, el jovencísimo jefe de seguridad leyó la tarjeta que el administrativo le acababa de tender.

—Dile que me dé cinco minutos —le ordenó.

El administrativo salió de nuevo y esta vez tampoco cerró la puerta del todo.

—Finiquitemos esto —le dijo el jovencísimo Roman Paul, con acento francoalemán, a la persona que tenía enfrente, que no era otro que el coordinador de la empresa de seguridad privada—, pásame la relación de horas a día de hoy y el lunes certificamos.

—De acuerdo —respondió este—, empezaremos hoy con el refresco de la formación para el grupo uno.

—En ese caso, pásale el temario a Mary para que lo tenga en cuenta de cara a la penalización o bonificación.

—Eso es todo, entonces. Hablamos.

—Hablamos.

Esperó a que el hombre hubiera abandonado el despacho. Descolgó el teléfono y llamó a la secretaria del director del aeropuerto.

—Olivia, buenos días, por favor, dígale al director que no iré a la reunión. Tengo una visita importante que no esperaba.

Mayra escuchó cómo colgaba el auricular, y a los pocos segundos salió a recibirla.

—Pase, por favor —dijo abriéndole la puerta y extendiéndole la mano. Un apretón fuerte y seguro al que ella correspondió con la misma intensidad.

—Es usted más joven de lo que esperaba —mintió la exagente.

—Es algo que me suelen decir —respondió complacido con una media sonrisa—, me temo que todos esperan encontrarse con un viejo huraño y déspota.

Roman Paul ocupó su silla giratoria, y Nicole Fischer, sin quitarse el abrigo que le adjudicaba unos quince o veinte kilos más, tomó asiento al otro lado de su mesa de despacho.

—Disculpe el desorden, no damos abasto. —El hombre recogió los folios que tenía esparcidos sobre la mesa. Guardó la grapadora y la calculadora en un cajón y reunió todos los lápices y bolígrafos en la taza que hacía las veces de lapicero.

—Me imagino —convino Mayra—, es un aeropuerto muy grande y con mucho personal de seguridad.

El jefe de seguridad ladeó la cara en varias ocasiones.

—Y que lo diga.

—Mi nombre es Nicole Fischer, y, como ya le comentó el consejero, vengo de su parte.

El chico sonrió con franqueza. El consejero federal y jefe del DFJP, Hans Dayer, le había telefoneado hacía apenas un par de horas. Roman no solía coger el teléfono de la empresa antes de las siete de la mañana, salvo si la llamada era del director del aeropuerto o de los responsables del DFJP. Hans Dayer pertenecía a este selecto grupo. Le había telefoneado a las seis de la mañana mientras Roman degustaba su desayuno de copos de avena con leche. Le había comentado que a las ocho de la mañana recibiría una visita de Nicole Fishnosequé y que colaborase con ella en todo lo que le pidiera.

—Es probable que te pida ver algunas grabaciones —le había advertido Hans Dayer.

—No hay problema mientras que no se las quiera llevar.

—Incluso si se las quiere llevar —replicó Hans.

Pese a su juventud, Roman se había ganado el respeto de los responsables del DFJP. La mayoría de la plantilla estaba formada por viejas glorias con intachables hojas de servicio. Todos cuestionaron la juventud del recién nombrado jefe de seguridad; sin embargo, bastó un mes para que Roman se los metiera en el bolsillo: su disposición a colaborar con ellos, su experiencia en equipos y su control de todo lo que sucedía en el aeropuerto les había proporcionado numerosos e importantes logros.

Colaboraría con la mujer que tenía enfrente; si Hans se lo había pedido, no había más que hablar.

—Usted dirá —dijo el joven con actitud resuelta—, estoy a su disposición.

—Me gustaría ver unas imágenes de seguridad, de hace un par de días.

27

Aeropuerto de Kloten, Zúrich.

El GSA era el programa informático que utilizaba el aeropuerto para gestionar toda su seguridad. Desde la emisión de las tarjetas que autorizaban a cada trabajador a permanecer en la zona en la que debía realizar su trabajo, hasta el control de accesos de vehículos y personas, pasando por la visualización, grabación y extracción de imágenes. El acceso a dicho programa estaba limitado al personal de la Oficina de Seguridad, así como al coordinador de la empresa de seguridad privada y a los responsables del DFJP en el aeropuerto. Debido a la ley de protección de datos, el acceso a las grabaciones solo estaba permitido al jefe de seguridad.

En la misma oficina de Roman Paul había instalado un terminal con acceso al sistema. El aeropuerto contaba con unas mil cámaras de vigilancia, y las imágenes, dado el volumen y la limitación de los servidores, quedaban almacenadas durante un plazo máximo de veinte días. Pasados los cuales, estas desaparecían; los *racks* machacaban literalmente las imágenes antiguas con nuevas imágenes.

Roman Paul había girado el ordenador de forma que Nicole y él pudieran ver la pantalla. El joven tecleó sus claves.

—¿Qué es lo que desea ver?

—Querría ver los filtros que tienen destinados a los pasajeros vip, las imágenes de las personas que pasaron por allí hace un par de días.

—Tenemos ocho filtros vip repartidos entre las cuatro terminales, tendrá que ser más específica.

Mayra pensó unos instantes. El abrigo empezaba a darle calor.

—¿Desde qué terminal vuela British Airways? —preguntó.

—Desde la terminal dos, ¿es lo que busca?

—Así es, en el vuelo de la una del mediodía.

—En ese caso —dijo Roman Paul localizando la zona y pinchando en los iconos con forma de cámara que aparecían en la pantalla—, pasarían por el control una hora antes. —Tecleó las doce del mediodía.

El exclusivo control de seguridad se visualizaba desde diferentes ángulos en la pantalla. Tres eran los vigilantes de la empresa de

seguridad que lo custodiaban, una mujer y dos hombres. Varios pasajeros se acercaron, y Mayra le pidió que ampliara la imagen. Ninguno de los pasajeros era ni Vadim ni Danielle, así que continuaron visualizando imágenes a cámara rápida. Unos minutos más tarde, llegaron otros tres vigilantes.

—Pare, por favor, más despacio —solicitó alertada. El joven obedeció, y la imagen apareció a cámara lenta.

Los recién llegados saludaron a sus compañeros e intercambiaron varias palabras con ellos. Eran dos hombres y una mujer y parecían poner especial cuidado en que sus rostros no fueran enfocados por ninguna de las cámaras. Las viseras de las gorras del uniforme los ayudaban.

—Es un relevo ordinario —le explicó Roman.

Ambos siguieron observando. Los vigilantes antiguos desaparecieron, y los nuevos ocuparon sus posiciones.

—¿Qué hace ella? —quiso saber Mayra.

En la pantalla, la mujer, con un andar serpenteante que simulaba deslizarse, parecía accionar el control del arco de seguridad. La cámara no podía captar lo que reflejaba el pequeño ordenador situado en la parte alta del arco.

—¿La conoce?

—No, no me suena de nada, hay casi doscientas cincuenta mujeres entre los vigilantes…

—Pero esa forma de andar…

—Lo siento, señora Fischer, no me suena…

—Bien —repuso Mayra contrariada—, ¿qué ha hecho con el arco?

El joven trató de acercar la imagen un poco más, pero el *zoom* estaba al máximo.

—Puede que lo esté reiniciando, a veces dan algunos problemas por el tema de los armónicos.

—Por favor, explíquemelo como si fuera tonta —solicitó Mayra, y él se echó a reír.

Sin dárselas de entendido, le explicó que bajo el suelo de las terminales había cuartos eléctricos, y el túnel del SATE, el edificio en el que se inspeccionaban los equipajes, pasaba por todas las terminales, afectando en hora punta los campos magnéticos de los arcos de seguridad. A veces, con un reinicio quedaba solucionado. Otras veces no, y había que llamar al técnico.

—Entiendo, es por eso que los vigilantes de seguridad tienen acceso al ordenador del arco.

—Así es… —respondió el joven jefe de seguridad, pero un leve picor entre sus manos le advirtió de que no parecía convencido con la respuesta. No obstante, continuaron visualizando las grabaciones.

Al momento, Vadim y Danielle aparecieron en pantalla; se

disponían a pasar el control.

—Ahí están —murmuró Mayra.

Danielle fue la primera en hacerlo. Se descalzó, dejó sus joyas en la bandeja, se quitó la chaqueta, sacó el ordenador de la funda y lo colocó en otra bandeja. Pasó el control sin que saltara ninguna alarma.

Vadim vaciló antes de pasar. Era reacio a sacar el violín de la caja de seguridad que Helena le había enviado. Uno de los vigilantes le dirigió algunas palabras, Vadim lo miró y accedió. Abrió la caja, sacó el violín envuelto en un paño de algodón blanco y lo depositó en una bandeja. A continuación, se descalzó y se despojó del cinturón, de la cartera y del reloj. En otra bandeja puso la chaqueta.

La cinta transportadora introdujo el violín dentro del escáner, y Vadim atravesó el arco. Justo en ese momento, unas luces verdes iluminaron el arco. La alarma había saltado.

—Se trata del *quote* —explicó Roman—, la alarma aleatoria que por normativa de la Unión Europea debe saltar cada diez pasajeros.

—¿No es que él lleve nada en los bolsillos?

—No, señora, el color verde es el aleatorio.

Mientras hablaban, en las imágenes, Vadim se sometía a la inspección por parte del vigilante de seguridad. El violín aún no había salido del escáner. Apenas unos segundos después de que el vigilante terminara con Vadim, el pequeño instrumento envuelto en el paño de algodón blanco salió por la máquina de rayos X.

—¿Podría volver a poner las imágenes desde cuando el violín entra por el escáner hasta que sale?

El jefe de seguridad se volvió, preocupado, hacia ella.

—¿Es un violín lo que va ahí dentro?

—Uno muy muy caro —respondió Mayra rascándose la peluca.

—¿Me cuantifica ese doble «muy»?

—Digamos que es más de lo que usted y yo juntos podríamos ganar en cuatro o cinco reencarnaciones —aclaró guiñándole un ojo.

A Roman le hizo gracia el comentario pese a que era consciente de que aquello, fuera lo que fuese, no era nada bueno para el aeropuerto. Retrocedió las imágenes, y cronometraron el tiempo transcurrido desde la entrada hasta la salida del violín en el escáner. Dos minutos y medio.

—¿No es mucho? —preguntó extrañada.

—Sí —dijo valorando el resultado—, es demasiado tiempo…

Roman seguía mirando la pantalla. Nicole Fischer, dado que su trabajo era observar, tomar notas e informar, percibió que había más pensamientos en la mente del joven.

—Pare un segundo las imágenes —le pidió amablemente. El chico obedeció, y, dirigiéndose a él en un tono afable, dijo—: Mire, nada de lo que veamos va a salir de aquí. Hans y yo nos conocemos desde

antes de que naciera; esto no tiene nada que ver ni con la seguridad nacional ni con nada que pueda afectar al aeropuerto. Cuénteme, por favor, lo que sea que está pensando.

Roman, comprendiendo que era absurdo que se guardara sus pesquisas, empezó a hablar.

—En realidad, lo que me ha llamado la atención es que la vigilante manipulase el ordenador del arco.

—Usted ha dicho que era para reiniciarlo.

—Así es, pero ese modelo de arco tiene el acceso para el reinicio en la parte de abajo; la parte de arriba solo puede ser controlada por el técnico, solo él tiene la llave.

—¿Y qué es lo que se controla desde la parte de arriba?

El joven dudó si seguir o no, finalmente, ante la solícita mirada de Nicole, continuó.

—Se controla la frecuencia en cada una de las zonas del arco, pies, pantorrillas, cintura, hombros, cabeza…, entre otras cosas, también se controla el contador de pasajeros y el contador de *quotes*…

Mayra, sin levantar la vista de la pantalla, preguntó:

—¿Podría manipularse para que ese pasajero contase como el número diez?

—Podría.

De esa forma, Vadim sería entretenido con una inspección manual y el violín permanecería más tiempo de lo debido dentro del escáner.

—¿Y qué hay del escáner? ¿Podríamos ver las imágenes internas? —quiso saber Mayra.

—Tendría que solicitárselas al técnico.

—Por favor.

Roman, que también empezaba a tener calor pese a ir en mangas de camisa, levantó el auricular y marcó un número de teléfono móvil. Alguien descolgó al otro lado.

—Buenos días, Rudolf, ¿por dónde andas?

La voz al otro lado debió explicarle que andaba lejos, a lo que el jefe de seguridad respondió:

—Necesito urgentemente unas imágenes del escáner vip de la T2, del día trece a las doce y cuarto de la mañana… No, no tenemos inspección de seguridad, no te preocupes… Sí, de acuerdo, avísame cuando estés por allí y me acerco… Bien, gracias, hasta luego.

—¿Y bien? —preguntó anhelante la exagente.

—Está en la Terminal 3 con una avería; en cuanto termine, me avisa y vamos para el filtro de la Terminal 2.

—¿Podemos seguir viendo imágenes?

—Claro, dígame qué quiere ver.

—Empecemos por saber quiénes eran los tres vigilantes recién llegados —dijo Nicole desabrochándose los dos primeros botones del


abrigo.

28

Paseo de la Habana, Madrid.

El día en que Vadim se hizo con el Rubí y este desapareció en el control de seguridad del filtro de pasajeros vip de la T2, una copiosa nevada caía sobre Zúrich.

—No creo que para ellos sea algo contra lo que estar preparado —comentó Nicolás mientras veía las imágenes que Roman Paul, el jovencísimo jefe de seguridad del aeropuerto, le había cedido a Mayra.

—Viven así. Nosotros tenemos el sol, la protección solar y el cáncer de piel, ellos la nieve —repuso esta.

—¿Cómo te ha ido con Helena?

Mayra contestó haciendo un mohín con los labios.

—Bueno, intento tratarla como si fuera un cliente más, de esa forma evitamos enfrentamientos. Es buena, lo sé. Es solo que no entiendo por qué a sus treinta y cinco años aún sigue anclada en el pasado.

—Dale tiempo —le aconsejó Nicolás sin apartar los ojos de la grabación.

Desde el regreso de Mayra, la noche anterior, no habían parado de revisar y seleccionar imágenes. Eran las diez de la mañana y, gracias al café, continuaban. El dispositivo del falso Rubí indicaba que el violín seguía en la Zona Franca de Ginebra, y Tyra, que había dormido unas cuantas horas en uno de los sofás de la empresa, estaba tratando de entrar en el sistema para saber qué registros había del día anterior.

—Está plagado de cortafuegos —se quejaba.

A las once de la mañana del día del robo, una furgoneta blanca con el logo de una conocida empresa de servicios aparcó frente a la terminal de salidas del Aeropuerto de Kloten. Sus tres ocupantes bajaron. Iban pulcramente vestidos con el uniforme de la empresa de seguridad que custodiaba el aeropuerto. Se trataba de dos hombres de similar complexión y una mujer de altura media, con una cola de caballo que dejaba al descubierto su pelo de color negro zaíno, y unos andares peculiares. Uno de los hombres cargaba una mochila negra.

Ampliando las imágenes, pudieron ver que portaban las obligadas tarjetas aeroportuarias cuyo color y microchip indicaban las zonas en las que podían estar y a las que podían acceder.

A esa hora, el *hall* de la terminal estaba lleno de pasajeros que transitaban con la mirada perdida buscando los paneles de información. Los falsos vigilantes se introdujeron hábilmente por un pasillo al que accedieron mostrando sus tarjetas a la lectora de seguridad. Caminaban con convicción, como si el recorrido ya lo hubieran hecho cientos de veces. La mujer de la cola de caballo color negro zaíno encabezaba la marcha.

Aún no habían podido ver la cara de ninguno de ellos, pues los tres mantenían bajada la visera de la gorra del uniforme y se cuidaban de mantener la cabeza inclinada cuando pasaban por una cámara. En el pasillo volvieron a utilizar sus tarjetas, y una nueva lectora les franqueó el paso, lo que les permitió acceder al control de seguridad para empleados.

El hombre que no portaba la mochila miró la hora.

—Mira la hora y no pasa nada —comentó Nicolás.

—Tienen calculado el tiempo y van bien, seguro que alguien vigilaba a Vadim en la casa de subastas —añadió Mayra intentando recordar a los que estaban presentes en la puja de Christie’s, pero eran demasiados los allí reunidos.

—No son unos aficionados.

En el vídeo, los tres vigilantes dejaron sus pertenencias en las bandejas de plástico y pasaron el control de seguridad para empleados sin incidencias. Saludaron a sus compañeros, recogieron sus cosas de las bandejas y continuaron su camino.

—¿No se conocen de nada y el resto de vigilantes no sospecha nada raro? —había preguntado Nicole Fischer, o sea, Mayra, a Roman Paul la mañana anterior.

—Verá, tenemos veinticinco millones de pasajeros anuales que requieren una media de quinientos vigilantes, es normal que no se conozcan entre ellos.

Mayra y Nicolás advirtieron cómo se introdujeron en otro acceso, esta vez sin lectora, que les condujo hasta la zona de embarque. En las imágenes aparecieron otros vigilantes de la empresa de seguridad que vestían el mismo uniforme y se saludaron con sorprendente cordialidad. Los tres intrusos llegaron hasta uno de los filtros de pasajeros vip dispuestos en el ala este de la terminal de salidas. Allí había otros tres vigilantes que al verlos llegar empezaron a recoger sus cosas.

—Cambio de turno —le había explicado Roman Paul.

Volvieron a intercambiar unas palabras entre ellos, y uno de los recién llegados, el que portaba la mochila negra, ocupó el puesto del escáner; la mujer y el otro se quedaron de pie, custodiando el arco. En cuanto sus compañeros se marcharon, los recién llegados comprobaron su reloj. Los tres miraron hacia el pasillo por donde

debían llegar los pasajeros, la mujer se aseguró de que no venía nadie y sacó algo de su bolsillo.

Mayra acercó la imagen. Era imposible ver el objeto que la mujer tenía entre sus dedos, pero con toda certeza se trataba de una llave, pues se alzó hasta la parte superior del arco y empezó a manipularlo. Desde otro ángulo, Nicolás y ella pudieron ver cómo introducía la llave (o el objeto) por una diminuta ranura, y, al momento, el pequeño contador del ordenador del arco se ponía a cero. Los otros dos vigilantes se acercaron y comentaron algo con ella. Era una pena que no pudieran acceder a la grabación de sonidos.

El contador quedó a ocho, y los tres volvieron a sus puestos.

—¿Cómo sabían que Danielle pasaría la primera? —preguntó Nicolás.

—Los vigilaban —aclaró Mayra—, estoy segura de que lo habían visto en otras ocasiones.

—Convendría vigilarla.

—¿A Danielle? No es necesario, créeme, es del MI6.

El falso vigilante que ocupaba el escáner abrió la portezuela en la que se ubicaba el generador y guardó con disimulo la mochila negra, pero antes sacó algo y se lo guardó en uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Es otra tarjeta de acceso —comentó la exagente, ya había visto las imágenes varias veces antes—, le dará acceso a la sala que utilizan los técnicos de los escáneres.

Pasaron las imágenes con rapidez hasta que vieron que Danielle y Vadim aparecían por el pasillo. Mayra no pudo evitar fijarse en el porte elegante de Vadim y en su forma de caminar. Desprendía un halo de seguridad y autoridad que daba pie a pensar que procedía de algún cuerpo diplomático o de una familia acaudalada de las de toda la vida. Y lo cierto era, pensó la exagente, que sus experiencias como agente secreto en países conflictivos provocaban que, cuando estaba en un país europeo, su paso por la vida fuera tranquilo y seguro. Lo mismo le pasaba a ella. La alerta que se veían obligados a mantener en otros países dotaba de tranquilidad absoluta a sus vidas en países en los que todo estaba en paz… o eso parecía.

Al llegar al filtro, mientras que el violinista dejaba en las bandejas el reloj, el cinturón y una bolsa de viaje, le dijo algo a Danielle, pero esta, que parecía un poco exasperada, no le contestó. La ayudante se quitó los zapatos de tacón e introdujo los pies en unas pantuflas de plástico color verde. Depositó sus gafas y anillos en otra bandeja y, siguiendo las instrucciones de los falsos vigilantes, atravesó el arco.

No dio alarma, así que pasó directamente a recoger sus pertenencias.

El contador del arco estaba a nueve.

El vigilante que estaba de pie observaba cómo Vadim se entretenía colocando y volviendo a colocar el violín y la caja de este sobre la cama de rodillos. Miró su reloj una vez más e intercambió una mirada con la mujer. Indicó a Vadim que avanzase, a lo que el violinista respondió con una mirada condescendiente.

Danielle se estaba calzando los zapatos cuando su jefe por fin se decidió a soltar el violín y pasar el arco.

Al paso de Vadim, el arco se iluminó con unas luces verdes.

—El pasajero número diez, ahora lo inspeccionan a él —explicó Mayra a Nicolás.

El falso vigilante se acercó al violinista y le indicó que pusiera los brazos en cruz, acto seguido empezó a palparle: pecho, hombros, introdujo sus dedos por la cintura de sus pantalones y la recorrió. Bajó hasta la entrepierna pillándole por sorpresa, lo que hizo que Vadim diera un respingo. Prosiguió hasta los tobillos, finalizando con el bajo de sus pantalones.

—Hacen una inspección conforme indica la normativa de seguridad aérea —añadió Nicolás—, definitivamente son profesionales.

Continuaron examinando las imágenes. El violín acababa de salir por el escáner; había tardado dos minutos y medio. Vadim lo recogió y lo guardó de nuevo en la caja. Danielle lo ayudó con el resto de sus objetos personales, y caminaron por el pasillo hasta la sala de embarque.

Los tres vigilantes observaron cómo los pasajeros vip se alejaban por el pasillo y, en cuanto los perdieron de vista, se agruparon en torno al escáner. Parecía como si la máquina fallase y estuvieran revisándola. Colocaron un *tensabarrier* en la entrada del control de seguridad para disuadir el paso y se marcharon.

—¿Y dejan el filtro así? —había preguntado Mayra al jefe de seguridad.

—Es un filtro que se abre a demanda, si no hay pasajeros vip en esa terminal, es un gasto inútil. Aunque supongo que a estos —se refería a los impostores—, tanto les daba…

La mujer de la coleta desapareció momentáneamente de las imágenes, aunque más tarde volvería a aparecer en la salida subiendo a la furgoneta blanca.

Los hombres se dirigieron al baño, y al cabo de unos minutos, uno de ellos volvió a salir, pero esta vez con un uniforme distinto.

—Es el uniforme que llevan los técnicos de mantenimiento de escáneres —la había informado Roman Paul.

Llevaba la visera bajada.

A los dos minutos salió el otro vigilante de seguridad, que se reunió con la mujer en la furgoneta.

Mientras tanto, el falso técnico de mantenimiento de los escáneres utilizó su acreditación para acceder al cuarto en el que la empresa de mantenimiento de escáneres guardaba los repuestos. Ayudado por una carretilla, transportó un generador hasta el filtro vip. Ninguno de los vigilantes, empleados del aeropuerto y guardias de seguridad repararon en él. Tardó veinte minutos en transportar el generador de un sitio a otro.

Cuando llegó al filtro vip, acordonado por el *tensabarrier* que él mismo había colocado minutos antes, abrió de nuevo la portezuela, sacó con cuidado la mochila negra y la colocó detrás del escáner, fuera del alcance de la cámara de seguridad. Introdujo el nuevo generador y colocó el antiguo sobre la carretilla. Delante del generador colocó la mochila. Dispuso la carretilla en vertical hacia la cámara de seguridad, de forma que resultara imposible ver algo más que el lateral del generador. Atravesó el pasillo en el que se ubicaba el filtro y aceleró el paso hasta el cuarto en el que debía dejar el generador supuestamente estropeado.

Solo cometió un fallo, uno solo.

El esfuerzo que estaba haciendo hizo que instintivamente se limpiara el sudor con el dorso de la mano, dejando al descubierto, por una milésima de segundo, su rostro.

El Embraer de la British despegaba, con Vadim y Danielle en su interior, justo cuando la furgoneta de los ladrones empezaba a incorporarse lentamente al carril de salida del aeropuerto y el técnico de mantenimiento entraba como una exhalación por la puerta trasera.

29

María de Molina, Madrid.

En la oficina de Helena, la actividad era frenética. Ocurría los días en los que presentaban los fondos a la Comisión Nacional del Mercado de Valores. Sin su visto bueno, los fondos no podían salir al mercado. Un banco nacional les había encargado un pequeño catálogo de productos financieros, ese día lo sometían a examen. La curadora contempló cómo los gestores responsables abandonaban sus despachos y salían. Berta, amiga y compañera, asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—¡Deséame suerte!

—¡Mucha mierda! —respondió lanzándole un cariñoso beso. Berta había sido la jefa de proyecto para el banco en cuestión. Capitaneaba el equipo de gestores. Solía ser habitual que la CNMV aprobase todos los proyectos de la gestora, ya que durante el diseño de estos las consultas al organismo eran frecuentes. No obstante, alguna vez que otra habían recibido una negativa, lo que suponía un fiasco de cara al cliente, ya que su previsión de comercialización quedaba frustrada.

Cuando el silencio y la tranquilidad volvieron a la quinta planta, Helena cerró la puerta del despacho y giró los estores de forma que nadie pudiera ver el interior. Se sentó frente al ordenador y pinchó en el enlace de WeTransfer que Mayra le acababa de enviar. El contenido eran dos archivos de vídeo y varias fotografías.

Acercó el ratón al *play*, y una de las grabaciones empezó. Se trataba del control de seguridad que Vadim y Danielle habían pasado en el Aeropuerto de Kloten, Zúrich.

Observó que Vadim sacaba el violín de la caja de seguridad que ella le había hecho llegar y lo introducía en el escáner. Él era reticente a hacerlo, pero, tal como le comentó durante su visita a Londres, desde la seguridad del aeropuerto les advirtieron que, si no lo sacaba de la caja, tendría que facturarlo y viajaría en la bodega del avión.

El segundo vídeo era una película de apenas cinco segundos de duración: se trataba de la cámara interna del escáner. El violín, cubierto por el paño de algodón, entraba en el ángulo de grabación, esta se cortaba durante medio segundo y continuaba sin incidencias.

Se veía al violín salir del ángulo. No había más. Paró, puso el ratón en el segundo cero y volvió a ver la grabación. Lo hizo dos veces más antes de llevarse la mano a la boca.

—¡Joder!

Sacó un teléfono móvil y buscó el contacto de Mayra.

—¿Cuántas veces? —preguntó la exagente al otro lado nada más descolgar.

Helena exhaló sonriendo.

—Tres.

—No está mal, yo lo vi cuatro —mintió Mayra. La exagente lo había descubierto a la primera.

—Estabas en lo cierto —reconoció la curadora—, tu señuelo ha dado resultado.

—Bueno, podría no haber sido así.

—No finjas modestia conmigo —sus palabras se volvieron un poco más duras—, no es necesario.

—Helena, el violín podría haber sido robado en cualquier otro sitio, y no hubiéramos tenido acceso a ninguna grabación —sabía que entrar en su juego podría alejarla, pero la dueña de Second Consulting no toleraba que ninguno de sus clientes le hablara de esa forma—. Así que sí —continuó—, podría no haber sido así.

La línea quedó en silencio. Helena fijó la vista en la ventana, luego buscó su bolso, sacó un clínex y se limpió los lacrimales en silencio.

—¿Helena? —preguntó Mayra desde el otro lado.

—¿Y ahora qué? —respondió su hija aún con el pañuelo en la mano y esforzándose porque la voz sonara normal.

—Tenemos que esperar —dijo Mayra sin percibir nada—. No comentes nada con Ricardo ni con Antonio, te llamaré en cuanto tenga algo más. —Dejó el móvil sobre su mesa y respiró orgullosa por haber puesto en su sitio a su hija. Se lo merecía.

Helena, por su parte, continuó mirando la pantalla unos segundos más. Aun envuelto en el paño de algodón blanco se adivinaba la forma del violín. El instrumento entraba con su parte inferior apuntando a la entrada del escáner, el mástil y el clavijero apuntaban hacia fuera. Tras el infinitesimal corte de imagen, el instrumento cambiaba de posición: el mástil y el clavijero apuntaban a la salida del escáner. Habían cambiado el violín en el interior de la máquina.

Los acontecimientos no se hicieron esperar mucho. Media hora más tarde de la conversación entre Mayra y Helena, Tyra apareció en el despacho de la exagente con buenas noticias.

Al parecer, habían sido solo tres empresas las que en la franja horaria entre las 13:00 y las 15:00 habían realizado transacciones de entrada en el Puerto Franco de Ginebra. Las tres, como era de esperar,

eran sociedades que pertenecían a distintos conglomerados de empresas cuya sede estaba en distintos paraísos fiscales: Gran Caimán, Jersey y Gibraltar.

Llegados a este punto, poco más podían avanzar sin ayuda.

—¿Qué tipo de despacho tienen los Mena en la City? —preguntó Nicolás.

—Inversiones, el nombre es Mena Investments & Co. —dijo Mayra antes de llevarse un mentolado a los labios.

Se miraron. Nicolás se pasó la mano por la barba que hacía dos días no se afeitaba. Los dos sabían que no todo el mundo podía abrir un despacho en un sitio tan exclusivo como la City de Londres. Y los dos también sabían que el noventa y cinco por ciento, por no decir el cien por cien, de los bancos que estaban allí asentados lo hacían porque participaban en negocios en los que no podían participar en otros lugares.

—Por cierto, esto es un punto con Helena, ¿eh? —dijo con media sonrisa.

—Bueno, ¿qué esperabas? —respondió Mayra sin poder ocultar su alegría—, en algún momento tendría que salir algo bien, ¿no? Le he dicho que mantenga al margen a los hermanos.

—¿Hasta dónde saben ellos? —Nicolás se sentó en la silla frente a Mayra y cruzó la pierna derecha dejando ver un calcetín negro a medio subir que contrastaba con la piel blanca de su pantorrilla.

—Saben que el violín está en casa de Vadim —respondió Mayra.

—¿No saben que lo han robado en el aeropuerto?

—No —dijo la exagente dando por zanjado el tema. Lo del dispositivo insertado en la tinta era algo que solo sabían Nicolás, Helena, Vadim y ella—. Y así debe seguir siendo.

—OK, el caso es que no podemos avanzar más —dijo Nicolás mirándola de soslayo—. ¿Has entrado alguna vez ahí? —se refería al Puerto Franco—, sería tan fácil como saber en qué cámara se encuentra el violín y ver a nombre de quién está.

Mayra le escuchaba mientras le daba caladas al mentolado sin decir nada.

En ese momento, su PC emitió el sonido característico que anunciaba la llegada de un *e-mail*. Al activar la pantalla, vio que el *e-mail* contenía varios archivos adjuntos y que la dirección del remitente era una de tantas que utilizaban sus contactos en Oriente Medio. Sin abrir los archivos, se los descargó en un *pendrive* y eliminó el correo, tanto de su bandeja de entrada como del disco duro. En La Casa le habían enseñado a tomar este tipo de precauciones; aunque borres algo, los datos siempre se quedan en alguna parte del ordenador.

Enchufó el *pendrive* al ordenador sin conexión y abrió los archivos adjuntos.

En varias fotos aparecía uno de los tres socios del banco para el que los Mena habían trabajado en Dubái. Estaba en una reunión con varios hombres de origen islámico.

—Mierda —susurró contrariada la exagente.

—No me digas que los conoces —aventuró Nicolás.

Y tanto que los conocía.

Las fotos habían sido tomadas en el hotel Royal Plaza de Doha. Los asistentes eran los jeques Jaber bin Nasser al Marri y Ali bin Abdullah al Suwaidi, ambos de origen catarí y ambos estrechamente vinculados con el terrorismo islámico. Los otros tres hombres que asistían a la reunión eran sus abogados.

En principio, las fotos no los informaban de nada nuevo. Sabían que el banco para el que habían trabajado los Mena tenía un largo historial de clientes vinculados con el terrorismo. No obstante, fue al abrir el otro grupo de fotos cuando los socios de Second Consulting no pudieron evitar sonreír.

En el otro grupo de fotos aparecían los jeques por separado: entrando y saliendo de las sedes de sus empresas, comiendo con su familia, montando a caballo o disfrutando de una tarde en los lujosos centros comerciales característicos de los emiratos y teniendo reuniones con otros hombres, la mayoría sin identificar. Cuando ampliaron la imagen de uno de estos hombres fue cuando sonrieron.

Nicolás volvió a abrir la imagen que habían tomado del archivo de vídeo del Aeropuerto de Zúrich en el momento en que el falso vigilante se quitaba el sudor con el dorso de su mano y dejaba al descubierto el rostro.

Si en ese momento hubieran dispuesto de una de las herramientas utilizadas por La Casa para reconocer patrones biométricos, el resultado hubiera sido del cien por cien. El ladrón del aeropuerto y el hombre que aparecía fotografiado junto al jeque catarí Jaber bin Nasser eran la misma persona.

—Ahora solo nos falta saber quién coño es este —sentenció Mayra.

30

En algún lugar de Madrid.

Entre las herramientas con las que cuenta la División Técnica de La Casa está un vanguardista equipo que permite identificar objetivos que pasean por la calle o analizar imágenes en vídeos o fotos. Su potente *software* reconoce patrones biométricos y es capaz de identificar objetivos contrastándolos con enormes bases de datos, bases que comparten con la inteligencia de otros países. Por si esto fuera poco, en apenas segundos, el analista encargado puede tener en su pantalla un perfil completo de la persona en cuestión.

Llegar a este perfil era vital para avanzar en la investigación, pero no iba a ser camino fácil para Mayra Abascal. Primero porque suponía pedir un favor a La Casa. Segundo porque tendría que explicar el motivo por el que pedía dicho favor y, dado que los Mena habían sido informadores de La Casa, y que el MI6 le había prestado ayuda a sus espaldas…, en fin, no las tenía todas consigo.

El robo de dos violines que casualmente pertenecían a un fondo de inversión cuyos propietarios, los Mena, fueron informadores del CNI en Dubái. Además, acababan de abrir despacho en la City. Uno de los violines robados descansaba en el Puerto Franco de Ginebra, en una cámara a nombre de una sociedad fantasma, de esas que crean en la City… Y, además, los hermanos fueron determinantes en la captura de un conocido terrorista al que ella misma había seguido. Estaban tocando hueso.

Era hora de cortar por lo sano, la exagente sabía que no podía continuar sola.

Por su trayectoria, tenía conexión directa con las altas esferas de La Casa, pero la cita no podía ser en la sede. La cita sería en un discreto piso que, a través de los recovecos de la ingeniería legal, pertenecía a Mayra, pero cuya relación sería muy difícil de probar: por supuesto que no figuraba en ningún registro de la propiedad.

Tanto la persona con la que Mayra se iba reunir como ella tenían una llave del piso. Su invitada no acostumbraba a llegar tarde a las citas, pero en esa ocasión, la exagente llegó la primera.

Tras superar cuatro años de formación en la Academia Militar de

Zaragoza, su invitada y ella compartieron el quinto curso en la Academia de Infantería de Toledo. Allí, además de recibir una intensa formación militar de alto nivel que las capacitó para el mando de unidades de infantería, tipo sección o compañía, algo totalmente inaudito en el machista mundo en el que se movían, forjaron una leal amistad que el paso de los años, el ingreso en La Casa y la cruenta lucha contra ETA se encargaron de fomentar. Dos décadas más tarde, y con el grupo terrorista a punto de ser desarticulado, ambas se habían ganado a pulso cada una de las estrellas que figuraban en su uniforme. Fueron ascendidas a coronel del Ejército de Tierra[16].

Su invitada fue destinada como agregada militar adjunta a la Embajada de Kabul, y Mayra tuvo el mismo cargo en la Embajada de Arabia Saudí, siendo esta embajada la representante de España en Catar, Kuwait y Bahrein.

Durante unos años, la vida de la exagente transcurrió en la más absoluta tranquilidad. Vivía en una confortable casa en un buen barrio de Riad. Raúl la visitaba de vez en cuando, ya había ingresado en La Casa y le gustaba pasar tiempo con su madre. Más tarde, sería destinado a Arabia por un breve período de tiempo y compartirían la casa. Helena, por su parte, jamás pisó Riad.

En 2001 las Torres Gemelas fueron atacadas por un musulmán cuya familia era una de las más importantes de Arabia Saudí, el Bin Laden Group. Las amigas volvieron al trabajo de campo sobre un terreno mucho más hostil del que habían pisado en el País Vasco. Cubiertas por asfixiantes burkas, cada una desde sus respectivos destinos, se curtieron como agentes tácticas, operacionales y expertas en negociaciones, estas últimas por razones obvias, desde los despachos de las embajadas. La Guerra de Afganistán, en 2001, y la de Irak, en 2003, fueron demasiado para ellas. La Casa las requirió en Madrid en marzo de 2003. Para ese año, Raúl ya era un agente destacado, y Mayra quería supervisarlo. No quería que cada uno estuviera en una parte del mundo. A partir de 2003 Mayra se quedó en casa.

Tras varios destinos en embajadas más tranquilas, como Washington, Moscú o Bélgica, la mujer con la que estaba a punto de reunirse fue ascendida, ante el asombro de sus colegas, sobre todo los hombres, a un cargo jamás ostentado por una mujer en la historia del país. El cargo era ni más ni menos que directora del Centro Nacional de Inteligencia[17]. Bajo el mando de Directora, que así la llamaban, el servicio secreto despuntó a todos los niveles adjudicándose el éxito (en secreto, por supuesto) de multitud de brillantes operaciones.

Desde entonces y hasta la muerte de Raúl, en 2013, trabajó a su lado codo con codo.

El piso estaba en penumbra, con las persianas a medio bajar. Mayra

abrió uno de los armarios de la cocina y sacó una caja de té Earl Grey, cogió dos tazas y llenó el hervidor hasta arriba. Introdujo una bolsita en cada una de las tazas y dejo que hirviera mientras daba un paseo.

Los muebles del salón, algo anticuados, estaban cubiertos con sábanas blancas para protegerlos del polvo; retiró con cuidado una de ellas y subió hasta arriba la persiana del balcón que daba al exterior. Se dirigió al pasillo que comunicaba el comedor con el resto de habitaciones, encendió la luz en cada una de ellas y las examinó. Nadie había estado allí desde la última vez que se reunieron.

Escuchó cómo el hervidor empezaba a hervir y volvió sobre sus pasos. El termostato estaba estropeado desde hacía años, y el aparato no dejaba de hervir el agua hasta que no lo apagaban manualmente. Nunca se acordaban de comprar otro. Vertió el agua caliente en las tazas y las llevó al salón. Las dejó sobre la mesa, cogió la suya y se asomó al balcón tras las cortinas.

Su cita caminaba por la plaza y, en ese momento, alzó la mirada hacia donde Mayra estaba. Durante unos segundos se le pasó por la cabeza gastarle una broma a su compañera de batallas, nunca mejor dicho; era una pena que las circunstancias de sus encuentros fueran el preludio de desagradables episodios que, aunque la mayoría de las veces terminaban bien, no siempre era así.

Directora se dirigía hacia la otra entrada, seguía siendo una mujer de costumbres. Mayra la imaginó atravesando el pequeño patio comunitario y subiendo por la escalera de emergencias hasta la planta en la que se encontraba el piso franco. Escuchó cómo introducía la llave en la cerradura y abría la puerta.

Los años habían pasado con crudeza por su rostro, tenían la misma edad, 59 años. Pero estaba claro que el cargo y la responsabilidad pesaban. Tres arrugas irregulares surcaban su frente, las bolsas le colgaban bajo los ojos, y apenas quedaba carne en sus mejillas. No podía decirse lo mismo de su porte, la educación marcial que ambas habían recibido las obligaba a mantenerse en forma, ya fuera en el campo de batalla o en el interior de un gimnasio de La Casa o haciendo escalada. Tampoco podía decirse lo mismo de su mirada, Directora poseía esa mirada cautivadora que hacía que una pareciera fascinante; tanto daba si sentía aprecio o no, su mirada era su baza.

—Chica, qué mal te tratan, ¿no? —le soltó la exagente nada más verla.

—Me habrás preparado mi té, ¿no? —respondió imitando su voz.

31

En algún lugar de Madrid.

—Por supuesto, pero espera a que se enfríe un poco —contestó Mayra al tiempo que se abrazaban con el cariño con el que podrían hacerlo dos mujeres a punto de cumplir sesenta años con vidas estrechas y emocionalmente ligadas. Como si fueran dos mujeres que no hubieran tenido un pasado lleno de guerras y sinsabores; unas amigas que quedaban para ir de compras, pasear por El Retiro o compartir momentos con sus familias.

—¿Tan mal te va que ni siquiera puedes comprar un dichoso hervidor?

—Esperaré al siguiente trabajo que me encargues, así que prepara los fondos reservados.

—Ni en broma, May, ni en broma. —Y torciendo el gesto añadió—: Con la que está cayendo.

La exagente volvió a sentarse, y Directora hizo lo mismo, pero primero bajó la persiana del balcón. Mayra observó su silueta.

—En serio, amiga, se ve a la legua que no comes bien, no me gusta un pelo que estés tan delgada.

—Mira quién fue a hablar —dijo en tono desdeñoso, pero cogiéndole la mano de forma cariñosa.

—Yo estoy delgada, pero estoy en forma, la escalada me mantiene el cuerpo elástico y fuerte.

—¿Ya no vas a yoga? —quiso saber Directora.

—Qué va, se me empezó a hacer pesado, dos horas de clase… No tengo tiempo. ¿Qué tal están tus hijos?

—Están bien, cada uno en lo suyo, pero muy bien, ¿y Helena?

—Precisamente es por ella por la que estamos aquí —dijo Mayra bajando la mirada.

—¿Ha mejorado la cosa entre vosotras?

—Deja que te cuente.

En menos de diez minutos le explicó sucintamente todo lo que había ocurrido desde que Frida Stewart, la directora de la Stradivari Society en Chicago, se percatara de que habían robado El Irlandés hasta las fotografías que había recibido desde Dubái, en las que un hombre

relacionado con el jeque Jaber bin Nasser aparecía en las grabaciones del Aeropuerto de Zúrich robando el Rubí. De momento, la exagente prefirió guardarse que el Rubí que reposaba en el Puerto Franco no era el verdadero Rubí.

Directora se inclinó sobre la mesita y examinó las fotografías que su amiga recibió el día anterior y la que Nicolás y ella capturaron de la grabación en el Aeropuerto de Zúrich.

—El otro jeque es Ali bin Abdullah al Suwaidi —añadió Directora.

—Supongo que estaréis al tanto de que los Mena han abierto despacho en la City —aventuró Mayra inclinándose también sobre la mesita. Directora no dijo nada—. Entiendo que sí.

—Eso lo entiendes tú, May. —Directora no levantó la vista de las fotografías.

—Mira, amiga mía, necesito que me ayudes a confirmar que este hombre —dijo señalando las fotos— es el mismo. Y también quién es. Estoy segura de que los robos de los violines están relacionados con lo que sea que ocurrió con los Mena en Dubái.

Mayra observó a su amiga esperando alguna reacción. Pero ni un músculo de la cara, ni un pestañeo, ni un imprudente nervio en el labio superior le indicó que su amiga le ocultaba algo.

—Y si así fuera, ¿qué es lo que quieres? ¿Recuperar los violines? —dijo Directora al cabo de unos instantes girándose hacia ella de forma lenta y controlada.

Mayra conocía perfectamente a la persona que tenía enfrente y no entendía su actitud. La ausencia de gestos era demasiado forzada, ahí estaba la señal que intuía.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin rodeos.

Directora se remangó las mangas de su chaqueta, echó el cuerpo hacia delante y, juntando las palmas de las manos como si fuera a rezar, habló en voz tan baja que la exagente tuvo que acercarse para escucharla.

—En Dubái cazamos por fin a Sad al Kabi —empezó a decir—, en parte gracias al trabajo que tú sembraste. Logramos traer de vuelta a los hermanos antes de que alguien empezara a sospechar. Una vez aquí, el crecimiento de Mena & Asociados fue tan rápido que intuimos que estaban haciendo competencia desleal a Dubái, lo que podría ponerlos en peligro. Hablamos con ellos: o dejaban de hacerlo o no tendrían ningún tipo de protección por nuestra parte. Fue entonces cuando miraron hacia el mundo del arte y los fondos de inversión.

Mayra empezaba a entender.

—Y fue cuando contrataron a Helena, ¿casualidad? —preguntó arqueando la ceja derecha.

Directora torció el gesto y se llevó la taza de té a los labios.

—Bueno, eso fue algo más tarde. Helena tenía un buen puesto en

Christie's y estaba especializada en violines de alta gama; no tuvimos nada que ver en su fichaje, te lo garantizo.

Mayra contempló las partículas de polvo que flotaban en el ambiente e intentó deducir si había algo más allá de sus palabras.

—¿Y el despacho de Londres? —preguntó—. Imagino que sabréis que es una tapadera.

—En realidad, fue sugerencia nuestra —dijo recalcando la palabra *sugerencia*.

Mayra la miró asombrada. Directora exhaló y se recostó en el sofá.

—Llevas tiempo fuera de circulación —empezó a decir la responsable del servicio secreto—. Ahora más que antes, necesitamos ese tipo de infraestructura para mover nuestros fondos fuera del curso legal. Necesitamos rapidez y agilidad.

No es que la exagente se escandalizara; el pago de rescates, confidentes, operaciones secretas…, el dinero no podía salir de ningún sitio legal. Ni antes ni ahora.

—No seréis los únicos clientes, ¿no? —Mayra también se recostó en el respaldo del sofá.

—Hacemos la vista gorda —dijo Directora desabrochándose los botones de su chaqueta—, no lo podemos tener todo.

—¿Están al tanto los británicos?

—No exactamente; los Mena tienen contactos en la Corporación de la City, y no fue necesario.

La Corporación de la City era el Ayuntamiento propio del distrito; cualquiera no podría llegar allí y decir: «Quisiera empezar a trabajar aquí como gestor». No, para nada. Le mandarían a freír espárragos. Sin embargo, si uno era parte de la red de contactos, uno podía hacer estas cosas. Así que los Mena tenían sus contactos.

Lo que le planteaba un problema a la exagente: se había comprometido con Vadim y con el MI6 a que el despacho de los Mena colaborase con ellos. Sin embargo, había obviado contarle a Directora la implicación de Vadim en la compra y el falso robo del Rubí. El problema tenía solución, aunque aún era pronto para llegar a ella. De momento, dejaría que el mundo siguiera girando a su ritmo.

—Verás, en menos de un mes, vence el plazo del siguiente inversionista en el fondo de tus amigos; se trata de abonar unos tres millones de euros al propietario, la Stradivari Society —empezó a explicar—. Si el violín no aparece, dudo mucho que tus amigos puedan levantar cabeza, habida cuenta del escándalo que se formará.

Directora meditó durante unos segundos lo que acababa de escuchar.

—Tienes razón, un escándalo así no pasará desapercibido en el mundo financiero —convino—, y es probable que la CNMV los obligue a disolver el fondo.

—Tan solo un rumor puede arruinar empresas y vidas —añadió Mayra.

—El ministro de Economía me pedirá cuentas si llega a saberse que los hermanos estaban relacionados con La Casa. Además, su tapadera en la City podría verse comprometida —dijo Directora masajeándose las sienes.

Las dos permanecieron unos segundos pensando en el futuro escenario, sujetando las tazas de té (ya casi frías) entre las manos.

—Bien —dijo Directora, cuya visión de las consecuencias era cuestión de segundos, por lo que sus resoluciones eran rápidas—, ¿qué es lo que necesitas?

—Necesito el perfil completo de este hombre —dijo Mayra señalando la foto en la que el islamista aparecía en el Aeropuerto de Zúrich y la otra en la que aparecía junto al jeque—, y una baza para que una pareja de mi confianza acceda al Puerto Franco de Ginebra, *como en muchas otras ocasiones.*

—¿Cuánto es *muchas*? —preguntó Directora con condescendencia.

—Toda la vida, diez años atrás, por ejemplo —dijo Mayra resolutiva.

—¿Eso no te lo puede hacer Tyra?

—Directora, por favor.

—De acuerdo —dijo levantando la mano en señal de rendición—, ¿tendré problemas con Hans Dayer y con el DFJP?

Mayra negó tajante con la cabeza antes de responder:

—Para nada —mintió. En realidad, no estaba muy segura de eso. Ya había tirado de Hans cuando necesitó las grabaciones del Aeropuerto de Zúrich; eran dos favores en muy corto espacio de tiempo.

—De acuerdo, solo una cosa más —dijo pensativa Directora antes de levantarse—: ¿cómo sabes que el violín fue sustraído en el aeropuerto?

Mayra tenía preparada la respuesta:

—Cuando Helena fue a hacer la comprobación se dio cuenta de que no era un Stradivarius.

—Ya —dijo la veterana coronel y ahora responsable del servicio secreto—. De momento, me vale esa explicación. —Y, con expresión melancólica, preguntó—: ¿Has llegado ya al Meridiano Van Staner?

El Meridiano Van Staner. ¿Cuánto tiempo hacía que Mayra no escuchaba esa frase? Sonrió emocionada.

El Meridiano Van Staner era un término que las amigas adoptaron cuando trabajaban juntas, primero en la lucha contra el terrorismo de ETA y después en las siguientes guerras. Era un término propio, algo así como un particular código secreto. El Meridiano Van Staner era un punto de no retorno. Cuando en una misión llegaban a un punto en el que la única opción era seguir adelante, entonces decían que estaban

en el Meridiano Van Staner. Cuando trabajaba para ella ocasionalmente como agente oscuro, Directora siempre le formulaba la pregunta secreta: «¿Estás ya en el Meridiano?». Mayra a veces estaba, a veces no. En más de una ocasión, Directora le había ordenado abortar antes de llegar al Meridiano Van Staner.

—Aún no, pero preveo que llegaré en breve.

Y no se equivocó. Apenas dos horas después de haberse despedido, la exagente recibió en su ordenador el informe de rasgos biométricos en el que se confirmaba que la persona que aparecía en el Aeropuerto de Zúrich era, con una precisión de un cien por cien, la misma persona que aparecía fotografiada al lado del jeque Jaber bin Nasser, cliente del banco para el que los Mena trabajaban en Dubái.

Acnur al Bassad era un musulmán de origen sirio, pero con nacionalidad alemana, al parecer fichado por la inteligencia alemana como uno de los hombres que viajaron a Siria e Irak para combatir en las filas del ISIS y que ahora había regresado a Alemania. El *dossier* que Directora le había hecho llegar decía que Acnur estaba preparado técnica y mentalmente para perpetrar un ataque terrorista en cualquier momento.

—¿Y qué hace robando violines? —pregunto Nicolás.

—¿No ves la conexión?

El detective y buen amigo lo pensó un instante, luego sonrió.

—Están financiando terrorismo —dijo.

Parte Tres

Por los pelos

32

Ginebra, Puerto Franco.

Si un observador hubiera tenido que dar su opinión sobre la pareja que a las nueve de la mañana se apeó del flamante deportivo aparcado en el *parking* del Puerto Franco de Ginebra y cargado con sendos caballetes de madera, hubiera dicho que se trataba de dos ricos aburridos, cuya apatía hacia la vida se mostraba en la altivez y cara de hastío con la que caminaba ella y en el desprecio con el que él trataba a los empleados.

—Estáis muy guapos —les dijo Mayra a través del audífono que llevaban instalado cada uno en sus oídos.

Helena, un poco nerviosa, se llevó la muñeca izquierda a los labios y besó el trozo de medalla que colgaba de la pulsera de su reloj antes de salir del coche.

La operación estaba siendo controlada desde la pequeña sala que las cuatro *hackers*, Tyra incluida, sentadas en sus cómodas sillas *gaming*, compartían en la Planta-2 de uno de los edificios de La Casa. Tan solo Directora y Mayra las acompañaban. Directora le había facilitado un pase no oficial confeccionado para visitas como la que la ocupaba. La responsable del servicio secreto quería saber en primera persona lo que ocurría en Ginebra, por si la cosa se complicaba.

Directora no reprochó a su amiga que hubiera pedido ayuda a Ashley, a fin de cuentas, la amistad entre la exagente y la actual directora del MI6 era tan leal como la suya.

—Esta conversación queda pendiente —le había advertido.

Lo que no le hizo ni pizca de gracia era que Helena participase en la operación; se trataba de alguien inexperto que podría ocasionar algún que otro problema. Pero lo cierto es que la necesitaban para poder reconocer el violín; nadie excepto ella podía hacerlo.

Al parecer, según comprobó el encargado de la recepción del Puerto Franco aquella mañana, Enrico y Filippa de Sanctis eran unos viejos clientes que, desde hacía diez años y con periodicidad anual, solían visitar su cámara.

—No pareces nervioso —susurró una desairada Filippa, no podría decirse si fingía, a Enrico.

—¿Acaso ayudaría, querida? —repuso este con indiferencia en

inglés con acento italiano.

Quien los viera sin duda advertiría la arrogancia con la que la mujer, de metro sesenta, pelo recogido en un moño y piel acaramelada, hablaba al marido. Quizá, el único detonante en aquella mujer fuera el espléndido abrigo de piel que vestía; tal vez, y solo tal vez, algo que no casaba con la edad que aparentaba. Pero en una ciudad como Ginebra las apariencias lo eran todo. El marido, por su parte, era alto y poseía unas espaldas de nadador, de pelo moreno y piel blanca. Los ojos eran de color marrón oscuro y vestía con un impecable abrigo de *cashmere* color azul marino.

Si el personal de aduanas tuviera la curiosidad de leer el historial de los De Sanctis, descubriría que poseían una cámara de unos veinte metros cuadrados, a razón de doscientos euros por metro cuadrado al mes, y que en más de una ocasión habían utilizado las salas, esas que se prestan para hacer reuniones o tratos, en la más estricta y elitista intimidad. Todo ello cortesía de Directora y del selecto equipo de *hackers*, capitaneados por Tyra, que trabajaban a tiempo completo, porque les encantaba su trabajo, para La Casa y para Second Consulting.

—¿Crees que pueden venderlo ahí dentro? —había preguntado Helena a Vadim minutos antes, cuando bordeaban con el deportivo la insípida zona en la que se encontraba el Puerto Franco, llena de bodegas de color gris y *beige* rodeadas de vías de tren, calles y una cerca de alambre de púas. Tan solo el colorido de los contenedores apilados confería algo de humor a la estampa.

—Seguramente es lo que harán, hacen la transacción ahí dentro y cada uno por su lado.

—Es increíble la doble moral.

—¿Por? —dijo Vadim sin apartar la mirada de la carretera.

—Todo el mundo sabe que aquí se lava dinero, hay tráfico ilegal de arte, fraude fiscal y otros abusos; no entiendo cómo esto se permite en Europa.

—¿En Europa? Esta caja fuerte —dijo Vadim señalando con la cabeza al Puerto Franco— pertenece a todo el mundo, es más sencillo subir un Picasso de ocho millones de euros a un avión y hacerlo desaparecer que movilizar la misma cantidad en billetes.

—El arte es concebido para ser admirado, no para pasarse la vida oculto —repuso la curadora.

—No todo el mundo piensa así, hay quien dice que el arte no es un bien público —añadió Vadim atusándose el peluquín antes de bajar del coche.

El plan era sencillo: el adinerado matrimonio debía acceder a la cámara que tenían alquilada en la planta menos tres. Durante el momento del registro y la consignación de datos, Helena y Vadim

tendrían que arreglárselas para que el empleado se despistase unos segundos de su ordenador e introducir un USB *spy*. En ese momento, el equipo de *hackers* de La Casa entraría en el sistema, controlarían el circuito de vigilancia y los accesos. En apenas unos segundos, localizarían las cámaras que pertenecían a las sociedades fantasma con sede en Gran Caimán, Gibraltar y Jersey que tuvieron registros de entrada el día del robo. Vadim y Helena se encargarían de registrar las cámaras y localizar el Rubí. Contaban con una hora como máximo para comunicar a La Casa a quién pertenecía la cámara.

¿Qué tenía pensado el altivo y elitista matrimonio para desviar la atención del empleado de aduanas? Lo que se podía esperar de un matrimonio así era una discusión en toda regla. Una bronca que dejara al descubierto sus desavenencias. Una disputa tormentosa con voces, salidas de tono, aspavientos y lágrimas, muchas lágrimas; tantas que el empleado, pese a su marcial instrucción suiza, no pudiera evitar compadecerse de la pobre Filippa de Sanctis. Con toda probabilidad le ofrecería su hombro, o Helena se lo requeriría, mientras su marido, impotente sufridor del carácter histriónico de su mujer, escondería su rostro agobiado entre sus brazos y se apostaría sobre el mostrador. Impotente. Agotado. Se valdría de la dimensión de su espalda para ocultar cómo su brazo descendía hasta el puerto de entrada del ordenador e introducía el virus espía a través del *pendrive*.

Las cámaras de videovigilancia del *hall* de entrada apuntarían incomprensiblemente hacia la desconsolada mujer y el solícito empleado de aduanas.

—Es buena —admitió Directora.

Mayra observaba orgullosa a su hija. Aún no se creía que fuera Helena.

—¡Lo tenemos! —gritó Tyra.

Ya estaban dentro del sistema de seguridad. Rápidamente, la exagente envió un mensaje a Vadim, quien, al escuchar el pitido, retiró el USB del ordenador y simuló recomponerse. Las cámaras, de nuevo incomprensiblemente, volvieron a su posición inicial y desde la sala menos dos pudieron ver cómo Vadim le agradecía la atención al empleado de aduanas y atendía a una desconsolada Helena.

Más calmado, aunque aún con gestos irascibles, como cuando Enrico intentó echar su brazo por encima del hombro de Filippa y esta lo rechazó con un despiadado desaire, el matrimonio tomó el ascensor. En principio, se dirigían hacia el piso menos tres, pero un mensaje les indicó que debían visitar la planta menos cuatro, la número dos y la número menos uno.

—Empezaremos por la menos cuatro.

Desde la Planta-2 de La Casa les habían indicado que no soltaran en ningún momento los caballetes que llevaban, por si se veían

sorprendidos, algo improbable ya que las *hackers* dirigían el circuito de videovigilancia. Vadim y Helena solo tendrían que simular que pasaban la llave magnética por la lectora de las cámaras, estas estarían abiertas.

El malavenido matrimonio caminó con premura por los pasillos del inmenso sótano S-4 en busca de la cámara 1018. No hubo éxito, la cámara estaba ocupada por cientos de caballetes metálicos y de madera, pero ni rastro del violín. Volvieron sobre sus pasos, se introdujeron en el ascensor y llegaron a la planta S-1, tenían que buscar la cámara número 803. Recorrieron los pasillos hasta llegar a la puerta, Enrico sacó la tarjeta, y la puerta cedió, inspeccionaron la estancia de unos diez metros cuadrados y no tuvieron éxito. Sin perder tiempo, volvieron al ascensor y pulsaron el botón con el número P-2. El matrimonio se miró, esta vez con alivio ante la certeza de lo que encontrarían tras la puerta de la cámara 1230.

Así fue, desde La Casa les franquearon el acceso, y no hizo falta aguzar la vista.

—Mayra —dijo Helena. En la sala de la Planta-2 todas pudieron escuchar la voz de su hija—. ¿Ves eso?

Tyra tecleó algo en su ordenador y dirigió la cámara de videovigilancia del Puerto Franco hacia donde apuntaba Helena. Se acercó con el *zoom*.

—¡Es la mochila negra! —reconoció la exagente. Se trataba de la misma mochila que portaba uno de los ladrones en las grabaciones del Aeropuerto de Zúrich. Estaba colocada sobre una mesa de madera. Helena y Vadim se acercaron a ella, abrieron la cremallera y sacaron el violín, cubierto por el mismo paño de algodón blanco con el que el violinista lo introdujo en el escáner.

Era el Rubí.

—Echad un ojo —ordenó Mayra— por si El Irlandés también estuviera ahí.

El malavenido matrimonio obedeció.

—Aquí solo hay caballetes, El Irlandés no está —informó Vadim—, ¿qué hacemos con el Rubí?

—Pertenece a la sociedad de Gran Caimán —confirmó una de las *hackers* vestida como el resto: sudadera con capucha, vaqueros y zapatillas Converse abotinadas.

—¿Qué quieres que hagan? —preguntó Directora en la sala de la Planta-2.

—Depende —contestó Mayra—: ¿quieres llegar hasta el final?

La cuestión no era trivial. Directora era consciente de que si la autorizaba a seguir hasta el final, tal vez encontrase algo que no conviniera encontrar.

—¿Crees que ese violín te llevará al otro?

—Es muy probable —asintió Mayra.

—¿Qué quieres hacer tú? —le volvió a preguntar.

—Quiero que lo dejen donde está y que me ayudes a dar con los responsables de esa empresa fantasma.

Las amigas se miraron unos segundos, sopesándose. Directora confiaba en ella, pero a su vez temía que lo que Mayra encontrase la llevase a un conflicto.

—No podré darte cobertura.

Mayra asintió.

—Estarás sola.

La exagente volvió a asentir.

—Podrás contar con nuestra tecnología, pero no con nuestra protección.

—Dejadlo donde estaba —ordenó Mayra a Vadim y Helena.

Un cuarto de hora después, el matrimonio De Sanctis dejaba atrás el Puerto Franco envuelto en otra bochornosa discusión. Antes de incorporarse a la autopista, Vadim se deshizo de las incómodas lentillas.

33

La Casa, Madrid.

No le hizo ninguna gracia a Directora conocer la implicación de Vadim y el MI6, pero sabía que Mayra tenía sus bazas y que a lo largo de su extensa e intensa vida como militar, agregada en embajadas, espía oficial de La Casa, detective privada y agente oscura a demanda, había tejido una importante red de contactos y amistades. Algo que ella admiraba y envidiaba. Para ella, la acción transcurría en los despachos y, aunque le gustaba, añoraba el trabajo de campo.

El Rubí siguió descansando en la cámara 1230 de la segunda planta del Puerto Franco, y los registros de los accesos del peculiar matrimonio italiano formado por Enrico y Filippa fueron eliminados del circuito de grabación.

Directora tuvo que retirarse de la sala de la Planta-2 para asistir a una reunión con la ministra de Defensa. Mayra, por su parte, permaneció aguardando a que encontraran a los propietarios de la empresa fantasma cuyo domicilio social estaba en Gran Caimán.

El escándalo de los «Papeles de Panamá» había dejado al descubierto que agentes de los servicios de inteligencia de varios países utilizaban una elitista firma de abogados para dar cobertura legal a sus operaciones secretas. De ahí que La Casa tuviera que buscar otra empresa que le proporcionara esta cobertura.

Tras dos horas de arduo trabajo en las tripas de la red, el equipo de informáticas descubrió que la empresa Global Investments Ltd. pertenecía a un fideicomiso[18].

—¡Vaya novedad! —dijo Tyra, que a esas alturas de la tarde tenía las piernas estiradas sobre la mesa, dejando ver sus calcetines de rayas y sus gastadas Converse.

Un fideicomiso era algo que la exagente preveía. La mayoría de las empresas cuya sede se encuentra en paraísos fiscales pertenecen a un fideicomiso. Saber quiénes eran los administradores llevó una hora más a las *hackers*, que no despegaban la vista de sus respectivos ordenadores, ni tan siquiera cuando Mayra se dirigía a ellas. Les costó más de una hora llegar hasta los beneficiarios o fideicomisarios y se mantuvieron despiertas gracias al café que la exagente se encargaba

de hacer.

Cuando salió de La Casa rumbo a su piso de la calle Bailén, ya era de noche.

Pero la búsqueda fue fructífera a la par que sorprendente: los administradores o fideicomitentes[19] de Global Investments Ltd. eran la firma recientemente inaugurada en la City de Londres, Mena Investments & Co. Habían descubierto que el beneficiario era una empresa cuya sede estaba en Catar y cuyos propietarios pertenecían a la familia del jeque Jaber bin Nasser.

El jeque catarí era uno de los principales benefactores del Frente Al-Nusra, o lo que es lo mismo: Al Qaeda en Siria. La Casa contaba con evidencias recogidas en redes sociales, en investigaciones periodísticas y en ONGs: Jaber bin Nasser había transferido dinero al grupo yihadista durante la guerra en Siria y continuaba haciéndolo.

—Es complicado —le había dicho Directora en una sala contigua a la de las *hackers*, frente a dos vasos a medio llenar y una botella de *bourbon*, cuando Mayra la informó del descubrimiento—, Bin Nasser ha servido de intermediario en el intercambio de rehenes. Tiene una posición, digamos, *delicada*.

Los señores de la guerra siempre estaban detrás de los atentados y las matanzas, eran quienes financiaban toda la infraestructura. Mayra se frotó concienzudamente el espacio entre el corazón y el esternón. Pensó en Raúl, con el ajetreo de los últimos días no había podido pensar mucho en él. Un malnacido como Bin Nasser fue el responsable de su muerte.

—La hipocresía catarí —agregó con amargura—, por un lado, apoya a Occidente en su lucha contra el terrorismo, y por otro, lo financian.

—¿Y los Mena? ¿Crees que es posible que paguen los dividendos de cada violín con el principal de un nuevo participante del fondo?

Mayra la miró horrorizada.

—¿Qué dices? Helena no podría quedar al margen de algo así y no lo consentiría.

—Tienes razón —se apresuró a decir Directora—, perdona, pero las evidencias nos llevan hasta ellos; están relacionados con la cámara en la que ha sido escondido el Rubí y, con total certeza, El Irlandés.

—A mí no me cuadra que ellos mismos hayan robado el nuevo violín —señaló la exagente.

—¿Y si al quedar al descubierto la falsedad de El Irlandés no les hubiera quedado más remedio? —insistió Directora.

—¿Más remedio que robarse su propio violín y venderlo al jeque? —agregó Mayra.

—Por ejemplo.

—Pero ellos saben que es falso —Mayra se arrepintió nada más terminar la frase.

—¿Falso? —preguntó Directora sorprendida.

—Sí —admitió—, era una copia perfecta que Helena consiguió.

Hubo unos segundos de incómodo silencio.

—¿Y Vadim y Ashley Graham estaban al corriente? —Directora inclinó la cabeza hacia ella en actitud reprobatoria—. Dime que sí, por favor.

—Claro, fue un señuelo.

—Santo Dios, Mayra, tu mente es ¡retorcida de cojones! —y avergonzada de su franqueza, pues ya trabajaba en despachos, añadió —: Disculpa la expresión.

Mayra soltó una carcajada a placer, Directora siempre había sido más dada a las palabrotas que ella. Sus asesores habían conseguido limar ese aspecto tan característico de su personalidad, pero aún quedaban rescoldos.

—Pero el jeque no sabe que es falso —apuntó.

Tenía razón.

—Es cierto, no lo sabe.

Directora rellenó los vasos de *bourbon*.

—Bien, supongamos que es como dices: roban El Irlandés y lo venden a Bin Nasser. Los Mena cobran por el trabajo hecho, y el jeque, a su vez, lo revende o hace con él lo que le dé la gana, puesto que no tenemos pruebas de otra cosa, ¿cierto? —esperó a que su amiga asintiera para continuar—: Frida Stewart y tu hija descubren que El Irlandés no es El Irlandés y dan la voz de alarma. Los Mena entran en pánico por dos motivos… —Como en los viejos tiempos, dejó la frase a medio acabar para que Mayra continuase.

—El primer motivo —empezó a decir Mayra alzando su vaso en señal de brindis—, es por las pérdidas que ocasionaría a la gestora y al fondo que el mundo financiero se enterase de que uno de los violines que integran el Stradivarius Global Found fuera falso; el segundo motivo es porque Helena se ha puesto en contacto conmigo y estoy al corriente de todo.

—A partir de ahí —convino Directora haciendo el mismo gesto que Mayra con su vaso de *bourbon*—, los Mena han tenido que hacer lo que tú les has dicho que hicieran.

—Sí, pero ¿jugar a dos bandas y robar de nuevo otro violín, falso esta vez, para el jeque?; no acabo de verlo, socia.

—Tal vez pensaran —continuó hablando Directora— que no habría una oportunidad más idónea; sinceramente, no creo que el jeque sepa distinguir un verdadero Stradivarius de una copia perfecta como la del Rubí.

—El caso es que —empezó a hablar Mayra tratando de medir las palabras— hay algo que no te he dicho —dejó el vaso sobre la mesa aguardando la reacción de su amiga—: sabes que el Rubí era un

señuelo y que los Mena lo sabían, lo que no sabían es que el dispositivo de seguimiento no estaba en la caja, sino en el propio violín.

Directora sonrió, Mayra nunca la defraudaba.

—Entonces, ¿ellos creen que el violín está en casa de Vadim? —preguntó.

—Correcto.

—Entonces no han podido ser ellos —dedujo la mujer.

—Al menos no esta vez —corroboró Mayra—.¿Y qué hay de que Bin Nasser sea cliente del mismo banco para el que trabajaron los Mena en Dubái?

—Cabe la posibilidad de que los estén chantajeando.

De hecho, aquella posibilidad no le había pasado inadvertida a la exagente.

A su juicio, tenían dos opciones: o bien los Mena participaban de la venta de los violines a costa del jeque, suponiendo que el primer violín también fuera para él, o todo obedecía a un chantaje.

—En ambas —añadió Directora— le han hecho creer al comprador que el violín es el auténtico. Me temo que va siendo hora de sentarnos a hablar con ellos.

—No —dijo Mayra ladeando la cabeza—, creo que es mejor esperar a ver dónde nos lleva el Rubí.

34

Ginebra.

Es un hecho incuestionable que la tecnología avanza a pasos agigantados. Si hace unos años a Helena le hubieran dicho que tan solo conociendo el número de móvil era posible intervenir el teléfono para que este actuase como transmisor de audio a tiempo completo, que se podía leer el e-mail y los mensajes de texto, incluso hacer fotografías y grabaciones al antojo del espía o de la persona que estuviera al otro lado, le hubiera parecido inconcebible.

Cuando Mayra le pidió a su hija los teléfonos de los hermanos Mena, pese a mirarla como si estuviera hablando en chino, se los facilitó sin preguntar. Las hackers estaban trabajando con ellos mientras que la exagente fingía por enésima vez que entendía lo que trataban de explicarle. Lo cierto era que no entendía el lenguaje de las ciberespías ni le interesaba, lo único que quería era que los teléfonos fueran intervenidos sin dejar rastro.

En diez minutos, los dos teléfonos estaban pinchados. Era un atajo, claro. El procedimiento habitual de La Casa pasaba por el mandamiento judicial pertinente y la petición de datos a la compañía telefónica. Se lo saltaron… por una vez. Las conversaciones quedarían registradas y se enviarían, casi a tiempo real, al ordenador de Mayra, el que tenía conexión, y a su móvil.

—¿Cómo sé que no lo haces conmigo? —la cuestionó Helena horas después, cuando la telefoneó desde el piso de la calle Bailén. Helena aún estaba en Ginebra, con Vadim. Permanecería con él hasta el día siguiente, pues no había encontrado vuelo de vuelta a Madrid para esa tarde y el último de la noche iba completo.

Directora se había puesto en contacto con su homóloga del MI6, Ashley Graham, y habían acordado que, dadas las circunstancias, sería mejor que Vadim permaneciera en Ginebra por si el Rubí empezaba a moverse. A los británicos les interesaba especialmente Acnur Al Bassad, tenían pruebas de su implicación en los últimos atentados de Londres.

—Helena —respondió Mayra con voz cansina mientras se encendía un mentolado en la terraza—, eres mi hija, si tengo que saber algo de

ti, te lo preguntaré, no es necesario que te espíe.

Sabía que la respuesta no la convencería, pero no podía confesarle que su teléfono actuaba de transmisor desde el momento en que supo que los Mena habían participado en la captura de Sad Al Kabi. Era su hija, si no podía estar acompañándola físicamente durante la vida, sí velaría por ella en las sombras.

—Siento decirte que te conozco y que respeto tu vida y tus decisiones, siempre lo he hecho —añadió tratando de reforzar las palabras. De sobra sabía que, para Helena, las cosas no eran así. En su mente, Mayra simplemente se había mantenido al margen de su vida.

—¿A qué hora regresas mañana? —preguntó.

¿O tal vez era ella quien la había mantenido al margen de su vida?

No hubo respuesta al otro lado.

—¿Helena?

—Aterrizaré en Madrid a las nueve de la mañana.

—Iré a recogerte.

—No es necesario, cogeré un taxi —replicó.

—Insisto, tenemos que hablar.

—De acuerdo —gruñó a regañadientes.

—Ahora necesito hablar con Vadim. Por cierto, hoy has estado magnífica.

La curadora le pasó el teléfono al agente británico sin despedirse de Mayra. No le hizo gracia que su madre la dejara al margen de la conversación con Vadim. El agente del MI6 cogió el teléfono confundido.

—¿Mayra?

—Buenas noches, Vadim —dijo un poco avergonzada por los arrebatos de su hija—, en primer lugar, enhorabuena por la actuación de hoy.

El británico sonrió y miró a Helena.

—Tu hija es toda una profesional.

—Lo sé, gracias, ¿puede escucharme ella?

—Podría.

—Aléjate un poco, por favor.

Vadim se levantó del sofá y caminó hacia la ventana.

—Te escucho —dijo.

—Supongo que sabrás que debes quedarte ahí, al menos hasta que el Rubí se mueva.

—Si es que se mueve —repuso el violinista—, por cierto, mi gente tiene controlado a Acnur al Bassad, está en Hamburgo.

—No podemos hacer nada hasta que el Rubí no se mueva. Confío en que así sea y nos lleve hasta El Irlandés.

—¿Estuvo El Irlandés en Ginebra?

—Todo apunta a que sí. —Este dato había sido previamente

corroborado por las ciberespías—. Te quería pedir que, por favor, cuides de Helena. Aún no sabemos de qué parte están los Mena, y es posible que te estén vigilando.

—Te entiendo, pero debes estar tranquila.

—Ya sé que no podría estar en mejores manos, cuida de ella, pero no le digas que te lo he pedido.

—No te preocupes, Mayra, descansa tranquila.

—Gracias, vosotros también.

Tras colgar, Vadim se volvió hacia el sofá, donde Helena continuaba sentada. Se mesó el pelo y se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Qué te ocurre con tu madre? —preguntó sin anestesia.

—¿Otra vez con mi madre? Ya te dije que no es de tu incumbencia —respondió molesta Helena.

—Es solo que me pierdo… Ella te está ayudando, y tengo la sensación de que a ratos te molesta.

—Pues yo tengo la sensación de que a ti te agrada bastante. —Y, sin esperar respuesta, se levantó dándole la espalda y caminando hacia la puerta—. Me voy a dormir, que te vaya bien si no te veo mañana.

Desapareció de la habitación dando un portazo.

35

Madrid, Gran Vía.

A pesar de ser agentes experimentados, para Vadim, Directora y Mayra, los días siguientes transcurrieron con esa calma que parece recrearse en la impaciencia de los que anhelan que algo ocurra, sea lo que sea, que los obligue a salir de la rutina.

Para Mayra, la espera iba en su contra. Había planeado el señuelo de uno de los violines más famosos del mundo para encontrar otro, y si esto no ocurría pronto, la gestora de los Mena y el prestigio de su hija se irían al garete. Contaban con que el mismo comprador de El Irlandés adquiriera el Rubí, amparados en una hipótesis cuyo único nexo de unión eran los Mena. Tenía plena confianza en su plan, Directora albergaba dudas, y Vadim, por su parte, si bien confiaba, también pensaba que la cosa no sería tan inmediata.

En Mena & Asociados todo seguía como si nada hubiera ocurrido. Los clientes seguían pendientes de sus fondos, las inspecciones de la CNMV llegaban puntuales y la gestión de las carteras requería la atención plena de sus gestores. Helena volvió a la gestora con el corazón encogido: el primer vencimiento se acercaba, y la pista de El Irlandés se perdía en Ginebra. La curadora percibía algo raro entre los hermanos.

—¿Has escuchado algo fuera de lo normal en sus conversaciones? —le había preguntado a Mayra en un par de ocasiones.

La verdad es que no, Mayra no había escuchado ni leído nada relevante.

Al tercer día de volver de Ginebra, la exagente decidió invitar a desayunar a su hija en El Jardín de Salvador Bachiller, una preciosa cafetería con aire *vintage* en pleno centro de Madrid.

—Están en Londres —le contó la curadora—, he hablado primero con Antonio y después con Ricardo, y prácticamente me han dicho lo mismo.

—¿No están preocupados?

Helena negó con la cabeza antes de responder.

—Para ellos, el Rubí sigue estando en casa de Vadim, el dispositivo

de la caja así lo indica. Antonio lo consulta a todas horas, incluso ponen en duda que tu plan funcione.

—Mejor.

—¿Crees que están metidos?

El camarero les sirvió pastel de manzana para Helena y tarta de chocolate para Mayra, además de dos capuchinos.

—No sé hasta qué punto, pero todo indica que están relacionados; el fideicomiso al que pertenece la sociedad a cuyo nombre está la cámara del Puerto Franco tiene su sede en Mena Investments & Co., una sociedad bastante opaca, por cierto, y el beneficiario es el jeque Jaber bin Nasser, antiguo cliente del banco en el que trabajaban los Mena en Dubái, además de ser uno de los mayores financieros del Frente Al-Nusra.

—Pero Al-Nusra es Al Qaeda en Siria, ¿no?

—Así es —respondió la exagente. No se le pasó por alto la reacción de Helena al pronunciar Siria—, se sabe que el jeque financia esta organización desde, al menos, 2013.

—Año en que los Mena estaban en Dubái, ¿cómo es que tú no lo sabías?

Mayra la miró en silencio por unos segundos, los justos para que ella dijera:

—Por favor, no me mires con esa cara de estar aguantando tontos todos los días, ¿lo sabías o no?

La exagente iba a decirle que se lo contó en un *e-mail* que ella nunca leyó. Un *e-mail* que se quedó unos días sin abrir en su bandeja de entrada, y luego lo eliminó. Pero esa mañana no era el momento. En 2013 fue el año en el que asesinaron a Raúl en Siria, ese fue el motivo por el que lo dejó todo.

—Dejé La Casa en 2013; esa operación debieron de planearla después de que yo me fuera. Los hermanos tenían acceso a información muy sensible —empezó a decir, no quería tocar el tema de Raúl, no en ese momento—, ellos fueron los responsables de entregar a otro jeque catarí importante a la CIA, su nombre era Sad al Kabi.

—Joder —farfulló Helena mientras dividía en cuatro partes su pastel.

—Eran asesores de La Casa.

—¿Y desde cuándo sabías eso?

—¿Lo de que trabajaban para La Casa? —Helena asintió y Mayra le respondió sin preámbulos a la vez que troceaba su tarta de chocolate en cuatro pedazos—: Desde el principio prácticamente. Al día siguiente de hablar contigo en el Café Vienés. El resto lo he ido descubriendo en estos días.

—¿Y el despacho de Londres?

—Es una tapadera para crear empresas fantasma y mover dinero, ¿sabes quiénes son los dos empleados que tienen a su cargo?

Helena había dejado de comer su segundo trozo de pastel de manzana.

—Es personal de allí, nadie de la gestora. La idea que tenían era dedicarse en cuerpo y alma al despacho de Londres e ir dejando poco a poco el control de la gestora española.

En ese momento, Mayra pensó que tal vez los Mena estaban estudiando venderla y el descubrimiento de Frida les truncó sus planes. Pero este pensamiento también se lo guardó para otro momento.

—¿Qué más te han dicho cuando has hablado con ellos?

—¿No lo sabes? —preguntó la curadora con ironía. Era obvio que hacía referencia a la intervención de los teléfonos.

—Me pasan las conversaciones relevantes para este caso, nada más —explicó la exagente.

—Pues eso: que me tranquilice, que todo saldrá bien, que está controlado… —Helena se quedó pensativa—. ¿Y si…? —empezó a decir, pero se quedó en silencio.

—Y si, ¿qué?

Helena la miró y dio un sorbo rápido a su capuchino.

—Le llevo dando vueltas desde ayer… ¿Y si suplen el rendimiento del fondo con el de otros fondos?

—Eso sería delito, es una estructura piramidal, aunque no se trate de los mismos fondos, con los rendimientos de uno hacen frente al vencimiento de otro. Se estarían jugando la cárcel —dijo Mayra en voz baja—, y lo saben.

—Si ese jeque es tan poderoso, no habrán podido enfrentarse a él —repuso Helena—. Ricardo estaba más nervioso cuando todo esto empezó, ahora está más relajado.

—¿Y Antonio?

—Antonio es un bloque de hormigón, no sé lo que piensa. Parecía estar preocupado con lo de El Irlandés, pero es un hombre que sabe controlarse, en realidad nunca parece preocupado por nada.

—Si planeasen vender el Rubí o la copia del Rubí para hacer frente al vencimiento del fondo, estarían relajados.

—¿Pero crees que han sido ellos? —preguntó su hija temerosa.

—Está lo de la empresa fantasma.

—A ver —dijo—, lo de El Irlandés podría ser, ya que la identidad de los propietarios de un Stradivarius es información a la que solo teníamos acceso nosotros y la aseguradora. Bueno, también Frida. Sin embargo, en el caso de Vadim —Helena miró a su alrededor, como para cerciorarse de que nadie las escuchaba, ni siquiera las dos abuelas de más de ochenta años que tomaban chocolate con churros a

unas mesas de distancia—, casi anunciamos a bombo y platillo que él iba a ser el comprador del Rubí y que este saldría a subasta. Y toda la historia que colaste en la red… El ladrón podría haber sido cualquiera.

—¿Sigues tocando el violín? —le preguntó Mayra en ese momento. Le vino así; se acababa de acordar de cuando vivían con su padre y Raúl se iba a su despacho a estudiar porque no podía hacerlo dado que Matías y ella estaban practicando con sus violines.

—Bah, si sabes que nunca se me dio bien y que no me gustaba.

—¿Qué dices? Eso no es cierto, y, ¿cómo que no te gustaba?

—Mayra, por favor.

—Oye, no es cierto, bastantes horas me tuve que tragar para que ahora lo hayas dejado. Creí que te gustaba —dijo con sinceridad.

Tal vez la insistencia de su padre y sus largas ausencias propiciaron que a su hija no le quedara más remedio que practicar el violín.

—No lo he dejado, pero creo que no volveré a tocarlo más.

—¿Puedo saber por qué?

Ella suspiró.

—Lo hacía porque, en algún momento, pensé que llegaría a ser una profesional, ¿recuerdas cuándo te conté cómo fue el robo de El Irlandés?

Mayra asintió.

—Te conté que ese sábado fui a mi clase privada en casa de Helga y que ella me preguntó por el concierto en el Monteverdi la noche anterior.

—Sí, lo recuerdo, el de los violinistas.

—Esa noche perdí la ilusión por tocar el violín, nunca llegaría a ser la mitad de buena que ellos.

—Bueno, son profesionales, debieron de nacer con un violín bajo el brazo.

—Eso mismo me dijo Helga, es solo que…

—¿Qué?

—Ella es una violinista conocida, tú eres una de las mejores agentes a este lado del charco, ¡hasta en la Zarzuela saben quién es «Wonder Woman»!

—Helena, yo tengo cincuenta y nueve años —iba a continuar, pero ella la interrumpió.

—A mi edad ya habías destacado.

—No naciste con un violín bajo el brazo, pero eres una de las pocas especialistas mundiales en violines de alta gama.

—Y mi creación, el Stradivarius Global Found, está a punto de hacer aguas, ¿sabes cuánto me costó obtener el informe favorable de la CNMV? —dijo ahogando un lamento.

En ese momento, el teléfono de Mayra empezó a vibrar sobre la mesa. Respondió a la llamada y escuchó en silencio un instante, ante

la atenta mirada de Helena. Después colgó.

—Tengo que irme —anunció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helena alarmada.

—Al Bassad ha dejado vacío el piso de Hamburgo y conduce dirección a Ginebra, es posible que vaya a por el Rubí, Vadim va a seguirle.

—¿Vadim? —pronunció su nombre de una forma contenida, como si se reprendiera por haberse alegrado de escucharlo.

—Te dejo en la gestora —dijo Mayra dejando un billete de cincuenta euros sobre la mesa—, paso por casa y me voy para el aeropuerto. Con suerte cogeré el vuelo de las doce para Ginebra.

—¿Vais a seguirle? —preguntó mientras abandonaban el local.

—¡Claro! Es lo que estábamos esperando —dijo emocionada—, y tú quédate en la gestora, como si nada, estate atenta y, si observas cualquier cosa rara con los Mena, me llamas a mí o a Directora.

—Mamá —dijo cuando se bajó de la moto frente a la entrada del lujoso edificio de María de Molina—, ten cuidado, por favor.

Esas palabras y esa mirada entraron en el corazón de la exagente como un torrente. ¿Cuánto tiempo hacía que su hija no le mostraba algún pellizco de afecto? ¿Cuánto tiempo hacía que no la llamaba *mamá*?

—Claro que lo tendré, no te preocupes —cogió el pellizco de cariño y se lo guardó, lo saborearía durante el vuelo a Ginebra—. Y hazme caso: cualquier cosa rara que observes, o me llamas o telefoneas a Directora.

36

Ginebra-Estambul.

Esa misma mañana, Acnur al Bassad había dejado su piso de Hamburgo y se dirigía hacia Ginebra conduciendo en un Peugeot 206 con matrícula falsa. La alerta en el MI6 había cundido, y los agentes encargados de su vigilancia tenían órdenes de no interceptarlo, de dejarlo ir hasta que estuviera en el radio de acción de Vadim. No avisaron a Mayra hasta que tuvieron la certeza de la dirección del terrorista. Cuando el punto rojo en el teléfono de Vadim, sin vida hasta entonces, se puso a parpadear, la exagente estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Suiza gracias a su pasaporte diplomático. La maquinaria, como caballo de carreras en el arrancadero, había pasado de cero a cien en apenas minutos.

La primera parte del improvisado plan era seguir al yihadista e intentar establecer (o confirmar) la identidad del comprador. La segunda parte era recuperar El Irlandés. Pese a que el plan inicial era que Vadim esperase a Mayra junto a la hilera de taxis, hubo un ligero cambio de planes. Nada más conectar el teléfono móvil, Mayra recibió un mensaje de texto de la compañía Air France. Lo leyó sin dejar de caminar, al parecer, le habían sacado un billete para Estambul, y su vuelo salía en menos de una hora. No había terminado de revisar el billete cuando una llamada la interrumpió.

—Me temo que no nos quedamos en Ginebra —dijo Vadim en tono circunstancial desde el otro lado del teléfono.

—Le escucho —dijo Mayra suspirando.

—Nuestro amigo está embarcando rumbo a Estambul, usted tiene una tarjeta de embarque de Air France para ir con él en primera, yo viajaré en turista.

Un pensamiento fugaz atravesó la mente de la exagente. La cumbre sobre Siria se estaba desarrollando esos días en Estambul.

—¿Ha sido cortesía de su servicio? —preguntó Mayra dejando el pensamiento sobre la cumbre para más adelante.

—Dejémoslo estar—dijo el espía resignado—, disfrute de su vuelo, nuestro amigo ha facturado la maleta.

Eran las doce del mediodía, y el vuelo AF1390 salía en una hora; la

exagente disponía de tan solo veinte minutos para trasladarse a la zona de salidas. Por suerte, no había pasado la zona de conexión con los pasajeros en tránsito y pudo acceder a la zona de embarque sin pasar de nuevo el control de seguridad.

El seudónimo elegido para aquella ocasión era Eleonora Piaget, uno de sus seudónimos habituales. En un bolsillo interno del bolso llevaba varios pasaportes, guardó el diplomático y sacó el de Eleonora. La señorita Piaget era una directiva catalana de Procter & Gamble y viajaba alrededor del mundo visitando sus oficinas.

Los monitores mostraban que el vuelo AF1390 estaba en última llamada y que se tardaban unos quince minutos en llegar a su puerta de embarque. Mayra echó a correr dejando atrás a impasibles pasajeros que la observaban desde las colas de sus puertas de embarque, desde las cafeterías o desde las bancadas. Siete minutos más tarde, la exagente, cuyas piernas estaban musculadas, no siendo así su capacidad pulmonar, llegó sin aliento a la puerta de embarque en la que tan solo quedaban dos azafatas que la esperaban con cara de pocos amigos.

—Pasaporte, por favor —le pidió una de ellas.

—¿Tarjeta de embarque? —le pidió la otra.

Ya más calmada, entró en el *finger* y recibió una cálida bienvenida de la sobrecargo, quien la acompañó hasta su asiento de primera clase. Antes de sentarse en el confortable asiento, recibió un mensaje de Vadim:

«Tenemos un coche reservado en Atatürk, espérame junto a la parada de taxis».

A lo que respondió:

«Espero que la familia con niños llorones y el olor a aseo público no te impidan conciliar un pequeño sueñecito».

Y Vadim volvió a responder:

«Me parto de risa contigo… Da gracias a que solo quedaba un sitio libre en turista y a la cortesía británica».

Aunque se negaba a reconocerlo, tenía ganas de verlo de nuevo. Sabía que estaba pocos asientos detrás de ella, y que la había visto entrar toda sofocada. Sacó un pequeño neceser del bolso y se retocó el sucinto maquillaje.

La azafata anunció en un perfecto francés que debían apagar los móviles y todos los equipos electrónicos durante el tiempo que durase el despegue. Podrían volverlos a encender mientras durase el vuelo. Mayra se dispuso a poner su móvil en modo avión, y justo en ese momento, le entró otro mensaje de Vadim:

«Estás muy guapa».

A lo que ella respondió:

«Tú no :-)».

Se preguntó si estaba coqueteando con él. Si alguien que la viera desde fuera diría que sí, que evidentemente sí. ¿Y él con ella? Hacía mucho tiempo que no tenía una relación con un hombre. Justo cuando las dudas empezaban a aparecer, reparó en Al Bassad.

Acnur Al Bassad estaba sentado dos filas por delante y parecía ajeno a todo lo que sucedía en la cabina de pasajeros. Tenía los ojos fijos en la pantalla de su móvil, hasta que la azafata le llamó la atención, entonces lo apagó y se lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón. Rechazó la copa de champán que le ofreció otra de las azafatas y continuó con la mirada fija en el respaldo del asiento delantero.

Antes del despegue, la azafata pasó ofreciendo prensa; Al Bassad cogió *Le Monde*, y Mayra escogió un ejemplar de *Le Figaro*. En primera plana la noticia era la misma en todos los periódicos: La Cumbre en Estambul sobre Siria.

«¿Qué vas a hacer tú en Estambul», «¿y a quién le llevas el violín?», se preguntó la exagente.

El vuelo duró tres horas y veinte minutos. Tres horas durante las cuales Mayra se dedicó a leer todo lo que Tyra le había enviado sobre el terrorista. Al Bassad era el cuarto hijo de una modesta familia siria, cuyo paradero en la actualidad era desconocido, y que se sabía vinculada a Al Qaeda. Su residencia de los últimos años había sido descubierta en Hamburgo, ciudad en la que muchos terroristas islámicos encontraban asilo y cuna de peligrosos radicalizados. El Reino Unido lo consideraba responsable de varios atentados en Londres, Liverpool y Manchester. Ashley Graham, la directora del MI6, había tenido que hacer uso de toda su artillería para retrasar su captura a la espera de que el señuelo del Rubí los llevase hasta «Don Pez Gordo».

Aterrizaron a las 20:30 de la tarde, hora local. Acnur Al Bassad no comió nada en todo el viaje, sí bebió dos tazas de té con menta y media hora antes del aterrizaje fue al aseo. En ese momento, la mente de Mayra volvió a los atentados del 11-S; aunque, después de tres horas de vuelo, el combustible para el trayecto estaba casi agotado, un impacto de un 747 sobre el Palacio Ciragan, a orillas del Bósforo, donde tenía lugar la cumbre, desencadenaría una catástrofe mundial. Sin desviar la vista de la puerta del aseo, y pensando en Helena, empezó a levantarse de su asiento, caminó por el escueto pasillo en dirección al baño.

—Señora, vamos a iniciar el aterrizaje —advirtió la azafata. En ese momento, la puerta del aseo se abrió, y el hombre volvió a su asiento sin tan siquiera mirar a Mayra.

Al Bassad se había mojado el pelo negro y refrescado la cara.

Mayra volvió a sentarse, y el avión empezó la maniobra de descenso. La azafata indicó que todos permanecieran en sus asientos y

comprobó que los cinturones de seguridad estaban abrochados. Cuando por fin tocó tierra, con un suave golpe, casi todos los pasajeros encendieron de nuevo los teléfonos y *tablets*. Sonaron pitidos por todas partes, mensajes que llegaban, llamadas que entraban.

El móvil de Mayra también sonó. Desde la sala de la Planta-2 la informaban de que un Audi A3 color negro la recogería en la parada de los taxis. Incorporada, permaneció en su asiento cediendo el paso a los pasajeros que estaban en el pasillo y aguardó su turno. El terrorista pasó junto a ella, la miró a los ojos, pero no hubo ningún gesto de agradecimiento por la cortesía. Dos negras ojeras surcaban sus ojos. La exagente no pudo percibir ninguna muestra de reconocimiento, sorpresa o temor. Más tarde se preguntaría si él presintió algo en ella.

Ya en la terminal, caminaba detrás de él en la cola para sellar los pasaportes. El funcionario le preguntó por el motivo de su visita. «Turismo», logró oír la exagente, y «Four Seasons» fue la respuesta cuando le preguntó por su alojamiento.

Cuando llegó su turno, el funcionario simplemente la miró y se limitó a sellarle el pasaporte. Mayra lo recogió y echó a andar buscando la posición de Al Bassad.

Terrorista y exespía (ahora detective y agente oscuro a tiempo parcial) caminaron junto al resto de pasajeros por el vestíbulo de llegadas. El hombre se dirigía hacia la cinta de equipajes número dieciocho, en la que se anunciaba el origen del vuelo, Ginebra. Por allí saldría la maleta compacta que había facturado, con el violín en su interior. La exagente no tenía maleta que esperar, aun así, se dirigió hacia la cinta y escogió una de las que salían. Una Louis Vuitton negra que, para su mala suerte, pesaba una tonelada.

Cargada con la pesada maleta, siguió caminando tras el hombre que, extremadamente ágil, sorteó el tráfico y se dirigió al aparcamiento de corta estancia. La exagente buscó el Audi A3, no lo vio y continuó tras el terrorista. Si Vadim no aparecía pronto, se les iba a escapar. Con la mano que le quedaba libre, sacó el móvil del bolso y le telefoneó sin dejar de caminar.

—¡¿Dónde estás?!

—Saliendo del control de pasaportes —dijo el violinista con voz calmada.

—¡Corre, por Dios, que se nos va! ¡El coche es un Audi A3 color negro, estacionado en doble fila detrás de los taxis!

—Lo sé, lo sé, voy para allá.

—¡Corre, joder! —susurró Mayra irritada por la parsimonia de Vadim.

Mientras tanto, en el *parking* de corta estancia, Acnur sacó un mando del bolsillo izquierdo de su pantalón y lo accionó. Las luces de un flamante Mercedes Clase A parpadearon y, tras abrir el maletero y

volverlo a cerrar, el hombre dejó la maleta en el asiento trasero y se sentó en el asiento del piloto. El coche estaba aparcado en una plaza reservada para minusválidos. Mayra observó la escena desde uno de los pilares. A punto de sucumbir por la impaciencia, volvió a sacar su móvil.

—¡¿Dónde coño estás?! ¡Se nos va!

—En el volante —respondió tranquilo el agente—, te recojo en la parada de taxis.

—¡No, no!, recógeme a la salida del *parking* de corta estancia.

—¿En serio? ¿Tú sabes el caos que hay aquí?

—¡Lo vamos a perder, Vadim!

El Mercedes se dirigía hacia la salida, donde estaba Mayra, quien se escondió tras el pilar en el preciso instante en que Acnur pasaba por su lado. Abandonó la pesada maleta y corrió hacia la salida. El coche esperaba a que la barrera se alzara. Tras unos segundos, el Mercedes salió del *parking* y viró a la izquierda. La exagente corrió de nuevo hacia la barrera e iba a sacar de nuevo el móvil cuando unos faros le hicieron señales por la derecha. El Audi A3 negro se acercaba a toda prisa. Subió al asiento del copiloto y se abrochó el cinturón.

—Es un Mercedes Clase A gris plata —dijo casi sin aliento.

—Yo también me alegro de verte, «Wonder Woman».

—Oh, por favor, ¿acaso vas leyendo mi vida por capítulos?

Vadim meneó la cabeza sin apartar la vista de la concurrida calzada.

—La verdad es que es bastante interesante.

Mayra, cuya sonrisa interior Vadim no pudo ver, buscó el paquete de cigarrillos mentolados en su bolso. El violinista y espía sorteó el caótico tráfico del aeropuerto y salió triunfal a la E5. Divisaron el Mercedes justo cuando este tomaba el desvío de la D100. Vadim hizo lo mismo y se quedó a dos coches de distancia. La exagente bajó un poco la ventana y respiró el aire helado de la ciudad. Vadim la miró de reojo y le ofreció la toma de mechero del coche. Mayra la aceptó y sus manos se tocaron. Fue un roce breve, pero del que ambos fueron conscientes.

—¿Conoces esto? —quiso saber la exagente.

—Algo —respondió enigmático el violinista.

37

Estambul.

Afortunadamente, las relaciones entre el MIT[20], el servicio de inteligencia turco, y La Casa gozaban de buena salud. No podría decirse lo mismo del MI6: sus relaciones estaban empañadas debido a la permisibilidad de las fronteras turcas con los terroristas.

En el salpicadero se encontraba el teléfono de Vadim que registraba la posición del Rubí, posición que también estaban siguiendo en la sala de la Planta-2 de La Casa y en el MI6. En cuanto Ashley trasladó a Directora las intenciones de Acnur de viajar a Estambul, los dos servicios se coordinaron para ordenar la expedición de los billetes y el alquiler del Audi.

Mientras fumaba el mentolado con la ventana semiabierta, Mayra no pudo evitar preocuparse por lo precipitadamente que había sucedido todo. ¿Era casualidad que el yihadista viajara hasta Estambul justo cuando se estaba celebrando allí la cumbre? Aunque el hecho de que llevara consigo el violín… ¿Qué pensaba hacer con él?

Directora le había formulado la misma pregunta a su homólogo turco, Ender Östürk. Estambul era una ciudad blindada, le había dicho el jefe del MIT, la seguridad de la cumbre había sido planificada hasta el más mínimo detalle. No tenía que preocuparse por nada. Si un Mercedes Clase A gris plata, conducido por un terrorista, o por quien fuera, osaba acercarse a las inmediaciones del Palacio Ciragan, donde se reunían los líderes mundiales, sería neutralizado de inmediato.

—Esperemos que así sea —dijo Vadim mirando fijamente el coche que tenían delante y cuya confianza en las autoridades turcas, y en el MIT en concreto, era ínfima.

El trayecto entre el Aeropuerto Atatürk y el Palacio Ciragan, en pleno Bósforo, duraba cuarenta minutos. El jefe del MIT, hombre temperamental y astuto, no tuvo ningún problema en localizar a través de las cámaras de la ciudad al Mercedes gris plata conducido por un hombre y al Audi A3 en el que iban un hombre y una mujer de unos cincuenta años; ambos pertenecientes a los servicios secretos de La Casa, había mentido Directora. Ellos se harían cargo de la situación, faltaba más, había dado la orden de que nadie entrara ni

saliera del Palacio.

El Audi A3 iba dos coches por detrás del Mercedes. Ender Östürk tenía preparada a toda la policía para que detuvieran el coche del yihadista en cuanto entrara en el Bulevar Barbaros, a quince minutos del Ciragan. Todos estaban preparados para capturarlo con las manos en la masa, Ashley se frotaba las manos. Directora permanecía expectante en la Sala-2, junto a las *hackers*, y Ender pensaba que nada le daría más notoriedad que interceptar a un terrorista a las puertas de la cumbre. Pero nadie puede adivinar las intenciones de un terrorista radicalizado cuyos planes se llevan fraguando tiempo atrás, ni siquiera la inteligencia de tres países. En menos de un segundo, y contra todo pronóstico, el Mercedes y el Audi desaparecieron del encuadre de las cámaras.

Un silencio espectral invadió las tres salas de los tres servicios secretos que estaban siguiendo la operación.

—¿DÓNDE COÑO ESTÁN? —la voz enfurecida del director del MIT resonó por toda la sala de control en la que precipitadamente estaban reunidos los miembros de su personal. Los técnicos se apresuraron a teclear órdenes en sus ordenadores para captar imágenes de todas las cámaras que había en el punto en que desaparecieron los coches.

El nudo de autopistas que se cruzaban en aquel punto era como una enorme madeja de lana, Vadim y Mayra estuvieron a punto de pasarse el desvío que había tomado el Mercedes. Suerte que gran parte del trabajo de Vadim en los últimos años se había desarrollado en Turquía. Si las fronteras de los turcos eran permeables con los terroristas, Vadim había sido uno de los escudos utilizados por el MI6 para que el resto de Europa, en concreto el Reino Unido, no sufriera las consecuencias.

—¿A dónde va? —preguntó Mayra ampliando su posición en el móvil para ver qué había próximo a la zona en la que estaban. Cuando estaba a punto de decir algo a Vadim, en la pantalla apareció una llamada entrante, era Directora. Mayra percibió cómo el coche aumentaba de velocidad. Vadim había pensado lo mismo que ella.

—El Ciragan está blindado, y habéis desparecido de las pantallas —anunció con voz preocupada.

—No va hacia el Ciragan —respondió Mayra alertada—, ¡va hacia la estación de autobuses!

A lo lejos, apenas a un kilómetro de distancia, se erguía un enorme edificio con tejado a dos aguas flanqueado por otros edificios. Decenas de autobuses interurbanos convergían en una autopista de dos carriles cuyo final era el complejo de edificios que formaban la Estación Central.

Vadim continuó tras el Mercedes, que se dirigía hacia el centro del complejo, zona en la que solo los taxis y los coches con el distintivo de

minusvalía podían acceder. Le siguieron y se introdujeron en una enorme plaza en la que miles de personas subían y bajaban de los autobuses interurbanos. El Audi A3 redujo la velocidad cuando entró en la plaza; empezaron a temerse lo peor, aquello era un hormiguero. En mitad del caos, observaron cómo Acnur al Bassad aparcaba el coche en el aparcamiento destinado a minusválidos, sacaba la maleta de la parte de atrás, no del maletero, y caminaba hacia el interior del edificio principal sin que nadie reparara en él.

Los turistas abarrotaban las aceras, y los taxis, con sus histriónicos cláxones, sus ventanillas bajadas y sus discusiones, favorecían la huida desapercibida del terrorista.

—¡Mierda! —gritó Vadim tirando del freno de mano y abriendo la puerta—. ¡Se nos escapa!

Acnur se alejaba, pero su coche continuaba aparcado en la zona de minusválidos.

—Espera, Vadim —solicitó Mayra con semblante sombrío agarrando su brazo antes de que abandonara el coche.

—¿Qué pasa?

—El maletero…

—¿Qué?

—Hay algo en el maletero, estoy segura.

Aparcaron el coche en mitad de la acera y salieron precipitadamente. Mayra corrió hacia la entrada del edificio principal, y Vadim hacia otro de los edificios, el que albergaba en su interior tiendas comerciales. Agitaron los brazos y gritaron con todas sus fuerzas para hacerse oír entre la multitud que entraba y salía de los edificios. Parecían dos dementes que solo querían llamar la atención. Nadie reaccionaba.

—¡HACIA DENTRO! ¡NO SALGAN, POR FAVOR! —les indicaban. La gente los miraba, algunos sí obedecían, más por temor a que aquellos dos locos pudieran hacerles daño que por obediencia. Mayra se dirigió a la zona en la que estaba aparcado el Mercedes gris plata. Empezó a indicar a la gente que se alejara del coche y se resguardara en los edificios.

—¡No se acerquen al coche! —voceaba violentamente en inglés a punto de desgañitarse.

Vadim, por su parte, estaba tratando de dirigir a todo el gentío hacia el interior del edificio comercial, y lo estaba consiguiendo, pese a que la hora de cierre se acercaba.

Mayra contabilizó unos tres minutos desde que el terrorista aparcara el coche, en ese momento, su teléfono volvió a sonar.

—Os estamos viendo en el centro de la estación —era la voz de Directora—, ¿qué está pasando?

La exagente pensó que Acnur ya debía de estar fuera de peligro y

empezó a correr hacia las puertas de entrada del enorme edificio con tejado a dos aguas, buscando refugio.

—Ha aparcado el coche en el centro, creo que está cargado, Acnur ha… —trató de explicar mientras corría.

A su espalda, una luz blanca lo invadió todo, y un aire abrasador la empujó hacia el suelo, soltando el teléfono e impactando con el duro asfalto. Tuvo la suficiente consciencia como para protegerse la cabeza antes de la colisión. Notó el herrumbroso sabor de la sangre en la boca, en la nariz y en la garganta, señal de que sus tímpanos habían reventado. Había cristales, miembros de cuerpos y cuerpos sin miembros por todos lados. Siguió un silencio negro de polvo, y, una milésima de segundo después, antes de que los quejidos, los gritos y los cláxones de los coches despertasen, vio a Raúl zarandeándola para que despertase.

38

Estambul.

La Cumbre de Estambul no logró sellar ningún tipo de acuerdo de paz en Siria. Muy al contrario, el atentado del centro comercial fue reivindicado por el frente Al-Nusra; no cabía duda de que los maléficos planes de Al Qaeda en Siria excluían la paz en todas y cada una de sus vertientes.

El atentado causó la muerte de cincuenta y dos personas, quince de ellas turistas, según los primeros datos de los que disponía el gobernador de Estambul. Al día siguiente, y sin dar más detalle sobre las nacionalidades, la oficina confirmaría, además, que hubo 240 heridos, de los que 112 ya habían recibido el alta.

Dos coches de la policía metropolitana de Estambul llegaron a la estación justo en el momento en el que la bomba hizo explosión matando a dos de sus miembros y dejando malheridos a los otros dos.

Según las fuentes oficiales, el atentado fue perpetrado a las 21:30 de la noche. Hora punta en la que miles de trabajadores volvían a sus hogares y las tiendas del edificio comercial se disponían a cerrar. Turistas, empleados, taxistas y autóctonos de Estambul se vieron sorprendidos por la brutal masacre.

El Mercedes plateado dejó un cráter de quince metros de ancho por ocho de profundo. El explosivo alojado en su maletero, según se supo después, era C-4, unos diez kilos, dada la onda expansiva: mil metros más o menos. Las fachadas del edificio principal y del edificio comercial habían desaparecido y, aunque no sufrieron daños estructurales, estarían cerrados por varias semanas hasta su completa reconstrucción.

El ministro del Interior turco responsabilizó al jefe de los servicios secretos, y, durante varias semanas, su puesto se vio cuestionado. En declaraciones a los medios, el jefe del MIT, diría que seguiría hasta el final para depurar responsabilidades.

Los líderes de los cuatro países que participaban en la cumbre fueron evacuados de inmediato, y la noticia fue primera plana durante las siguientes semanas.

«Estábamos en la caja para pagar del edificio comercial. Oímos un

tumulto en la calle. Un hombre entró diciendo que no saliéramos, que subiéramos o que nos refugiásemos en la parte de atrás. Luego oímos una gran explosión, y todo el edificio tembló», relató a CNN Türk una pareja que estuvo en el lugar del atentado.

Otra testigo dijo: «Escuché primero voces, y entonces una explosión. Luego vi gente corriendo por todos lados, algunos se caían y la gente los ayudaba».

«El techo se vino abajo. Uno no reconoce el interior del edificio, el daño es enorme», dijo uno de los responsables de la Estación Central.

«Una mujer enloquecida impedía que nos acercásemos al coche y nos obligaba a huir o a refugiarnos en la estación», contaron unos jóvenes.

Hubo opiniones dispares al respecto de si el objetivo era el Hotel Ciragan, donde se celebraba la cumbre, o realmente era la concurrida Estación Central. La segunda opción ganaba.

Acnur Al Bassad, cuyo rostro ya resultaba familiar a medio mundo, nunca había tenido intención de atacar el Ciragan. Era una fortaleza, y hubiera sido una acción fallida. El terrorista había cambiado las filas del ISIS por las del frente Al-Nusra, volviendo a sus orígenes, ya que Al-Nusra era una facción de Al Qaeda. Directora no se equivocó en el informe que le había pasado a Mayra días atrás: Acnur estaba preparado técnica y mentalmente para perpetrar un ataque terrorista en cualquier momento.

Con el atentado y su reivindicación habían dejado clara su posición: no querían la paz en Siria, querían el poder. La organización, que surgió como guerrilla opositora al régimen de al-Ásad, había crecido hasta convertirse en una facción de Al Qaeda y ya no se conformaba con la paz en Siria, quería el poder e instaurar el califato. A esta común conclusión llegaron la prensa, los noticieros y los expertos en terrorismo internacional. El mundo entero se pronunció.

El presidente turco condenó con dureza el ataque y llamó a la unidad de los países para combatir el terrorismo. Lo describió como un punto de inflexión para la lucha común contra todas las organizaciones terroristas del mundo.

El presidente del Gobierno español expresó su «condena al terrible atentado en la Estación Central de Estambul» en la red social Twitter, y recalcó que «la barbarie no se impondrá mientras estemos unidos».

«Nuestros pensamientos están con las víctimas de los ataques de Estambul. Condenamos estos actos atroces de violencia», dijo por su parte la primera ministra británica, empantanada hasta las cejas con el *brexit*.

Al otro lado del océano, el presidente norteamericano lamentó la pérdida de vidas y advirtió de que la amenaza terrorista a la que se enfrentaba el mundo «nunca había sido tan grande».

Pero ¿cómo había llegado el Mercedes Clase A color gris plata al aparcamiento de corta estancia del Aeropuerto Atatürk? Las cámaras de seguridad identificaron a un activista del TAK, grupo armado Halcones por la Libertad del Kurdistán, una organización terrorista que reclamaba un Estado a Turquía. Desde 2015, los kurdos habían llevado a cabo numerosos atentados de semejante índole, pero no de tal magnitud, con coches bomba. Se trataba, sin duda, de una colaboración entre los kurdos y Al-Nusra. ¿El precio?: La Casa y el MI6 lo tenían claro, pero no lo compartieron con el MIT, cada uno tenía sus propios problemas.

Media hora después del estallido de la bomba, cuando todos los miembros de la sala de la Planta-2 rezaban mientras trataban de localizar a Mayra y Vadim, el latido del Rubí volvió a reactivarse dejando atónitos a todos los presentes. Días después continuaría hacia el norte para detenerse definitivamente en la cordillera conocida como Alpes Pónticos, cuyo extremo oriental se extendía por el sureste de Georgia.

Pero hubo otro hecho que asombró también a propios y extraños: tres días después del atentado, y para el asombro general, una cámara de reconocimiento biométrico registraría a Acnur Al Bassad en la estación de autobuses de Ankara. ¿A quién había entregado el Rubí?

39

Burgas, Bulgaria.

Cuando se hizo la luz, Mayra pudo distinguir la mirada de cuatro ojos sobre ella; de fondo había más luz. Se notaba ligera, como si se deslizara. Intentó incorporarse, pero los dueños de los ojos se lo impidieron con sus cuatro manos.

—¿Vadim? —musitó, pues sentía un fuerte dolor en el pecho.

Los dos pares de ojos se miraron y supusieron que preguntaba por su compañero.

—Está bien, está aquí —respondió el propietario de uno de los pares de ojos tras la máscara que cubría sus labios.

El idioma era inglés, pero con un fuerte acento turco. Fue entonces cuando acudió a su memoria todo lo sucedido. La carrera tras el coche gris plata, no recordaba el modelo, la cumbre, el nudo en la autopista, el centro comercial, la llamada de Directora…, el estallido, la luz, el polvo, Raúl. Percibió cómo el sonido de sus constantes vitales se aceleraba y sintió por sus venas el efecto del calmante que el propietario de uno de los pares de ojos le acababa de inyectar. Antes de volver a dormirse, se dio cuenta de que estaba en el interior de una ambulancia.

Una furgoneta sin distintivos y con matrícula española cruzó la verja de entrada a la cabaña. Pasados unos instantes, la verja volvió a cerrarse. Tras cuatro horas de viaje, cortesía del Cessna propiedad del Ejército del Aire, y después de aterrizar en el pequeño aeropuerto de Burgas, habían seguido un tortuoso camino hacia el norte de la localidad. El viaje había sido angustioso para ambas; aunque las noticias eran buenas, no dejaban de revestir cierta gravedad.

—Ha sido por mi culpa, no debí haberla metido en esto —se repetía apesadumbrada Helena una y otra vez durante el viaje.

Directora la miraba, y aunque la chica estaba en lo cierto, conocía a Mayra lo suficiente como para ser capaz de haber tomado parte en el conflicto tanto si Helena estaba de acuerdo como si no. Tarde o temprano, La Casa hubiera intervenido en el asunto respecto a los Mena y la estafa de su fondo. No iban a permitir un nuevo Madoff en

España, y mucho menos estando en juego la integridad del servicio de inteligencia

—Helena —repuso Directora tratando de calmarla—, todo hubiera saltado, y tu madre hubiera tomado parte del mismo modo.

—Sí, pero no se hubiera cruzado con el Acnur Al *Comosellame* ese.

Directora mantenía una pierna cruzada sobre otra. Se había cambiado en el avión; en el despacho de La Casa tenía su propio armario con todo tipo de ropa preparada para ocasiones extraordinarias como la que acababa de ocurrir horas antes. El traje de chaqueta reposaba en la bolsa en la que los vaqueros, el jersey de cuello alto y el plumífero habían sido llevados al Cessna.

—Yo soy madre, como Mayra, y sé lo que ha pasado por la cabeza de mis hijos desde que nacieron.

Helena la miró sin comprender a dónde quería ir a parar.

—Tienes que saber que, pese a las exigencias del trabajo de tu madre, ella siempre te ha estado mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Ella te lo explicará en su momento, pero quédate con eso. No somos perfectas, pero nunca nos cansamos de intentarlo.

La azafata anunció que en media hora aterrizarían. Directora se daba palmadas de impaciencia en la rodilla y miraba de vez en cuando por la ventanilla; se acercaban a Burgas, y desde el cielo podían contemplarse los cuatro lagos famosos que poseía la ciudad.

En su mente pesaba no haber dotado de más medios a Mayra, santo Dios, ¿en qué estaría pensando? Su mejor agente y amiga seguía a un terrorista internacional asociado con un jeque millonario que no tenía nada mejor que hacer que la guerra.

Su homóloga en el Reino Unido, Ashley Graham, había actuado con suma celeridad, dada la situación. Una ambulancia de soporte vital avanzado del MIT recogió a Vadim y a Mayra trasladándolos a una discreta propiedad al norte de la localidad búlgara de Burgas. La propiedad, una cabaña frente al Mar Negro, de unos cuatrocientos metros cuadrados, con gimnasio, *spa*, seis habitaciones y ocho baños, había sido alquilada sobre la marcha por el servicio secreto inglés, y un equipo compuesto por cinco médicos especialistas y dos cirujanos había sido trasladado desde Londres en *jet* privado, siguiendo luego por carretera la misma ruta que Helena y Directora seguirían en cuanto aterrizaran.

El lugar elegido para ubicar a los dos agentes no había sido al azar. Dadas las malas relaciones entre el MI6 y el MIT, este último se negaba a tener dentro de sus fronteras a un espía inglés cuya identidad confluía con la de un famoso violinista búlgaro. Accedió, en cambio, a prestar soporte para evacuarlos adonde Londres y La Casa indicaran. Lo más cercano era Bulgaria, su pertenencia a la Unión

Europea no les plantearía ningún conflicto en la frontera, y el pasaporte búlgaro de Vadim ayudaba. El MI6 evaluó las residencias disponibles y optó por la lujosa cabaña cuya ubicación frente al mar, en una zona alejada de la civilización, conferiría la tranquilidad y discreción que necesitaban.

En el Cessna propiedad del Ejército del Aire, junto a Helena y Directora, viajaban dos asistentes y tres guardaespaldas que se ocuparían de realizar las tareas domésticas de la casa durante el tiempo que los huéspedes permanecieran alojados, a saber: ir a la compra, hacer la comida, limpiar, vigilar la mansión, escoltarlos cuando estuvieran recuperados y con ganas de hacer ejercicio. En definitiva, para cubrir las necesidades que pudieran tener.

Directora permanecería en la cabaña unas horas, pero volvería en cuanto su amiga estuviera mejor. Tenían prevista una reunión junto a Ashley Graham, pero esta se celebraría cuando Mayra y Vadim estuvieran recuperados, al menos parcialmente. Según el equipo médico, eso sería en dos semanas. Las dos directoras de los servicios secretos se reunirían con sus agentes y sentarían las bases de su próxima actuación.

La siguiente vez que la luz volvió, la sensación de ligereza había sido sustituida por una estable cama de hospital, solo que no estaba en un hospital. La habitación en la que se encontraba tenía un estilo moderno: muebles blancos, de líneas rectas, una televisión de plasma de cuarenta y nueve pulgadas y unas cortinas de lino que custodiaban un enorme ventanal con vistas al océano. ¿De qué océano se trataba?

—Es el Mar Negro —contestó uno de los médicos que la asistían. El acento era puramente británico, del mismo Londres—. No se esfuerce, debe descansar.

Pero ella no le hizo caso e intentó mover todas las extremidades de su cuerpo. Lo consiguió sin mucho esfuerzo.

—¿Tengo lesiones en el cerebro? —nada atormentaba más a Mayra Abascal que sufrir daños cerebrales.

El médico negó. Estaba sentado en un taburete junto a la cama y observaba una de sus piernas.

—Solo ha sufrido quemaduras, algunas más graves que otras —dijo, como valorando lo que estaba viendo—, y un fuerte golpe en las costillas debido a la fuerza de la onda expansiva. En las radiografías aparecen un par de costillas fracturadas.

—¿Qué hay de mi pierna?

—No le aconsejo que se la mire, déjenos eso a nosotros. No la va a perder, y en menos de dos semanas estará caminando como si nada hubiera pasado.

—¿Me han operado? —la pregunta atendía a una pequeña molestia

que sentía en la garganta, la habían sedado.

—Sí, estuvo a punto de perderla, pero la cogimos a tiempo, y está fuera de peligro. Nuestro equipo se encargará de su recuperación, y, como ya le he dicho, en dos semanas como muy tarde, estará caminando sin problema.

—¿Cuántos?

—¿Perdone?

—¿Cuántos muertos hubo?

El médico la miró visiblemente incómodo.

—Disculpe, no nos permiten revelarle ninguna información del exterior hasta nueva orden.

—¿Y mi compañero? ¿Cómo está?

—Está estable, y mis colegas le están atendiendo; no debe preocuparse por él, está fuera de peligro. —E inyectándole un calmante en la vía que tenía cogida en el antebrazo izquierdo, le dijo —: Debe descansar, en breve tendrá visita.

40

Burgas, Bulgaria.

A todos nos llama la atención la rápida recuperación que tienen los deportistas de élite cuando sufren una lesión. Están obligados a recuperarse rápidamente para no perder el ritmo de competición y poder cumplir sus objetivos. La mayoría de las veces, vuelven a competir sin que hayan pasado mucho tiempo convalecientes. Se les aplican medidas contra el dolor y vendajes funcionales para que puedan seguir compitiendo inmediatamente sin aumentar el riesgo de empeorar la lesión sufrida. Además de un físico a prueba de bombas, tienen una capacidad mental muy fuerte.

Ninguno de los dos, Mayra y Vadim, eran personas jóvenes, sin embargo, el estrés y los esfuerzos a los que sus cuerpos habían sido acostumbrados, la enorme capacidad mental que poseían, los medios técnicos que el MI6 y La Casa habían desplegado y el elitista equipo médico con el que contaban, hicieron que, en menos de dos semanas, el hombre, de unos cuarenta años, y la mujer, de sesenta y cinco pero que no aparentaba más de cincuenta, estuvieran caminando por la arena del Mar Negro.

Al cuarto día de estar en la cabaña, la orden de mantener el silencio fue retirada. La información llegó: el número de víctimas, el número de heridos, los responsables, el motivo, la colaboración entre Al-Nusra y el TAK, el Rubí en los Alpes Pónticos, Acnur Al Bassad visto hacía dos días en Ankara.

El quinto día le tocó a los Mena. Al *e-mail* de Mayra llegaron una decena de *links* con las grabaciones de interés que se habían registrado de los teléfonos pinchados de los hermanos. En una de ellas hacían referencia al atentado y a la identificación de Acnur Al Bassad. Pero nada más; los hermanos, familiarizados sin duda con la tecnología de La Casa, se cuidaban de hacer cualquier tipo de alusión a nada que pudiera incriminarlos por teléfono. En otra de las conversaciones, aparentemente sin importancia, Ricardo le comentaba a Antonio que María, su esposa, se había marchado de casa. La importancia residía en que el abandono había sido justo el día después del atentado. La mujer había comprado en efectivo un billete, solo de ida, para Ankara.

Tras la visita de Directora y Helena, esta última había decidido quedarse en la cabaña. Algo que hizo tremendamente feliz a Mayra. Se moría por abrazarla y besarla, pero tenía que dejarle su espacio y su tiempo. La curadora solía acompañarlos en los paseos por la playa del Mar Negro que Vadim y Mayra debían hacer como parte de su rehabilitación.

Los días en que no los acompañaba, Mayra percibía que las conversaciones entre Vadim y ella tocaban temas más profundos. Él le habló de la muerte de su padre, el alto cargo del SVR que le hacía sombra a Putin. Del frío, la soledad y el repudio que sufrió en Rusia hasta que Ashley lo sacó de allí. Algo que él jamás olvidaría; pese a que sirviera para los planes del MI6, a él le salvaron la vida. Mayra le habló de los duros años que pasó en la Academia de Zaragoza y más tarde en la de Toledo; aunque allí conoció a Directora, solo eran dos mujeres en un mundo hecho por y para hombres. Compartieron anécdotas sobre sus misiones y los sentimientos que albergaban cuando la injusticia y la barbarie humana se enfrentaban a sus valores.

Fue uno de estos días, en los que Helena no los acompañó, cuando la curadora apareció con un antiguo violín propiedad de un difunto lutier cuya mujer lo tenía en venta en un anticuario de Burgas. Llegó tan emocionada que pidió al violinista que le diera algunas clases. A partir de ese día, todas las noches, la sala de estar de la moderna cabaña se llenaba de las bellas e intensas melodías que Vadim le enseñaba a Helena.

Definitivamente, pensó Mayra, su hija no traía un violín bajo el brazo. Habían sido la insistencia de su padre y sus largas ausencias las que propiciaron la inclinación de su hija hacia la música. Quizá más como una necesidad de aceptación por Matías que por una afición. Un pasatiempo que ambos, padre e hija, utilizaban para marcar distancias respecto a la madre.

La chimenea permanecía encendida toda la noche, y el mar, al fondo, como testigo de sus nuevos huéspedes. Mayra los observaba desde el sillón orejero del que se había adueñado y, en su interior, muy en su interior, agradecía la situación: la carambola del destino le había devuelto a su hija, el pasatiempo que su exmarido utilizó para distanciarlas ahora las acercaba gracias a Vadim.

Una de esas noches, casi por casualidad, la exagente reparó en que su hija no llevaba puesto el reloj con el trocito de medalla colgando. Tampoco lo llevaba a la siguiente noche, ni a la siguiente. A la cuarta noche sin reloj, Mayra se ausentó momentáneamente de la sala de estar. Mientras ellos tocaban, inmersos en las melodías, fue hasta la habitación de Helena y entró. El reloj con la media medalla estaba sobre la mesita de noche. Se acercó y lo cogió entre sus manos. Se llevó al corazón el trozo de medalla y después lo besó. Lo observó de

cerca, como si quisiera adivinar qué había pasado con el otro pedazo. Le llamó la atención la forma en la que la medalla estaba dividida: no parecía un accidente, algo que ocurre como fruto de un disparo o una pelea. No, parecía como si la hubieran cortado adrede. Tal vez su hijo la compartió con alguien a quien tenía afecto, Raúl podría haber hecho algo así. No le dio más importancia y dejó el reloj donde estaba.

Los tres escoltas de La Casa los seguían de cerca siempre que salían a caminar, y el equipo médico comprobaba sus constantes y revisaba sus heridas a la vuelta. Las costillas de Mayra tardarían en sanar al menos seis meses, lo harían solas; mientras, ella podía seguir viviendo.

El gimnasio de la cabaña era otra habitación que solían visitar a diario, dos fisioterapeutas se ocupaban de cada uno de ellos. Masajeaban sus extremidades, los sometían a sesiones de acupuntura, les aplicaban corrientes y les indicaban las mejores tablas de ejercicios para acelerar su recuperación. Incluso una profesora de pilates se desplazó hasta la recóndita cabaña para poner a punto el cuerpo de Mayra; envidiosos, Vadim y Helena también empezaron a asistir a las clases.

Uno de los días en los que Helena no los acompañaba, la conversación derivó hacia la relación entre madre e hija. Caminaban por la oscura arena de la playa, descalzos a pesar del frío, el sol salía a ratos y la mantenía caliente. A veces, Vadim sentía el impulso de coger la mano de Mayra, pero se lo reprimía. No era el momento ni el lugar.

—Ya no hay tanta distancia, ¿no? —preguntó el agente del MI6.

Lo cierto era que Mayra tenía sus dudas sobre los motivos de Helena para quedarse en la cabaña. A veces miraba a Vadim como si sintiera algo por él; otras veces, cuando él se dirigía a Mayra, Helena lo trataba con indiferencia. Su hija la confundía y era esa confusión la que le impedía dar un paso más en su relación con Vadim. Tal vez eso era lo que quería Helena: desconcertarla. Helena sabía que Mayra se moría por su cariño; no haría nada que pusiera en riesgo su reciente acercamiento. Era cuando llegaba a esta conclusión cuando la exagente recordaba las palabras de su amiga Ana Sierra: «Trátala como a un cliente más». Entonces dejaba de pensar y trazaba un muro invisible entre Vadim y ella. Aunque, de vez en cuando, se concedía una licencia e imaginaba cómo sería vivir con Vadim en la tranquila Isla de Man.

Si las noches eran para el violín, las sobremesas eran para las hipótesis, muy a pesar de las indicaciones del personal médico, quienes opinaban que debían descansar. Algo impensable para dos personas, espía y exespía, que desconocían el significado de esa palabra. Helena también los acompañaba. Se negaba a ser excluida

como la vez anterior, en la que tuvo que quedarse en la gestora para controlar a los hermanos. «Está dentro», había dicho Vadim, y Mayra, a regañadientes, aceptó a su hija en el trío.

Disponían de varios tableros fijados a la pared con las fotos, nombres y datos de todos los que estaban relacionados, directa o indirectamente, con Los Mena, con el Rubí y con el atentado.

—Sabemos que el Rubí fue el pago por el explosivo C-4 y la infraestructura para llevar a cabo el atentado —señaló Vadim.

—Y sabemos que Acnur al Bassad entra y sale de la cámara del Puerto Franco, propiedad de una empresa perteneciente al jeque Jaber bin Nasser, y que fue creada en el despacho de los Mena.

—Y sabemos —continuó Helena— que la esposa de Ricardo llega a Ankara al mismo tiempo que una cámara de reconocimiento sitúa allí a Acnur al Bassad. —Esta era una información reciente, llegada desde La Casa—. Aquí hay algo.

—Helena, ¿hay alguna posibilidad de que la esposa de Ricardo tuviera acceso a información de la gestora?

—¿Te refieres a que tuviera acceso a la lista de los integrantes del fondo?

Mayra asintió antes de tomarse dos calmantes para el dolor.

—Es imposible —confirmó con rotunda seguridad—, es información confidencial. Pondría la mano en el fuego por Ricardo —y, como arrepintiéndose de su comentario, aclaró—: En ese sentido, por supuesto.

—¿Imposible o improbable? —quiso saber la exagente.

Helena meditó unos segundos, pero no dijo nada.

—¿La conocías? —quiso saber Vadim—. ¿Viste algo raro en ella alguna vez?

—Sí, hemos coincidido en varias ocasiones. No hay nada raro en ella, era una mujer que viajaba mucho, sin oficio, en la gestora la teníamos por una mujer florero. Creo que solo la visitó una vez en la que fue a recoger a Ricardo para ir a cenar.

—Y cuando eso ocurrió, ¿recuerdas dónde estuvo?

—Pues en el despacho de Ricardo y poco más, porque se fueron enseguida.

Vadim y Mayra se miraron, y sus miradas expresaron algo así como: tiempo suficiente como para insertar un USB espía o un virus en el ordenador de Ricardo y averiguar todo lo que quieran saber de Mena & Asociados.

—¿Qué estáis pensando? —quiso saber Helena mirando primero a uno y luego a otro.

—Bien, llamaré a La Casa y pediré informes de las tarjetas bancarias de María y de sus entradas y salidas a España.

No hizo falta que Mayra respondiera a su hija. Esta ya sabía lo que

podían dar de sí unos minutos a solas entre un espía y un ordenador. Había sido testigo mientras actuaba como Filippa de Sanctis en el Puerto Franco de Ginebra.

—Mi servicio ha registrado un importante movimiento de una de las cuentas de los Mena en Bahamas, el dinero ha entrado en el día de hoy y se ha ingresado en una cuenta de la gestora —añadió Vadim.

—Es por el primer vencimiento del Stradivarius Global Found —dijo Helena con tristeza—, así le van a hacer frente.

—Lo que implica que no han recibido contraprestación alguna por el Rubí —apostilló Mayra—; ellos están fuera de esto.

—O que la contraprestación es otra —reflexionó Vadim.

—Es posible, pero ya han pasado casi dos semanas desde el robo del violín, si hubiera habido algún pago, lo habríamos sabido.

—¿Cobra fuerza, entonces, la hipótesis del chantaje? —preguntó el violinista y espía del MI6.

—Cobra fuerza, pero no es definitiva, hay que interrogarlos. Y habría que inspeccionar el ordenador de Ricardo en busca de algún virus, ¡mierda! Esto tendríamos que haberlo hecho antes y no esperar a que el Rubí se moviera. —Mayra lamentó no haberle hecho caso a Directora cuando le propuso hablar con los hermanos.

Como había sido acordado con el equipo médico, en dos semanas recibieron la visita de sus respectivos jefes. En la reunión, por supuesto, también estaba presente Helena.

41

Burgas, Bulgaria.

Las relaciones entre el servicio secreto turco, MIT, y el MI6 estaban congeladas fruto de la permeabilidad que mantenía Turquía con los terroristas islamistas. No obstante, entre servicios, es normal odiarse un día y amarse al siguiente. Y como del amor al odio hay un paso, el máximo responsable del MIT obtuvo un galardón en su carrera, algo que ni él mismo hubiera soñado. ¿El motivo?: arrestar y encarcelar a uno de los mandos principales del TAK, siglas del grupo armado Halcones por la Libertad del Kurdistán, grupo terrorista que hasta la fecha había perpetrado cerca de medio centenar de atentados en Turquía.

El pájaro en cuestión fue cazado en una hermosa cabaña, construida toda de madera, en los Alpes Pónticos, cordillera cuyo extremo oriental se extendía por el sureste de Georgia. La noticia fue sensacional, y más teniendo en cuenta el papel *destacado* que el TAK había tenido en el reciente atentado del Zorlu Center.

En el mismo paquete, además de otros terroristas, encontraron un hermoso Stradivarius al que llamaban Rubí e iniciaron los trámites oportunos para devolverlo a su legítimo propietario: el violinista Vadim Zeland, a través del servicio secreto inglés.

—Y todo gracias a la genial idea de Mayra —decía Ashley Graham sentada en la salita de la cabaña frente al Mar Negro mientras acercaba las manos hacia el calor de la chimenea—, jamás se me hubiera ocurrido la posibilidad de colocar un dispositivo de seguimiento en la tinta de la firma del violín —y negaba con la cabeza —, ni remotamente.

Directora estaba sentada en el sillón orejero que Mayra utilizaba en las veladas nocturnas en las que a veces escuchaba el violín de Vadim y Helena, y otras veces simplemente contemplaba el mar. Su pierna derecha estaba cruzada sobre la izquierda, de nuevo vestía vaqueros y jersey de cuello alto.

La habitación olía a una mezcla de yogur, pepino y musaca; una mesa de comedor con capacidad para cinco personas había sido improvisada.

—He de reconocer que a mí tampoco —y, como cambiando de tema, volvió a hablar—: Los Mena han sido invitados a volver a España en el plazo de una semana; si esto no ocurriera, tendremos que solicitar la extradición, ¿crees que habrá algún problema?

Ashley se volvió.

—En absoluto, cuenta con ello, aunque espero que no llegue a darse el caso.

—Yo también lo espero —añadió palmeándose la rodilla con la mano.

—Por cierto —dijo la jefa del MI6 en un tono más jovial mientras observaba a Directora—, ¿cuándo me vas a copiar la idea de poner una peluquería dentro de *tu* Casa?

Directora tuvo que contenerse las ganas de reír.

—¿Tenéis una peluquería dentro del MI6?

—No veas el tiempo que se ahorra, y, como ya le dije a Mayra, los hombres son sus mayores clientes.

—En *mi* Casa, como dices, eso sería impensable.

Eran las doce del mediodía, hora en la que los fisioterapeutas daban por terminadas las jornadas de rehabilitación de los agentes. Ashley y Directora se levantaron en cuanto los escucharon llegar por el pasillo. Helena iba con ellos. La cortesía, decoro o saber estar del jefe respecto al empleado y viceversa quedó echada por tierra en cuanto las tres mujeres y el hombre se fundieron en un abrazo

Para Ashley, Vadim era algo más que un buen espía, era su pupilo, su creación. Fue ella quién lo rescató de la Madre Rusia y fue ella quien hizo del pequeño el hombre que era ahora. Para Vadim, que, pese a haber conocido a su padre, jamás pudo disfrutar de ningún tipo de cariño o atención, Ashley era lo más parecido a una madre, con mayúsculas, que había tenido.

La relación entre Directora y Mayra revestía una naturaleza distinta, habían sido compañeras y participado en un sinfín de misiones, en las que se habían salvado la vida mutuamente en más de una ocasión. Aunque Mayra había trabajado, y aún lo hacía a tiempo parcial, para Directora, esta siempre la había tratado de igual a igual, como si aún estuvieran discutiendo estrategias en el País Vasco o en Oriente Medio. Respetó su decisión de abandonar La Casa y le dejó las puertas abiertas, algo inusual para el resto de espías, por si en el futuro decidía volver.

Pero La Casa la necesitó antes, y fue entonces cuando Mayra empezó a hacer pequeñas colaboraciones como agente oscuro. Además, se prestaban ayuda mutuamente. Si la relación anterior obedecía a una naturaleza materno-filial, esta revestía un carácter fraternal.

Tras los afables saludos, las tres mujeres y el hombre tomaron asiento en la mesa preparada para el *brunch*.

Helena estaba sentada entre Directora y su madre. Enfrente, Ashley y Vadim.

—Como pediste —empezó a hablar Directora—, hemos investigado los movimientos de María, la mujer, o exmujer, de Ricardo. Creemos que, al menos un par de veces en los últimos doce meses, estuvo en Chicago.

—¿Conexión directa? —quiso saber Mayra mientras cogía un bollo de pan y lo partía en dos mitades. Helena hizo lo mismo con el suyo. Ambas volvieron a partir las mitades en otras dos y se llevaron un cuarto de pan a la boca. Ninguna fue consciente.

—Para que luego digáis que no os parecéis, ¿eh? —comentó Vadim.

Todo el mundo en la mesa miró hacia los platos de ambas. Madre e hija se sonrieron cómplices, y el corazón de Mayra dio un pequeño brinco, uno más de los tantos que había dado en aquella cabaña de Burgas.

—Con escalas, vía Londres, Nueva York… —continuó Directora—, y sí, estoy de acuerdo con Vadim: la genética tiene razones que la mente se empeña en cuestionar, ¿verdad, queridas?

Madre e hija asintieron al mismo tiempo.

—Ya os dije que siempre estaba viajando —añadió Helena llevándose a la boca otro trozo de pan y mirando a Mayra con expresión de obviedad.

—También a Turquía. Entró en Catar de camino a Islas Mauricio hace un par de meses.

—Sí, recuerdo el bronceado que lució en la recepción de Vadim en el Palacio Real, acababa de llegar de Mauricio, se había tirado casi un mes fuera.

—Pues hizo escala en Catar.

—¿Qué hay del ordenador de Ricardo? —preguntó la exagente.

—Aún no hemos logrado desencriptarlo —se lamentó Directora—, les hemos dado un plazo de una semana para que regresen a España. Si para entonces no lo logramos, les pediremos amablemente las claves.

—Querría estar presente —solicitó Mayra.

—Contaba con ello, siempre y cuando tu médico te dé el visto bueno.

—Ni que fuera una niña pequeña.

—Precisamente, May, precisamente. Tienes que tener cuidado con esas dos costillas que tienes rotas.

—Lo haré, madre superiora…

—Directora —empezó Ashley Graham, divertida por la forma que tenía Mayra de llamar a Directora—, quedamos por teléfono en que

me contarías lo de Sad Al Kabi en persona, quizá escuchando podamos sacar nuevas conclusiones.

—A mí me gustaría conocer la historia de primera mano —apostilló Helena.

42

Burgas, Bulgaria.

A Directora no pareció seducirle la idea, aunque poco podía hacer. Todos habían dejado de comer y la miraban expectantes. Especialmente Mayra. Sad Al Kabi había sido uno de sus objetivos.

Directora dejó los cubiertos sobre la mesa, se limpió la boca con la servilleta y se dispuso a hablar.

—Bien, dado que dos personas —y dejó de hablar para enumerar a Helena, Vadim y Ashley—, disculpad, tres personas no pertenecen a nuestro servicio, nunca reconoceré haber dicho lo que voy a decir. —Todos dejaron salir un lamento por la obviedad, y ella cambió el gesto, sus ojos se iluminaron—. Fue una operación fantástica, nunca La Casa había logrado infiltrar a dos informadores en un sitio tan clave como el banco de Dubái para el que trabajaban los Mena.

—Pero ¿contactasteis con ellos una vez dentro o los enviasteis desde fuera? —interpeló Mayra.

—*Fifty-fifty*: nuestros rastreadores vieron ofertas de trabajo en la prensa financiera del país e hicieron seguimiento de los candidatos. Buscaban que hablasen español, por sus relaciones con Latinoamérica. Los currículums de los hermanos se hicieron deseables ante los ojos de los dubaitíes, y la oferta fue irresistible para los Mena. Era nuestro momento: intervenimos antes de que se marcharan.

—¿Y aceptaron sin más? —preguntó desconfiada la exagente. Había cierto tono de evidencia en la forma de hablar de Directora que la alertaba.

—Eso me lo reservaré, si no os importa.

No hacía falta que Directora respondiera, Mayra conocía la respuesta. El ascenso meteórico de los Mena a su regreso sería gracias a los compromisos que La Casa adquirió con ellos.

—Estuvieron casi un año simplemente reportando información —prosiguió la jefa del servicio secreto español—. Los fideicomisos, empresas fantasma y sociedades pantalla eran sus clientes habituales, y costaba mucho llegar a la persona o familia que estaba detrás, hasta que un día nuestros analistas descubrieron a unas sobrinas de Bin Nasser tras un conglomerado de sociedades.

—Pero ¿a qué se dedicaba Bin Nasser? —quiso saber Helena; era la menos informada de la mesa.

—Era, es, un terrorista con pasta —le explicó Mayra—. Un niño de papá que ocupaba su tiempo libre en hacer la yihad por puro aburrimiento. Los Hermanos Musulmanes le comieron el coco, y su ideología fue hacer de los países musulmanes (y no musulmanes) califatos islámicos que incluyesen el aislamiento de las mujeres y de los no musulmanes de la vida pública. Procede de una acaudalada familia de Irán, de ahí sus relaciones con Catar. Fue el cerebro de multitud de atentados de Hamás en Israel, y más tarde en Siria.

—¿Se oponía al régimen de al-Ásad? —volvió a preguntar Helena.

—Por supuesto —aclaró Mayra—, su intención era derrocarlo.

—Si algún día llega a caer al-Ásad, pese a ser conocido como el carnicero de Damasco, Dios no quiera ni pensar lo que será de Siria —añadió Ashley.

—Si el ISIS o Al Qaeda tomaran el poder, el país nunca se recuperaría, y sería un duro golpe para todos —señaló Vadim.

—En realidad, Sad Al Kabi no era nuestro objetivo, nuestro cometido era únicamente recopilar información, pero el terrorista estaba entre los diez más buscados de la CIA, y no tuvimos opción. Planeamos minuciosamente la salida de los Mena de Dubái, una salida consentida, para que el emirato no pudiera establecer relación con lo que vendría después.

Todos quedaron en silencio, sumamente interesados ante la historia que Directora les estaba confiando.

—Los Mena volvieron a Madrid, y tres semanas después, tras establecer una estrecha vigilancia a la casa familiar en un barrio residencial de lujo en Catar (para que luego digan que el emirato no oculta terroristas), un equipo de élite de la CIA cogió a Sad Al Kabi. Se incautaron cientos de armas y un montón de información gracias a la cual se desactivaron varios atentados previstos en Europa y en Siria.

—Y nosotros volvimos a casa con dos palmos de narices —se quejó Ashley.

—Oh, venga, hubierais hecho lo mismo que nosotros; el Tío Sam manda —replicó Directora—. Además, se lo hubierais entregado a los israelíes.

—No estoy de acuerdo —dijo con fingida dignidad Ashley Graham.

Directora puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de su vino.

—¿Crees que los dueños del banco establecieron algún tipo de relación? —preguntó Vadim como si él no tuviera sus propias hipótesis.

—Mi experiencia me dice que, si nosotros poseemos una tecnología, países más acaudalados hace años que han invertido en la misma tecnología, por lo tanto, creo que sí, que llegaron hasta los Mena como

los responsables de la captura de Sad Al Kabi.

—¿Había alguien más que los apoyase? Además de su familia, claro —preguntó Vadim.

—Por supuesto, a ver si sabéis el nombre de otro acaudalado cliente del banco de Dubái.

—¿El jeque Bin Nasser? —preguntó Mayra retóricamente, siendo obvia la respuesta dadas las fotos en las que Bin Nasser salía fotografiado con uno de los dueños del banco de inversión dubaití.

—¡Bingo! —aplaudió Directora.

—Pero… ¿qué relación hay entre Bin Nasser y Sad Al Kabi? ¿Son solo colegas de travesuras? —quiso saber Vadim.

En ese momento, entraron varios asistentes con bandejas de pasteles y dos teteras de humeante té de menta, y la pregunta quedó en el aire.

Horas más tarde, y ahítos de comida, se despedían en el porche. Directora se quedó rezagada al lado de Mayra.

—Hay algo más —le dijo en voz baja—, y quiero que te enteres por mí antes de que lo hagas por tus fuentes.

Helena las seguía de lejos. Ashley y Vadim no podían escucharlas, Mayra se aproximó a Directora.

—¿De qué se trata?

—Creemos que el jeque Bin Nasser y Acnur al Bassad tuvieron relación con la muerte de Raúl.

Mayra la escuchó sin pestañear. Al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿La CIA se lo llevó o lo mantiene en alguna de sus cárceles? —se refería a las cárceles que mantenían en Irak, Arabia, Pakistán y demás países de Oriente Próximo.

—*Selollevó* —contestó Directora con rotundidad, pero con un ritmo más rápido del que ella solía hablar. Ese desajuste volvió a alertar a la exagente.

—Por cierto —dijo Mayra dejando a un lado su resquemor—, ahora sí estamos en el Meridiano Van Staner.

Esa misma noche, tras la velada musical, la exagente tecleó en su Outlook una dirección de tantas que aún memorizaba de Oriente Medio. Como archivos adjuntos, iban fotos de María y de Acnur al Bassad.

43

La Casa, Madrid.

Un coche negro con cristales tintados esperaba a los Mena en la terminal ejecutiva del Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Los hermanos vestían sendos abrigos de lana, pero de distintos colores: azul marino Ricardo, marrón oscuro Antonio. Mantenían un semblante serio, fruto de varias noches sin dormir, unas cinco en concreto, desde que Directora les dio una semana para volver a España y hacerles una *entrevista*.

Albergaban sus sospechas sobre las preguntas a las que serían sometidos: su trabajo en Londres y las empresas que creaban, ¿qué otra cosa podría ser? No podrían mentir, a La Casa no. Era lo que habían resuelto. Estaban preparados, o eso creían.

Pero para lo que no estaban preparados era: a) para encontrarse de nuevo a Mayra Abascal, la supuesta detective privada amiga de Helena, cuyo aspecto era deplorable, en la sala en la que iba a transcurrir la reunión junto a Directora, y b) para la primera pregunta que esta les soltó a bocajarro:

—Ricardo, ¿cómo conoció a su expareja, o exesposa, María?

Los cuatro estaban sentados alrededor de una mesa redonda sobre la que reposaba un iPad. Ricardo miró a Antonio, que en ese momento miraba hacia otra parte. No le agradaba la situación y así se lo había hecho saber a Directora nada más llegar.

—¿Qué tiene eso que ver con esto? —preguntó el benjamín a la defensiva.

—Ricardo —terció Directora—, por favor, responde.

—Eh… bueno, la conocí en Barcelona, en una cena a bordo del yate de unos amigos.

—¿Qué amigos? —esta vez fue Directora quien hizo la pregunta.

—Unos amigos de Londres. Habían alquilado un yate para pasar unas semanas por las islas.

—¿Sus amigos la conocían de antes o la conocieron durante esas vacaciones? —preguntó Mayra.

—No, no, la conocieron en esas vacaciones.

—¿Cómo empezó su relación?

Ricardo se revolvió, visiblemente molesto, en la silla.

—Esa noche charlamos, y yo la invité a cenar a la noche siguiente, así empezamos. Al cabo de las vacaciones volvimos a Madrid y nos seguimos viendo hasta que le propuse que viviéramos juntos —aclaró incómodo.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que se conocieron hasta que se fueron a vivir juntos?

—Un mes —respondió Antonio con actitud reprobatoria. Estaba recostado en la silla, como si en lugar de una silla, se tratara de un sillón. Relajado, pues parecía que la cosa no iba con él.

—A nuestra edad, Antonio, por favor, ¿vamos a estar así?

—Llevaban juntos casi cuatro años, ¿no?

—Más o menos, nos conocimos en febrero de 2015.

—Tengo entendido que su esposa viajaba mucho —sugirió la exagente.

Ricardo asintió en silencio.

—¿A su costa?

—No, no siempre, ella tenía su propio dinero.

—Pero ella no trabajaba, ¿de dónde sacaba el dinero?

—Tenía ahorros e inversiones.

—Teniendo usted una gestora de inversión, ¿llegó a ver alguna de ellas? No sé, algún rendimiento de alguno de sus fondos para poder aconsejarla o algo así.

—No, nunca llegué a ver nada. Ella estaba muy al día de la bolsa y de los índices, hablábamos de ello, pero nunca llegué a ver ninguna de sus inversiones.

—¿Estaba enamorado de ella? —quiso saber la exespía.

—En realidad —empezó a decir Antonio con notable desagrado—, mi hermano estaba enamorado de estar con alguien como ella.

—Antonio, por favor.

—Explíqueme eso, Ricardo.

—También nos podría explicar quién es usted y qué hace aquí, ¿no cree? —protestó Antonio.

—Confórmese con lo que sabe de mí hasta ahora: solo soy una *simple detective privada*.

Antonio recordó las palabras que dijera semanas atrás al referirse a Mayra como *simple detective privada*. Se refirió a ella de ese modo el día en que se conocieron. El día en que Helena la citó en la gestora, ¿aquella mujer los estaba escuchando o sabía leer los labios?

—Mayra, por favor —terció Directora—. Podría hacerlo, Antonio, pero no lo hará por ahora. —Y dirigiéndose a Ricardo, agregó—: Explique, por favor, lo que implican las palabras de su hermano.

Ricardo, tras lanzar una encolerizada mirada a su hermano, empezó

a hablar:

—María era —tosió y se aclaró la voz—, es una mujer muy bella, con un cuerpo espectacular y unos andares tan… sensuales… Me volvía loco. Era mi debilidad y ella lo sabía.

—Habla usted en pasado —repuso Mayra.

—Bueno, usted lo ha dicho, viajaba mucho y era diez años menor que yo.

—¿Diría usted que era correspondido?

—Lo justo, para qué la voy a engañar.

—Su exesposa recibía pequeñas cantidades de dinero procedentes de sociedades afincadas en paraísos fiscales… —La exagente dejó pasar unos instantes para observar su reacción—. ¿Cómo? ¿Se extraña? Es algo con lo que ustedes conviven a diario en Londres, ¿me equivoco?

Ricardo pareció alarmado y se incorporó.

—No, no se equivoca —respondió Antonio, para quien la silla volvió a ser una silla y la cosa empezaba a ir con él—, pero, por favor, díganos a dónde quiere llegar. Estamos algo perdidos con sus preguntas sobre María.

Mayra miró a Directora, y fue esta quien tomó la palabra.

—Creemos que María puede estar relacionada con el robo de El Irlandés y del Rubí.

Los hermanos se observaron con escepticismo.

—¿Cómo? Pero si su señuelo no dio resultado…

Mayra trató de contenerse.

—¿Funcionó? —preguntó Antonio receloso—. ¿No está en casa de Vadim?

—Me temo que nunca llegó a Londres —reconoció Directora—; lo robaron en el Aeropuerto de Zúrich. El Rubí fue escondido en una cámara del Puerto Franco de Ginebra, tenemos pruebas de que El Irlandés también estuvo allí. ¿Adivináis a quién pertenece la cámara del Puerto Franco?

Los hermanos se volvieron a mirar desconcertados, y Mayra tomó la palabra.

—Desde el nacimiento de Mena Investments & Co. han creado más de cincuenta sociedades y otros tantos fideicomisos, han incluido sociedades con todo tipo de bienes: participaciones en todo tipo de sociedades, coches de alta gama, caballos de carreras, granjas…

—¿Granjas? —la interrumpió Directora.

—Se les llama «granjas» —respondió la exagente desviando la mirada de los hermanos hacia ella—, pero te aseguro que dista mucho del concepto europeo de una granja. Son algo así como *resorts* para caballos. —Directora asintió y Mayra continuó—: Todo con sedes en paraísos fiscales y cuyos beneficiarios estaban en otros países.

—¿Y? —preguntó Antonio con desdén.

—Oh, ¿no saben que entre esos bienes se incluyen varias cámaras en el Puerto Franco?

Los hermanos intercambiaron una fugaz mirada antes de dirigirse a la exagente.

—¿Me estás diciendo —empezó a decir un vehemente Antonio— que la sociedad a la que pertenece esa cámara la creamos nosotros?

—No exactamente —aclaró Mayra cambiándose de postura; el calmante estaba empezando a dejar de hacerle efecto, y las dos costillas rotas protestaban—, la sociedad Global Investments Ltd., afincada en Gran Caimán, a la que pertenece esa cámara, tiene a Mena Investments & Co. como administradores y al millonario jeque Jaber bin Nasser como propietario.

Un denso silencio hizo inmediato acto de presencia. Como si una losa hubiera caído sobre la habitación en la que estaban reunidos y todo bajo su peso hubiera desaparecido, dejando un tenue rastro de polvo en el ambiente.

Los hermanos no encontraban palabras para expresarse. Ni siquiera Antonio, con el habitual aplomo que le caracterizaba, era capaz de hablar.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta? —preguntó finalmente un nervioso Ricardo a Antonio.

—¡Joder! ¡Es un hijo de puta! —logró decir Antonio.

—Disculpad —interrumpió Directora—, ¿nos hemos perdido algo?

Los hermanos se miraron entre ellos y debieron consensuar que lo mejor era contarlo todo. Antonio tomó la palabra.

—Estáis diciendo que El Irlandés fue escondido en una cámara del Puerto Franco cuyo dueño es Bin Nasser, nosotros hemos creado la sociedad incluyendo en cada uno de los fideicomisos que la conforman el listado de los bienes que le pertenecen, ¿estáis diciendo que el jeque es quien nos robó el violín?

—Todo apunta a que podría haber sido él o alguien de su entorno —admitió Mayra.

—Pero bueno, ¿y alguien me explica qué tiene que ver mi esposa en todo esto? —quiso saber Ricardo.

—Su ordenador está infectado con un virus espía —le explicó Mayra —. Quien lo introdujo podía acceder desde cualquier sitio y navegar por él como si fuera usted mismo.

—¿Cómo dice? No, no, eso no es posible —suplicó el pobre hombre.

—Creemos que podría haber sido su exesposa. De esa forma, ella sería conocedora de los violines que integraban el fondo y de quiénes eran sus propietarios.

—Y de sus revisiones —coligió Antonio.

—Y de sus revisiones —convino Mayra—, así, El Irlandés debió de

ser el último que revisaron en la fecha en la que se cometió el robo. Su esposa viajó en dos ocasiones el año pasado a Chicago, la última de ellas fue en agosto, días después de que se le hiciera la revaluación al violín, ¿lo sabía?

Aunque era evidente que Ricardo no tenía ni idea, Mayra continuó:

—El intervalo de fechas en el que desapareció el violín coincide con el último vuelo de su esposa, ¿tenía usted constancia de que su exmujer había viajado hasta Chicago en agosto?

—No, señora —repuso consternado—, a Nueva York sí, de hecho, hizo compras para mí en la Quinta Avenida.

—¿No vio nada que pudiera relacionar a su ex con Chicago?

—No, mi esposa no es de las que compran imanes para pegar en la nevera —Ricardo estaba cada vez más abatido.

—¿Conoce a este hombre? —Mayra le acercó el iPad y le mostró varias fotos de Acnur Al Bassad.

—Ni idea.

—¿No es el de los atentados de Estambul? —reconoció Antonio.

—Fue quien robó el Rubí. Esta imagen —dijo Directora refiriéndose a la foto en la que Acnur se limpiaba el sudor bajo la gorra— es del Aeropuerto de Zúrich, el día en que robó el Rubí. Y estás en lo cierto, Antonio: es el principal responsable del atentado de Estambul durante la cumbre del mes pasado. Fue localizado en Ankara el mismo día en que el avión de tu ex, Ricardo, aterrizaba allí. Está relacionado con el jeque.

—Venga ya —farfulló Ricardo incrédulo.

—Dígame, Ricardo, ¿cómo describiría usted la forma de andar de su esposa?

—¿En serio es relevante? —preguntó a la defensiva.

—Usted ha dicho que sus andares eran sensuales, ¿podría definírmelos mejor?

—Ella… a ver, ella es como si patinase, ¿verdad, Antonio? —Antonio estaba demasiado ofuscado consigo mismo como para hacerle caso—. Como si se deslizara.

Directora cerró las imágenes de Acnur y buscó la carpeta llamada «Filtro Zúrich»; allí había un archivo de vídeo, accionó el *play* y se lo mostró a Ricardo.

—Es el control de seguridad de los pasajeros vip del Aeropuerto de Zúrich —explicó Mayra—, en unos segundos, Vadim y su asistenta pasarán por el arco. Pero dígame, ¿reconoce los andares de la mujer vestida con el uniforme de la empresa de seguridad?

Ricardo palideció, y Antonio aproximó su cara al dispositivo. Casi se tocaban las mejillas.

—¡Será hijaputa!

44

La Casa, Madrid.

El dolor rozaba lo insoportable, y Mayra abandonó la sala momentáneamente para tomarse el calmante con un vaso de agua. De regreso, los hermanos estaban visiblemente más tranquilos.

—¿Cuándo conocieron al jeque? —preguntó al tiempo que tomaba asiento—. ¿Fue en Dubái y luego lo captaron como cliente en Londres?

—Sí, señora, lo conocimos en Dubái, pero el jeque es algo más que nuestro cliente.

Directora y ella intercambiaron una fugaz mirada.

—Explícate, Antonio, por favor —exigió la jefa del servicio secreto.

—Bin Nasser es nuestro socio desde hace más de un año. Hasta hace un mes, tenía el diez por ciento de Mena Investments & Co. Cuando nos enteramos de la falsedad de El Irlandés, y dado que el primer vencimiento del fondo estaba cerca, le ofrecimos un veinte por ciento más.

—¿Aceptó?

— Nos hizo una contraoferta por el cincuenta y uno por ciento y tuvimos que aceptar.

—De ahí sacamos el dinero para hacer frente al primer vencimiento del fondo.

—Joder… —murmuró Mayra, en su mente parecía que todo empezaba a encajar: el jeque iba a por ellos.

No era que el jeque participase directamente en la gestora de la City, confirmaron los hermanos; la firma londinense con la que Bin Nasser participaba en el cincuenta y uno por ciento estaba controlada por otra sociedad de otro archipiélago *offshore*. Esta sociedad estaba radicada en Seychelles y su nombre era National Group SARL. Ubicada en las oficinas de una firma especializada en la creación de este tipo de sociedades que, al igual que la de los Mena en Londres, desde su web prometía «absoluta confidencialidad» para sus clientes.

—¿Quién representa al jeque en Mena Investments & Co.? —quiso saber Mayra.

—Un administrador de origen catarí, pero con nacionalidad

británica, Joseph Al Rhani.

—¿Vive en Londres?

—Tiene residencia en Londres, es lo que sabemos.

—¿Tienen su teléfono?

Los hermanos asintieron. No hacía falta pedir permiso a los británicos para interceptar las comunicaciones telefónicas de un número de teléfono extranjero, no obstante, Directora se lo comunicó a Ashley. Esta se lo agradeció.

Una hora después de que la reunión con los Mena terminase, Directora y Mayra estaban en una videollamada con Ashley Graham y Vadim. El dolor de costillas de la exagente había desaparecido.

—Bien, así están las cosas —hablaba Ashley—, no queremos enfrentamientos con Catar, tememos las consecuencias del *brexit*, y el gobierno de Su Majestad está priorizando sus relaciones con las naciones más ricas del Golfo, las que puedan ofrecernos oportunidades para invertir en nuestro país.

—Entiendo, Ashley —empezó a decir Directora—, pero hay más países del Golfo, y te recuerdo que todos ellos han cortado relaciones con Catar acusándolo de respaldar el terrorismo, una acusación absolutamente cierta.

—Catar ha anunciado que invertirá seis mil millones de dólares en el Reino Unido antes del *brexit*, ¿qué quieres que hagamos? Entenderás que estemos entre la espada y la pared.

—Cincuenta y dos personas y más de doscientos cuarenta heridos, ¿qué será lo próximo? —empezó a decir Mayra con vehemencia—. ¿Crees que estaréis a salvo? Os están haciendo la cama, tenéis al enemigo en casa. Estuvimos a punto de morir —dijo mirando de soslayo a Vadim.

Visiblemente incómoda, Ashley respondió:

—Somos conscientes, pero no podemos daros cobertura sea lo que sea que estéis pensando.

—No os estamos pidiendo cobertura —replicó Directora.

—¿Qué es lo que queréis entonces?

Mayra miró a Vadim. Agente y exagente hablaban todos los días desde que se separaron en Burgas. Ya habían tratado el tema que ahora los ocupaba. Tras unos segundos, el agente del MI6 dijo ante la interrogante mirada de Ashley:

—Por mí no hay problema, siempre que mi jefa esté de acuerdo.

—¡Santo Dios, Vadim! ¿Es que no has tenido bastante?

—Precisamente, jefa, he tenido bastante, estoy cansado de esta doble moral con Catar: dejamos que compren nuestro país y que a la vez cobijen a quienes nos matan; eso está bien cuando son otros los que mueren… Será un garbanzo negro menos, ya está.

—Es arriesgado —volvió a objetar Ashley.

—Lo planificaremos todo al milímetro, nadie sospechará nada, Ashley —dijo Directora con convicción—, Mayra conoce al dedillo el terreno, solo garantízanos las comunicaciones de Joseph Al Rhani y las imágenes de los satélites que necesitemos, lo demás es cosa nuestra.

Ashley no estaba muy convencida, miraba a Vadim y luego se volvía hacia Directora y Mayra.

—De acuerdo —dijo finalmente—, si Vadim lo está, yo no tengo nada más que decir. La condición es que no sea en suelo británico, y por tu bien, Directora, que sea fuera de Europa. Por cierto, ¿qué hay de la financiación?

—No es un problema —apuntó Directora—, nuestros amigos, los Mena, están encantados de hacerse cargo del tema económico.

—Tienes mejor aspecto —admitió Mayra cuando cortaron la comunicación con Londres—, veo que los conflictos con Oriente Medio te abren el apetito.

Era cierto, Directora parecía haber ganado un poco de peso. Las descarnadas mejillas que tenía cuando se vieron en el piso franco parecían estar un poco más rellenas. Las canas también habían sido retocadas desde que se encontraron en Burgas, y las tres arrugas de su frente estaban difuminadas.

—¿En serio? ¿Me ves mejor?

—Sí —respondió despistada—, ¿estás haciendo algo?

—He probado con unas gotas homeopáticas que en teoría me aumentan las ganas de comer. ¿Y tú? ¿Estás mejor con Helena?

Mayra no respondió. Parecía estar sumida en un lugar profundo de su mente.

—Mayra, ¿estás ahí? —insistió preocupada Directora.

—Estaba pensando… —empezó a decir la exagente— que ha dicho que conoció a María en febrero de 2015.

—Sí, eso ha dicho, ¿qué estás pensando?

—No sé, Helena empezó a trabajar para los hermanos a finales de diciembre de 2014.

Las palabras de Mayra quedaron flotando en el aire hasta que Directora las recogió:

—No hay relación —dijo negando con la cabeza—, estoy segura. Ricardo es un mujeriego empedernido.

—Tienes razón —admitió Mayra dejando pasar unos incómodos segundos—, y sí, la verdad es que el tiempo que pasamos en Burgas nos acercó.

Directora salió por la puerta, pero antes de desaparecer, le dijo:

—Sigue dejándole su espacio, hazme caso.

Más tarde, en la terraza del piso de la calle Bailén, fumando un mentolado frente al Palacio Real, Mayra repasaría una y otra vez la imagen en la que Acnur al Bassad se limpiaba el sudor de su frente dejando al descubierto su rostro en el Aeropuerto de Zúrich.

45

Sala 30A, La Casa, Madrid.

Cualquier civil ajeno a La Casa no podría entrar al servicio del CNI a menos que alguien de dentro le facilitara el pase, y mucho menos trabajar. Pero la relación entre Mayra y Directora gozaba de esa estrecha confianza que se fragua entre dos compañeras y amigas a lo largo de, prácticamente, toda una vida. Así que cuando Mayra le insinuó que necesitaba a su mano derecha, Nicolás, y pese a que a la jefa del servicio secreto español no le hizo mucha gracia, aceptó. Ambas convinieron en que lo mejor sería facilitarle un pase a Nicolás del mismo nivel que el que tenía.

Esta vez, dispusieron de una sala del edificio conocido como «Estrella» y de un eficiente despliegue de medios técnicos que les facilitaría entrar de lleno en la operación y planificar sus próximos pasos.

Mayra eligió su equipo: Tyra, por supuesto, que ya contaba con un pase, y otra de las *hackers* de La Casa, de nombre Robin. La exagente pidió que una de sus investigadoras en Second Consulting también estuviera en el equipo, pero Directora se negó a dejar entrar a más personal de fuera. En su lugar, le cedió dos analistas: un chico, Joan, y una chica, Oli (de Olivia), cuya trayectoria en La Casa había ido *in crescendo* desde que entraron al servicio. Vadim trabajaría con ellos desde la oficina de Vauxhall Cross.

Se pusieron inmediatamente manos a la obra.

El padre del jeque Jaber bin Nasser había sido primer ministro del emir de Catar desde que este tomara el mando del país, en 1995. Al frente de la diplomacia catarí había mediado en conflictos tanto en África como en Oriente Próximo. En sintonía con el emir, apoyaba las revueltas árabes y respaldaba a los rebeldes sirios. Tras la abdicación del emir en su hijo, en 2013, los Bin Nasser no siguieron sirviendo a la familia real, pero sí mantuvieron una estrecha, cercana y productiva relación. Así, en las altas esferas, se decía que el jeque Jaber bin Nasser estaba emparentado con la familia real catarí y que gran parte de sus negocios se cobijaban bajo la sombra de la familia real.

Los Bin Nasser procedían de una familia de beduinos nómadas que

desde 1916 habían sido fieles al régimen de la familia real. Vadim y Mayra, cada uno desde su sede, realizaron sus primeras averiguaciones. Las empresas creadas por los Mena, en las que una forma u otra participaban las empresas de Bin Nasser, tenían conexiones con otras sociedades, pero no había rastro de inversores ni de miembros de juntas directivas. Todas llevaban a una dirección, la del abogado de origen catarí pero con nacionalidad británica, Joseph Al Rhani.

Desde el momento en el que la conexión con el teléfono del abogado fue segura, los datos empezaron a llegar a la sala 30A del Edificio «Estrella». Tuvieron acceso en tiempo real a los *e-mails*, mensajes de texto, contactos, fotos, llamadas de voz y videollamadas de Joseph. El teléfono también pasó a ser un transmisor permanente, y, a su vez, podían acceder a la red de ordenadores de la oficina del abogado, así como el terminal de su casa.

—Este virus es una pasada —había dicho Robin, la *hacker*.

El virus en cuestión había sido adquirido por La Casa en 2016 a una empresa italiana y había supuesto un increíble avance en las operaciones de espionaje.

Los datos que se obtenían iban, en primer lugar, a un ordenador instalado en la División Técnica del CNI, y desde allí se trasladaban de manera segura hasta la sala 30A. A su vez, eran transferidos a otro ordenador de Vauxhall Cross, donde Vadim los analizaba casi al mismo tiempo que Mayra. Una vez que tenían los datos en su poder, se repartían el trabajo, y el equipo diseccionaba y hacía seguimiento uno a uno a todos los teléfonos, contactos, *e-mails* y líneas.

Pero el teléfono del abogado no los llevó a ningún sitio. Perdieron cuatro días en darse cuenta. No encontraron nada que seguir, ningún contacto sospechoso que investigar, ninguna empresa de constitución más dudosa que las que ya conocían. En fin, nada destacable.

—Tal vez el abogado sea solo un hombre de paja —comentó Joan, el analista.

—Tal vez no tenga ni idea de quién está al otro lado de las empresas que administra —sugirió Nicolás.

De vez en cuando, Directora visitaba la guarida para ponerse al día de los avances y discutir con Mayra y Nicolás cuáles podrían ser los siguientes pasos.

El personal de La Casa estaba inquieto; corría el rumor de que Mayra Abascal, la exespía, la íntima amiga de la jefa y madre del difunto agente Raúl, había sido vista accediendo a uno de los edificios.

¿«Wonder Woman» había vuelto al servicio activo? ¿Se trataba de alguna operación para vengar a su hijo? ¿O es que Directora necesitaba la ayuda de su amiga?

Por otro lado, las heridas, aún visibles en su cuerpo, y el acto reflejo

de protegerse el costado al caminar o sentarse, fruto del atentado de Estambul, fomentaban las historias y las habladurías entre los empleados. Poco a poco, la situación empezó a normalizarse, y era frecuente ver a Mayra en la cafetería. Algunas veces con su amiga Ana Sierra de Andrés, otras con Directora.

—Por ahí dicen que en realidad nunca te fuiste —le contaba Ana—, que estuviste infiltrada en Dios sabe dónde.

—Yo he escuchado que te pasaste al MI6 —añadía Directora.

Solo unos pocos altos cargos conocían el motivo por el que Nicolás y Mayra estaban allí, pero era tal la cantidad de archivos que pasaban de la División Técnica a la Sala 30A del Edificio «Estrella» y a Vauxhall Cross que no tardó en correrse la voz de que, entre los bastidores de La Casa, se estaba fraguando una operación conjunta con los británicos, y que «Wonder Woman» estaba dentro.

Mayra, por su parte, continuaba mitigando el dolor de las costillas a base de calmantes.

Finalmente, el destino les brindó una oportunidad. La monarquía medieval que regía en Catar estaba integrada por jeques y jequesas, y fueron estas últimas las que concedieron una alternativa a los inquilinos de la sala 30A.

El poderoso jeque Jaber bin Nasser se había desposado tres veces y, al parecer, su segunda esposa destacaba sobre las demás. ¿El motivo?: un fondo de inversión perteneciente a una de las sociedades de la jequesa tenía una cuantiosa participación en una famosa casa de alta costura italiana. Fue esta delgada línea de investigación la que siguieron después de que el resto de rutas desaparecieran sin llevarlos a ningún punto.

Al parecer, la jequesa Amal Bint Hariri tenía una debilidad: la moda. Un primer barrido de la red los llevó a Instagram, donde había miles de fotos de la mujer en las que aparecía vestida y calzada con ropa de firmas como Chanel, Dior, Valentino… En ninguna hacía uso de la tradicional túnica negra o *abaya*. Un segundo y más detallado barrido les arrojó datos sobre las relaciones entre esta misteriosa mujer y las grandes casas de moda.

—Es una debilidad, sin duda —apuntó Mayra.

—Una debilidad que debemos aprovechar —sugirió Vadim desde la sala de Vauxhall Cross.

El equipo reunido en la sala 30A observó durante unos segundos las fotos que tenían en las pantallas. Algunas eran oficiales, habían sido tomadas a la jequesa en recepciones, fiestas, desfiles de moda (a los que siempre acudía) y demás eventos de la vida social, tanto catarí como europea o estadounidense. Pero había otras fotos en las que la mujer posaba directamente para la cámara, y aunque el nivel de

profesionalidad era el mismo, se notaba que las fotos estaban hechas por alguien más cercano a ella, alguien de su equipo.

—No tiene activada la opción de localización, y la cuenta se la llevan sus asistentes —advirtió Tyra.

—¿Podríamos averiguar quiénes son sus asistentes? —preguntó Mayra esperanzada.

—Obviamente no estarán etiquetados en ninguna de las redes.

Hicieron una búsqueda minuciosa de fotos en las que aparecían personas de su séquito; todas, o casi todas, eran mujeres muy bellas, vestidas con la *abaya*, lo que hacía destacar a la jequesa. Había tres de ellas que se repetían en la mayoría de las fotos, tanto en Facebook como en Instagram. Las tres aparecían en los desfiles de Milán, París y Londres, así como en todos los actos a los que acudía Amal Bint Hariri.

—Selecciónalas, por favor —pidió Mayra a Robin, la *hacker*—, y envíaselas a ella —ordenó señalando a Oli, la analista de La Casa.

La *hacker* obedeció y envió los tres rostros al programa de reconocimiento biométrico que manejaba la analista. El programa empezó a hacer su trabajo a una pasmosa velocidad, y, en menos de cinco segundos, tenían los nombres de las tres mujeres musulmanas que acompañaban a la jequesa en todo momento.

—Veamos ahora si alguna está registrada —dijo Mayra mirando a Tyra. Era el turno de la *hacker* austriaca.

Solo una de ellas contaba con presencia en las redes a nivel personal. A partir de estos datos, el sistema manejado por la *hacker* elaboró, a través del uso que de las redes sociales hacía, su perfil psicológico.

Vadim, por su parte, también contribuyó.

—Chicos, en el London City Airport lleva estacionado desde hace unos días un *jet* privado a nombre de una de las empresas relacionadas con el jeque.

46

Londres.

La mujer iraní que acompañaba a la jequesa pertenecía a una casta inferior, pero no la más baja de la sociedad, lugar reservado para los inmigrantes de naciones pobres o los expatriados. Su familia había estado siempre al servicio del jeque Jaber bin Nasser, y cuando este contrajo segundas nupcias con la jequesa, Hana Hadawi, que así se llamaba la asistenta, pasó a su servicio.

En la sala 30A la adrenalina y el café volvieron a correr por las venas de sus habitantes; podían tener algo. Las *hackers* entraron sin ningún problema en las redes sociales de la asistenta y buscaron la opción «Mapa de fotos» en Instagram. Por suerte, la tenía activada. La última foto subida era de ayer, y era de Londres. Varias mujeres musulmanas aparecían en la imagen, delante del Museo de Sherlock Holmes.

—¿Vadim? —llamó Mayra.

—Estoy preparado para salir corriendo hacia donde estén —respondió el británico.

Unas horas más tarde, Hana volvió a subir otra foto. La asistenta aparecía sonriente tomando un batido junto con otras mujeres árabes. Consultaron la dirección y a todos se les encendió la cara: era en los almacenes Harrods de la avenida Brompton Road.

—¡En veinte minutos estoy allí, diez si no pillo atasco! —escucharon la voz alterada de Vadim. El británico cogió su abrigo y abandonó su despacho de Vauxhall Cross como una exhalación.

—¿Seguirán allí cuando él llegue? —preguntó Nicolás.

—¿Mujeres musulmanas con pasta? —respondió Oli, la analista cedida por Directora—. Tardarán horas en abandonar los grandes almacenes.

—¿Sabéis quién le acaba de comprar los Harrods a Al Fayed? —preguntó Joan, el otro analista; al ver que nadie respondía, continuó—: la familia real catarí, los Al Thani.

Por suerte, el tráfico a esa hora de la mañana no era denso en Westminster y Vadim llegó en doce minutos al *parking* de los famosos

almacenes. De camino, el agente británico había telefoneado a Ashley, y aunque esta se había negado (así lo había dejado claro en la última reunión junto a Directora) a proporcionarle ningún tipo de apoyo en la operación, la insistencia de su pupilo tuvo resultado. Nada más bajar del coche, el móvil de Vadim vibró y emitió el sonido de un mensaje de texto. En la pantalla se podía leer: «Planta 8, sección calzado infantil».

El exespía, y agente a tiempo parcial, tomó el ascensor.

—Voy a la planta 8 —dijo en un mensaje de voz a los habitantes de la sala 30A.

Una vez allí, buscó entre todas las secciones y localizó la de calzado infantil. Caminó con premura por los inmensos pasillos repletos de zapatos hasta que divisó al grupo de mujeres que, ataviadas con la *abaya*, acompañaban y asesoraban a una de ellas, que vestía con un elegante traje de chaqueta y pantalón de Chanel. Acompañaba su atuendo con un turbante del mismo tono que el traje, en el que recogía su pelo. Su rostro moreno llevaba un maquillaje excesivo en los ojos. Sin duda era Amal Bint Hariri, la segunda esposa del jeque responsable del atentado de Estambul en el que murieron cincuenta y dos personas, y en el que casi perdieron la vida Vadim y Mayra.

La algarabía que formaban las mujeres no pasaba inadvertida al resto de clientes que a esa hora visitaban la planta octava de los Harrods. El grupo de musulmanas hablaban casi a voces, en su dialecto, y lo hacían muy rápido. Cogían zapatos y zapatillas deportivas de niño de las estanterías y se los mostraban a la jequesa, quien los manoseaba detenidamente entre los dedos cargados de anillos hasta que al final decidía si eran de su agrado o no. Caminaban rápido, sin importarles las molestias que pudieran causar al resto de compradores.

Excluyendo a la jequesa, Vadim contó unas diez mujeres casi idénticas. Tuvo que aguzar la vista para encontrar a Hana, pues todas le parecían iguales. Le costó, pero cuando lo hizo, ya no la perdió.

Para un espía como él, en realidad resultó bastante fácil introducirse en el círculo de las acompañantes de la jequesa, bastante amplio, por otro lado, y hacerse pasar por un padre desesperado por encontrar las mejores zapatillas de deporte para sus hijos.

Algunas de las mujeres habían dejado sus bolsos en los asientos destinados a probarse el calzado, donde se encontraba sentada Amal Bint Hariri. Otras, como era el caso de Hana, llevaban el bolso colgado sobre su hombro derecho. Fue esta una eventualidad favorable para Vadim, que fingió un descuidado tropiezo con la asistenta para introducir su mano en el bolso y sustraerle el móvil. La mujer, al percatarse de que había tropezado con un hombre y este le hablaba (Vadim le pidió disculpas), bajó la mirada al instante.

El espía se interesó en el calzado infantil femenino y aprovechó el resguardo proporcionado por los estantes para introducir un *malware* en el terminal de Hana. Para la ejecución del virus necesitaba cinco minutos y algo más de cobertura, así que tuvo que alejarse un poco del grupo de las mujeres y esperar los eternos cinco minutos.

En la sala 30A del Edificio «Estrella» la expectación era absoluta.

—Acordaos de respirar, por favor —murmuró Mayra, y el ambiente pareció distenderse, pero solo por un segundo.

Una dependienta se acercó a Vadim y le preguntó si podía ayudarle. Este le respondió bruscamente que no, que ya había elegido y que simplemente estaba curioseando. La dependienta pareció contrariada y se alejó.

El espía verificó el móvil, ya casi estaba.

Comprobó, unas secciones más allá, si la comitiva de la jequesa continuaba en su sitio. Las mujeres habían desparecido, y él no se había percatado.

—¡Mierda! —maldijo.

Telefoneó a Vauxhall Cross solicitando un nuevo favor, aunque similar al anterior.

Si la asistenta de la jequesa decidía utilizar su teléfono y se daba cuenta de que no estaba donde debería estar, la cosa se complicaría. Revisó de nuevo el móvil de Hana, el archivo ya estaba ejecutado. En ese momento, la emoción inundó la sala 30A del Edificio «Estrella»: estaban dentro del terminal de la asistenta de la jequesa, ya podían acceder a sus tripas.

Vadim, por su parte, aguardaba a que sus contactos en Vauxhall Cross, que tenían acceso al sistema de vigilancia de los almacenes, le dijeran la posición exacta de la comitiva catarí. Tardaron dos interminables minutos.

«Escaleras mecánicas de bajada» y «date prisa», fue el mensaje.

Rápido como si se le fuera la vida en ello, y sin soltar las deportivas infantiles, Vadim se dirigió hacia las escaleras mecánicas. Desde su posición pudo ver cómo el revoloteo de la última *abaya* se apeaba dos plantas más abajo. Se lanzó hacia las escaleras y se bajó en la sexta planta: lencería de mujer.

El grupo estaba en las firmas de alta gama. Elegían las prendas y se las probaban por encima de la túnica, se reían entre ellas y se las mostraban a la jequesa. Amal Bint Hariri ahora también elegía prendas, se las enseñaba a su séquito y, si se decidía a llevárselas, se las daba a otra de las asistentas para que cargara con ellas.

Vadim no podría acercarse de nuevo sin que las mujeres recelasen de él, así que no le quedó otra opción que esperar junto a las escaleras mecánicas. Al menos no las había perdido.

Desde la sala 30A le llegó un mensaje: «Se te nota nervioso». Eso

implicaba que el móvil de la asistenta ya estaba funcionando como cámara, además de como transmisor.

No perdía de vista a Hana, y, en un momento en el que la asistenta fue a sentarse, a Vadim le invadió el pánico. Todo el mundo suele consultar el móvil cuando descansa. Por suerte, a Hana le dolían los pies y se quitó durante unos segundos los zapatos. Otra de las mujeres la llamó, mostrándole un salto de cama con un recargado encaje color negro. A Hana pareció fascinarla; se calzó de nuevo el zapato y, dejando el bolso en el asiento, fue hacia donde estaba su compañera.

No habría más oportunidades así. El espía se acercó y, al pasar por el lado, dejó el móvil en el interior del bolso. De camino al ascensor, dejó las zapatillas de deporte para sus supuestos hijos camufladas entre los estantes de ropa interior de La Perla. Bajó hasta el *parking* y salió del edificio incorporándose al tráfico de Brompton Road.

—Ya estoy fuera —dijo en un mensaje de voz dirigido a la sala 30A.

En la sala 30A se escuchó una relajada exhalación.

47

Sala 30A, La Casa, Madrid.

En la sala 30A del Edificio «Estrella» las conversaciones de Hana Hadawi con el resto de asistentas de la jequesa y con la propia jequesa transcurrían sin apenas novedad. Las mujeres eran tremendamente escandalosas.

—No hay presencia de hombres, de lo contrario, no se comportarían así —apuntó Mayra.

Llevaban una semana en Londres, y no había ni rastro del jeque. Once eran los hijos que el jeque Jaber bin Nasser tenía con su segunda esposa. Todos se habían quedado en Doha.

Los diálogos eran traducidos en tiempo real por un programa de traducción simultánea y, para ser francos, eran puro aburrimiento. Hablaban de comida, de ropa, de ciudades del mundo, de lo liberales que eran las europeas, de los hijos de los jeques, de peluqueros, de libros (a Hana y a otra de las asistentas les gustaba leer), del frío de Londres.

Estaba claro que las mujeres habían viajado a Londres para ir de compras. Gracias a que el teléfono actuaba como cámara, pudieron verlas sin la *abaya*, siendo más fácil ponerles cara a cada una y reconocerlas.

Los Mena dejaron a Helena la subdirección de Mena & Asociados en Madrid. El prestigio de la gestora, gracias a la oportunísima participación del jeque en el despacho de Londres, estaba a salvo por el momento. Los hermanos volvieron a Londres y continuaron en Mena Investments & Co. como si nada hubiera pasado, atendiendo las peticiones del abogado del jeque, Joseph Al Rhani, con la misma diligencia que habían tenido hasta la fecha. La única diferencia era «la puerta de atrás», esa por la que todas y cada una de las gestiones pasaban por la sala 30A y eran seguidas hasta el final.

Según los datos de los que disponían, la fortuna del jeque en paraísos fiscales podía ascender a unos mil cuatrocientos millones de dólares, sin contar las propiedades repartidas por todo el mundo.

—Es casi lo mismo que el emir de Catar —suspiró Nicolás—, ¿qué

necesidad tendrán estos de usar paraísos fiscales para su fortuna?

Por su parte, el teléfono de Joseph Al Rhani seguía sin arrojarles ninguna luz. Los números que tenía en sus contactos correspondían a otros abogados y a otros despachos que atendían las necesidades de otros clientes igual de poderosos que el jeque.

—¿Nada aún? ¿Las mujeres? —preguntaba Directora a Mayra cada vez que se veían, bien en la sala o bien en la cafetería.

La exagente negaba con la cabeza.

—¿Y el abogado?

—Creemos que ese no tiene ni idea de para quién trabaja.

Al cabo de dos días, Mayra tuvo noticias de Oriente Próximo. Sus contactos le enviaron información sobre María, la ex de Ricardo Mena, y sobre Acnur al Bassad. Al parecer, habían atravesado la frontera de Turquía y estaban en Siria…

Siria, otra vez.

Sin darse cuenta, empezó a frotarse ese punto indefinido entre el esternón y el corazón. Nicolás, que la vio, tomó su mano con suavidad y la sujetó.

—Ya —murmuró casi de forma imperceptible. Mayra se lo agradeció.

María de Medeiros, como se hacía llamar durante el tiempo que pasó al lado de Ricardo, era en realidad María Rodríguez Pascual, valenciana, de padres españoles. No tenían más datos, pero la mujer había sido fotografiada en la frontera entre Turquía y Siria, vestida con la *abaya* y acompañada de Acnur al Bassad.

Otro de sus contactos la informó de que el nombre que rezaba en el pasaporte de la mujer era Nasira Abaid. Nasira significaba *ayudante* en árabe.

En el despacho del piso de la calle Bailén, la exagente tenía desplegados, en una de las paredes, los planos de los países en los que había estado como agregada militar adjunta en la Embajada de Arabia Saudí. En realidad, estaban todos los países del Golfo Pérsico, Arabia, Irán, Pakistán, Israel, Siria e Irak. Dos décadas después, y con planos actualizados superpuestos sobre la antigua cartografía, Mayra estudiaba y repasaba la orografía de Catar.

En otro lado de la habitación, varios mapas de Siria, con cientos de chinchetas de distintos colores, señalaban los pasos que siguiera Raúl desde que puso los pies en el Norte de Siria. Anteriormente había realizado el mismo trabajo en Irak, pero el cambiante terreno bélico lo llevó hasta el Norte de Siria.

Ella fue su agente de cargo en esa misión, la última. El CNI mantenía agentes de campo con el objetivo de seguir el rastro a todos los ciudadanos españoles que habían viajado al país para unirse con

algún grupo combatiente, principalmente al Estado Islámico.

La misión de Raúl era detectar cualquier pista sobre sus movimientos, su participación en atentados o ataques, sobre su posible fallecimiento, y también sobre su intención de volver a España próximamente. Esos eran los conocidos como *retornados.*

En La Casa los llamaban *ejercicios de prevención.* Trataban de obtener información crucial con la que frustrar posibles atentados en España.

Entre los interrogados, según le contaba Raúl, había numerosos yihadistas nacidos en territorio español que habían viajado a países en conflicto para combatir en las filas del Estado Islámico o de Al-Nusra. Raúl era uno de los mejores, aparte de la formación recibida en La Casa, ella le había enseñado todos sus conocimientos adquiridos durante la lucha antiterrorista contra ETA en sus años más duros.

Con los años, y pese a su juventud, Raúl llegó a ser el baluarte de La Casa; destacó en Irak, y sus méritos lo llevaron al Norte de Siria.

Mientras recordaba, Mayra se llevó la mano a las costillas rotas, que empezaban a protestar por la falta de calmantes. Miró de nuevo el mapa del malogrado país que, poco a poco, salía de la guerra. Sobre la mesa estaba la revista del corazón que un mes antes sacaba en portada la foto de María de Medeiros, junto a Ricardo y Vadim en el concierto que este dio en el Palacio Real. ¿Cómo era posible que alguien que había sido educado en Europa pudiera cambiar de mentalidad y transformarse en una yihadista radical aun siendo mujer?

Era posible, claro. Las cifras así lo decían. Todavía en España la cosa no era muy frecuente, ya que la mayoría de los islamistas eran de la primera generación; pero en el resto de Europa la emigración hacia las filas del ISIS había alcanzado límites exorbitantes.

Mayra pegó tres fotografías acompañadas de sus nombres en la pizarra en blanco que utilizaba para aclararse las ideas: Acnur Al Bassad, Nasira Abaid (María de Medeiros, María Rodríguez) y el jeque Jaber bin Nasser. Se había metido en ese conflicto por Helena y no le pesaba, lo que ocurría era que parecía que no hubiera pasado el tiempo entre la muerte de Raúl y el momento presente.

No acostumbraba a fumar dentro de casa, y menos aún en su habitación, pero esa noche de mediados de febrero, en la que estaba helando y los carámbanos se acumulaban en la terraza, no le disgustaba dormirse con el olor de un mentolado. Tras tomarse dos analgésicos, se fumó un cigarro metida en la cama y con la mente en la Isla de Man. Se aseguró de que estaba bien apagado antes de cerrar los ojos.

Apenas pasaron diez minutos cuando el móvil empezó a sonar en la mesita de noche. Alargó la mano y se lo aproximó a la cara tratando de identificar la llamada. Era de la División Técnica. Las palabras de la analista de turno hicieron que saltara de la cama como un resorte.

Se anudó la bata y caminó descalza hasta el despacho. Encendió el portátil con conexión, grabó en un *pen* el archivo que le acababa de llegar al *e-mail* y lo descargó en la *tablet* sin conexión que tenía en casa. Accionó el *play* de la grabación y escuchó a Hana Hadawi hablando con otra mujer. Prestó atención a la transcripción en castellano:

«Necesita ropa de equitación para Zayanne».

«¿Y eso?».

«El jeque le ha comprado una yegua como regalo por su cumpleaños».

«¿Eso significa que tendremos que ir a Umm Qarn?».

«Me temo que sí, le van a preparar una fiesta a la pequeña».

«Odio el desierto, y odio esa dichosa granja llena de hombres».

Volvió a llevar la barra de sonido al inicio y lo repitió dos veces más, estas últimas con Vadim al otro lado de la pantalla.

—Necesitamos la fecha de nacimiento de la niña y la infraestructura necesaria para acceder a la granja —dijo emocionada—, es nuestra oportunidad, Vadim.

—Pero, ¿qué es Umm Qarn? —preguntó confundido y soñoliento el agente británico.

—Nuestra lotería, amigo, nuestra lotería —se miraron fijamente y se sonrieron; Mayra no pudo evitar ser la primera en desviar la mirada.

En el plano de la pared, un poco más al norte de Doha, la exagente colocó una chincheta grande de color rojo sobre el sitio llamado Umm Qarn.

Antes de volver a la cama, reservó dos billetes de tren, uno para Nicolás y otro para ella.

48

Jerez de la Frontera, Cádiz.

Al día siguiente, Mayra y Nicolás tomaron el AVE de las doce, dirección Sevilla, que salía de la estación de Atocha.

Tres horas más tarde, el matrimonio formado por Rosa Mora y Antonio Almaraz llegaba a la estación de Santa Justa. Desde allí caminaron hasta la salida de taxis, donde un todoterreno con chófer, todo alquilado, los esperaba para llevarlos por la Autopista del Sur, dirección Jerez de la Frontera.

El matrimonio, sentado en el asiento trasero del todoterreno, cada uno a un lado, consultaba sus *tablets*. Mayra, por su parte, tras tomarse un par de analgésicos, comprobaba que la página web de la empresa ganadera AlmaMora S.A. cumplía las especificaciones que horas antes les había dado a Tyra y a Robin en la sala 30A. Antonio Almaraz, Nicolás, repasaba tras sus gafas con cristales ahumados las características de las caminadoras equinas, pero no de cualquier caminadora.

Dejaron la E5 a la altura de la Nacional 4 y siguieron dirección El Puerto de Santa María. Atrás quedaron unas conocidas bodegas y el Sherry Golf Jerez. Cinco minutos más adelante, el chófer cogió el desvío que los llevaría a su destino final.

Los lados de la pista de tierra estaban cubiertos por frondosos árboles cuyas copas se enlazaban, dando la sensación de estar en una pasarela. El chófer redujo la marcha de tercera a segunda.

Los empleados de la finca apenas recordarían nada reseñable de la pareja que los visitó a las cinco de una tarde perdida a mediados de febrero. Se trataba de una elegante mujer vestida con traje de dos piezas color blanco, de la nueva colección primavera de Dior, y engalanada con un hermoso collar de perlas australianas, que bajó del todoterreno ayudada por un hombre no menos elegante. El hombre, unos treinta centímetros más alto que la mujer, también vestía de traje. El suyo era un Armani color gris marengo, no se podría precisar la temporada; era un Armani, qué más daba. La pareja no despertaría curiosidad alguna entre los empleados, puesto que estaban acostumbrados a ver gente de alto nivel moverse por allí.

—¡Qué calor! —musitó Nicolás mientras avanzaban cogidos del brazo hacia la puerta de entrada del edificio principal.

La temperatura del sur contrastaba con el temporal que habían dejado en Madrid.

—¿Recuerdas todo?

—¿En serio me preguntas eso? —fingió a la defensiva Nicolás sin alterar su expresión.

Llegaron hasta la recepción, donde el aire acondicionado les dio una placentera bienvenida, algo que agradecieron. Una asistenta que portaba una bandeja con dos vasos de limonada se acercó hasta los recién llegados y se la ofreció. Aceptaron de buena gana. Todo el *hall* estaba decorado en tonos blanco y marfil, salpicado aquí y allá de plantas color verde colocadas estratégicamente.

La mujer se separó del hombre y caminó erguida sobre sus vertiginosos Louboutin hasta el mostrador de recepción. A su paso, una fragancia de alta perfumería con notas de bayas rojas, iris y sándalo se encargaba de reiterar su posición social.

—Buenos días —dijo con cordialidad—, tenemos una cita con el señor Arribas.

—Sí, señora Mora, Sonsoles les está esperando, el señor Arribas estará con ustedes unos minutos más tarde.

Iberia Equinos S.L. era una empresa familiar que desde 1860 tenía por objeto la investigación, el desarrollo y la innovación de todo tipo de instalaciones destinadas a la cría, entrenamiento y manutención de los caballos de pura raza. Sus productos eran exportados a todos los sitios del mundo en los que se criaran caballos de carreras. Boxes, remolques, abrevaderos, caminadoras… eran controlados por ordenador con sus climatizadores y sus sensores. En fin, «otro mundo», había dicho Joan hacía unas horas mientras recopilaban lo necesario para la improvisada visita que Nicolás y Mayra estaban haciendo.

Una mujer rubia de piel morena, vestida de amazona, de unos cuarenta años, se acercó a saludarlos y, estrechándoles la mano, se presentó como Sonsoles Arribas.

—Mi padre me ha comentado que hablaron esta mañana, señor Almaraz.

—Así es, tuvimos una conversación muy agradable —respondió Nicolás. No había ni rastro del pronunciado acento madrileño que le caracterizaba, en su lugar, un tímido acento gallego pujaba por salir—, debemos disculparnos por habernos presentado sin avisar.

—Cómo son las cosas —empezó a decir Rosa Mora acompañada de modales pausados y elegantes—, estábamos en Sotogrande y leímos un artículo de una revista en el que hablaban de las caminadoras que fabrican ustedes y envían a Catar.

—¿Sabe cuánto tiempo llevamos buscando algo así? —la

interrumpió Nicolás, y, dándose cuenta de su error, dijo—: Perdona, cariño.

—Le digo a mi esposo: «Cariño, es justo lo que nos hace falta» —dijo Rosa Mora dedicándole una mirada solícita a Antonio Almaraz que, como el matrimonio bienvenido que eran, le dio su aprobación con una escueta sonrisa—, «llámalos, a ver si podemos pasar a verlas».

—Claro que sí, hicieron bien —respondió Sonsoles, que los miraba como si los conociera de toda la vida—, nuestra mejor carta de presentación son clientes como ustedes. Estamos aquí para eso.

—Permítame que le pregunte, señorita Arribas…

—Sonsoles, por favor.

—Sonsoles —respetó Nicolás—, ¿cómo lograron introducirse en el mercado catarí? Tengo entendido que son muy especiales.

—La verdad es que hay varios españoles trabajando en varias granjas equinas allí —respondió la mujer sin perder su sonrisa— y nos tienen como referencia. ¿Están ustedes interesados, entonces, en las caminadoras que estamos llevando a Catar?

Rosa Mora y Antonio Almaraz se miraron emocionados.

—Así es, nuestra granja está al sur de Portugal, se llama AlmaMora, por si algún día pasan por allí, serán bien recibidos —informó Nicolás.

—Leí en el artículo que para montar las caminadoras no era necesario que ustedes se desplazaran —añadió Mayra.

—La verdad es que, en el caso de Catar, el personal de las granjas está acostumbrado a montar este tipo de instalaciones, por lo que nosotros solo nos encargamos del envío. En su caso, teniendo en cuenta que es la primera instalación de este tipo, convendría que alguien de la empresa les ayudase.

—La última que enviaron a Catar era espectacular, es justo lo que necesitamos.

—¿Se refiere a la que enviamos a la granja Umm Qarn?

—Sí, la que constaba de ese caminador que tienen patentado.

—El Skywalker —reconoció orgullosa Sonsoles.

—Sí, el que va suspendido en la cubierta.

—Es el no va más, lo último de lo último. Lo hicimos siguiendo las especificaciones del comprador. Él nos dijo qué necesitaba, y, tras varios prototipos, llegamos hasta el modelo final que reunía todos los requisitos que nos exigía.

—Sería estupendo poder verlo aquí —agregó Mayra llena de expectación.

—Me temo que no —se lamentó la amazona—, las exigencias de los dueños de la granja eran tan específicas que no tenemos nada igual aquí.

Un hombre de unos setenta años, con un parecido razonable a Sonsoles, se acercaba por el vestíbulo.

—Lástima —se quejó Nicolás—, es justo lo que estamos buscando: pantallas especiales, el engrasador automático y el programador de trabajos es lo que nos vendría de lujo en nuestra granja.

—¿Por qué no le enseñas el diseño en 3D? —sugirió el recién llegado.

Sonsoles y Mayra tenían enfrente al hombre, Nicolás se giró:

—Disculpen la interrupción, soy Juan Arribas, usted y yo hablamos esta mañana —dijo mientras miraba a Nicolás y le estrechaba la mano a Mayra. Después se la tendió a Nicolás, y este le correspondió con un apretón fuerte y seguro—. En realidad, no tenemos ningún modelo parecido a lo que enviamos a Catar, aquí no se demanda algo tan caro, ese tipo de caminadoras solo las hacemos bajo pedido.

—Es una lástima —se lamentó Mayra—, ¿sería posible que me lo mostraran al menos en 3D?

—Por supuesto que sí, vengan a mi despacho. Sonsoles, cariño, ¿puedes decir que nos sirvan café y algo de hielo? ¿Toman ustedes café?

—¿Podría ser un té, por favor? —sugirió Rosa Mora. Había tomado tanto café en las últimas semanas que se notaba las arterias al borde del colapso.

Pasaron las dos horas siguientes admirando y elogiando la lujosa instalación que habían creado en exclusiva para la suntuosa granja catarí conocida como Umm Qarn. Por lo que hablaron con ellos, dedujeron que no tenían ni idea de quién era el adinerado cliente que les había encargado la lujosa caminadora.

Al marcharse, el simpático y entrañable matrimonio les dejó varias tarjetas de visita (que Robin había confeccionado esa misma mañana) en las que se leía una dirección web, un número de teléfono y una dirección de *e-mail*.

Llegaron a tiempo para coger el Ave de las 21:00 hacia Madrid.

Durante el trayecto, los informaron de que en La Casa ya tenían la fecha de nacimiento de la hija del jeque cuyo nombre era Zayanne.

49

Sala 30A, La Casa, Madrid.

A la mañana siguiente, y bajo la atenta mirada de todos los inquilinos de la sala 30A, incluida Directora, Antonio Almaraz, con su modesto acento gallego, volvió a telefonear al despacho del dueño de Iberia Equinos S.L.

—Buenos días, soy el señor Almaraz, de la Granja AlmaMora, ayer estuve reunido con el señor Arribas y su hija, ¿sería posible hablar con alguno de los dos?

La secretaria lo mantuvo a la espera unos instantes. La comunicación pareció cortarse, sin embargo, una voz masculina respondió al otro lado:

—¿Sí, señor Almaraz?

—Señor Arribas, disculpe que le moleste de nuevo, verá, ayer, al volver de sus instalaciones, comenté con mi mujer el tema y, al tratarse de una inversión muy elevada, sí nos gustaría ver cómo funciona una caminadora como la que queremos.

Al otro lado, el hombre tardó en responder algo más de lo habitual.

—Entiendo —dijo algo confundido—, pero eso solo sería posible si ustedes viajasen a Doha.

—Precisamente teníamos planeado visitar los emiratos en abril, pero estamos pensando en adelantar el viaje y aprovechar para ver su caminadora.

—¡Eso sería estupendo! Estoy de acuerdo con usted en que las cosas han de verse antes de comprarlas, sepa que por nuestra parte no habría problema.

—¡No me diga! ¡No sabe cuánto me alegro de oír eso!

—Por supuesto, hablaré con nuestro contacto en Umm Qarn, seguro que estarán encantados de recibirles.

—Mi mujer y yo —dijo esto mirando con sorna a Mayra— lo estamos deseando.

—Haremos lo siguiente: cuando tenga las fechas aproximadas, pásemelas; a veces, los dueños hacen fiestas a las que invitan a toda la familia y no les gusta que haya nadie extraño en las instalaciones. Ya sabe lo recelosos que son estos árabes.

Nicolás miró al techo y puso los ojos en blanco.

—Me lo imagino, no se preocupe, y le agradezco muchísimo la gestión.

—No es molestia en absoluto, estoy encantado de que usted pueda ver mi producto y convencerse de que es lo mejor del mercado.

—Descuide que le haré una excelente publicidad en la próxima Madrid Horse Week.

El hombre soltó una afable carcajada.

Parte Cuatro

Sobre el Terreno

50

La Casa, Madrid.

En la sala 30A del Edificio «Estrella» tuvieron dos nuevos habitantes durante unas semanas. Uno de ellos fue Anita Sierra de Andrés.

La que una vez fuera agente de cargo de Mayra se les unió para planificar la operación de Doha. Su inestimable ayuda resolvió temas tan delicados como el suministro de armas o contar con alguien dentro de la granja. Obviamente, el matrimonio Mora no podía viajar con armas, y hubiera resultado muy complicado explicar en el control de seguridad de Catar para qué necesitaban, por ejemplo, gafas de visión nocturna.

El otro habitante de la sala, por supuesto, era Vadim.

Ashley le había autorizado a viajar hasta Madrid para poder planificar la operación junto al equipo. La heterocromía de sus ojos, su atractiva mandíbula en forma de diamante y sus exquisitos modales tuvieron embobado al personal femenino durante los primeros días. Al cabo de los cuales, se dieron cuenta de que nada tenían que hacer. El británico solo tenía ojos para Mayra Abascal, pese a que esta se empeñaba en mantener la distancia.

—Si yo fuera tú —le dijo un día Anita Sierra mientras desayunaban en la cafetería del edificio conocido como Singular —ese ya estaría durmiendo en mi cama.

Mayra casi se atraganta con el té.

—En serio, ¿a qué estás esperando? —insistió la agente de cargo.

Muy pocas cosas se le escapaban a Ana Sierra, y Mayra ni siquiera se esforzó en darle una excusa.

—Creo que Helena siente algo por él.

Ana masticó la tostada de mantequilla sin decir nada. Entendía la situación de su amiga, pero no estaba de acuerdo con ella.

—Estoy segura de que ella se ha dado cuenta de lo que hay entre los dos —dijo cuando terminó con la tostada, y añadió con vehemencia—: si no se hace a un lado, créeme que lo hace por fastidiarte.

Mayra se levantó, recogió varios rollos de papel que había colocado en la silla de al lado y le dio un afectuoso beso en la mejilla a su amiga.

—Tengo una reunión con Directora —le dijo—, me ha pedido un

informe extraoficial de todo. Seguramente te llamará para que lo ratifiques.

—¿Y eso? —preguntó extrañada Ana.

—No sé, no la veo convencida con esta misión.

Diez minutos más tarde, la exagente entraba en el Edificio «Estrella» y tomaba el ascensor hasta la octava planta. Recorrió el solitario pasillo de mármol blanco y brillante, únicamente decorado con todos los directores de La Casa desde 1977. Había hecho el mismo recorrido por última vez en 2013, cuando, a raíz de la muerte de Raúl, presentó su dimisión.

El despacho de Directora era el más amplio del edificio, aunque en general era de reducidas dimensiones. La operatividad era la máxima fundamental del Servicio Secreto; no era necesario impresionar a nadie.

Francisca, la secretaria de toda la vida de Directora, la saludó con una sonrisa.

—Pasa, te está esperando.

Mayra abrió la puerta y advirtió que la decoración del despacho no había cambiado desde 2013. Una mesa de madera de roble color claro, dos sillas para invitados. A la derecha, dos sofás y varios sillones en torno a una mesa baja de cristal para las reuniones menos protocolarias. Antes, en esta zona había una foto del rey Juan Carlos, vestido de traje y apoyado en un bastón. Ahora estaba su hijo, Felipe VI, también de traje.

—Tenemos gente dentro de la granja—informó tras una banal conversación sobre las obras que se estaban llevando a cabo en el recinto para construir un nuevo edificio.

Directora la miró por encima de sus gafas de lectura. Dejó a un lado los folios que estaba leyendo y, echándose hacia atrás en el respaldo de la mesa, se cruzó de brazos. Soltó la pluma Parker suavemente, incitándola a hablar.

—Son de la inteligencia saudita —prosiguió Mayra—, de absoluta confianza. Se encargan de las tareas domésticas de las viviendas y de los caballos. Hace unas semanas que están trabajando, y tenemos fotos del interior.

En la sala 30A llevaban días observando las imágenes del satélite. En mitad del desierto de Catar, hacia el norte de la capital, se hallaba la finca, de 245 hectáreas, bordeada de alambre de espino; en el centro, como si de una antigua ciudadela se tratase, se alzaba una suntuosa edificación blanca con forma de castillo árabe. Su interior albergaba un hotel de seis estrellas para caballos purasangre donde equinos de todo el mundo eran preparados a conciencia para disputar las mejores carreras del planeta.

El personal estaba formado por entrenadores, nutriólogos y

científicos que reinventaban la crianza de los sementales campeones; también había limpiadores, jardineros y el personal encargado de hacer las tareas domésticas, este último era el responsable de mantener las viviendas (porque había varias) a punto. En total unas cincuenta personas, de las que solo quince vivían en la granja.

Los infiltrados eran un hombre y una mujer de la inteligencia saudita. Mayra había colaborado con la inteligencia saudí en sus tiempos de agregada militar en la Embajada de Arabia, hecho que contribuyó a estrechar las relaciones entre España y Arabia Saudí. El hombre infiltrado, Ayman, se ocupaba de la limpieza de los establos; la mujer, Haydée, se encargaba de las tareas domésticas de las viviendas.

A unos cuarenta metros del resort, en la zona destinada a las viviendas, estaba la residencia familiar del jeque, en la que se hospedaba cada vez que visitaba la granja.

El cumpleaños de la hija del jeque, conocida como Zayanne, era el 17 de marzo, día para el que se había previsto en la granja una multitud de celebraciones: carreras de caballos, un pequeño parque de atracciones para niños y varios conciertos en el coqueto teatro del que también disponía la finca. Desde hacía unos días, la actividad en la granja era frenética. En el satélite observaban entradas, salidas y gente por todos lados.

—Rosa Mora y Antonio Almaraz llegarán a Doha en el vuelo de Qatar Airways el día 10 a las nueve en punto de la mañana, hora local. Ese día se lo pasarán entero en el hotel, durmiendo y disfrutando del *spa*, debido al terrible *jet lag*. Al día siguiente, realizarán un emocionantísimo… —Mayra interrumpió el monólogo, pues su amiga y jefa parecía estar muy lejos de allí. La miraba, sí, pero, de vez en cuando, su mirada se ausentaba— ¿Directora, me estás escuchando?

Como si de pronto reparase en la exagente, Directora pestañeó para asegurarse de su presencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mayra preocupada.

La jefa del servicio secreto se quitó las gafas y se frotó los ojos. Tenía el semblante abatido.

—No puedo dejar de pensar —empezó a decir— en lo arriesgado de todo esto.

Mayra desvió la mira hacia la pared, en la que una vitrina exponía el Kalashnikov que hacía años le obsequió a su jefa, durante una visita, el jefe del Mossad. Se sentó, tratando de hacerla entrar en razón.

—¿Sabes lo complicado, por no decir imposible, que es localizar a un terrorista como el jeque?

—¿Perdona? Yo estuve allí también, ¿eh? —dijo amenazándola con

el dedo índice—. No tienes ni idea de lo arriesgado que es.

—¿Por qué no tengo ni idea? ¿Hay algo que yo no sé?

—¿En serio crees que yo te ocultaría algo? —preguntó ofendida, llevándose la mano al pecho.

—Dímelo tú —instó Mayra recostándose en el respaldo de su silla—, parece que no quieres que esta operación siga adelante.

Quedaron en silencio por unos instantes hasta que Directora lo rompió exhalando con fuerza.

—¿Qué es eso tan emocionante que vais a hacer el segundo día?

La exagente desenrolló el plano que llevaba y lo extendió sobre la mesa.

—Haremos un safari, lo que hacen los turistas, eso que llaman *bashing*, conducción por las dunas —aclaró ante la cara de póker de Directora—. El tercer día pasearemos por La Perla y haremos compras en el Villaggio Mall. El cuarto día visitaremos la granja y estaremos cerca de dos horas informándonos sobre los beneficios de la caminadora. Mas bien será Antonio el que se encargue de sus detalles. Rosa Mora se aburrirá a los diez minutos, pedirá permiso para pasear por la finca y eso hará.

—¿Y qué hay del acento gallego de Antonio Almaraz?

—Vadim es capaz de darle un toque gallego a su inglés británico.

—¿En serio? —preguntó irónica.

—No te voy a responder, estás tratando de boicotear esta operación, ¿qué es lo que no me has dicho? —El comportamiento de Directora no era normal ante una operación de semejante relevancia, y Mayra empezaba a cansarse—. No tendremos una oportunidad así en la vida: sabemos el día preciso en el que Bin Nasser estará en un sitio concreto.

Directora hundió la cabeza entre sus manos por unos instantes y cuando la levantó, se dirigió a Mayra con pesar:

—Me pueden cortar la cabeza por algo así, y lo sabes.

—Joder, entonces, ¿qué propones? ¿Dejarlo correr? El próximo atentado puede ser aquí…

—Lo siento, no lo puedo evitar; continúa, por favor.

—El día 13 por la tarde, Rosa y Antonio partirán desde Doha hasta Bali, y desde allí hasta Australia. Desaparecerán, y antes de hacerlo, Antonio llamará al señor Arribas para agradecerle su intermediación. Ese mismo día 13, Vadim y yo bajaremos hasta los fondos de Doha. Nos alojaremos en una casa cerca de la granja en la que tendremos acceso a las comunicaciones. A partir del día 15, entraré en la granja como personal de servicio, la empresa contratada para la organización ha seleccionado al personal. Yo sustituiré a la mujer saudí en la granja.

—¿La empresa?

—Ana Sierra se ha encargado.
—¿Y las armas?
—Ana Sierra lo ha coordinado, llegarán a la casa el día 13, las revisaremos en cuanto lleguemos.
—¿Cuándo será el momento?
—Los fuegos artificiales están programados para las nueve de la noche, y los conciertos empezarán a las veintidós cero cero del día 16, yo me introduciré en sus aposentos y le esperaré justo aquí. —Mayra desenrolló otro plano y le mostró la residencia del jeque—. La señal de Vadim me indicará que toda la granja duerme, sincronizaremos los relojes, tendremos dos horas. Espero a que se duerma, lo rocío con spray, cierro la puerta por dentro y le inyecto el cianuro.
Así de simple. El *spray* lo llevaría camuflado en un bote de desodorante y el cianuro en pequeñas ampollas revitalizantes para el rostro. Pasarían los controles de seguridad de las máquinas sin problema, pero, dado que los perros podían alterarse con el olor, los dos líquidos habían sido sometidos a un delicado proceso de desodorización que garantizaba el mantenimiento de sus propiedades. Una vez en la habitación, extraería el contenido de una de las ampollas con una pequeña jeringa e inyectaría el veneno bajo una de las uñas del jeque. En menos de un minuto, el jeque moriría de infarto al corazón.
—Cuando no tenga constantes, quito el seguro a la puerta y me dirijo hacia el balcón. La altura hasta el suelo —continuó Mayra— es de quince metros, usaré arnés, mosquetón y cordón de nailon. En el próximo minuto, uno de nuestros infiltrados, el hombre, se introducirá en la habitación y recogerá la cuerda y el mosquetón. Yo iré desde aquí —le indicó sobre el plano— hasta aquí, donde me reuniré con Vadim, descuento veinte minutos. Pasaremos el alambre de espino en este punto —le volvió a indicar—. El vehículo nos esperará aquí, y viajaremos hasta Dukhan.
—¿No habrá nadie del jeque patrullando?
—Contamos con ello, Ana nos ha provisto de gafas de visión nocturna, e iremos con chalecos interiores de kevlar.
—¿Tiempo a descontar?
—Una hora y cuarto hasta Dukhan, más los veinte minutos: una hora y treinta y cinco.
Directora reflexionó.
—Solo tenéis veinticinco minutos para dejar Catar.
—Una lancha nos espera en esta parte de la bahía, tardaremos veinte minutos en atravesarla.
—Donde os estará esperando el helicóptero de Ashley.
—Donde nos estará esperando el helicóptero de Ashley —repitió la exagente.

Directora resopló, llevándose las manos a los labios; después de una pausa, volvió a repetir:

—Mayra, perdona que insista, pero es tan arriesgado… Si te pasase algo, no me lo perdonaría, aún me siento culpable por permitir que Raúl viajara a Siria.

La exagente miró confundida a su amiga. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Estás de broma? —preguntó escéptica—. ¿Acaso no crees capaz a mi hijo de viajar sin tu permiso? Olvídate de eso, murió haciendo lo que más amaba, si hay alguien responsable aquí, soy yo. Yo debí haberlo supervisado mejor, debí haberlo previsto. Si me pasa algo, no serás responsable, no podrán relacionarnos, te lo aseguro.

—Prométeme por Raúl que en caso de que algo salga mal, irás directamente a nuestra embajada de Riad —suplicó Directora cogiéndole las manos.

—Te lo prometo, no tengo inconveniente en volver a mi casa —respondió Mayra con una sonrisa llena de confianza.

Directora pareció quedar satisfecha con el plan que habían trazado, y Mayra salió del despacho con actitud triunfal. Por unos instantes, temió que su amiga no autorizase la operación. Lo cierto era que le había ocultado una ligera variación final: ella no tenía pensado volver en el helicóptero de Ashley.

51

Calle Bailén, Madrid.

—El piso te quedó genial, mamá —dijo Helena. Era la primera vez que lo visitaba después de la reforma que Mayra le hizo.

Estaban comiendo en la terraza mientras contemplaban, al fondo, los Jardines de Sabatini. El sol había hecho su aparición ese sábado, turistas y autóctonos se habían echado a pasear a la calle. Las inmediaciones del Palacio Real, la Almudena y los Jardines estaban abarrotadas de gente. La policía patrullaba a caballo, y artistas callejeros entretenían al público con espectáculos de magia, acrobacias y bailes de salón.

Mayra, mejor dicho, el robot de cocina, había cocinado arroz con bogavante, y le había quedado de fábula. Helena había traído un vino blanco gallego y lo habían puesto a refrigerar. Unas tapas de queso curado y jamón ibérico, acompañadas de una cerveza, les hacían boca antes del arroz. La brisa, cálida y agradable, traía una mezcla de olores: algodón de azúcar, magnolios e incienso.

—¿Te siguen doliendo?

Se refería a las dos malogradas costillas del atentado en Estambul.

—La verdad es que menos; no sé si será que me he acostumbrado al dolor, pero solo lo noto cuando me acuerdo. Aunque hay días que tengo que tomar algún calmante.

—¿Y qué vas a hacer cuando estés allí?

—Me los llevo, claro.

Se quedaron en silencio por unos instantes, hasta que Helena lo rompió.

—Cuando volé con Directora hasta Brujas, hay algo que me dijo que me gustaría preguntarte.

—¿Qué es? —Mayra temió que le preguntara sobre Vadim. Tomó un sorbo de cerveza y la miró expectante.

—Me dijo que nunca me habías quitado los ojos de encima, ¿qué quiere decir eso?

Lo cierto era que, si la exagente le contaba la verdad, toda la verdad, volvería a perderla.

—Helena, yo… —pensó lo que iba a decir un minuto más antes de

hablar—, yo lo he intentado, pero no logro arrepentirme de la vida que he llevado. Si pudiera, cambiaría cosas, como no permitir que Raúl viajase a Siria, pero él lo hubiera hecho de todos modos, era mayor de edad y uno de los mejores. Si yo me hubiera opuesto, nos hubiéramos enfrentado. Pero no me arrepiento de mi vida. Creo que en La Casa contribuimos a que el mundo sea un sitio mejor y más seguro.

—Pero…

—Déjame hablar, por favor, luego me dices todo lo que me tengas que decir. —Helena asintió, y ella prosiguió—: El precio que he tenido que pagar es tu soledad, sé cómo te educó tu padre y me alegro de que se marchara a Alemania antes de que te pudiera hacer más daño. No te acompañé físicamente en tu vida, pero nunca te dejé sola, ¿entiendes eso? —Helena negó, y Mayra respiró antes de continuar—. Sé quiénes eran tus compañeras de colegio y de universidad, tus profesores, tu mejor amiga, tu bebida favorita, las ofertas de empleo a las que te presentaste, las discusiones con tu padre cuando te negabas a seguir sus consejos, y estuve en la exposición de tu trabajo sobre Antonio Stradivari en Londres. No me gustó que Mena & Asociados te contratase, pero me alegré de que volvieras a Madrid. Tenía los medios para acompañarte y los usé. Y si después de esto te vuelves a alejar de mí, los seguiré usando, porque necesito acostarme todas las noches sabiendo que estás bien, aunque yo no pueda arroparte.

Helena observaba algo a lo lejos, en el cielo.

—Mamá —dijo como si estuviera en otra parte y de repente viniese al momento presente—, no es necesario que uses tus medios para saber de mí, pero entiende que la confianza que debiéramos haber tenido durante todos estos años no ha existido. De pronto no puedo contarte cada paso que doy o pedirte consejo sobre cada cosa que me pasa.

—No es eso lo que estoy diciendo, Helena, solo te pido saber que estás bien. No quiero que me trates como a una extraña.

—No lo eres. En realidad, solo quería herirte para llamar tu atención —dijo bajando la mirada. Dejó pasar unos segundos antes de continuar—: ¿Sabes una cosa que nunca se me olvida y de la que nunca he dejado de arrepentirme?

—¿El qué? —preguntó Mayra muerta de curiosidad.

—Cuando viniste a verme en la función de Navidad, y yo te di la espalda y me fui con mis amigas.

—Creí que te avergonzabas de mí.

—Es cierto que no eras una madre como las de mis compañeras, pero no me avergonzaba, quería herirte, sentía que tenía ese poder. Quería que pagaras por tu ausencia, como cuando papá y yo hablábamos en alemán. Yo sabía cuál era tu trabajo, en esa época, casi

todos los días había un atentado o asesinaban a alguien… —se quedó callada unos instantes, y las lágrimas empezaron a acudir a sus ojos.

—Helena —dijo Mayra con voz cariñosa y cogiéndola de las manos.

—En esa época, todas las noches yo rezaba por ti y, ¿sabes?, a mí también me hubiera reconfortado saber que estabas bien.

—Pero yo hablaba con tu padre todas las noches —respondió Mayra —. Le pedía que te diera un beso a ti y otro a Raúl.

Helena la miró confundida.

—Nunca me lo dijo. Es de él de quien me avergüenzo —confesó.

—Definitivamente me equivoqué con tu padre —reconoció Mayra resignada—. Lo siento, hija, es así. Lo único bueno de ese matrimonio fuisteis Raúl y tú.

—Lamento darte la razón.

Apretó sus manos sobre las de Helena, y esta correspondió el gesto.

Comieron algo más de jamón y se bebieron otra cerveza. Helena se remangó la manga izquierda de su jersey, dejando al descubierto la estrecha muñeca con el reloj y el trozo de medalla colgante. Se quitó el reloj y desenganchó la medalla.

—Quiero devolverte esto —dijo ofreciéndole lo que quedaba de la pequeña reliquia.

Mayra la cogió y cerró el puño sobre ella.

—Sé el valor que tiene para ti. De niña, cuando llegabas a casa y te duchabas, solías dejarla sobre la encimera del lavabo. Yo la cogía y la observaba.

Antes de que Raúl partiera hacia Irak, la exagente llevaba la medalla entera colgando de una cadena en su cuello. Siempre la tenía con ella. No sabía de quién era la imagen del santo que estaba grabada, pero la medalla había pertenecido a su padre, quien siempre la llevaba al cuello. Tras su brutal muerte, Mayra se la quedó.

—Te sentías a salvo con ella, lo sé. Recuerdo que se lo contabas a Raúl cuando él te preguntaba. Yo os espiaba y no podía evitar sentir envidia.

—¿Envidia? —preguntó Mayra extrañada.

Helena se llevó a los labios un trozo de jamón.

—Envidia de él: sus preguntas captaban tu atención. Cuando le hablabas o le mirabas, para ti no existía nada más. Él era tu centro. Sentía envidia de que él fuera como tú y yo fuera como mi padre —se miró las manos—. Me presenté a las pruebas del CNI —dijo sin emoción.

—¿Qué dices? —preguntó Mayra sorprendida—. ¿Cómo es posible? No sabía nada.

—Le hice jurar a Directora que no te diría nada, obtuviese el resultado que obtuviese.

—Pues créeme que lo cumplió —advirtió Mayra dando un trago a su

cerveza.

—Ella me llamó personalmente para decirme que no las había pasado, eso me alejó aún más de ti. Os odié, a ti y a Raúl, porque nunca podría estar a vuestra altura. Nunca viajaría al foco de los conflictos que salían por la tele. Nunca experimentaría las vivencias que vosotros dos compartíais, nunca conocería a miembros de la CIA o el Mossad… Yo solo podría estudiar y tocar el violín, y esto último ni siquiera me gustaba.

La exagente sintió las palabras de su hija. La había dejado en manos de su exmarido, y él había sembrado en su pequeño cerebro todas esas ideas absurdas. La había puesto en contra de su madre.

—Helena —empezó a decir Mayra—, mi comportamiento con Raúl era porque sentía que lo que yo hacía le importaba a alguien de mi familia, sentía que él me comprendía.

—Yo también te comprendía, mamá, solo que también quería hacerte daño por no estar conmigo.

—Lo siento, Helena, debí haber peleado más contigo, debí haberte plantado cara en lugar de callar.

—Conseguí hacerte sentir culpable, conseguí apartarte de mí y me sentí bien durante un tiempo. Sabía que sufrías por mí y eso me hacía sentir bien, pero seguía estando sola.

Mayra se levantó y le dio un abrazo como los que le daba cuando era pequeña. Había días en los que regresaba a casa después de alguna misión y aún faltaba una hora o dos para que Helena se levantara. La esperaba despierta y, cuando se sentaba a desayunar, la abrazaba por la espalda y hundía su cara en su pequeño cuello. Helena rompió a llorar.

—Estaba en los efectos personales de Raúl, ¿recuerdas que yo llegué antes que tú?, la cogí y me la guardé —se refería al pequeño trozo de medalla.

—Creí que la había perdido.

—No, la llevaba en el cuello, igual que tú.

Permanecieron abrazadas unos minutos, al cabo de los cuales, se limpiaron la cara la una a la otra y rieron con ganas. En parte por las dos cervezas, en parte por la emoción.

—Me alegro de que me llamaras para ayudarte con El Irlandés.

Helena negó con la cabeza antes de confesar:

—La noche en la que quedamos en el Café Vienés, me violentaba el hecho de haberte pedido ayuda.

—Lo sé, me di cuenta.

—Pero era por la sensación de inferioridad que tenía respecto a ti.

—Ay, Helena, pero ¿qué hizo tu padre contigo? —dijo frotándole el pelo, como si ella no lo supiera.

—No fue mi padre —repuso la curadora—, fui yo sola. Pedirte

ayuda era como reconocer que no había sabido cuidar de mis responsabilidades. Recuerdo la rabia que me invadía cuando regresaba a mi piso caminando por la calle Goya. Pensaba en que algo así jamás le hubiera ocurrido a Raúl. Me sentía como una niña pequeña y mimada que ante cualquier complicación de la vida va corriendo a refugiarse en las faldas de su madre.

—Helena, tu hermano y yo hemos cometido muchos errores, más de los que te puedas imaginar. Y te aseguro que no hay precio que pague las consecuencias de nuestros errores. No hay precio que pague una muerte o un daño colateral. Y es un peso con el que tenemos que vivir. Los padres estamos para ayudar a nuestros hijos en todo lo que podamos.

Fueron a la cocina para comprobar que el arroz ya había reposado el tiempo suficiente.

—Tienes que volver de esa misión, por favor, aún nos quedan muchas cosas que hacer juntas —le dijo Helena mientras sacaba el vino blanco del congelador.

—La verdad es que hemos preparado la misión al detalle —dijo Mayra volcando el contenido del robot en una fuente de cristal—, Vadim está curtido.

Al pronunciar su nombre, la exagente percibió una fugaz mirada de su hija mientras descorchaba la botella.

—¿Cuidarás de él, mamá?

La pregunta desarmó a la exagente. Dejaba entrever un sentimiento hacia Vadim contra el que, si ella competía, perdería lo que acababa de ganar.

52

Sala 30A, La Casa.

El día antes de partir, el ambiente en la sala 30A del Edificio «Estrella» estaba dividido. Por un lado, Nicolás y Tyra, socio y *hacker* de Second Consulting, respectivamente. Por otro, Vadim, Ana Sierra, Robin (la *hacker* que Directora le había prestado a Mayra), Joan, Olivia y Mayra. Los primeros eran puro nervio; los segundos, la serenidad personificada.

—Con lo fácil que sería acabar con él con una simple bomba desde el cielo —apuntó Nicolás con las manos como si estuviera rogando a Dios.

—Se trata de hacer que los culpables sean otros, Nicolás, no queremos enfrentamientos ni problemas diplomáticos con Catar.

—A ver, repasemos el listado de armas —propuso Ana Sierra—. Mayra, Vadim, atentos.

Los dos se sentaron frente a ella en una de las mesas.

—Habrá dos semiautomáticas SIG Sauer P226 con sus silenciadores, dos subfusiles Heckler y munición de granadas.

—¿Y ametralladoras? —quiso saber el británico.

—Habrá dos ligeras M249E2, con sus kits de accesorios y con bípode plegable —aclaró Ana Sierra.

—He de reconocer que tienes un gusto exquisito —alabó Vadim.

Anita sonrió orgullosa y dejando caer los párpados coqueta.

—¿Cuándo os he dicho que las tendréis? —preguntó como si estuviera hablando con dos niños pequeños.

—El día 13 —respondieron Vadim y Mayra al unísono.

—Correcto, os llegarán mientras estéis de visita en la granja. Ahora repasemos el itinerario.

Revisaron de nuevo toda la operación, sirviéndose de las fotos que los dos infiltrados saudíes les habían hecho llegar y de las imágenes de que disponían gracias al satélite.

Mayra entraría al servicio de la casa del jeque el día 16 por la mañana. Su doble se quedaría en casa, y ella vestiría con su *abaya*, cubierta hasta los ojos. Ese día, se dedicaría a limpiar la casa y el

jardín, lo que le correspondiese. Al anochecer, dado que los festejos requerían más personal, no abandonaría la granja, así había sido dispuesto por el jeque. El personal de servicio permanecería en el recinto atendiendo a los invitados del cumpleaños de Zayanne.

De las 245 hectáreas que medía la propiedad, solo una cuarta parte estaba ocupada por las instalaciones, el resto lo conformaban enormes jardines en los que plantaban semillas de alfalfa importadas desde Estados Unidos y Bermudas y palmerales bajo cuya sombra paseaban los equinos.

Nada más entrar en la granja, una enorme pista de entrenamiento de caballos, de unos treinta metros de ancho por setenta de largo, se divisaba desde el satélite. A la izquierda, estaban las instalaciones dedicadas a los animales: piscina, solárium, enfermería y quirófano. Tras la pista grande, había una pista más pequeña, de unos veinte metros por veinte y, a continuación, las caballerizas. Volviendo a la entrada principal, a la derecha de las pistas había una alargada grada y, a continuación, la zona dedicada a las viviendas.

El primer edificio, más cercano a la pista principal y a la entrada, era el de la familia del jeque. La suntuosa construcción constaba de tres platas y un jardín con una piscina en forma de riñón. La habitación del jeque Bin Nasser ocupaba la esquina de la tercera planta y tenía un enorme balcón que daba a la pista por un lado y a la piscina por el otro. Mayra saltaría por el lado que daba a la pista. El segundo edificio era el que ocupaban los sirvientes y los mozos de cuadras, en distintas plantas según la escala social. Y el tercer edificio, el más alejado y próximo a las caballerizas, era el del personal médico que atendía a los caballos. Repasarían toda la propiedad el día de la visita, el 13. No sería hasta la noche del 16 al 17 cuando el jeque sufriría su ataque al corazón.

Las fotos que los infiltrados de la inteligencia saudí les habían hecho llegar confirmaron que el balcón desde el que Mayra tendría que bajar tenía una altura de unos quince metros. Gracias a las incontables tardes que pasaba en el rocódromo, eso no le planteaba ningún obstáculo a la exagente. La dificultad estribaba en los dos mil cincuenta metros que tendría que recorrer desde la vivienda del jeque hasta donde Vadim la estaría esperando.

Una vez pusiera los pies en el suelo, recorrería el edificio del jeque pegada a la pared. Iría en dirección a la entrada principal, bordeando la grada y la pista principal. Pasaría delante del edificio de recepción, rodearía la enfermería y, a partir de ahí, haría el recorrido entre palmeras y jardines de alfalfa.

—¿No es menos arriesgado salir del recinto por las caballerizas? —preguntó Olivia, la analista de La Casa.

—Para nada —respondió Vadim, la respuesta a esa pregunta ya la

había discutido con Mayra—, el recorrido es menor, pero los caballos la pueden delatar; mejor no arriesgarse.

La exagente podía recorrer los dos kilómetros en menos de veinte minutos, pero habían decidido darse ese margen por si más adelante surgían imprevistos.

—Repasemos los puntos débiles —propuso Ana mirando las imágenes del satélite.

—El principal punto es el tiempo que Bin Nasser tarde en dormirse, y que ninguna de sus esposas decida visitarlo —señaló Vadim.

—En ese caso, habría que eliminarlos a los dos —dijo Ana dirigiendo la mirada hacia Mayra después de una pausa.

—No hay problema —respondió esta con convicción, pese a que nunca le habían hecho gracia los daños colaterales.

—Son ellos o nosotros, May —agregó su amiga y compañera.

—Lo sé, lo sé.

—Otro punto es el tiempo que tardes en recorrer los dos mil metros —añadió Vadim.

—Dos mil cincuenta —corrigió Mayra—, puedo hacerlo, tú encárgate de esperarme.

—El vehículo —continuó Ana Sierra mirando hacia Vadim— te estará esperando en este punto —dijo señalando un punto del poblado cercano a la residencia que ocuparían Vadim y Mayra cuando abandonasen el hotel de Doha. Se trataba de un todoterreno color blanco, un vehículo muy frecuente en esa zona—. Lo llevarás hasta aquí, este es el punto, Mayra, marcad las coordenadas en vuestros relojes, las gafas de visión serán un apoyo.

Vadim y Mayra asintieron sin hablar.

—En cuanto recojas a Mayra, cagando leches hasta Dukhan; las coordenadas estarán en el navegador del coche, os seguiremos desde el satélite. La lancha os recogerá una hora y veinticinco minutos después del fallecimiento del jeque. Veinticinco minutos de travesía hasta Arabia y allí os recogerá el helicóptero.

—Y ya está —dijo para sí Vadim.

—Y ya está —repitió Mayra.

53

Doha, 10 de marzo.

El vuelo de Qatar Airways duró casi siete horas.

Antonio Almaraz y Rosa Mora viajaron en primera, conforme correspondía a su posición social y económica. La escala en Doha era un simple alto en el camino, el destino final del adinerado matrimonio era Bali y después Australia, al menos eso era lo que decía en sus billetes.

Nada más subir a bordo, una azafata de rasgos orientales y de ojos excesivamente pintados, los obsequió con una burbujeante copa de champán. Vestía el elegante uniforme color púrpura de la compañía, su sonrisa era perfecta y la piel de su rostro era blanca y delicada.

Al verla, Mayra recordó la tiranía del sistema de trabajo al que estaban sometidas, y una extraña sensación se apoderó de ella. Era una especie de mescolanza de miedo con pena, aderezada con una cucharada de hastío. El lujo de la aerolínea y la amabilidad de su personal escondían la cruda realidad: un país que explotaba a sus trabajadores. Las tripulantes de la compañía debían permanecer solteras durante al menos cinco años, pedir permiso a la compañía si querían casarse, o vivir en edificios controlados las veinticuatro horas del día, con toque de queda incluido.

Lo mismo de siempre: los mismos malos, con las mismas ideas, las mismas consecuencias. Enfrentados a ellos, Vadim y ella, dos temerarios que, una y otra vez, cometían las mismas imprudencias en aras de un bien mayor o evitar un mal mayor. Porque detrás de cada conflicto, cada guerra, cada matanza o genocidio, están los mismos. Esos que tienen buena relación con Occidente y salen junto a sus líderes en la foto, pero que, al mismo tiempo, financian el terrorismo. Podían luchar una y otra vez contra ellos, pero en su fuero interno sabía que por cada cabeza que cortaran, saldrían otras tantas a morir por esa segada.

Se trataba de ganar batallas, pues la guerra nunca acabaría. Pero esta vez era distinto para la exagente. Raúl no estaba, y Helena esperaba su regreso. Si ella no volvía, su hija se quedaría sola, y eso la angustiaba. Acababa de confirmar lo que siempre había sabido: que

Helena siempre había estado sola, incluso estando con su padre.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Vadim cuando llevaban una hora de trayecto. Aunque la heterocromía de sus ojos había sido disfrazada con unas lentillas de color marrón, el atractivo del violinista, espía y ahora empresario equino no había pasado desapercibido a las tripulantes. A pesar de ir acompañado de su esposa, con anillos de compromiso incluidos.

—Sí, sí, me duele un poco la cabeza —respondió Mayra. Le costaba acostumbrarse al papel de Rosa Mora, esposa de Antonio Almaraz, acaudalado matrimonio de origen español que criaba sementales en el sur de Portugal.

—¿Les apetece comer algo de nuestra carta? —ofreció una atenta azafata con un exquisito acento británico.

—Rosa, ¿quieres comer algo?

—No, gracias, de momento no.

—A mí tráigame, por favor, una ensalada de salmón y un vino blanco —pidió Vadim—. ¿Te he dicho que me encanta la dieta mediterránea? Nada que ver con la nuestra.

—Los británicos son muy estirados en todo —repuso guiñándole un ojo y poniendo su mano sobre la del espía, un gesto inocente que provocó un cruce de miradas de duración superior a lo apropiado. Incómoda, cogió una de las revistas que tenían a su disposición y se puso a hojearla como si el contenido fuera interesantísimo. Vadim carraspeó y centró su atención en un punto indefinido del cielo que se dejaba ver a través de la ventanilla.

Cuando le sirvieron la ensalada, el apetito de Mayra pareció despertar, pero la idea de volver a mirarlo le impidió dirigirle la palabra.

—¿Seguro que no quieres? —preguntó Vadim adivinando sus pensamientos.

—No, gracias —respondió Mayra sin levantar la vista del artículo sobre La Perla de Catar que estaba leyendo.

El británico comió con parsimonia, deleitándose a propósito en cada uno de los bocados que se llevaba a la boca. Mayra permanecía imperturbable. Cuando la azafata retiró los restos del almuerzo, Vadim se frotó las mejillas con ambas manos y le preguntó:

—¿Alguna vez has pensado en qué pasaría si te capturasen?

Había formulado la pregunta sin desviar su mirada del mismo punto indefinido tras la ventanilla.

—¿A qué viene eso ahora? —respondió molesta cambiando de postura y llevándose la mano a las costillas, que, poco a poco, iban sanando, pero que aún la incomodaban. Lo miró de reojo y continuó con la lectura.

—Yo lo pienso siempre —continuó—, durante unos minutos nada

más. Es el tiempo que me permito. Más sería contraproducente; me lo acabaría creyendo, y el miedo me paralizaría.

La exagente cerró la revista y la colocó sobre su regazo. Le había conmovido su franqueza. El miedo a la captura era algo que todos sentían en algún momento, además, los aleccionaban para ello. No es que la impresionaran sus palabras; fue el hecho de que las compartiera con ella. Vadim era un as del MI6, y sus años de experiencia se equiparaban a los de ella, teniendo en cuenta que ella era unos nueve años mayor que él.

—Estoy preparado para evadirme, sé que mi mente puede hacerlo —prosiguió el violinista—, lo hago cuando toco el violín, la música me transporta a otra dimensión. Y te podría decir que ni siquiera el sonido es necesario para desaparecer.

Mayra inspiró y trató de razonar.

—Somos valiosos —empezó a decir—, en caso de que pase cualquier cosa, negociarán. Recuerda que el *pepe*[21]—dijo refiriéndose al jeque y a su posición negociadora— es un alfil.

Vadim asintió sin estar convencido.

—¿Te has despedido de Helena? —dijo al cabo de unos segundos apartando la vista de la ventana y fijándola en ella.

La pregunta desconcertó momentáneamente a Mayra. El cambio de tema había sido tan rápido que su mente aún estaba en la posición del jeque Jaber bin Nasser respecto a Occidente. Iba a responder, pero Vadim continuó hablando:

—Me alegro mucho de que vuestra relación sea mejor que hace unos meses, debe de ser difícil compaginar este trabajo con una familia.

Mayra desvió la mirada hacia el respaldo del asiento de delante, que estaba vacío.

—Sí —dijo pensativa—, me he despedido de ella por primera vez en mi vida. Cuando vivíamos juntas, yo siempre decía que me iba a trabajar y ya está. Contaba con volver y, si alguna vez no lo hacía, siempre pensaba que su padre se lo explicaría por mí… ¿Crees que soy una cobarde?

Vadim negó de forma sutil con la cabeza.

—Bueno —empezó a decir—, creo que debe de ser complicado explicarle a una niña en qué consiste nuestro trabajo; a fin de cuentas, lo hacemos para evitarles el horror. Si yo hubiera tenido hijos, seguramente crecerían pensando que era un ocupado gestor de la City.

A Mayra le hizo gracia el comentario.

—Y que trabajabas para Mena Investments & Co. —apostilló riendo sin ganas—. ¿Nunca te has planteado ser padre? —y esta vez sí lo miró directamente a los ojos.

—¿En serio me ves cambiando pañales? —preguntó escéptico al

tiempo que negaba con la cabeza—. Por un lado, no tengo valor para traer un niño a un mundo como este. Los dos sabemos en qué dirección va —dijo con pesar—. Sería insoportable no saber dónde está o con quien. Un hijo te obliga a asumir una vulnerabilidad con la que yo no podría vivir.

Permanecieron en silencio unos segundos. Él posó su mano sobre la de ella, y ella no la retiró.

—No supe lo vulnerable que era hasta la muerte de Raúl, ¿sabes? —dijo manteniéndole la mirada—. Los psicólogos trataron de meterme en la cabeza que lo que ocurrió fue algo fortuito, pero no, eso no es verdad. Si yo fuera médico, Raúl hubiera estudiado Medicina, y si yo fuera profesora, él hubiera estudiado Magisterio. Mi carrera fue el resultado de lo que pasó con mis padres… no tuve opción…

—No, ahí te equivocas —la interrumpió aproximando su rostro al de ella—, ibas a ser veterinaria, pudiste haber seguido ese camino, pero la determinación de tu mente y tu sentido de la justicia fueron más fuertes que tu vocación. Tienes que entender que lo de Raúl era vocación, no deber.

—¿Crees que él no siguió mis pasos? —preguntó Mayra con nostalgia.

—Creo que se hubiera dedicado a lo mismo, aunque tú hubieras sido médica. Helena no siguió tus pasos y, pese a que su padre se empeñó en que fuera violinista, escogió otro camino.

Estaban a siete mil pies de altura rumbo a la que, probablemente, sería una de las últimas misiones de Mayra en las que se jugaría la vida, fue entonces cuando, después de años de culpabilidad y angustia, empezó a sentir algo parecido a la paz con una misma. Vadim podía tener razón, tal vez Raúl estuviera siguiendo su vocación, no su deber como había ocurrido con ella. Todos estos años había pensado que su hijo la imitaba a ella.

—¿Y lo tuyo fue vocación o deber? —preguntó con voz suave.

—Lo mío fue supervivencia en un primer momento —dijo el agente del MI6 sin meditarlo, como si ya hubiera pensado en ello antes—, agradecimiento después.

Y fue en ese momento, a siete mil pies de altura, cuando los labios de Mayra se acercaron a los de Vadim besándolo. No fue un beso apasionado que llevase tiempo gestándose. No. Fue algo impulsivo, sus labios se posaron sobre los del agente durante unos largos segundos. Fue agradecimiento por estar en su vida, por haberlo conocido, por estar en ese momento con ella, por estar en Burgas a su lado, por poder contar con él. En definitiva, por ser un verdadero compañero de vida, aunque lo hubiera conocido en la tercera y última fase de su insólita existencia.

—¿Y por el otro lado? —preguntó resuelta cuando se separó de él.

—¿Perdona? —Vadim pestañeó un poco aturdido.

—Dijiste que no habías sido padre porque, por un lado, no tenías valor para traer un niño a un mundo como este. ¿Y por el otro?

—Ah, eso —recordó. Y bajó la mirada un instante para volver a levantarla y clavarla en los ojos de Mayra—: Nunca encontré a mi compañera de vida.

54

La Perla, Doha.

La F-Ring era la carretera de circunvalación que enlazaba una de las arterias principales, Ras Abu Abboud, con el Aeropuerto Internacional Hamad. Sus tres carriles por cada lado serpenteaban a lo largo de La Corniche, el paseo marítimo de la ciudad. Los Mora tenían reservado un turismo de alta gama en el aeropuerto, un cómodo sedán Toyota Camry, típico de la ciudad. El conductor, temerario por naturaleza y nacionalidad, se mantenía impasible ante los pitidos e insultos del resto de conductores, que le lanzaban improperios ante las infracciones que cometía.

Tras enviar notificación a la Sala 30A de que todo estaba en orden, Vadim y Mayra descansaban en el asiento trasero como el adinerado matrimonio cuyo papel interpretaban. Las maletas reposaban en el maletero, pero ambos llevaban un bolso de mano con los objetos personales, entre ellos el neceser personal de Mayra (en el que portaba las sustancias que suministraría al jeque), que había extraído de su maleta antes de subir al taxi. Vadim llevaba los iPad, los cargadores y los pasaportes en su bolso.

Fuera, el calor era bochornoso pese a estar en marzo. La humedad de Doha rondaba el sesenta por ciento, por lo que los veintiún grados que marcaba el termostato del taxi se convertían en treinta y tantos.

Durante la media hora que duró el trayecto entre el aeropuerto y el Hotel Hyatt, destino de los Mora en la lujosa zona de La Perla, los recuerdos de otra vida empezaron a despertar en la mente de Mayra. Era esa vida en la que la exagente se movía como pez en el agua por las infestas calles de ciudades superpobladas de indios, pakistaníes, filipinos, nepalíes… Un rosario infinito de expatriados que emigraban a Catar, Bahrein o Dubái para ser explotados como esclavos, y que la única diferencia entre lo que hacían aquí y lo que hacían en su país consistía en trabajar hasta la extenuación aquí y morir en las guerrillas allí.

Casi el 70% de la población era inmigrante y se ocupaba de los trabajos que los cataríes rechazaban: aquellos que requerían esfuerzo físico. Los miserables salarios apenas llegaban a los doscientos euros

mensuales por jornadas de cincuenta horas en condiciones infrahumanas. Y los alimentos, en un país en lo que casi todo era importado, eran extremadamente caros. Condiciones que habían empeorado de cara a la inminente celebración del Mundial de Fútbol en el 2022, algo con lo que la mayoría de los autóctonos no estaba de acuerdo.

—Es una cultura cerrada y, de repente, la atención mundial se ha centrado en ellos —le comentaba Vadim desde el otro lado del asiento trasero, metido de lleno en su papel de Antonio Mora.

—Kafala, cariño, es el sistema por el cual los inmigrantes trabajan en situación de esclavitud; si les otorgaran la ciudadanía catarí, muchos autóctonos temen por su estabilidad y sus valores.

—¿Ese es el motivo?

—Bueno, esa es la excusa, más bien.

Algo que contrastaba con la riqueza y el lujo que se podía observar desde cualquier punto de la ciudad: los elevados rascacielos de imponentes fachadas de acero y cristal, los fastuosos coches que circulaban por doquier. Al pasar por la espectacular Torre de Qatar Airways, sede de la aerolínea, Mayra recordó con pesar la sonrisa de la joven tripulante que los había atendido en el avión.

—En realidad, la estabilidad se está desmoronando —continuó la exagente, en su papel de Rosa Mora— por las pésimas relaciones con Arabia Saudí, Egipto, Bahrein y Kuwait debido a la cooperación de Catar con nuestros *amigos*[22].

Rosa se refería a la relación que muchos jeques cataríes tenían con el terrorismo islámico. El Gobierno de Catar daba cobijo en sus fronteras a terroristas, lo que había provocado la ruptura con el resto de Emiratos y países del Golfo. Algo que no era del agrado de los cataríes.

La imagen del emir Tamim bin Hamad Al Thani estaba presente en cualquier punto de la ciudad: fachada de los edificios, carteles y vallas publicitarias. La exagente empezó a tener la sensación de que los acechaba: sus espesas y ennegrecidas cejas enmarcaban dos taimados ojos a los que parecía que nada se les escapaba.

—Se han mantenido en el poder desde 1850 contra viento y marea, se pasan por el forro los derechos humanos —dijo Mayra refiriéndose a los Al Thani, la poderosa familia que gobernaba Catar.

—Ya sabes lo que van a invertir en Inglaterra —continuó Vadim aludiendo al motivo por el que los británicos quedaban al margen de la operación. Catar tenía previsto invertir más de seis millones de euros en Reino Unido antes del *brexit*.

—Me revuelve las tripas ver el recibimiento que les hacen en Zarzuela. Hasta los noventa, Catar siguió una política de no intervención, el emir se preocupaba por mantener la paz entre todos

los estados del Golfo; pero entonces su hijo lo depuso dando un golpe de Estado, y todo cambió.

—Sí, de repente, Catar entró en la escena internacional —convino Vadim.

En ese momento, el taxista señaló un edificio a través de la ventanilla y dijo en su idioma: «Es una iglesia vuestra». Giraron la cabeza y vieron un edificio de planta circular, de color arena y con un pequeño campanario rectangular en el centro. En teoría, ni Vadim ni ella hablaban árabe. Así que, al ver el pobre hombre las caras de incomprensión de sus clientes, insistió con dificultad: «C*hurrrch*».

—¡Ah! ¡Es una iglesia, querido! —informó Rosa, emocionada, a su marido.

—Pero si no tienen ningún símbolo.

—Es por respeto al islam. *Thank you* —dijo dirigiéndose al taxista, que volvía a estar absorto en la carretera.

El nuevo monarca aceleró el desarrollo de sus reservas de gas natural y empezó a exportar gas natural licuado, convirtiéndose en principal productor mundial de este producto. Fundó la televisión Al Jazeera (portavoz de numerosos terroristas, entre ellos Bin Laden), compró un equipo de fútbol y se hizo con el Mundial de 2022. Además, permitió que los miembros más peligrosos de los Hermanos Musulmanes se reagruparan en Doha.

—A día de hoy, sus propiedades en Londres superan a las de la reina —aclaró Vadim.

Ya en el hotel, una enorme pintura al óleo con el rostro del monarca les dio la bienvenida en el *hall*. Rosa Mora y Antonio Almaraz pasaron desapercibidos entre los millonarios rusos y japoneses que deambulaban por el vestíbulo. Entregaron sus pasaportes al servicial recepcionista, quien, deseándoles una feliz estancia, los dejó en manos del ayudante que los acompañaría hasta la lujosa habitación.

Nada más abrir la puerta, sintieron cómo la brisa del océano entraba por la terraza. Al fondo, se podía ver La Perla, la lujosa urbanización ganada al mar. La *suite* de los Mora daba al enorme patio bordeado por una piscina que, como si de un río se tratase, recorría todos los edificios del hotel. La vegetación la sostenían cientos de palmeras de tamaño mediano.

Rosa Mora guardó el neceser en la caja fuerte, junto con algunas joyas que Mayra Abascal nunca llevaría y se fue a la ducha, mientras que Antonio Mora leía algunos suplementos en la terraza.

—¿Sabes que La Perla se llama así porque antes era el sitio donde se practicaba el buceo para buscar perlas? —escuchó que su marido le decía alzando la voz—. ¡Hay más de trece islas y unas quince mil viviendas!

—¿Cuánto puede valer una vivienda? —preguntó Rosa desde la ducha.

—¿Quieres que nos compremos una aquí?

—No estaría mal —fue Mayra la que habló, pero para sí misma.

Más tarde, tras dejar las maletas y asearse, decidieron dar un paseo por La Corniche en lugar de quedarse a descansar del *jet lag*. La temperatura había bajado considerablemente y pese a estar a unos quince grados, era agradable.

El olor dulzón, mezcla de esencias, especias e incienso, se combinaba con el aroma a salitre y humedad del mar. Si hacía unas horas no había ni rastro de población autóctona por las calles, por la tarde, la zona comercial y el paseo marítimo estaban llenos de mujeres cataríes ataviadas con sombrías *abayas* o *niqabs*, que apenas les dejaban a la vista los ojos, y cuyo contraste con las inmigrantes y extranjeras (estas con coloristas y más escotados atuendos) era extraordinario.

—Vivir aquí es como estar en otro planeta —comentó Vadim mientras paseaban con su brazo por encima de los hombros de Mayra —, ni siquiera hay ladrones.

—No sé si podría olvidarme de los atentados, los esclavos y el inexistente papel de la mujer —repuso Mayra.

—Algún día acabará, las reservas de crudo y de gas no van a durar toda la vida.

La Corniche, o paseo marítimo, estaba iluminado con espectaculares farolas que, de no ser por la luna y las estrellas, inducirían a pensar que aún era de día.

—Ya, pero me temo que tú y yo no veremos el declive de este régimen. Mira el suelo —advirtió señalando los adoquines que pisaban —, casi podemos ver nuestro reflejo de lo limpios que están, no hay un solo papel y las papeleras de bronce se mimetizan con el entorno. Es un país de apariencias. ¿Tú podrías vivir aquí?

Llegaron paseando hasta el espectacular mercado del pescado, situado junto a la dársena de la flota pesquera formada en su mayoría por los *dhow*, unos preciados barcos de vela típicos de los países árabes a los que se les había incorporado el motor.

—No, claro que no —contestó el agente británico—, pero admiro la belleza y creo que esta gente —dijo señalando con la cabeza una imagen del emir vigilándolos desde una marquesina— ha sabido proteger a los suyos, aunque sea a costa de otros. Creo que podrían haber optado por una dictadura en la que solo ellos se hubieran enriquecido, tipo Gadafi, y no lo hicieron.

En las terrazas, los hombres se reunían y fumaban de sus *narguiles*, o pipas, mientras observaban sin pudor a las mujeres extranjeras, fueran

o no acompañadas. El aroma cargado de incienso, menta y cardamomo transportó momentáneamente a Mayra a su casa de Arabia, una tarde en la que Raúl y ella fumaban algo parecido en el porche.

—¿Aquí, querida? —preguntó Vadim señalando una terraza en la que la mayor parte de clientes eran turistas. Mayra no pareció convencida, alguno podía hablar español o inglés.

—Vamos mejor a esa —indicó señalando un restaurante donde anunciaban ostras frescas—. Son más listos que eso —la exagente retomó la conversación sobre la monarquía catarí—; quieren notoriedad y estar en la escena internacional. Si no se hubieran abierto al mundo, no lo hubieran conseguido. Sus bancos, gestoras y empresas tienen al frente a expatriados europeos, americanos y canadienses, ¿crees que si en lugar de ellos hubieran contado con mano de obra nacional, se les hubiera tenido en cuenta en el resto del mundo? —negó en silencio—. La idea es: ven a Catar a poner tu inteligencia a nuestro servicio, vivirás de lujo y te harás rico. Así lo han conseguido.

—Entonces, ¿por qué esa actitud con los terroristas? ¿Por qué esa camaradería? —preguntó el espía como si no conociera la respuesta. En realidad la conocía, pero quería saber la opinión de Mayra. Quería saber todo sobre ella.

—Bueno, yo creo que el apoyo de un solo multimillonario es suficiente para que el resto se replantee sus principios.

—¿Principios? No creo que lo hagan por principios, es una cuestión de derrotar a Occidente; eso sí, con una sonrisa en los labios y con un fajo de dólares en la mano.

—Además, todos sus principios benefician a los hombres y subyugan a las mujeres —añadió Mayra mirando con aversión al grupo de hombres fumadores que no quitaban ojo a las turistas.

Un matrimonio y un joven de unos quince o catorce años se sentaron a unas cuatro mesas de distancia de donde estaban los Mora. Estuvieron a punto de sentarse en la terraza que Vadim sugirió y Mayra rechazó, pero no lo hicieron y finalmente optaron por el mismo restaurante de las ostras. La mujer vestía el fúnebre *niqab* y solo dejaba al descubierto unos ojos excesivamente maquillados de negro. El hombre y el chico vestían una túnica blanca; el rostro del hombre exhibía una abundante barba negra, mientras que en el del joven crecía una lampiña perilla.

—Se alojan en nuestro hotel —susurró Vadim a Mayra mientras se acercaba para besarle cariñosamente la mejilla.

55

Día 12, Villaggio Mall.

El hecho de ser *escoltados* era algo que ya habían previsto desde que planificasen la operación en la Sala 30A. Si alguien buscaba información sobre Rosa Mora y Antonio Almaraz, encontraría una hermosa historia de amor cuyo eje principal giraba en torno a la granja AlmaMora, situada al sur de Portugal y cuyos sementales eran dignos de admirar. Habían construido la pantomima con todo lujo de detalles: una web de último diseño, un plano y un recorrido con el que, gracias al ficticio satélite, los interesados podían pasear por la granja como si del propio Google Earth se tratase.

Al día siguiente, los Mora durmieron hasta bien entrada la mañana por efecto del *jet lag*. Tenían reservada una excursión por el desierto, pero acordaron que sería mejor anularla y dedicarse a hacer compras en el Villaggio Mall, algo que iba más con la naturaleza consumista de Rosa Mora.

El servicio de habitaciones les subió el desayuno continental y lo dispusieron en la terraza. Mientras Rosa fumaba uno de sus cigarrillos mentolados asomada a la barandilla, divisó a través de las gafas de sol al hombre de la noche anterior. Vestía de nuevo la túnica blanca, pero esta vez la acompañaba con un elegante turbante a juego. Hojeaba un periódico, mientras que el joven nadaba en la piscina.

—Ella está en el *hall* —la informó Vadim mientras le servía agua hirviendo en la taza.

Rosa apoyó el codo en la mesa y descansó el mentón sobre la palma de la mano. Miró risueña a Vadim, como Rosa Mora lo haría con Antonio Almaraz.

—¿Qué me vas a comprar, cariño?

—Lo que tú quieras, mi amor —respondió Vadim aproximando su rostro al de ella hasta que sus frentes se tocaron y, con voz entrecortada, como un niño al que le da vergüenza confesar, añadió—: ¿Tan impensable sería que siempre fuera así?

Permanecieron inclinados unos segundos más. Mayra cerró los ojos. «No, no sería impensable», se dijo.

—Sería… —la exagente vaciló antes de contestar y abrir los ojos—, sería imperdonable.

Vadim besó la punta de su nariz y alejó su rostro unos centímetros. Inclinó la cabeza hacia la mesa, como si reflexionara. Como si antes de ese momento hubiera pensado lo que estaba a punto de decir.

—Perdóname, sé que mi actitud te incomoda —dijo con voz apenas audible y sin levantar la cabeza—. Soy consciente de que no harías nada que pudiera lastimar tu relación con Helena. Siento haberte puesto en esta tesitura, no volverá a ocurrir. —Y sosteniendo con sus manos las de Mayra, las besó y se levantó—. Voy a ducharme.

Mayra se colocó las gafas de sol justo a tiempo de ocultar cómo una inoportuna lágrima se desbordaba por su ojo derecho. Se la enjugó y desvió la vista hacia la piscina en un acto reflejo, a tiempo para encontrarse con la atenta mirada del hombre de barba oscura que rápidamente la volvió a refugiar en las páginas del periódico. La exagente cogió el móvil y simuló leer algo mientras lo fotografiaba y enviaba las imágenes a la Sala 30A.

Cuando una mujer como Mayra, curtida en disputas machistas (por hombres y por mujeres), está al corriente de lo que realmente se cuece en el mundo, no puede evitar mirar con aversión hacia la sociedad árabe. El islam que los fanáticos predican aboga por una mujer despojada de su naturaleza, una mujer cuya razón de vida es servir a los caprichos del hombre. El hombre puede ejercer la poligamia, puede divorciarse cuando le plazca (la *sharia*[23] le simplifica el procedimiento), el hombre puede infligirle castigos físicos, su testimonio en un juicio vale la mitad que el de un hombre, no pueden practicar deportes a la vista de todos, no pueden probarse la ropa en las tiendas o leer una revista femenina. Sin embargo, al caer la tarde, los centros comerciales se llenan de mujeres consumistas que se lanzan a comprar en sus exclusivas tiendas mientras sus maridos se sientan a fumar y observar descaradamente a las turistas occidentales. Esos maridos que, en su mayoría, apoyan el terrorismo en Occidente.

Aquellos días en Doha, vestida con ropa occidental, la exagente se sentía al descubierto. Cuando trabajaba de agregada en la Embajada de Arabia (embajada de la que dependían Catar, Bahrein y Kuwait), se acostumbró a llevar la *abaya* hasta los ojos: la privacidad y el anonimato le otorgaban una extraordinaria ventaja a la hora de moverse por estos países. Le estaba costando más de lo previsto interpretar a Rosa Mora en ese país atestado de infestas y acechantes miradas.

Ir de compras era la actividad preferida de los cataríes, de los más adinerados, y el Villaggio Mall era el imponente centro comercial preferido por turistas y autóctonos. No fue una sorpresa ver cómo las

mujeres, que apenas dejaban sus ojos al descubierto, compraban provocativos conjuntos de lencería en Victoria's Secret o en La Perla.

Los Mora visitaron varias joyerías, entre ellas una de Tiffany, en la que no acabaron de decidirse por unos pendientes de zafiros y continuaron paseando bajo el espectacular techo pintado como el cielo. En Armani, Antonio Mora compró un par de trajes que pagó con una tarjeta de crédito expedida para la ocasión, y en la opulenta tienda de Manolo Blahnik, Rosa Mora cayó en la tentación de comprar un par de estupendos *stilettos*.

Como perfecto matrimonio de turistas que eran, sucumbieron a la excentricidad de dar un paseo en góndola por el canal que recorría el centro comercial. Fue durante ese paseo cuando Mayra recibió un mensaje de la Sala 30A. El *escolta* no había sido identificado, no figuraba en ninguna base de datos. Tal vez una imagen más nítida les arrojaría alguna pista, pensó la exagente. De momento, eso no era posible, pese a que el matrimonio se mantenía a una discreta distancia de ellos.

De regreso al hotel, Vadim se quedó en el *hall*. Con la excusa de fumar algo de tabaco aromático, esperó a que la familia que los vigilaba llegase. Rosa subió a la habitación y al abrir, encontró un sobre que había sido introducido por la rendija de la puerta. Cerró tras ella y lo cogió. Solo podía ser de Mali, uno de sus contactos en esa zona; imaginaba por qué no lo había enviado por *e-mail*: no se fiaba de las comunicaciones en un sitio tan exclusivo, y hacía bien. Los teléfonos de Mayra y Vadim estaban protegidos contra interferencias, el suyo no.

Antes de abrir el sobre, se dirigió hacia la caja fuerte donde tenía oculto el neceser con las armas que utilizaría para matar al jeque. Tecleó la combinación y la abrió: el letal neceser y las joyas de Rosa Mora estaban intactos.

Rasgó el sobre y sacó su contenido: dos fotografías.

Una era de Acnur Al Bassad a la salida de una casa con un patio trasero semiderruido y en el que unas palmeras desflecadas sobrevivían a duras penas. La segunda foto era de una mujer vestida con la *abaya*, entrando en la misma casa con unas bolsas. En la parte de atrás de una de las fotos, escrita a lápiz, había una dirección y el nombre de una ciudad: Kut, junto con unas coordenadas que memorizó al instante. Kut era una ciudad al sureste de Bagdad, a orillas del Tigris, en la que células terroristas se escondían huyendo de la derrota. Estas células volvían a sus raíces, se dedicaban a hacer lo que hacían antes del califato: secuestros, extorsión a la población y atentados.

Mayra buscó un mechero en la habitación y fue hasta la terraza, quitó una vela del portavelas de cristal en el que estaba, rompió en

pedazos las fotos y el sobre que había recibido, los introdujo en el recipiente y les prendió fuego. Cuando Vadim llegó, ella estaba tirando las cenizas al inodoro.

—Bien, pues ya estamos todos en el hotel —comentó risueño refiriéndose a la llegada de la familia que los *acompañaba* en ese viaje. Husmeó el ambiente—, ¿a qué huele?

—Me he fumado un cigarro, y se ha colado un poco de humo, lo siento —dijo ella a modo de excusa—. ¿Estás nervioso por la visita de mañana?

—No —reconoció mientras se descalzaba—, estoy deseando ver esa maravilla de Skywalker, ¿realmente vale su precio?

—Ya lo creo que sí —respondió Rosa al tiempo que sacaba los *manolos* de su caja. Era una pena que tuvieran que viajar hasta Bali y después a Australia, no volvería a verlos, pensó.

El plan era el siguiente: a la mañana siguiente, Antonio Almaraz y Rosa Mora subirían a un taxi rumbo a la granja de caballos llamada Umm Qarn, cuyo propietario era un conglomerado de empresas que pertenecían al jeque Jaber bin Nasser. Durante la visita, tendrían tiempo de hacer un reconocimiento sobre el terreno de las instalaciones. Volverían al hotel y esa misma tarde, tras la llamada que Antonio Almaraz haría al señor Arribas para agradecerle su gestión con los propietarios de la granja, el matrimonio cogería un vuelo destino Australia y con escala en Bali. De camino al aeropuerto, pasarían por Souq Waqif, un centro comercial al aire libre, en cuyo aparcamiento soterrado los Mora bajarían del coche y dos dobles subirían al vehículo, rumbo al aeropuerto.

La *abaya* la cubriría por completo, dándole la clandestinidad que necesitaba. Vadim iría con túnica, turbante y una espesa barba que cubriría la mitad de su rostro. Caminarían hasta la estación de autobuses y tomarían la línea que los llevaría hasta la municipalidad de Al Daayen, donde se encontraba la granja y la casa en la que se hospedarían. Su contacto era la pareja de saudíes, en realidad eran miembros del servicio secreto saudí, con el que Mayra tanto colaboró, que llevaban unas semanas empleados en la granja.

El día 16 sería ella quien entrase en la granja en lugar de la mujer, esa noche tendría que matar al jeque y correr hacia el punto acordado con Vadim. Punto que inspeccionarían durante los próximos días.

Ana Sierra les envió un mensaje antes de acostarse esa noche: «Los niños ya tienen los regalos». Lo que quería decir que las armas ya habían llegado y estaban en manos de los dos saudíes. Abandonarían el aparcamiento de Souq Waqif con el neceser en la ropa interior de Mayra y un bolso con una muda.

56

Día 13, granja Umm Qarn.

La mañana amaneció con sol y calima, ese polvo del desierto en suspensión que añade una franja amarilla al cielo y que a veces llega a ser tan denso que casi no puedes respirar. La noche había sido corta, Mayra no había dormido mucho, y Vadim se revolvía en su cama a causa de alguna pesadilla.

Los nervios le estaban ganando la partida a la exagente, y no hacía más que darle vueltas a la siguiente pregunta: si Rosa Mora y Antonio Almaraz fueran reales, ¿los estarían vigilando? Solo se trataba de ver una instalación para caballos… ¿tanto riesgo suponía? Estaba en el Meridiano Van Staner, ese punto en el que no podía echarse atrás. Ese punto temido en el que solo quedaba arriesgarse. Además, pensó, tenía otros asuntos que arreglar.

—¿Preparada? —le preguntó Vadim tras abrirle la puerta para que se acomodara en el asiento trasero.

—Eso creo —respondió. Se había vestido con unos pantalones y una chaqueta color marfil. Joyas discretas pero caras: pendientes y collar de perlas, reloj Patek Philippe y pulsera Panthère de Cartier, de oro blanco y con sus amenazadores ojos verdes.

Atravesaron la ciudad en dirección norte, dejando atrás impresionantes rascacielos, lujosos centros comerciales y cuidados campos de golf donde la vegetación crecía frondosa y verde, como si no estuvieran en mitad del desierto.

En el móvil de Mayra entró un mensaje: «Estamos con vosotros». Era de Ana Sierra, los estaban siguiendo gracias al satélite.

En menos de veinte kilómetros el paisaje sufría un drástico cambio: de la ostentación más evidente pasaba a la aridez más inhóspita. Planicies rocosas se extendían a ambos lados de la carretera. Como para atestiguar que allí se podía vivir, de vez en cuando se alzaban pequeños poblados cuyas casas a duras penas se sostenían en pie.

—Cuesta creer que Doha era así hace menos de un siglo —comentó Antonio Almaraz con su acento gallego y su traje de lino blanco.

Algunas mujeres con su sombrío atuendo caminaban por la carretera con cántaros de agua y bolsas. Costaba creer el contraste y

costaba creer que, en pleno siglo XXI, en países tan prósperos como los del Golfo, en los que las reservas naturales de crudo y gas podrían garantizar una vida acomodada para la totalidad de la población, la riqueza estuviera en manos de unos pocos. Era como si esa otra parte de la población permaneciera anclada varios siglos atrás, esas mujeres con las que se cruzaban nunca dejarían de ser esclavas de sus hombres. Estaban a años luz de conseguir algún tipo de derecho.

Unos kilómetros más adelante, como si la miseria que acababan de atravesar no fuera con ellos, un imponente castillo árabe de color blanco se alzaba en el lado izquierdo de la carretera. El taxista lo señaló:

—Umm Qarn —dijo cuando abandonó la carretera por una rotonda construida a tal efecto y tomó una calzada secundaria en dirección a la granja.

Desde el cielo, era imposible advertir la magnificencia de la construcción, que destellaba cada vez más a medida que el taxi se acercaba. La entrada principal estaba ubicada en la torre blanca que se divisaba desde lejos. A ambos lados de la misma, como dos brazos enormes, partían murallas con otras torres de menor tamaño, pero de igual suntuosidad. La puerta principal tenía la forma de una ojiva hindú, decorada con rayas doradas cuyo contraste con el color verde aguamarina de la puerta se adivinaba escrupulosamente controlado. El resto de puertas a lo largo de la muralla presentaba la misma decoración.

Una escalinata de mármol con barandilla dorada salía a recibirlos a pocos metros de donde aparcaban los vehículos. Eran exactamente las once de la mañana, la hora prevista para la visita del matrimonio. El sol abrasador y la calima habían decidido no dar tregua en todo el día.

Mientras se despedían del taxista, la lujosa puerta de la entrada principal se abrió, y un hombre de rasgos árabes, ataviado con turbante, pantalón y casaca de color blanco, caminó hacia ellos.

—Ustedes deben de ser los señores Mora.

—Así es —dijo Vadim adelantándose y tendiéndole la mano—, yo soy Antonio, y ella es mi mujer, Rosa.

El hombre solo le dio la mano a él; a Mayra ni tan siquiera le dirigió la mirada.

—Soy Ahmed y seré su guía durante el tiempo que pasen en nuestras instalaciones, los llevaré con el equipo que atiende los caballos —empezaron a subir la escalera de mármol acompañados del hombre—, podrán ver todas las instalaciones, si así lo desean.

—Sería… —empezó a decir Rosa Mora.

—Sería un placer —la interrumpió Vadim alzando la voz sobre la de ella—, en realidad estábamos interesados en la caminadora Skywalker, pero ya que estamos aquí, nos encantará ver las instalaciones que

tienen para los caballos.

Mayra entendió la actitud de Vadim. Algo que, dado el tiempo que llevaba en Europa, casi se le había olvidado. A pesar de sus miradas lascivas, las mujeres occidentales representaban el pecado para los hombres. Si ella destacaba más que su marido, lo considerarían una ofensa, y Vadim perdería su respeto. Aunque le ardieran las entrañas, tenía que mantenerse en la posición que le correspondía.

Nada más acceder al edificio, Mayra se sintió transportada a *Las mil y una noches* de la intrépida Sherezade: exotismo, lujo, sensualidad, color, refinamiento… La entrada principal daba a un patio cubierto, cuyo suelo de mármol se cubría a destiempo con hermosas alfombras persas y *kilims* de vistosos colores y repujados hilos dorados. El techo era de madera noble, cubierto en su totalidad por imposibles mosaicos y celosías con filigranas y arabescos vegetales.

El ambiente del patio era fresco y agradable gracias a las pequeñas piscinas y a la vegetación, cuyo aroma invitaba a dejarse caer en uno de los cómodos almohadones aterciopelados que enmarcaban la estancia.

Una sirvienta con una *abaya* blanca caminaba hacia los recién llegados sosteniendo una bandeja de plata para ofrecerles en silencio un vaso de limonada a cada uno.

—Gracias —le dijo Rosa mirándola a los ojos. La mujer no levantó la mirada en ningún momento.

Ahmed esperó a que la sirvienta se fuera para dirigirse al matrimonio.

—Si me acompañan, empezaremos con la visita.

—Claro, por supuesto —correspondió Vadim.

Caminaron a lo largo del patio, escuchando el repiquetear de los tacones de Rosa Mora en el mármol del suelo; pasaron por nuevas estancias, similares a la que dejaban atrás, hasta llegar al enorme patio que se veía desde el satélite. La pista de treinta metros por setenta, las instalaciones de los caballos a la izquierda, la zona de viviendas a la derecha.

En la pista grande había seis personas intentando controlar a un desbocado caballo. Algunas de ellas tenían rasgos árabes, dos eran occidentales. El caballo, por la forma de cuña de su cabeza y su cola, debía de ser árabe.

—Es Tabirak, un purasangre complicado de someter —explicó Ahmed a Vadim.

—Ya lo creo —asintió el agente con las manos cruzadas a la espalda en su papel de Antonio Almaraz—, ¿va a ser corredor?

—Es un regalo para la hija del dueño, no llegará a corredor.

Más allá, en la pista pequeña, unos potros dóciles atendían las indicaciones del entrenador.

Pasaron por la enfermería y entraron en el enorme gimnasio, donde un bellísimo semental estaba nadando en la piscina con la brida prendida por una soga para atender las instrucciones del entrenador, quien, al ver a los recién llegados, les habló en un perfecto español:

—No hay nada como esto en España, ¿verdad?

—Ni en Europa —apostilló Vadim.

Llegaron caminando a su altura, y, sin dejar de dirigir al caballo, se presentó como Abel Gutiérrez, entrenador internacional de campeones y amigo personal de la familia Arribas.

—Me dijo Juan Arribas que estaban interesados en el Skywalker —dijo al tiempo que le ofrecía su mano a Rosa en primer lugar y a Vadim después.

—Así es —respondió ella—, tenemos una modesta granja en el sur de Portugal y querríamos ver las prestaciones de la caminadora antes de decidirnos.

—Es una inversión que merece la pena… *layazalo, layazalo*. —El caballo estaba subiendo la rampa de salida de la piscina y halaba con fuerza de la soga—. ¡Apártense, rápido! —les gritó alarmado.

Vadim, Ahmed y Rosa obedecieron, justo a tiempo de no ser empapados por el agua que el caballo se empezó a sacudir.

—Muy bien, buen chico —le dijo Abel en árabe al caballo—. ¡Muback! —Y en ese momento apareció un muchacho de no más de quince años con una toalla blanca y se hizo cargo del caballo. Abel se secó las manos y la cara en la toalla, se la devolvió al chico, de nombre Muback, y, con una mirada despierta, se dirigió hacia los recién llegados—. Vamos por aquí, y les enseñaré el gimnasio, donde tenemos el Skywalker.

Unos empleados provistos de fregonas y cubos recogían el agua que el caballo había soltado y fregaban el piso.

—Debe estar todo limpio para el siguiente caballo —les explicó Abel al percibir la curiosidad del matrimonio.

—¿Todos los caballos nadan? —quiso saber Rosa.

—Oh, no, por supuesto que no. A algunos no les gusta, y no los obligamos, pero a la mayoría sí les gusta nadar. Se zambullen solo durante uno o dos minutos. Ahora en estos meses —prosiguió—, los días más fríos, tras el baño o la ducha, utilizamos el solárium para evitar el enfriamiento o las lesiones, o, simplemente, para relajarlos.

—¿Con infrarrojos? —preguntó Vadim.

—Dieciséis bombillas de infrarrojos —asintió Abel.

Pasaron a otra estancia cuyo suelo, al igual que el del recinto donde estaba la piscina, era de caucho. La puerta por la que accedieron estaba custodiada por una ojiva similar en diseño, no en riqueza, a las de la entrada. Había dos plataformas vibradoras para equinos y tres caminadoras; Vadim reconoció una de ellas como el Skywalker. En la

sala no había ningún caballo.

—Aquí está —dijo Abel orgulloso—; como comprenderán, debido al calor, las instalamos dentro.

—Claro, claro.

—Déjenme que les enseñe cómo funciona el control remoto.

Vadim le siguió, y Rosa se quedó rezagada, seguida muy de cerca por Ahmed.

—Cariño, estoy un poco mareada, ¿te importa si salgo fuera?

Vadim y Abel se volvieron preocupados hacia ella.

—Ahmed, trae una limonada con azúcar para la señora —ordenó Abel. Y, dirigiéndose a Rosa, añadió—: Cuesta acostumbrarse a este calor, si sale, cuídese de ponerse a la sombra.

–Gracias.

Una de las puertas del gimnasio, la de entrada de los caballos, daba al enorme patio con las dos pistas y las gradas. A medida que caminaba hacia el exterior, Rosa percibió las miradas de los hombres desde los asientos. Detrás de la balaustrada se encontraba la residencia del jeque, pudo ver el balcón en esquina desde el que tendría que saltar en unos días. Empezó a caminar despacio, pegada a la pared que unía los edificios en los que habían entrado: la enfermería, la piscina y el gimnasio, donde también estaba el solárium. Los dos infiltrados saudíes habían hecho un buen trabajo.

Como cualquier turista, se entretuvo mirando al desobediente caballo Tabirak, cuyo carácter había empeorado desde que lo vieran, minutos antes. Volvió sobre sus pasos, quería estudiar con un poco más de detenimiento el recorrido que tendría que hacer la noche del 16 al 17. Justo cuando iba a adentrarse en el pasillo de unos cuatro metros, franqueado por la enfermería y por el edificio principal, Ahmed apareció con el vaso de limonada. Su semblante reflejaba un odio brutal.

—Gracias, estoy mejor —dijo Rosa tratando de rehusar el ofrecimiento. Pero él continuó con el vaso sobre la bandeja, como si no hubiera escuchado sus palabras—. He dicho que estoy mejor —insistió alzando la voz y dando media vuelta, dejándolo a solas con la limonada y con el sol abrasador.

—Vuelva con su marido —ordenó el árabe adelantándola sin mirarla—, una mujer no puede estar sola aquí.

Pese a la distancia, los observadores de la grada, cuyo interés en Tabirak había sido relegado a un segundo lugar, no perdían ojo del encuentro entre el sirviente y la visitante. Mayra los miró, y en su línea de visión le pareció ver a alguien con unos prismáticos mirando hacia ella desde una de las ventanas de la residencia del jeque. Más tarde, se cuestionaría esa visión, dada la distancia y el sofocante calor.

Cuando entró de nuevo en el gimnasio, Vadim y Abel ya se estaban

despidiendo.

—Es una inversión muy buena, no se arrepentirán.

—Ya lo veo —dijo su compañero admirando la caminadora. Tenía las manos dentro de los bolsillos de los pantalones, igual que el entrenador.

—Si tiene dinero, no se lo piense, le sacará rendimiento.

Vadim sacó las manos de los bolsillos y estrechó con aprecio las manos de Abel, Rosa hizo lo mismo.

—Ha sido un placer, señor Gutiérrez —dijo.

—El placer ha sido mío —respondió inclinándose y besando su mano derecha. A Rosa le hubiera gustado ver la cara de Ahmed, pero se guardó de hacerlo—. Espero que disfruten de su visita a Umm Qarn.

Le agradecieron su atención y salieron del gimnasio acompañados de Ahmed. Tomaron la dirección de la izquierda, con la intención de visitar los establos o la enfermería.

—No, señores, es por aquí —les indicó el guía mostrándoles el camino de vuelta hacia el edificio de recepción.

—¿No vamos a ver el resto de la granja? —preguntó extrañado Vadim.

—Sí, pero antes, permítanme invitarles a un refrigerio.

Vadim y Mayra intercambiaron una desconfiada mirada.

Tabirak había perdido la batalla y ahora caminaba dócilmente en círculos, atendiendo las indicaciones de su entrenador. Los hombres que hacían de público abandonaban la balaustrada y, de vez en cuando, se volvían hacia los visitantes. Mayra tuvo un mal presentimiento caminando tras Ahmed, y Vadim debió de sentir lo mismo, pues cogió su mano y se la apretó.

El árabe los condujo de vuelta al patio de *Las mil y una noches*. Lo atravesaron en silencio. Ya no parecía tan idílico como lo había hecho unas horas antes. Era un espejismo, al igual que todo el país. Recorrieron un alargado pasillo de mármol blanco con tenues vetas doradas, algunos candelabros adornaban las paredes. No había ni un solo cuadro, como mandaba el Corán.

—Sabes hacia dónde vamos, ¿no? —le susurró Vadim.

Mayra asintió, iban en dirección a la residencia del jeque.

—La verdad es que también estábamos interesados en ver los campos de alfalfa —informó Vadim cuando Ahmed les cedió el paso por una puerta con celosía dorada y la cerró tras ellos—. ¿Qué ocurre? ¿Oiga? ¿Ahmed?

El picaporte estaba bloqueado.

—No se molesten —dijo una voz masculina en inglés con un pronunciado acento árabe, —está cerrada.

El dueño de la voz era el jeque Jaber bin Nasser.

«Hasta aquí hemos llegado», pensó Mayra.

57

Día 13, granja Umm Qarn.

—Es un placer conocerle, señor Bin Nasser —saludó educado Vadim en su papel de Antonio Almaraz—, a mi esposa y a mí nos ha fascinado su granja.

El jeque no respondió, mantenía sus dos ojos negros y profundos fijos en Mayra.

Cuando Ahmed cerró la puerta segundos antes, y al verse como ratón en ratonera, Mayra flaqueó. La habían *mordido*[24]. Pero fue tocar suelo, y coger impulso. El pánico que segundos antes estuvo a punto de bloquearla se estaba transformando en determinación. Determinación por encararse a su sentencia de muerte. Sí, porque lo que vio en los ojos del animal que tenía en frente no fue la codicia de un negociante o el orgullo de un vencedor; lo que vio fue rabia, aversión, aborrecimiento y odio. El mal más austero en su estado puro. La espalda de la exagente se irguió, y sus ojos sostuvieron desafiantes la mirada del jeque.

—La *conosssco* —dijo al fin en español y, tras dejar pasar unos segundos, añadió mirando a Vadim—: y a usted.

En ese preciso instante, dos de los hombres que Mayra estaba segura de haber visto en la balaustrada irrumpieron con bastante estruendo y prendieron a Vadim, quien, al intentar zafarse, recibió un puñetazo que le rompió la nariz. Se lo llevaron a rastras, dejando un reguero de sangre sobre la alfombra persa que cubría todo el suelo de la habitación. Mayra permaneció inalterable, cualquier movimiento se hubiera saldado con un golpe sobre su cabeza que podría dejarla inconsciente. Los árabes golpeaban a sus mujeres en la cabeza para aturdirlas.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó cuando los sicarios desaparecieron con su compañero.

El jeque se aproximó y, cuando estaba a menos de un metro, alzó el brazo derecho para descargar un brutal golpe sobre su cabeza. Pero Mayra se adelantó: su brazo izquierdo lo sujetó por sorpresa, y aprovechó para darle un cabezazo en su mandíbula. No llegó a partírsela, pero el golpe lo cogió tan desprevenido que, lejos de

enfurecerlo más, empezó a gritar asustado, y al momento, otros dos esbirros entraron por la misma puerta por la que había desaparecido Vadim. La zarandearon con violencia, propinándole golpes en la cabeza. Finalmente la amordazaron, y, antes de perder el conocimiento, la exagente pudo detectar el olor dulzón del cloroformo.

—¡Despierta, puta!

La voz parecía proceder de las profundidades de la tierra. Sintió una bofetada helada en su rostro, y por sus fosas nasales y boca corría agua. Abrió los ojos y un puñetazo de agua le nubló la vista.

—¡Zorra, despierta!

Se asfixiaba. Intentaba respirar, pero la tos se lo impedía. Tenía las manos prendidas a la espalda. Creyó caerse de la silla por la fuerza de la tos. Alguien le tiró del pelo hacia atrás, manteniéndole la cabeza erguida. Tragó el agua que tenía en la garganta y volvió a toser. Su cabeza volvió a quedar libre y se inclinó para dejar salir el agua de la tráquea. Empezó a respirar, primero como si le fuera la vida en ello, luego con mesura, recuperando, poco a poco, el control sobre su mente.

Intentó abrir los ojos, pero había una luz que la apuntaba directamente y se lo dificultaba. Tosió con más virulencia y escupió sangre. Las costillas le dolían a rabiar, o la habían golpeado o era el esfuerzo por toser. La misma mano volvió a tirar con saña de su pelo hacia atrás, obligándola a mantener la barbilla por encima de su posición normal. Así, con los ojos a medio abrir, pudo distinguir la silueta de un hombre frente a ella. La cabeza le daba vueltas, y tenía mucho frío.

—Mi… marido —empezó a decir con un hilo de voz.

La silueta que tenía enfrente se acercó hasta ella y, antes de que pudiera distinguir su rostro, le propinó una bofetada con la mano abierta. La intensidad del golpe hizo que la mano que le sujetaba la cabeza se quedara con parte de su cabello, pero ella no se quejó.

«Bien», se dijo, «me *mordieron*. Saben quiénes somos y qué hemos venido a hacer».

A partir de ese momento, volvió a adueñarse de su mente como ya lo hiciera antes, aunque no supiera cuánto tiempo era ese *antes*, frente al jeque. Centró su mente y la alineó con su ser. Era algo que le habían enseñado a hacer en sus tiempos de aprendiz, tanto en la Academia de Toledo como en la escuela del CNI. Podían infligirle todo el daño que quisieran, el dolor solo penetraría el cuerpo físico, no su mente. Recompuso sus fragmentos y alzó la vista, hasta donde la mano que sujetaba su cabellera se lo permitió, fijándola en un punto cercano al haz de luz.

Su captor la estudiaba, tenía algo entre las manos con lo que jugaba. Su silueta era enjuta, no era el jeque. Transcurrió tiempo en esa situación, Mayra no podría precisar cuánto. Ya no sentía frío. Sabía que ellos no iban a negociar, como en un principio pudiera haber pensado, intentarían sacarle lo que pudieran sobre el CNI, pero no saldría viva de allí.

La delgada silueta empezó a moverse, evitando entrar en el haz de luz donde pudiera ser visible. Debió de hacer una señal, imperceptible para Mayra, y la mano que asía su cabellera la soltó, pero ella permaneció con la cabeza erguida. La silueta se aproximó por su derecha y extendió la mano frente a ella. Colocó el puño cerrado ante sus ojos y dejó caer un colgante que empezó a balancear prendido de su dedo índice.

—¿No lo reconoces? —preguntó la voz en español.

La exagente bajó la mirada y, poco a poco, el colgante dejó de mecerse. En su mente gritó, se revolvió, tiró de sus grilletes hasta hacer sangrar sus muñecas y tobillos, sintió el dolor, lo insultó, recibió golpes y le volvieron a arrancar pelo de su nuca. Pero todo ocurrió en su mente, pues su rostro continuó inexpresivo, y su cuerpo inmóvil.

—¿Sabes lo que dijo antes de morir? —preguntó la silueta con un tono de perversa satisfacción.

No recibió respuesta.

—Dijo: «Estáis cometiendo un error». —La silueta se rio sin ganas—. El muy cretino, ¡ese fue su error! Verás, zorra, piensa, ¿por qué un niñato a punto de morir va a decir algo así? ¿Acaso es hijo, esposo o hermano de alguien importante en su país? ¿O es él la celebridad?

Recogió el colgante del que prendía la otra mitad de la medalla que Mayra le regalara en su día a Raúl, cerró el puño y volvió a su posición inicial.

58

Día 14, granja Umm Qarn.

—No fue muy difícil, ¿sabes? —empezó a decir divertida la delgada silueta—, pero no somos tan malos y, bueno, decidimos que con la culpabilidad por la muerte de un hijo no representabas ninguna amenaza. Además, dejaste el CNI —la silueta empezó a juguetear de nuevo con el colgante de Raúl—. Pero no te podías estar quieta y empezaste a inmiscuirte en el asunto de los Mena y sus violines y, por si eso fuera poco, trajiste a un viejo conocido del MI6. ¡No pudimos resistirnos! Lo entiendes, ¿verdad? Dos de los mejores agentes cuyas jefas han hecho lo imposible por acabar conmigo. Os puse el caramelo, y estuvisteis a punto de caer.

—Te refieres al atentado de Estambul —dijo Mayra con voz ronca, la tos la había desgarrado por dentro. Su actitud era pausada, pese al esfuerzo, vocalizó cada palabra, esbozó una media sonrisa. No le iba permitir, a quien quiera que fuese, dignificar los golpes con su dolor.

La luz del foco se apagó. Mayra pensó que había llegado el momento, pero tras unos instantes de oscuridad, escuchó que los pasos se alejaban. Aún sentía la presencia de alguien a su espalda. Otra luz, menos intensa, esta vez prendida del techo, se encendió, y los ojos de la exagente empezaron a relajarse. Sin desviar la vista del hombre que caminaba hacia ella, pudo distinguir el contorno de la habitación: paredes blancas ennegrecidas, restos de sangre coagulada en el suelo, intuyó la puerta a su espalda.

—Sí —respondió el hombre con actitud prepotente—, me refiero al atentado de Estambul. El objetivo secundario era reventar la cumbre; el prioritario, matarte a ti y a tu compañero.

Se acercó a menos de un metro de ella.

Mayra lo observó sin reflejar ninguna emoción en su rostro. Frente a ella había una imagen que conservaba algunos vestigios de lo que un día fue. Sad Al Kabi había pasado por un cirujano. No una ni dos, sino varias veces. El rostro que tenía no se podía haber conseguido en una sola operación. Sus rasgos árabes habían desaparecido por completo, en su lugar, una amplia frente con algunas arrugas finalizaba con el pelo negro peinado hacia atrás; los párpados caían sobre los ojos

causando la sensación de que eran más pequeños que antes; los pómulos habían sido retocados hasta crear unas mejillas hundidas, con dos hoyuelos que antes no estaban; la nariz alargada y con un ligero caballete. Su aspecto no tenía nada que ver con la raza árabe. Podía pasar perfectamente por un europeo, pues lucía el *pack* de rasgos arios al completo.

El hombre se acuclilló hasta ponerse bajo su mirada, blandiendo de nuevo el colgante con la media medalla de Raúl.

—¿Por qué lo has guardado todos estos años? —preguntó, rompiendo a toser cuando dejó de hablar.

—Umm, así que la reconoces… —dijo complacido el terrorista—. Se aferraba a ella cuando lo decapité.

Mayra sintió nauseas en la boca de su estómago, pero trató de controlarlas.

—Era algo especial para él —continuó Sad Al Kabi rozando la mejilla de Mayra con sus afilados y huesudos dedos—, algo que su importante madre, su padre o su esposa le había regalado. Dejé que la otra mitad llegase a las manos de las que procedían y, *¡voila!* —exclamó sosteniendo el mentón de Mayra, quien no pudo reprimirse y le soltó un escupitajo, mezcla de moco verde, sangre y demás fluidos intestinales. El terrorista le asestó dos puñetazos en sendas mejillas, Mayra sintió que la persona que tenía a su espalda sujetó la silla para que no se cayera al suelo. Cuando terminó, Sad Al Kabi se limpió la cara e introdujo los restos del escupitajo en la boca de Mayra.

—Es tuyo —dijo con deleite.

Mayra se esforzó en levantar la cabeza. No había calculado la respuesta del jeque, lo del escupitajo fue una reacción, algo instintivo. Ella ya conocía la violenta muerte que había tenido su hijo y era un dolor con el que había aprendido a vivir. Pero escuchar cómo el asesino se regocijaba en sus narices… Si se hubiera acercado un poco más, le habría dado un cabezazo, pero no pudo ni quiso reprimir el impulso. Para un árabe, que una mujer le escupiera era un insulto. No tendría que haberlo hecho, pues se arriesgaba a ser golpeada hasta perder el conocimiento, y eso era algo que no podía permitirse. Perder el conocimiento era perder el control de la situación. Mientras estuviera consciente, habría posibilidad al menos de mantenerse viva por más tiempo. Desde la Sala 30A habrían visto que no habían salido de la granja, tenía que ganar tiempo.

—El MI6 no tuvo nada que ver con lo que pasó en Dubái —aventuró. Cuando le seguía la pista desde Arabia, Mayra sabía que Sad Al Kabi era orgulloso y pedante, le gustaba hablar y contar sus logros al pueblo musulmán a través de la televisión Al Jazeera. Mayra estaba segura de que el terrorista se moría por contarle el ingenioso plan que había trazado para vengarse del servicio secreto español y del

británico, pero no podía percibir que ella quería sonsacarle.

—Cierto —dijo volviendo a guardarse el colgante en el bolsillo—, pero sí tuvo que ver con lo que le pasó a mi familia. —Sus ojos acecharon cada milímetro del rostro de la exagente y, por su expresión, dijo—: ¿Qué? ¿No lo sabías? ¿No sabías que tu jefa y esa zorra del MI6 formaban parte de una operación en la que asesinaron a mi familia? —y empezó a aplaudir realmente emocionado.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó ella tratando de ocultar su desconocimiento.

—En Kabul, en el 2000.

En el año 2000 ella aún estaba en la Embajada de Arabia, y Directora estaba de agregada en la Embajada de Kabul.

—La sangre de mi familia le valió el cargo a tu jefa, ¿sabes? Y a la otra.

No era del todo cierto. Directora estuvo en Washington antes de ser nombrada jefa del CNI, pero no era el momento de llevarle la contraria.

—Y no tuvo bastante con eso, sino que metió a esos dos en el banco de Dubái y no paró hasta cogerme —continuó resentido.

—Y te entregó a la CIA —añadió, más como una reflexión en voz alta que como una aclaración.

El hombre la miró asombrado. Rio, esta vez con más ganas, y volvió a aplaudir.

—¡O esa mujer es brillante o tú eres estúpida! ¿Cómo logra engañarte tan bien? ¿En serio te dijo que me entregó a la CIA? No te culpo, tu hijo estaba recién muerto, no estabas en tus plenas facultades.

En mitad de la confusión que reinaba en esos momentos en el cerebro de Mayra, logró recordar las palabras de Directora en la cabaña de Burgas, el día en que se despidieron:

—Creemos que el jeque Bin Nasser y Acnur al Bassad tuvieron relación con la muerte de Raúl.

—¿La CIA se llevó a Sad Al Kabi o lo mantiene en alguna de sus cárceles? —se refería a las cárceles que mantenían en Irak, Arabia, Pakistán y demás países de Oriente Próximo.

—*Selollevó*.

Recordó entonces que la rotundidad de su respuesta, y el ritmo, más acelerado que de costumbre, la alertaron. Pero no hizo caso a esa señal, cierto era que tenía otras cosas de las que ocuparse. Pero ¿cómo no se había dado cuenta antes del extraordinario dominio que el terrorista tenía del español?

—Te operaron en España —dijo certera—, para que ningún otro servicio secreto pudiera reconocerte, y te mandaron de vuelta —pensó

sus palabras— como agente doble.

El terrorista la miró complacido.

—Bien, bien, vas bien, igual te he subestimado.

—Así, mi servicio supo quiénes fueron los responsables de la muerte de Raúl, además de ti, y eso explica las repetidas derrotas que ha sufrido el Estado Islámico en los últimos años —dijo recordando la noticia que leyó en el periódico el mismo día que recibió la llamada de Helena. Sad Al Kabi asentía conforme ella hablaba—. Y ahora vuelves a tu bando.

—Verás —dijo mesándose el pelo hacia atrás—, es complicado de explicar, pero seguro que lo entiendes —y acercándose a ella, como si tratara de evitar que alguien lo escuchara, dijo—: Yo nunca cambié de bando. Nunca estaría al lado de Occidente ni al lado del asesino de mi familia, y menos si es una mujer.

Mayra se tomó unos segundos para asimilar la información. Tosió de nuevo, escupiendo sangre. La cabeza le iba a estallar, y hacía rato que había dejado de sentir las extremidades.

—Así que por eso sabíais que veníamos —dijo al fin.

—Sí, debes entender una cosa: mi riqueza, la de mi amigo Jaber bin Nasser y la de otros miles de millonarios de Oriente están al servicio del islam. Nuestra riqueza compra tecnología mucho antes de que tu Gobierno decida destinar una parte de sus presupuestos a vuestro servicio secreto. Estamos a años luz de distancia —se regocijó.

El día en que almorzaron en Burgas, alguien dijo algo similar, ¿Ashley? ¿Vadim? No lo recordaba. Pero tenía razón.

—¿Me vas a matar?

—Mayra, Mayra —dijo con condescendencia mientras se incorporaba—, ¿o debo decir «Wonder Woman»? No, no, mejor «Doble V»… Aún no te has enterado de qué va todo esto, ¿verdad? Tú eres nuestro caramelo, ¿o acaso crees que te van a dejar sola? Sabes tan bien como yo que alguien vendrá a por ti, tienes que estar presentable…

Sacó un pañuelo negro del bolsillo de su camisa, se lo alargó a la persona que había tras Mayra, y esta le tapó los ojos a la exespía. Le desataron los pies y la obligaron a caminar, pero tenía las piernas tan rígidas y entumecidas por la falta de movimiento y la tensión de las bridas que apenas se tenía en pie.

—¡Cógela! —ordenó el terrorista.

La persona que se había mantenido a su espalda le pasó el brazo por la parte trasera de las rodillas y la alzó. Percibió un cuerpo fornido, alguien de constitución fuerte. Olía a humedad y a tabaco. Salieron fuera de la habitación y recorrieron un sinfín de pasillos, el terrorista iba delante de ellos.

—Aún no hemos acabado contigo —le dijo—, pero otros

compromisos me reclaman por hoy.

Escuchó que una puerta se abría y se volvía a cerrar. El que la tenía cogida continuó atravesando unos cuantos pasillos más. El terrorista había desaparecido, pues no volvió a notar su presencia. Por el olor a humedad y a excremento, Mayra pensó que debían estar bajo la fortaleza, próximos a los establos. Poco a poco, se fueron deteniendo, y escuchó que quien la tenía cogida ordenaba a alguien en árabe:

—¡Abre!

Escuchó el oxidado vacilar de un cerrojo y el quejido de las bisagras de una puerta. La introdujeron en una habitación, la dejaron en el suelo y la obligaron a flexionar las piernas. Dado el estado de Mayra, apenas puso resistencia, cayó sobre una especie de catre. Sin decir palabra, le desataron las manos y le quitaron el pañuelo negro de los ojos. Antes de que pudiera acomodar la vista al nuevo lugar, su guía desapareció, cerrando la puerta y echando de nuevo el enorme cerrojo.

Cerró los ojos y se frotó las muñecas, las tenía en carne viva. Se llevó la mano al rostro, lo tenía hinchado. El labio superior estaba partido, pero la mandíbula y la nariz, pese al lacerante dolor, estaban en su sitio. Al menos, había sobrevivido a ese día.

Recostó la espalda contra la pared y fue cuando reparó en la pared de enfrente. No estaba sola en la celda. Frente a ella, había una mujer en un estado lamentable. Estaba inconsciente. Mayra se arrastró por el mugriento suelo para verle el rostro. Había sido golpeada con saña en la cara, aun así la reconoció: era la mujer infiltrada del servicio secreto saudí.

59

Día 16, 21:00. Granja Umm Qarn.

Mayra nunca pudo precisar el tiempo que su compañera de celda estuvo inconsciente. No tenía noción de nada, ni siquiera si era de día o de noche. Una bombilla con luz mortecina permanecía encendida. Si la luz no hubiera sido tan tenue, hubiera apreciado con más detalle la celda de paredes de adobe en la que estaban. Eso explicaba la temperatura en su interior, siempre la misma; el adobe es un material con una gran inercia térmica, por lo que también era imposible saber si era de día o de noche.

Cuando planificaron la operación, desde el satélite no apreciaron ninguna construcción de adobe en el recinto, así que, o estaban debajo de alguno de los edificios o las habían trasladado. Se inclinaba más por la primera opción, dados los interminables pasillos recorridos en brazos del hombre de Sad Al Kabi, y además, creía que estaban próximas a la zona de los establos.

La habitación medía unos tres metros de largo por dos de ancho y tenía un respiradero de apenas quince centímetros en el techo. En uno de los rincones había un cubo para las necesidades. El catre sobre el que se sentaba estaba formado por una pila de alfombras viejas y malolientes.

En algún momento, les llevaron algo de pan y una escudilla con agua. A pesar del ruido que hicieron al abrir la trampilla de la puerta, su compañera continuó durmiendo.

Se escucharon voces de hombre hablando en árabe y pasos que se arrastraban. Puertas que se abrían y se cerraban, bisagras y cerrojos que despertaban. No eran las únicas, supuso la exagente, a Vadim también debían de tenerlo prisionero en otra celda, si es que no lo habían matado.

Bebió un poco de agua y empezó a lamerse las heridas de las muñecas. Se llevó una de las manos a la parte de atrás de la nuca; donde el pelo había sido arrancado, le dolía una barbaridad. Reflexionó. Desde el satélite habrían visto que no habían abandonado la granja y que nadie se había presentado en la casa de los saudíes a por las armas. Pero ¿cuánto tiempo había pasado desde el día 13 en

que los capturaron?

—¡Eh! ¡Despierta! —intentó llamar a su compañera. No tuvo éxito.

Se enfadó con Directora. Ahora entendía su recelo con la operación. Si su amiga le hubiera contado la verdad sobre Sad Al Kabi… si la hubiera informado de que el CNI lo reclutó… hubieran planeado la operación de otra forma. Sus sospechas sobre la contratación de Helena en la gestora de los Mena y la aparición de María pocos meses después en la vida de Ricardo eran reales. Debió seguir sus corazonadas, hay muy pocas casualidades en la vida.

Su mente volvió a pensar en Helena, y sintió que la angustia le subía por las entrañas y le amargaba el paladar. Imaginársela sola el resto de su vida la afligía. En su infancia, no había sido feliz, y en la madurez, a duras penas lo era. Quería estar ahí con ella, quería ser la madre presencial que nunca tuvo.

A punto de caer rendida por el cansancio, la mujer saudí se revolvió en su catre. Sudaba y se agitaba con violencia.

—*Hudu'* —le susurró con delicadeza, lo que significaba *tranquila* en su idioma—, *hudu'*.

La mujer abrió hasta la mitad uno de sus magullados ojos. Lo mantuvo abierto unos instantes y luego volvió a cerrarlo. Estaba semiinconsciente y volvió a dormirse. Mayra trató de despertarla, pero no fue posible. Apoyó su cabeza en la pared y cerró los ojos. Debió de quedarse dormida, pues unas explosiones hicieron que se despertase sobresaltada. Eran muy seguidas, parecía como si los estuvieran bombardeando, por un instante, tuvo la ilusión de que las iban a rescatar y empezó a apoyar las manos en la pared para incorporarse.

La saudí volvió a abrir el ojo por la mitad y, al ver el estado de alerta de la exagente, dijo en su idioma:

—Es por la fiesta.

¿La fiesta? Mayra se quedó pensativa. De pronto, recordó la fiesta de la hija del jeque, el cumpleaños de Zayanne, y su esperanza se desvaneció.

—¿Sabes cuántos días llevas aquí? —le preguntó en árabe.

—Llevo un día más que tú.

—Entonces, ahora es de noche —reflexionó Mayra, la saudí asintió sin incorporarse—, y hoy es la víspera de la fiesta de Zayanne. —Su compañera no respondió. Eso suponía que llevaba cautiva casi tres días, ¿tanto tiempo la habían tenido inconsciente? Su pulsera, joyas y zapatos habían desaparecido. Del elegante conjunto de dos piezas con el que se presentó en la granja solo quedaban jirones: unos pantalones sucios llenos de manchas de sangre y una blusa desgarrada cuyos botones a duras penas resistían. Los zapatos habían sido sustituidos por dos zapatillas mugrientas sin cordones que prefirió no quitarse.

Según recordaba, los fuegos artificiales empezaban a las nueve de la

noche, y los conciertos a las diez. Podrían haber cambiado, claro, pero aferrarse a aquella probabilidad era mejor que nada.

Le ofreció el agua que quedaba en la escudilla a la agente saudí, pero ella la rechazó. Mayra bebió un poco y comió un trozo de pan. Apoyó las manos en la pared y se ayudó a levantarse. Las costillas le dolían a rabiar y sentía las piernas débiles por la falta de movimiento. Se estiró todo lo que pudo y comenzó a caminar de un lado a otro de la celda. Si había alguna oportunidad de salir de allí, ocurriría esa noche, estaba segura. En los años posteriores, Mayra recordaría la certeza que la invadió aquella noche, nunca tuvo una sensación similar o, si la tuvo, no acertó de pleno como lo hizo aquella noche del 16 de marzo. Estaba convencida de que sus amigas no la habían abandonado y de que el plan de salir de allí solo había variado en la forma. Empezó a contar los segundos. Cuando llevaba media hora, su compañera intentó levantarse con más dificultad que ella. La ayudó y empezó a caminar por la celda, igual que Mayra, pero con un paso vacilante. Llevaba un día más que ella sin moverse y se habían ensañado con ella más que con Mayra.

—¿Saben quién eres? —preguntó la exagente en voz baja.

—Sí, por eso aún me mantienen viva, les interesa estar bien con mi país.

Arabia Saudí seguía siendo cuna y refugio para terroristas.

—Creo que tienes razón —dijo la saudí deteniéndose para recobrar el aliento—, si ocurre algo, será esta noche.

—¿Ellos lo saben?

—No creo que piensen que nos atreveremos a hacer algo así, la familia del jeque está aquí, y hay invitados muy importantes, habrán doblado la vigilancia.

—¿Qué hay de tu compañero?

—No lo sé —dijo la saudí encogiéndose de hombros—, nunca entramos juntos a trabajar, no sé si lo han cogido.

Según el conteo de los segundos, eran las once de la noche cuando escucharon unos pasos que se acercaban. La trampilla de la puerta se abrió, y alguien introdujo una nueva escudilla y otro trozo de pan. Compartieron el pan y reservaron la mitad del agua de la escudilla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mayra.

—Haydée.

Claro, Anita Sierra les dijo sus nombres: Haydée y Ayman.

—¿De qué parte de Arabia eres? —quiso saber mientras dividía su trozo de pan en cuatro partes ante la atenta mirada de Haydée.

—Nací en el norte, en Arar, ¿lo conoces?

Mayra asintió.

—Es una zona preciosa.

—Yo sé quién eres tú —dijo la saudí antes de llevarse un trozo de

pan a la boca—. Trabajaste en mi país, y hay mucha gente allí que te estima.

Mayra sonrió agradecida.

—Fueron unos años muy buenos. Pero tú apenas debías de tener quince años cuando yo estuve allí. ¿Por qué una mujer saudí decide entrar en el ejército?

—Mi familia era rica, y los Hermanos Musulmanes le pedían dinero constantemente. Hasta que un día mi padre se negó. Lo mataron, mataron a mi madre, a mis hermanas y a mí. Me dispararon, pero no morí, ellos pensaron que sí —dijo enseñándole una cicatriz en su magullado hombro.

—Te entiendo.

—Sé que lo haces —dijo mirándola con esa mirada que solo dos personas que han pasado por lo mismo saben reconocerse.

Apenas habían pasado quince minutos cuando volvieron a escuchar unos pasos rápidos y como si algo se arrastrase por el suelo. Las mujeres guardaron silencio. Cuando los pasos y el extraño sonido llegaron a la altura de la celda, se detuvieron. Alguien descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Afuera estaba oscuro, y, a duras penas, bajo la mortecina luz de la bombilla, pudieron reconocer al compañero saudí de Haydée, el otro infiltrado.

—Ayman —pronunció la mujer.

—¡Vamos, rápido!

El hombre llevaba el uniforme de los guardias y arrastraba el cuerpo de uno de ellos. Lo ayudaron a introducirlo en la celda, lo colocaron bajo las alfombras y simularon otro cuerpo bajo el catre de Haydée.

—Poneos esto —ordenó el recién llegado lanzándoles dos *abayas* negras. Mayra ayudo a Haydée, y ella hizo lo mismo con Mayra. Dejaron las escudillas al lado de la trampilla, echaron el cerrojo con cuidado de no hacer ruido y caminaron por el pasillo detrás de Ayman.

—¿Y Vadim? ¿Mi compañero?

Ayman no respondió. Se aproximaban a la silueta de una mujer apoyada contra una pared y vestida también con una sombría *abaya*. La mujer parecía esperarlos al final del oscuro corredor. Haydée y Mayra dudaron por unos instantes si seguir a Ayman, ¿y si era otra emboscada?

—¡Vamos! —repitió el hombre con insistencia.

Obedecieron y cuando llegaron a la altura de la mujer, a pesar de la pobre luz, Mayra pudo distinguir sus ojos: color miel el de la izquierda y verde el de la derecha. Se llevó la mano a los labios para ahogar un grito de alegría. Los ojos de Vadim se emocionaron al verla.

Subieron unas escaleras de adobe, y un penetrante olor a excremento de caballos los aturdió momentáneamente. Estaban bajo

los establos.

A medida que subían, el olor se hacía más intenso, y empezaron a escuchar relinchos de caballos. Los fuegos artificiales debían de haberlos asustado. Había caballos sueltos, y se escuchaban voces de hombres que, en un intento de controlarlos, los asustaban aún más.

Se agazaparon en el muro que separaba las plantas. La salida estaba al otro lado de la cuadra, y, en el pasillo, varios caballos peleaban con unos diez guardias. No podrían atravesarlo sin que los vieran.

—Esperad aquí —les indicó Ayman.

El hombre se mezcló en la cuadra con el resto de sus compañeros y, entre la confusión y el ruido de los caballos, empezó a abrir los boxes. Los caballos salieron en tropel, arrollando todo lo que se interponía en su camino. Era el momento de salir de allí, y lo aprovecharon. Salieron de las caballerizas y se unieron al caos.

Los caballos corrían desbocados en todas direcciones: las pistas, la enfermería, las viviendas… Pero ellos se mantuvieron unidos, bordearon las caballerizas y llegaron hasta la parte trasera. Desde allí, corrieron, la vida les iba en ello, y, a trompicones, se adentraron en los campos de alfalfa y las plantaciones de palmeras.

60

Día 16, 23:30. Granja Umm Qarn.

Se escucharon disparos, pero no iban en su dirección. Los guardias trataban de guiar a los caballos de vuelta a los establos.

Ayman ayudaba a Vadim a correr entre los pastos, el espía del MI6 cojeaba de la pierna derecha; Haydée, que a duras penas podía caminar, se sostenía del hombro de Mayra. Iban campo a través, hacia el norte del recinto. Si alguien los veía, serían un blanco perfecto, pues las palmeras apenas medían más de medio metro.

—No puedo más —se quejó Haydée.

Mayra callaba, sus piernas parecía que habían recobrado la vitalidad, pero el lacerante dolor de las costillas le impedía respirar con normalidad, y se estaba fatigando.

—Ya queda poco, un poco más —la animó su compañero volviendo la vista hacia las dos mujeres.

Tras diez minutos corriendo, unos disparos pasaron cerca de ellos. Ahora sí los habían descubierto.

—¡NO OS PAREIS! —gritó Ayman.

Continuaron agazapados, lo que ralentizó el avance. Mayra miró angustiada al cielo, imaginó a Ana Sierra, a Directora, a Nicolás y a Tyra con el corazón en un puño, seis mil metros más arriba, deseando que los cuatro puntos verdes estuvieran a salvo de una puñetera vez.

Los disparos zumbaban cada vez más cerca. Avanzaron un poco más y, de repente, el saudí gritó:

—¡AL SUELO! ¡YA!

Obedecieron sin saber a qué atenerse, y una ráfaga de balas silbaron por encima de sus cabezas, pero en sentido opuesto. La exagente reconoció de inmediato una de las ametralladoras que Ana Sierra les había conseguido para la misión. La evidencia de que había alguien más esperándolos les insufló una nueva dosis de energía.

—¡Vamos! —volvió a ordenar Ayman.

Animados por la certeza de que el final estaba cerca, a pesar de estar agazapados, recorrieron el último trecho llevando al límite sus reservas. Era el momento, pues sus perseguidores quedarían aturdidos por unos segundos al recibir fuego enemigo y tardarían un poco más

en reaccionar. Cuando lo hicieron, otra ráfaga de balas silbó al lado de Mayra, y Haydée fue alcanzada en la cadera. La exagente estuvo a punto de perder el equilibrio, pero la sostuvo con todas sus fuerzas y, a rastras, continuó avanzando. La *abaya* le pesaba y se enganchaba con los pastos, Mayra estaba al borde del colapso.

—No me dejes aquí, por favor —le suplicó la agente saudí.

Mayra no respondió, todas sus fuerzas estaban centradas en esos últimos y eternos metros.

—¡AL SUELO! —volvió a gritar Ayman.

Mayra se tiró al suelo tratando de cubrir a Haydée, pero la saudí se las arregló para cubrir con su cuerpo a Mayra. La ametralladora de Ana Sierra volvió a barrer el campo de alfalfa y palmeras.

—¡Vamos! —le ordenó a la saudí. Intentó levantarse, pero las piernas le fallaron, y Haydée se zafó de sus brazos.

—¡Corre, vete tú!

No le hizo caso, se incorporó con dificultad, la levantó y tiró de ella. Ayman corría hacia ellas y sujetó a Haydée por el otro lado. El perfil recortado de un todoterreno apareció a unos metros, el motor estaba en marcha. Vadim estaba tratando de subirse al asiento trasero.

La alambrada que cercaba la propiedad había sido cercenada, y la atravesaron sin dificultad. El saudí y Mayra ayudaron a Haydée a subir al asiento trasero, Vadim tiró de ella y a continuación ayudó a Mayra. La exagente cerró la puerta en el momento en que la conductora, pues iba vestida con una *abaya*, pisó a fondo el acelerador levantando una nube de polvo.

—¡Agachaos! —volvió a ordenar Ayman desde el asiento del copiloto.

Los disparos continuaban, pero el todoterreno había cogido velocidad, y la distancia era insalvable para los ciento cincuenta o doscientos metros de sus fusiles de asalto. Permanecieron agachados unos minutos más, Mayra presionando la herida de Haydée, y Vadim intentando que no perdiera la consciencia.

—Estamos a dos kilómetros del helicóptero, hay suero y bolsas de sangre —anunció en árabe una familiar voz femenina. Mayra se incorporó—. No te puedo dejar sola, ¿eh? —dijo Directora mirándola por el retrovisor.

—Cabrona, atiende a la carretera —la interpeló fingiendo enfado.

El todoterreno cruzaba velozmente el desierto campo a través, con los faros apagados. Pasados unos minutos, el contorno de un sigiloso Silent Hawk apareció en mitad de la nada. Este tipo de helicópteros pertenecían a la fuerza aérea británica, aunque también a la estadounidense. La exclusividad de su tecnología lo hacía invisible a los radares; su cola aerodinámica tenía una especie de hélice diseñada para minimizar el ruido. El motivo por el que permanecía a dos

kilómetros de distancia del punto de encuentro era, simplemente, para evitar cualquier tipo de daño que lo obligara a quedarse en tierra. Eso supondría arriesgarse a que su tecnología fuera copiada.

—¿Vamos a Mina Salman? —preguntó Vadim.

—Correcto —respondió la conductora.

En Bahrein estaba Mina Salman, la base aérea británica en Oriente Medio.

—Por cierto —empezó a decir Mayra—, tu chico te engañó, lo sabes, ¿no?

Vadim las miraba, primero a una, luego a otra, sin saber de qué estaban hablando. Ayman miraba atento al helicóptero.

—Sí, lo sé.

—Te propongo un último intento —dijo la exagente alzando la voz con todo el coraje que pudo reunir. Percibió la mirada de Vadim a su izquierda y la de Directora por el retrovisor mientras llegaban al helicóptero y reducía la velocidad del todoterreno—. Tú y yo; sé dónde están Acnur y María. Mi fuente es limpia, no tiene nada que ver con el CNI.

La silenciosa hélice del helicóptero empezó a rotar. Un militar bajó para asistirlos.

—Mayra —le dijo Vadim en tono suplicante antes de bajar del coche—, vámonos de aquí, esto ha sido una trampa. Aceptemos este fracaso, ya planearemos otra y los aniquilaremos.

—¿Dónde están? —interrumpió Directora.

Mayra sonrió, y Vadim bajó del coche. La exagente conocía a su jefa y amiga. Sabía que no podría dejar pasar la traición de Sad Al Kabi.

—Se ocultan en una casa en Kut —dijo Mayra bajándose del coche con dificultad—, tengo las coordenadas.

—Tardaríamos veinte horas en llegar en coche —repuso Directora ayudando a su amiga—; demasiado arriesgado, y es una información sin contrastar.

Ayman y el militar inglés ayudaban a Haydée a subir al helicóptero.

—Cojamos las armas del maletero y al helicóptero, ¡ya! —ordenó Directora—. Hablaré con Ashley.

Los tres cogieron las armas y las llevaron al helicóptero. Las luces de los vehículos que los perseguían se acercaban. El militar inglés ayudó a Vadim con las armas, el saudí tendió las manos hacia Mayra y la asió para subir en el momento en que el helicóptero furtivo empezó a levantarse del suelo, con mesura al principio y con celeridad en cuanto todos estuvieron arriba. Directora dio indicaciones a los pilotos, y el Silent Hawk empezó a desplazarse a medida que ganaba altura.

Desde el suelo, los disparos continuaban, por suerte, la tecnología del helicóptero furtivo lo hacía prácticamente invisible en mitad de la

noche. Mientras ascendían y se alejaban de allí, Mayra divisó las luces de Umm Qarn y supo que no sería la última vez que visitara esa granja, pero la próxima vez sería muy distinto. Se lo prometió, por Raúl.

Haydée estaba siendo atendida en una camilla. El militar, en cuyo uniforme se podía distinguir la bandera británica, le había practicado un torniquete, y la herida, pese a la altura, había dejado de sangrar. Le suministraba suero, y parecía que se estaba estabilizando. También le había suministrado a Mayra algunos calmantes y desinfectado con suavidad las heridas de su rostro.

Vadim, cuya pierna había sido inmovilizada con una especie de férula, descansaba a junto a Mayra. Fuera, estaban a punto de abandonar Catar y atravesar el pequeño golfo que lo separaba de Bahrein.

Directora dejó la cabina de los pilotos y se sentó al lado de los pasajeros.

—Estamos esperando la autorización de Ashley —dijo mirando a Mayra—, ¿tienes las coordenadas?

La exespía las había memorizado antes de deshacerse de las fotos en el hotel. Se las transmitió, y ella volvió a la cabina de los pilotos.

—Iré con vosotras —anunció Vadim.

—Ni lo sueñes, estás herido —objetó Mayra señalando su pierna.

—Me quedaré en el helicóptero, por si necesitáis algo.

La exagente estuvo a punto de decirle que sería un lastre más que una ayuda, pero se contuvo.

—No, Vadim, esto es cosa nuestra.

Y lo era.

Para Directora se había convertido en algo personal. Había sido ridiculizada por un terrorista, ¿qué le habría prometido a cambio de su lealtad?

Para Mayra… Ella necesitaba matar a alguien que hubiera estado relacionado con la espeluznante muerte de su hijo. Si no podía matar directamente al culpable, al menos por ahora, mataría a uno de los responsables. O a dos.

La impaciencia empezaba a apoderarse de la exagente según entraban en el pequeño archipiélago de Bahrein. Las luces de la base aérea se divisaban a lo lejos. Directora aún estaba en la cabina con los pilotos.

—¿No crees que has tentado demasiado a la suerte por estos días? —volvió a preguntar Vadim, que no quería volver a separarse de Mayra.

—¿Qué harías tú si hubieras encontrado la mitad de esto —preguntó señalando el resto de medalla que prendía de su cuello— en las manos de ese animal?

Los ojos del agente británico reflejaron confusión, y sus labios, asombro.

—Nos esperaban, Vadim —le dijo Mayra abrazándolo—. Te contaré todo cuando vuelva.

—Aún no tenéis autorización —objetó.

Mayra se separó de él y lo miró fijamente, con las manos sobre sus hombros.

—¿Ves a esa mujer? —preguntó señalando con la cabeza a Directora —: no cejará hasta conseguirla.

61

17 de marzo, 2:30.

—Lo de Al Kabi era altamente confidencial en la estratosfera de lo confidencial —se excusó Directora.

—Lo entiendo, no tienes que decirme nada.

—Bien, ahora escúchame, Mayra —dijo Directora con voz solemne, como si estuviera dando una reprimenda a un niño pequeño—: si los iraquíes se enteran de que hemos vulnerado su espacio aéreo, la catástrofe diplomática que se organizará me cortará la cabeza, y a Ashley también.

Habían dejado en tierra a Vadim y a Haydée, quienes iban directos a la enfermería de la base británica de Bahrein para recibir cuidados médicos. El Silent Hawk había repostado tras la luz verde de Vauxhall Cross, y se dirigían hacia el sureste de Bagdad, eran las dos y media de la mañana. Según las previsiones, el helicóptero tardaría dos horas y media en llegar a la posición acordada: a unos doscientos metros de la casa en la que estaban Acnur al Bassad y María de Medeiros, o Nasira Abaid.

—¿Qué te contó Al Kabi? —quiso saber Directora.

Las dos mujeres iban sentadas juntas, vestidas con la túnica negra que tanta cobertura les había proporcionado esa noche. No estaban solas, un pequeño escuadrón del SAS[25], de cinco miembros, las acompañaba. Había sido condición de Ashley, quería que todo lo que pudiera haber en la vivienda, ordenadores, archivos, fotografías, fuera confiscado y trasladado a Mina Salman. Era evidente que las dos mujeres no podrían con todo, en caso de que hubiera algo que incautar.

La propiedad que coincidía con las coordenadas a orillas del Tigris era una pequeña construcción de dos plantas arropada por un semiderruido muro en su parte trasera. El ISIS, y después el Estado Islámico, a su paso por Irak, habían hecho estragos en numerosas poblaciones; no era el caso de Kut. Y no dejaba de ser paradójico que un destacado miembro de la organización hubiera elegido como escondite una de las ciudades que no habían sido atacadas. Nadie lo buscaría en una ciudad tan tranquila como Kut.

La casa estaba próxima a un pequeño descampado sobre el que aterrizaría el Silent. Las dos mujeres recorrerían los doscientos metros hasta la vivienda cobijándose en las estrechas calles de la ciudad. Las seguiría de cerca el pequeño escuadrón del SAS. No sabían cómo era la casa, ni si tenía ventanas. Ni el satélite ni las fotos que enviaran días atrás a Mayra indicaban algo al respecto. Sí sabían, gracias al satélite, que tras el muro había un patio trasero, pero no podían distinguir nada más. Así que, una vez frente a la casa, habría que decidir.

—¿Sabías que él fue quien asesinó a Raúl? —preguntó sin desviar la mirada del frente.

—¿Eso te contó?

Mayra no respondió, quería que Directora hablase.

—No, no lo sabía, y dudo que fuera él. 2013 fue un año muy ajetreado para Sad Al Kabi. No digo que él no diera la orden, pero él no empuñó la catana.

—Sabía que yo era su madre —informó Mayra con voz neutral.

Percibió la confusa mirada de Directora.

—Me investigaron —continuó Mayra sin pestañear—, y a Helena. Sabía que veníamos a Umm Qarn y sabía que tú vendrías a rescatarnos.

Directora se frotó los ojos, llevaba varios días sin dormir, desde que en la sala 30A se percataron de que Mayra y Vadim tardaban en salir de la propiedad.

—Lo supimos tarde, Mayra —dijo con pesar—. Pero se equivocaron de hombre. Cuando Haydée fue capturada, les dio un nombre falso y otro trabajador fue apresado en lugar de Ayman. Rápidamente, se puso en contacto con su servicio, que nos puso al corriente de lo sucedido. Programamos la nueva misión. Ayman sacó las armas de la casa antes de que fuera registrada, y nos encontramos en un punto intermedio. Él sabía dónde os tenían y sabía cómo burlar la seguridad. Si no hubiera sido esta noche, no podría haber ocurrido.

—Hay cosas que me tienes que explicar con más detenimiento.

—Al Kabi no mató a Raúl, pero debes saber que si él lo hubiera hecho y yo lo hubiera sabido… —dejó de hablar por unos instantes, como sopesando la conveniencia o no de decir lo que iba a decir—, yo hubiera actuado igual. Quizá el final hubiera sido distinto, pero…

—Pero —la interrumpió Mayra— acabará muerto, aunque su final no sea esta noche.

—Acabará muerto—secundó Directora.

Los miembros del SAS iban en silencio, estaban acostumbrados a ese tipo de misiones. Algunos rezaban, otros escuchaban sus auriculares. Para ellos, era una misión más. Para Mayra, era la misión que le devolvería el orden a las cosas. Ese orden en el que quien la hace, la

paga. Acnur había intentado acabar con ella y con Vadim en Estambul. Era un asesino y un cruel terrorista que se había llevado por delante cientos de víctimas. La exagente no dudaba de la veracidad de la información de sus fuentes, pero rezó para que Acnur y María aún estuvieran en la vivienda.

Dos horas después, el cielo sobre Kut los recibió plagado de estrellas. El serpenteante Tigris se distinguía con sus aguas negras y sus numerosas presas. La temperatura rondaría los veinte grados. El piloto anunció que tomarían tierra en dos minutos. Los SAS se prepararon. Directora y Mayra también. Bajo la *abaya* llevaban las dos semiautomáticas SIG Sauer con sus silenciadores.

—Júrame que dispararás a matar —dijo la exagente cogiendo a Directora del brazo y atrayéndola hacia sí antes de bajar. La conocía tan bien que la creía capaz de capturarlos como rehenes en lugar de matarlos.

—Te lo juro, esos dos morirán esta noche —dijo con convicción.

Bajaron del helicóptero y corrieron agachadas a refugiarse en los muros de los edificios que rodeaban el descampado. La oscuridad era total, y el helicóptero se camuflaba a la perfección.

—¡Vamos! —gritó Mayra en voz baja. Apenas quedaban dos horas para que las primeras luces del día empezaran a delatarlos. Los SAS se colocaron sus gafas de visión nocturna.

Pegados a la falda de un muro, se deslizaron por las calles iluminadas por las estrellas. Recorrieron el espacio que bordeaba una propiedad con varios pisos y llegaron a una calzada. La atravesaron: Directora y ella en primer lugar, cogidas del brazo, como dos mujeres musulmanas que se trasladan por la noche porque le ha pasado algo a un familiar. Esa era su baza. Cuando comprobaron que todo estaba despejado, el pequeño escuadrón siguió sus pasos.

Recorrieron dos manzanas más y, bajo el canto de los grillos, entraron en la ciudad.

Acnur y María vivían en una modesta barriada donde disponían de los servicios imprescindibles como para no tener que desplazarse mucho. La casa que compartían estaba al otro lado de un parque. Hicieron señas al capitán del SAS, y, automáticamente, la mitad del escuadrón se separó dirección al patio trasero de la casa, y la otra mitad se quedó con ellas.

Atravesaron el parque y aguardaron tras unos setos, a continuación se extendía la calzada y, al otro lado, como a unos tres metros, la casa. La puerta tenía la típica ojiva árabe en la parte de arriba, pero su austero diseño nada tenía que ver con las de Umm Qarn.

Uno de los miembros del escuadrón que había ido a reconocer el patio trasero les hizo señas para que se acercaran.

—Iré yo —se ofreció Mayra.

Directora se quedó con los otros dos miembros, agazapada tras los setos.

La exagente corrió erguida hacia el callejón por donde se accedía al patio donde la esperaban el capitán y los otros dos miembros. Detrás de ellos, las palmeras desflecadas que había visto en la foto que Mali, su contacto, le envió al hotel. En silencio, le indicaron que la puerta, que en teoría debía dar a la cocina, estaba abierta y que iban a entrar. Mayra asintió, y le señalaron su puesto, detrás del último. Los maldijo para sus adentros mientras se ponía las gafas de visión nocturna que Ana Sierra se había encargado de enviar junto con las armas.

Uno de los soldados abrió la puerta, otro accedió al interior, y cuando este les dio el OK, el capitán y Mayra entraron. Efectivamente, aquello era la cocina. Una cortina de tela rasgada daba a lo que era el salón, cubierto de alfombras y cojines. La entrada principal se distinguía porque al lado había una balda que hacía las veces de recibidor; influjo europeo, supuso Mayra. El olor a incienso y a especias era cargante.

No había más habitaciones en la planta baja. Una escalera de ladrillo comunicaba con la planta alta. El capitán le ordenó que se quedara abajo, junto con uno de los soldados. La exagente le lanzó una mirada de protesta que el hombre ignoró. No acababa de entender en qué momento la operación había pasado a manos del SAS. Supuso que desde que Directora habló con Ashley.

El capitán y el otro soldado empezaron a ascender. El escolta la observaba, y Mayra inspeccionaba la estancia en la que estaban, ¿de verdad una mujer como María de Medeiros había cambiado su vida en Madrid por aquel antro? Acnur al Bassad y Sad Al Kabi debían de tener un asombroso poder de persuasión.

Se escuchó movimiento en la planta de arriba y algunos gritos. Una mujer con un camisón blanco y el pelo revuelto corría hacia ellos escaleras abajo pidiendo ayuda en árabe; fue abatida por el soldado de un tiro en la frente. Mayra se arrodilló frente al cuerpo sin vida de la mujer, desobedeciendo las órdenes del soldado, y le descubrió la cara entre la maraña de cabello negro; no era María.

Otra mujer empezó a bajar las escaleras con las manos en alto, custodiada por uno de los soldados. Sus andares de gacela eran inconfundibles incluso bajo el amplio camisón blanco. El soldado que acompañaba a Mayra también la apuntó con su fusil y le hizo indicaciones para que se pusiera de rodillas. María de Medeiros obedeció, y el soldado que la había custodiado por las escaleras volvió sobre sus pasos.

María miró fijamente a la mujer que estaba en la sala.

—¿Quién eres? —le preguntó en árabe y mirándola fijamente con

superioridad.

—¡Cállate! —le gritó el soldado.

—Ayúdame, por favor —le suplicó a Mayra.

—¿Qué hace una mujer como tú con un terrorista? —preguntó la exagente también en árabe.

—Él me abrió a la vida…, él… Si lo conocieras…

En esos momentos, unos disparos procedentes de la habitación de arriba los sorprendieron. María aprovechó la confusión para coger un arma escondida bajo uno de los cojines del salón y disparó al soldado, alcanzándolo en el hombro. Instintivamente, Mayra se echó hacia atrás y palpó la semiautomática a través de la túnica.

—¡Ven conmigo! —dijo María de Medeiros levantándose sin soltar el arma.

—Pero tengo familia —se excusó Mayra mientras la veía correr hacia la puerta y abrirla. La exagente ya había introducido su mano por la *abaya* y sacado el arma de la parte de atrás de los pantalones.

La yihadista no dio un paso más, pues el cañón de Directora la apuntaba en la frente. ¿A qué esperaba para disparar?

—No nos hagáis daño, por favor —dijo con voz sibilina María, llevándose la mano izquierda al abdomen.

Directora vaciló, y Mayra vio que María empezaba a levantar la mano derecha en la que llevaba el arma. Directora, desde su posición, no podía ver este movimiento. Con frialdad, Mayra levantó la pistola y usó la mano izquierda de apoyo. Apuntó a la cabeza de María.

—¡Al suelo, Directora! —gritó en español y disparó certera al cráneo de María, quien se desplomó en los brazos de Directora. Rápidamente, los soldados que la acompañaban las empujaron hacia el interior de la vivienda.

Cuando los miembros del SAS se cercioraron de que la herida de su compañero no revestía gravedad, subieron por las escaleras hasta la planta de arriba.

Directora se limpiaba la *abaya* de materia gris y sangre ante la mirada acusadora de Mayra.

—Después de esto —dijo señalándola con el dedo—, espero que aprendas que estos fanáticos nunca, nunca, ¿me oyes?, nunca van a cambiar de bando. ¿En qué estabas pensando? Me juraste que tirarías a matar, ¿qué hubiera pasado si la jefa del servicio secreto español hubiera sido asesinada en una misión tan clandestina como esta?

Directora seguía limpiándose la *abaya*, había entrado en *shock*. Mayra la abrazó y le quitó el arma. Cuando se cercioró de que su amiga estaba más tranquila, fue hasta el cuerpo de María y comprobó sus constantes. Estaban débiles, unos segundos más y su vida se apagaría para siempre. Mientras le cerraba los ojos y rezaba por ella, no pudo evitar recordar su imagen la noche en que Vadim tocó el

violín en el Palacio Real, esa imagen sería portada de revistas del papel *couché* en los días siguientes. Costaba creer que se trataba de la misma persona.

—Señora Abascal —interrumpió uno de los soldados desde lo alto de las escaleras—, el capitán pregunta si puede subir.

Directora aún continuaba ensimismada, el soldado herido por María estaba con ella. Mayra se dirigió hacia las escaleras al tiempo que los soldados empezaban a bajar cargados con torres de ordenador, discos duros y carpetas de archivos.

La segunda planta se dividía en dos habitaciones. Una de ellas estaba parcamente amueblada con una cama, un tocador y un armario desvencijado. En la otra, equipos informáticos tirados y carpetas vacías yacían esparcidos por una mesa de despacho y por el suelo. También había un cadáver, el de Acnur Al Bassad; el terrorista había sido abatido con varios tiros en el corazón. Yacía en un rincón, al lado de una colección de malolientes babuchas de cuero.

—¿Es este su hombre?

En ese momento, Mayra recordó la imagen de Acnur levantándose la gorra para limpiarse el sudor en el Aeropuerto de Zúrich. Estaba segura de que lo había hecho a propósito, él era el cebo.

Asintió a la pregunta del capitán, quien tomó varias fotografías del cadáver.

—Será mejor que nos vayamos ya —dijo ladeando la cabeza hacia la salida.

Al volver a la habitación principal, la exagente reparó en el desvencijado armario de madera. Estaba parcialmente abierto, y una de las puertas se había descolgado del marco. Le llamó la atención un mugriento trapo, en otra vida de color blanco, que parecía haber sido colocado cuidadosamente al fondo, como para que pasara desapercibido.

—¡Vámonos! —insistió el capitán.

—Un momento, por favor —suplicó corriendo hacia el armario y cogiendo lo que fuera que envolvía el trapo.

—¡Cuidado! ¡Puede ser una bomba! —advirtió alarmado el miembro del SAS.

Pero aquello no pesaba como una bomba. Mayra empezó a desenvolverlo con cuidado, adivinaba de qué se trataba y no se equivocó. El capitán caminó sombrío hacia ella, la asió del brazo y la obligó a bajar las escaleras.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Mayra mientras bajaban de dos en dos los escalones. Dos de los cinco soldados sostenían al herido. Directora los seguía. Antes de abrir la puerta, el capitán ordenó a las mujeres:

—Ustedes dos primero.

Volvieron sobre sus pasos de la misma forma que habían llegado a esa casa. Directora y Mayra delante, los cinco miembros del Servicio Aéreo Especial británico detrás, pero ahora cargados de material informático.

Si algún vecino presenció la escena, debió callarlo para sí mismo o para contar la historia a sus nietos, pues los días que sucedieron al asesinato de Acnur y María ningún gobierno acusó a otro de invasión de espacio aéreo o de actuar a sus espaldas.

A salvo en el helicóptero, mientras ascendían por tercera vez en esa madrugada del 17 de marzo, la exagente echó la cabeza hacia atrás y, sin pretenderlo, empezó a reír. No daba crédito a lo que había dado de sí ese día. Directora y los cinco soldados la miraban sin saber si reír con ella o darle un calmante.

Mayra extendió el paño mugriento sobre sus rodillas y le mostró el contenido a su jefa y amiga.

—¿Es el que yo creo que es? —preguntó conteniendo la risa.

—Helena diría que sí.

EPÍLOGO

18 de marzo, Paseo de la Castellana, 11:00.

—Mi homóloga británica me ha dado la enhorabuena por ayudarla a dar caza a uno de los terroristas más buscados del Reino Unido: Acnur Al Bassad —las informaba la ministra de Defensa desde el sillón de cuero de su despacho.

Mayra y Directora la escuchaban desde el otro lado de la moderna mesa. A sus espaldas, un cuadro del rey emérito con el uniforme de las Fuerzas Aéreas. A su derecha, la bandera española.

—Así es —convino Directora—, recibimos un soplo y tuvimos que actuar sobre la marcha.

—Y da la casualidad de que Mayra estaba allí —dijo la ministra mirándolas por encima de sus gafas.

—Sí, señora, me encontraba de visita en el país.

La ministra se recostó sobre el mullido respaldo y apoyó el mentón sobre su puño. Chasqueó los labios y dejó las gafas sobre el cartapacio de piel.

—No os pediré explicaciones sobre la inexistencia de ningún billete de avión a nombre de Mayra Abascal, Nicole Fischer, Eleonora Piaget o cualquier otro seudónimo que utilices, pero de aquí en adelante te exijo —y en este punto señaló con dedo acusador a Directora— que cualquier misión montada sobre la marcha, por nimia que sea, la pongas en mi conocimiento.

—Lo haré, señora.

—¿Señora? ¡Santo Dios, Directora! Tienes mi móvil personal, hay confianza suficiente como para que me tengas informada. Eres una persona de mi círculo íntimo, personal y profesional —dijo aproximando su cuerpo a la mesa—, ¿qué cara crees que se me ha quedado cuando mi homóloga me llama esta mañana para agradecerme la colaboración con su equipo?

En realidad, las recién llegadas no habían tenido tiempo de informar de nada, salvo a los taquicárdicos integrantes de la Sala 30A del Edificio «Estrella». Habían llegado al Aeródromo de Cuatro Vientos pasadas las diez de la mañana. Nada más poner un pie en tierra, un vehículo del Ministerio las estaba esperando.

—La ministra desea veros —fue toda la información que recibieron. Las llevaron hasta el Paseo de la Castellana, y entraron por el *parking* subterráneo. Subieron escoltadas en el ascensor hasta la quinta planta, y escoltadas entraron al despacho de la ministra.

—¿Tendré que dar explicaciones a la diplomacia de Irak? —quiso saber.

—No, no dejamos rastro. Eliminamos a tres objetivos… —respondió Directora.

—¿Tres? —preguntó extrañada la mujer.

—Acnur y sus dos esposas.

—¿Sabemos quiénes eran ellas? ¿También eran terroristas?

—No, Rosa, no sabemos quiénes eran, no las teníamos identificadas. Solo él era el conocido.

—Bien —dijo reflexionando—, supongo que estaréis al día de que cada vez hay más mujeres españolas que se suman a las filas del Estado Islámico.

—Eran árabes, señora —se apresuró a decir Mayra.

La ministra la miró brevemente y volvió a Directora.

—Entiendo que la información fue contrastada, a pesar de la urgencia.

—Sí — respondieron las dos al unísono.

—Bien, bien —dijo más para sí misma que para ellas—. Al margen de todo, quiero que sepáis que os estimo y que hacéis una labor de incalculable valor. Nunca ha habido en la historia de nuestro servicio secreto una directora tan valiente y con una hoja de servicios tan excepcional. Necesitamos que sigas manteniéndote en tu puesto durante muchos años más. Creo que me he explicado con claridad, ¿no?

—Por supuesto, Rosa.

La ministra no volvió a hablar, por lo que interpretaron que era el momento de desaparecer. Cuando se iban a levantar, gesticuló para que permanecieran sentadas.

—Y nunca ha habido —continuó hablando— una agente tan condenadamente extraordinaria como tú, Mayra. Eres el activo más valioso con el que cuenta este país. Es un honor volver a contar contigo.

—Gracias, señora.

—Puedes llamarme Rosa.

Pasaron unos segundos en silencio, por lo que las mujeres volvieron a interpretar que era la hora de marcharse. Empezaron a levantarse, pero la ministra les volvió a indicar que se sentaran.

—Y ahora les ordeno encarecidamente que vayan a sus casas, se den una ducha caliente y duerman durante varios días, ¿me habéis oído? No quiero veros a ninguna de las dos —dijo señalando primero a la

jefa y después a la exagente— ni en La Casa ni en Second Consulting en los próximos dos días, ¿entendido?

Las dos asintieron dóciles, como dos niñas a las que les acaban de echar una reprimenda. No había nada que les apeteciera más que el plan que les acababan de proponer.

—Pues ahora marchaos de aquí por donde habéis venido, tenéis un aspecto deplorable.

Cremona.

El Irlandés volvió a reposar en su vitrina de la Stradivari Society, esta vez con unas insólitas medidas de seguridad diseñadas por el equipo de Second Consulting. Medidas que fueron trasladadas al resto de violines integrantes del Stradivarius Global Found.

Frida Stewart, por su parte, empezó a recuperar el apetito perdido meses atrás: sus mejillas se volvieron a rellenar al igual que la cinturilla de sus faldas, que tenía que volver a aflojar cada vez que se sentaba.

El fondo, por su parte, remontó, y los dividendos fueron repartidos conforme los plazos acordados fueron venciendo. El Stradivarius Global Found fue elegido por varias revistas especializadas como el fondo más rentable de todos los que invertían en arte.

Helena pasó a formar parte, como socia, en la gestora de Madrid, cuyo nombre cambió a Mena & Shriver Asociados.

El despacho de la City sufrió un ligero cambio. Mena Investments & Co. cerró, los activos provenientes de las empresas propiedad del jeque Jaber bin Nasser y la gestión de sus fideicomisos fueron trasladados por completo a las manos del abogado de origen catarí, pero con nacionalidad británica, Joseph Al Rhani. Otro despacho se beneficiaría de la gestión de estas empresas y de los chantajes del jeque.

El nuevo despacho en la City tenía distinta sede y distinto nombre: Shriver & Brothers Ltd. El único personal que estaba continuamente en la empresa era una secretaria londinense que atendía llamadas y poco más. La exclusiva misión del despacho era dar cobertura a las operaciones que La Casa necesitase, algo que Helena y los Mena podían diseñar desde Madrid.

Gracias al material incautado en casa de Acnur, se desactivaron varias células terroristas en Europa, también en España. Algunos de sus integrantes fueron a la cárcel, y otros, la mayoría, abatidos a tiros mientras intentaban huir.

Vadim se quedó con la copia del Rubí que tan amablemente el MIT,

servicio secreto turco, le devolvió. Tuvo que tocarlo en alguna ocasión, por presión social, pero en la mayor parte de los conciertos, continuó tocando su Guarneri.

—No me importa que tengas algo con él —le confesó Helena a su madre mientras tomaban café frente al reloj astronómico de la torre de Cremona. Vadim aparecía en las noticias de sociedad de uno de los periódicos italianos con más prestigio. Había dado un concierto la noche anterior en Milán, y Mayra no se había podido resistir a comprar el diario.

Tenían las bicicletas aparcadas en un aparcabicis de la Piazza del Comune. Tras la clase de violín de Helena con la profesora Helga (quien se había quedado asombrada con su progreso), madre e hija habían estado de ruta por las calles de la ciudad. Por descontado que habían visitado el Stradivari Museum y la casa donde vivió el genial *luthier*.

—¿A qué viene eso? —preguntó Mayra un poco a la defensiva.

—Venga, mamá, no puedes dejar que yo te avasalle con mis estúpidos celos. Te juro que me avergüenzo de mis reacciones —dijo Helena bajando la mirada hasta sus manos y negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo único que sentía por Vadim eran ganas de ganarte. Él está más interesado en ti, lo supe desde el primer día, pero mi *costumbre* de hacerte daño me hizo chantajearte. Sí, no me mires así, no es algo de lo que esté orgullosa, pero poco a poco voy aprendiendo. No siento nada por él, solo quería hacerte sufrir un poquito más, como si a estas alturas no hubieras tenido suficiente. Lo siento, de verdad. No quiero que renuncies a él por mí.

Lo cierto es que Mayra desconfiaba de las palabras de Helena. Estaba convencida de que su hija sentía algo por Vadim, la conocía muy bien: Helena era capaz de tragarse sus sentimientos antes que aceptar una derrota. Pero debía darle una oportunidad, a ella y a sí misma. El tiempo le diría si aquello era una estratagema o su hija era sincera.

La exagente registró el bolsillo de sus pantalones y sacó un sobre. Lo colocó en mitad de la mesa y no dijo nada.

—¿Qué es eso?

—Es algo que Directora me ha dado para ti.

—¿En serio? —volvió a preguntar Helena extrañada. Lo cogió y lo atrajo hacia sí. Desgarró uno de los extremos, pero antes de que lo abriera del todo, su madre la interrumpió:

—Antes de que lo leas, quiere que sepas que, si así lo deseas, estás dentro.

—¿Dentro? ¿De dónde?

La exagente no respondió. En lugar de eso, se levantó y paseó por la plaza mientras Helena abría el sobre en el que figuraba la puntuación de las pruebas de acceso a La Casa. Esas a las que se había presentado sin decírselo.

Esas que supuestamente no superó.

Directora no podía cargar con la culpa de hacerle pasar a su amiga por algo así otra vez. Helena fue excluida de la selección por una decisión personal, la de su amiga y jefa, pero ella había superado todas las pruebas sin ningún problema.

—¿Y bien? —preguntó Mayra cuando volvió a la mesa—, ¿quieres entrar?

—Mamá, por favor, está claro que lo mío son los números.

NOTAS DE LA AUTORA

El señuelo de El Irlandés es una obra de entretenimiento, y como tal debe leerse. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos reflejados en la historia son fruto de la imaginación del autor o se han empleado con fines estrictamente literarios. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, empresas, establecimientos o hechos es enteramente accidental.

La protagonista, Mayra Abascal, es puramente ficticia, así como Directora. La incorporación de la mujer al Ejército Español no fue una realidad hasta el 22 de febrero de 1988. En la ficción, Mayra y Directora entraron en 1978. Tan solo una mujer en España ostenta el cargo de coronel del Ejército de Tierra: Patricia Ortega fue nombrada en 2015.

Desde la creación del CNI, antes CESID, y mucho antes SECED, ninguna mujer ha ostentado el cargo de directora. Esperemos que, en un futuro cercano, una mujer pueda desempeñar este cargo por competencia, destreza y aptitud, no por el hecho de ser mujer. Dentro del CNI son muchas las mujeres competentes y aptas para este cargo, mujeres cuya carrera ha permanecido a la sombra de hombres que, por el simple hecho de serlo, disfrutan de oportunidades que para ellas están vetadas.

Hay una granja de caballos conocida como Umm Qarn conduciendo hacia el norte de Doha. Se trata de un lujoso resort perteneciente a la familia real catarí en el que se crían y se entrenan caballos purasangre. La novela no hace justicia a su belleza y lujo. Ningún jeque vengativo reside en él, ni en sus sótanos hay celdas para prisioneros, nada más lejos de la realidad. Es un oasis en el desierto en el que trabajan numerosos especialistas en el cuidado y la crianza de famosos y prestigiosos caballos de carreras, como Tabirak.

A día de hoy, existen pruebas fehacientes de la vinculación del Estado Islámico, Daesh o Al-Nusra con el tráfico ilegal de antigüedades. En la ficción de *El señuelo de El Irlandés,* el objeto de

tráfico son los codiciados Stradivarius.

Durante 2018 y en la actualidad, agentes del CNI interrogan sobre el terreno a decenas de individuos, hombres y mujeres, integrados en diferentes estructuras de organizaciones terroristas, para conocer sus vías de financiación, sus posibles lazos con personas sospechosas y sus planes a corto plazo. Se trata de uno de los ejercicios en materia de prevención que llevan a cabo los servicios secretos españoles: conocer los movimientos que preparan los yihadistas antes de dar el salto (o regresar) a España o Europa para, así, anticiparse a sus propósitos criminales. Un trabajo casi siempre oculto que ya ha dado sus frutos. En la ficción, Raúl fue asesinado mientras realizaba una de estas misiones.

AGRADECIMIENTOS

Para la redacción de este manuscrito, consulté cientos de artículos de periódicos y páginas webs; sería imposible dar cabida a todos ellos en estas páginas.

Mi conocimiento sobre nuestro enigmático sistema de inteligencia, CNI, se lo debo agradecer a los libros del escritor y periodista Fernando Rueda. Gracias a títulos como *La Casa I*, *La Casa II*, *Las alcantarillas del poder*, *KA: Licencia para matar. Qué hacen y cómo son los espías más peligrosos del* CESID. A sus páginas debo el conocimiento sobre este eficacísimo organismo cuyo trabajo en la sombra mantiene a raya las amenazas y los peligros que acechan nuestro país. La idea de crear una protagonista exespía y propietaria de una empresa de seguridad privada (algo más común de lo que podamos pensar en la realidad) partió de sus libros. Doña Amalia Gómez de las Heras es un personaje ficticio, pero la anécdota que relato en los primeros capítulos es real en su esencia: he cambiado los nombres, los personajes y la empresa; una anécdota similar es relatada por Fernando Rueda y Elena Pradas en su libro *Espías. Escuchas, dossiers y montajes. El mercado negro de la información en España*. Editorial: Temas de Hoy (1995). Existió un empresario con un antiguo y carísimo mueble que hubo que desmontar para dar con el «bichito».

Si mi conocimiento sobre el espionaje nacional se lo debo a Fernando Rueda, todo lo que sé sobre el espionaje internacional se lo debo a Daniel Silva, John Le Carré, Frederick Forsyth, Robert Ludlum, etc. Sus novelas llevan décadas mostrándome un mundo en la sombra (mundo en el que Mayra Abascal acaba de irrumpir). Gracias a ellas, he podido conocer cómo funcionan los servicios secretos de otros países y cómo trabajan los espías internacionales como Mayra Abascal.

Mi relación con el violín es parecida a la de Helena Shriver: lo dejo, lo cojo, lo vuelvo a dejar, colmando la paciencia de mi profesora, Marilina, que, al igual que Helga Mester, es consciente de que no nací con un violín bajo el brazo. Gracias a ella, entré en contacto con estos

maravillosos instrumentos y con la seductora historia de los Stradivarius.

Mis anteriores ocupaciones como directora de banco y, más tarde, como jefa de seguridad aeroportuaria, han sido de gran ayuda en partes específicas de la trama, como podrá comprobar el lector.

Notas



Detector.

[←2]

El Agente Negro es aquel que trabaja para un servicio de inteligencia, pero no aparece en la nómina oficial. Cobra en negro y realiza las misiones más complicadas y conflictivas. Si es descubierto, oficialmente se negará cualquier vínculo con él. Lejarza, M. y Rueda, F. (2019). *Yo confieso. 45 años de espía*. Roca Editorial.



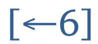
A día de hoy el porcentaje se ha reducido a un 85 %. Algo es algo.

[←4]

Jaume Bagot, anticuario de Barcelona, fue detenido en marzo de 2018 por vender piezas robadas en Libia por el Daesh. Puedes encontrar más información aquí y aquí.

[←5]

La Comisión Nacional del Mercado de Valores es un organismo adscrito a la Secretaría de Estado de Economía y Apoyo a la Empresa del Ministerio de Economía y Competitividad, encargado de supervisar e inspeccionar los mercados de valores españoles y la actividad de cuantos intervienen en los mismos.



En 1988, gracias a la tecnología de rayos X que se usa para detectar cáncer y lesiones, se hicieron tres réplicas de un violín Stradivarius conocido como Betts.

[←7]

El oficial de caso es el responsable dentro del servicio que lleva personalmente los asuntos de un agente, y el intermediario entre él y el servicio secreto. Fuente: *Yo confieso*. Fernando Rueda y Mikel Lejarza.

[←8]

Hasta 1988, solo los hombres podían acceder a los cuerpos militares. Patricia Ortega, madrileña de 55 años, fue la primera mujer que se abrió camino en el Ejército de Tierra. En 2015 adquirió el rango de coronel y será la primera mujer que aspire al de general. Tienes más información aquí, aquí y aquí.


Jefe del Estado Mayor de la Defensa (JEMAD).

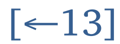
[←10]

La idea ha sido tomada de esta noticia publicada en 2011: Violines casi Stradivarius gracias a los Rayos X.

[←11] Ejército Republicano Irlandés por sus siglas en inglés.

[←12]

El Semtex es un explosivo plástico de uso general. Se hizo conocido debido a sus usos terroristas.


[←13]

Servicio de inteligencia soviético, anteriormente era el KGB.

[←14]

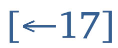
En el mundo digital, a los *hackers* se los clasifica en dos grupos: los de sombrero blanco (*white hat*), que son los buenos, y los de sombrero negro (*black hat*), los malos.

[←15]

El Palacio Real de Madrid. Historia, secretos y leyendas de un noble edificio.

[←16]

A día de hoy, solo hay una mujer, Patricia Ortega, que ostenta el rango de coronel en el Ejército de Tierra. Fue nombrada en 2015.



Hasta la fecha, ninguna mujer ha ostentado este cargo.

[←18]

El fideicomiso es un acto jurídico, de confianza, en el que una persona entrega a otra la titularidad de unos activos para que esta los administre en beneficio de un tercero. A continuación, una breve introducción a este amplísimo tema.

Rosso y Uriarte (p.32) definen el contrato de fideicomiso como el negocio Jurídico en virtud del cual una persona, llamada fiduciante, transfiere a título de confianza a otra persona, denominada fiduciario, uno o más bienes (que pasan a formar el patrimonio fideicomitido) para que, al vencimiento de un plazo o al cumplimiento de una condición, este transmita la finalidad o el resultado establecido por el primero, a su favor o a favor de un tercero llamado beneficiario o fideicomisario.

Partes intervinientes.

Rosso y Uriarte (p.33) identifican cuatro partes dentro del contrato de fideicomiso:

Fiduciante o fideicomitente: Es quien constituye el fideicomiso transmitiendo la propiedad del bien o de los bienes al fiduciario para que cumpla la finalidad específica del fideicomiso.

Fiduciario: En general, puede serlo cualquier persona. Por lo tanto, pueden serlo personas físicas o jurídicas, públicas o privadas, nacionales o extranjeras, etc. Sin embargo, en el caso del fideicomiso financiero, solo podrán ofrecer sus servicios como fiduciarios las entidades financieras sujetas a la ley respectiva o bien personas jurídicas expresamente autorizadas a tal fin.

Beneficiario: Es aquel en cuyo favor se ejerce la administración de los bienes fideicomitidos. Puede ser una persona física o jurídica que puede no existir al tiempo del contrato o testamento siempre que consten los datos que permitan su individualización futura. Se puede designar más de un beneficiario y beneficiarios sustitutos. Si el beneficiario no llegara a existir, no acepta, o renuncia, el beneficiario será el fideicomisario, y en defecto de este será el fiduciante.

Fideicomisario: Es quien recibe los bienes fideicomitidos una vez extinguido el fideicomiso por cumplimiento del plazo o la condición.

Ventajas.

Según el tipo de fideicomiso y las cláusulas pactadas se obtienen ciertas ventajas; a continuación, algunas que suelen aplicar a todos o a la mayoría de los contratos de fideicomiso:

-Los bienes administrados son inembargables.
-Contabilidad y auditorías independientes.

-Beneficios tributarios.

-Puede emplearse para la realización de fines ilimitados, en tanto estos sean lícitos.

[←19]

Es quien recibe los bienes fideicomitidos una vez extinguido el fideicomiso por cumplimiento del plazo o la condición.

[←20]
Millî İstihbarat Teşkilatı.

[←21]
Objetivo.

[←22]

Actualmente, el espacio aéreo de Arabia Saudí, Egipto, Bahrein y Kuwait está cerrado para los vuelos con origen y destino Catar, por lo que la única forma de entrar al país es por Irán.

[←23]

El conjunto de normas religiosas, y, en ocasiones, también civiles, para que los musulmanes que viven bajo ellas sigan el «camino recto».

[←24]
Pillado, cogido en el argot.

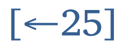

Servicio Aéreo Especial Británico.

Table of Contents